

¿A cambio de qué nos sacaron de allá?

Transformaciones identitarias en la comunidad de recicladores Comuneros

Jenny Marisol Ávila Martínez

Código: 2014289018

Trabajo de investigación para optar por el título de Magister en Estudios Sociales

Director

Pablo Andrés Nieto Ortiz

Doctor en Historia

Universidad Pedagógica Nacional

Facultad de Humanidades

Departamento de Ciencias Sociales

2016

A Magaly, por su compañía y nuestros aprendizajes.

AGRADECIMIENTOS

La primera parte de estos agradecimientos es para toda la comunidad de Comuneros, ellos entran a hacer parte de mi vida, son personas que se suman a esos rostros conocidos, queridos e inolvidables. Ofrezco agradecimientos especialmente para Nelcy Ramos, de quien admiro su vocación de servicio hacia Comuneros, ella es una mujer líder que se educa y trabaja por los derechos de su gente. Agradezco así mismo la hospitalidad, la sencillez y la gratitud de Tata y sus hijos, junto a ellos encontré un espacio para conocer más a fondo una dimensión más humana de Comuneros.

Nunca dejo de agradecer a mis primeros maestros: José y Elvira con ellos aprendí a leer y a escribir, de la mano de ellos me aprendí a sensibilizarme con este mundo. Con el riesgo de caer en un lugar común debo decir que mi existencia, mis logros y expectativas han sido apoyados por ellos. Muy seguramente no conocen perfectamente el contenido de este texto, pero en esencia, son sus manos de trabajadores incansables las que me han permitido tener la oportunidad de escribirlo.

Mis agradecimientos también son para Madisson, la persona con quien he decidido compartir esta lucha diaria por cumplir nuestras metas, porque su compañía está llena de todo el afecto que me expresa, pero también de lo que me ha enseñado respecto a las cuestiones académicas. Junto a él he aprendido a problematizar las relaciones que se tejen en el espacio urbano, con él me he enfrentado mis errores analíticos asumiéndolos progresivamente con madurez y paciencia, espero que me siga enseñando.

Para el profesor Pablo Nieto, van mis agradecimientos porque yo sin tener una formación antropológica propiamente dicha, siento que supe solucionar los problemas que implican la investigación etnográfica gracias a la disposición y sensibilidad que como asesor siempre supo brindarme. Su rigurosidad, lucidez, sinceridad y apoyo incondicional sobrepasaron mis expectativas durante este proceso de formación en la maestría.

Entre las líneas se van quedando otros nombres de profesores, amigos y familiares con quienes desde nuestros profundos afectos hemos sabido cómo compartir esta experiencia. A todos gracias por escucharme.

RESUMEN ANALÍTICO EN EDUCACIÓN - RAE

| 1. Información General | |
|-----------------------------|---|
| Tipo de documento | Tesis de posgrado |
| Acceso al documento | Universidad Pedagógica Nacional. Biblioteca Central |
| Título del documento | ¿A cambio de qué nos sacaron de allá? Transformaciones identitarias en la comunidad de recicladores Comuneros |
| Autor(es) | Ávila Martínez, Jenny Marisol |
| Director | Pablo Andrés Nieto Ortiz |
| Publicación | Bogotá. Universidad Pedagógica Nacional, 2016. 208 p. |
| Unidad Patrocinante | Universidad Pedagógica Nacional |
| Palabras Claves | IDENTIDAD, COMUNIDAD, RECICLAJE, COMUNEROS |

| 2. Descripción |
|---|
| <p>Durante mi permanencia en el barrio Comuneros identifiqué como principal problema de investigación las transformaciones identitarias de los recicladores Comuneros, quienes han tenido que disputar en dos escenarios su derecho a la vivienda y la ciudad. Por un lado, tuvieron que solventar las dificultades de la crisis habitacional de la década del cincuenta apropiándose de manera informal de un tramo de la vía férrea en Puente Aranda, allí aprenden a autogestionar sus necesidades mediante las prácticas del reciclaje y la organización comunitaria. Por otro lado, tras haber establecido un hábitat en ese lugar de la ciudad durante treinta años, deben enfrenarse en la década del noventa a un proceso de reubicación en la localidad de Suba, exponiéndose al desarraigo inminente de su hábitat, a la ruptura de sus prácticas en la vida cotidiana y más importante aún, a degenerar el tejido comunitario construido históricamente.</p> <p>Esta investigación busca comprender dichas transformaciones identitarias desde la experiencia etnográfica de estar junto a la comunidad en su barrio de reubicación. Allí, desde los testimonios Comuneros, propongo comprender de qué manera las prácticas de informalidad sostenidas en la invasión de una zona de la ciudad y en la labor del reciclaje, configuran la identidad de una generación de la comunidad. Más adelante, comprender que esas prácticas deben transformarse como estrategia de adaptabilidad a otros escenarios en los que el estigma y la ilegalidad entran a modificar las prácticas de las nuevas generaciones de jóvenes y adolescentes de Comuneros.</p> |

| 3. Fuentes |
|---|
| <p>Publicaciones periódicas</p> <p>Alcaldía Mayor de Bogotá. (2004). Recorriendo Puente Aranda. Diagnóstico Físico y socioeconómico de las localidades de Bogotá, D.C. Versión electrónica disponible en: http://www.shd.gov.co/shd/sites/default/files/documentos/Recorriendo%20PUENTE%20ARANDA.pdf</p> <p>Alcaldía Local de Puente Aranda. (2012). Plan Ambiental local Puente Aranda. Versión electrónica disponible en: file:///C:/Users/HOGAR/Downloads/PAL_Puente%20Aranda.pdf. Página consultada el 2 de septiembre de 2016</p> <p>_____. (1993). Problemática ambiental Localidad 16 de Puente Aranda. Agendas locales ambientales (pp. 15- 25). Versión física disponible en el archivo de Bogotá.</p> <p>DAPD, (1 de junio de 1995). Formar Ciudad. <i>Plan de desarrollo económico, social y de obras públicas para</i></p> |

Santa fé de Bogotá, D.C. 1995- 1998. (Decreto N° 295). Departamento Administrativo de Planeación Distrital. Recuperado el 12 de diciembre de 2015.

Díaz, H. (2002). Coloreando el chircal. Bogotá: Minercol, Cruz Roja Colombiana y Alcaldía mayor de Bogotá.

García, M. (1996, 22 de febrero). Incomprensible "clasismo". El Espectador, p. (13 A)

_____. (1996, 23 de febrero). Líder Comunera ante el Concejo. El Espectador, p. (12 E)

Nullvalue. (15 de febrero de 1996). "En Suba habría paro hoy por los Comuneros". El Tiempo. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-360122>. Recuperado el 12 de septiembre del 2014.

_____. (18 de febrero de 1996). "A pesar del Caos, Suba quiere seguir la protesta". El Tiempo.

Recuperado de:

<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-357576>. Recuperado el 12 de septiembre del 2014.

Nullvalue. (26 de abril de 1996). El proyecto de Metrobús está agonizando. El Tiempo. Recuperado de:

<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-280790>

_____. (9 de Mayo de 1996). Plan estratégico pide no dejar morir el metrobús. El Tiempo.

Recuperado de:

<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-292396>

Rivera, A. (1996, 15 de febrero). Disturbios en Bosa por traslado de recicladores. El Espectador, p. (12 A)

_____. (1996, 18 de Febrero). Protesta por recicladores. El Espectador, p. (12 A)

Roca, J. (1996). Comuneros bajo alta tensión. Magazín Dominical, El Espectador, (110- 114).

Leyes

Corte Constitucional. (13 de diciembre de 1995). Sentencia T- 617/95. [MP. Dr. Alejandro Martínez Caballero].

Libros

Arango, C. (1981). Crónicas de la lucha por la vivienda en Colombia. Bogotá. Colombia: Editorial Nueva Colombia LTDA.

Borja, J. (2013). Espacio público y derecho a la ciudad. En: Borja, J. (Autor). *Revolución urbana y derechos ciudadanos* (pp. 101- 175). Madrid: Alianza Editorial.

Bourdieu, P. (2009). Crítica de la razón teórica. En: Bourdieu, P. (Autor), *El sentido práctico* (pp. 41- 117). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

_____. (2010). "Los efectos de lugar". En: Bourdieu, P. (Coord.). *La miseria del mundo* (pp. 119- 124). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bourgois, P. (2010). En busca del respeto: Vendiendo crack en Harlem. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Bulmer- Thomas, V. (2010). Nuevas estrategias comerciales y crecimiento basado en la deuda. En: *Historia económica de América latina desde la independencia* (pp. 358- 365). México: Fondo de Cultura Económica.

Caldeira, T. (2007). El habla del crimen. En: Caldeira, T. (Autora). *Ciudad de muros* (pp. 33- 71).

Barcelona: BEG.

- Clifford, J. (2001). Sobre la autoridad etnográfica. En: Clifford, J. (Autor), *Los dilemas de la cultura* (pp. 39-78). Barcelona: Gedisa Editorial.
- Davis, D. (2012). Fundamentos analíticos para el estudio de la informalidad: una breve introducción. En: De Alba, Felipe y Lesamann, Frédéric (coords.). *Informalidad urbana e incertidumbre. ¿Cómo estudiar la informalidad en las metrópolis?* México: PUEG- UNAM.
- Geertz, C. (1973). Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura. En: Geertz, C. (Autor), *La interpretación de las culturas* (pp. 19- 41). Barcelona: Gedisa Editorial.
- _____. (1973). Juego profundo: notas sobre la riña de gallos en Bali. En: Geertz, C. (Autor), *La interpretación de las culturas* (pp. 339- 373). Barcelona: Gedisa Editorial.
- Giglia, A. (2012). El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación. México: Anthropos.
- Gilbert, A. (1997). "La migración hacia la ciudad". En: Gilbert, A. (Autor). *La ciudad latinoamericana* (pp. 56- 76). México: Siglo XXI.
- Goffman, E. (2012). Estigma. La identidad deteriorada. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Guber, R. (2013). El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- _____. (2011). La etnografía. Método, campo y reflexividad. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Harvey, D. (2007). Valor de uso, valor de cambio y teoría de la utilización del suelo urbano. En: Harvey, D. (Autor). *Urbanismo y desigualdad social* (159- 205). Madrid: Siglo XXI.
- Jaramillo, S. (2012). Urbanización informal: Diagnósticos y políticas. Una revisión al debate latinoamericano para pensar líneas de acción actuales. En: Salazar, C. (Coord.), *Irregular. Suelo y mercado en América Latina* (33- 85). México: Colegio de México.
- Meneses, M. (2008). Juventud, espacio urbano y exclusión social. En: *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI* (pp. 153- 168). México: Siglo XXI.
- Ortega, I. (2016). Autoconstrucción de vivienda, espacio y vida familiar en la ciudad de México. México: FLACSO México/ PUEC UNAM.
- Parra, F. (2007). Reciclaje Popular y políticas públicas sobre manejo de residuos en Bogotá. En: Schamber, P., y Suarez, F. (Coords.) *Recicloscopio: miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (pp. 63- 81). Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- _____. (2015). Reciclaje: ¡sí pero con recicladores! Gestión pública del aprovechamiento con inclusión de recicladores: un nuevo paradigma en el manejo de los residuos en Bogotá, Colombia. Bogotá: WIEGO
- Peña, M, (2010). Acerca de la acción comunal como acción colectiva. En: *El programa CINVA y la acción comunal. Construyendo a través de la participación comunitaria* (pp. 120- 148). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Sánchez, C. (2008). Desigualdad, exclusión y violencia. Experiencias de vida de las adolescentes pobres de la ciudad. En: *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI* (pp. 273-291). México: Siglo XXI.

- Suárez, G. (2007). Movilidad urbana en la Bogotá del siglo XX. En: Ardila, M. (Coord.). *Macroproyectos de movilidad urbana y la construcción de la ciudad* (pp. 24- 38). Bogotá: Universidad Jorge Tadeo Lozano.
- Torres, C. (2009). Ciudad informal colombiana. Barrios contruidos por la gente. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Torres, A. (2013). La ciudad en la sombra. Barrios y luchas populares en Bogotá 1950- 1977. Bogotá: Universidad Piloto de Colombia.
- _____. (2013). El retorno a la comunidad. Bogotá: Fundación Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano- Cinde.
- Wacquant, L. (2006). Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- _____. (2007). Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Ward, P. Los *Innerburbs* de Latinoamérica: En busca de una nueva generación de políticas habitacionales para asentamientos autoconstruidos y consolidados de bajos ingresos. En: Ward, P., Jiménez, E., D Virgilio, M. (Autores). *Políticas de vivienda en ciudades latinoamericanas. Una nueva generación de estrategias y enfoques para 2016 ONU- Hábitat III* (pp. 1- 29). Bogotá: Universidad del Rosario.
- Weber, M. (2012). Teoría de las categorías sociológicas. En: Weber, M. (Autor). *Economía y sociedad*. Ed. Segunda. (5- 43). México: Fondo de Cultura económica.
- Ziccardi, A. (2008). Ciudades latinoamericanas: procesos de marginalidad y de exclusión social. En: *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI* (pp. 73- 92). México: Siglo XXI.

Revistas

- Beuf, A. (2013, 17 de octubre). De las luchas urbanas a las grandes inversiones. La nueva urbanidad periférica en Bogotá. Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos. 43 (3), pp. 473- 501.
- Goossens, M., Gómez, J. (2015, 1 de Agosto). Experimentaciones en vivienda Estatal. La obra del Instituto de Crédito Territorial en Bogotá, 1964- 1973. Revista INVI. 30 (84), pp. 121- 148.
- Kessler, G., Dimarco, S. (2013, 2 de Abril). Jóvenes, policía y estigmatización territorial en la periferia de Buenos Aires. Espacio Abierto. 22 (2), pp. 221- 243.
- Molina, L. (2010, Enero- junio). Alfarería y urbanismo. Los chircales de Santa fé (hoy Bogotá) y su impronta en la arquitectura y el desarrollo urbano de la ciudad colonial. Revista Nodo. 4 (4). Pp. 31- 58.
- Naranjo, M. (2014, Julio- Diciembre). Provivienda: Protagonista de la colonización popular en Colombia. Revista Historia y memoria. (9). Pp. 89- 118.

Publicaciones digitales

- Chartier, R. (1992). El mundo como representación. Historia cultural. Versión electrónica disponible en:
<https://ddd.uab.cat/pub/manuscripts/02132397n11/02132397n11p283.pdf>. Pagina consultada el 5

de agosto de 2016.

Duhau, E. (2003). La ciudad informal, el orden urbano y el derecho a la ciudad. Recuperado de:

http://barcelonacomuns.pbworks.com/w/file/etch/64058231/DUHAU_LA_CIUADAD_INFORMAL_el_orden_urbano_y_el_derecho_a_la_ciudad.pdf.

Instituto de Estudios Urbanos. (2008). Manual de Funciones Caja de Vivienda Popular. Versión electrónica disponible en:

<http://institutodeestudiosurbanos.info/endatos/entidades/cajadeviviendapopular.pdf>. Página consultada 14 de Agosto de 2016.

IRR. (2015). Reciclaje inclusivo y recicladores de base en el Ecuador. Versión electrónica disponible en:

<http://reciclajeinclusivo.org/wp-content/uploads/2016/04/Reciclaje-Inclusivo-y-Recicladores-de-base-en-EC.pdf>. Página consultada el 27 de septiembre de 2016.

Wilkis, A. (2004, 3 de noviembre). Apuntes sobre la noción de estrategia en Pierre Bourdieu. Revista Argentina de Sociología. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id.26920307>.

Publicaciones inéditas

Coca, M. (1998). *La sublevación de los imaginarios*. (Trabajo de grado/ tesis de pregrado). Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

4. Contenidos

Esta investigación está compuesta por cuatro capítulos que marcan la evolución y las transformaciones de la comunidad Comunera desde su pasado en la zona de invasión en Puente Aranda, hasta su presente hoy en Suba. En el primer capítulo hablo de la forma como llegué a la comunidad, así mismo el contexto en el cuál se dio su llegada a la ciudad. en este capítulo se exponen también las generalidades de la construcción inicial de la invasión.

En el segundo capítulo explico las características que me permiten interpretar a Comuneros como una comunidad organizada que a partir de prácticas vecinales, laborales y políticas logran establecerse durante tres décadas en Puente Aranda logrando así un lugar en la ciudad. En el tercer capítulo explico la etapa de transición entre el desalojo de Comuneros, hasta su establecimiento en Suba, todo ello visto desde una postura crítica de los proyectos de desarrollo urbano propuestos por las autoridades distritales en la década del noventa. Por último, el cuarto capítulo habla del presente Comunero y de los efectos devastadores que ha traído la reubicación para esta comunidad que no solo ha tenido que dejar atrás sus prácticas históricamente construidas, sino que además deben luchar en contra del estigma que existe a su alrededor por la labor de recicladores que han desempeñado por tantos años.

5. Metodología

La etnografía es el método y el camino interpretativo para comprender y explicar los objetos simbólicos y materiales que ha construido Comuneros en torno a su identidad. El estar allí, en el barrio con la comunidad me permite construir un texto basado en la descripción densa, una narración que no solo se encarga de percibir los detalles pequeños para luego transcribirlos, también descubrir en cada gesto, lenguaje y práctica, una oportunidad para identificar los diversos fenómenos sociales que atraviesan y problematizan la realidad Comunera.

6. Conclusiones

Doy un fin parcial a esta investigación, resaltando los aspectos que construyen la identidad Comunera, aquella que se ha transformado entre las antiguas y nuevas generaciones de la comunidad, quienes a través de sus testimonios y experiencias en la ciudad, me permiten comprender que la informalidad, el reciclaje, la organización comunitaria y el estigma son los aspectos que en gran parte los construyen y los identifican ante la sociedad y entre ellos mismos.

La propuesta analítica desarrollada desde la etnografía permite comprender los fenómenos de la pobreza urbana y la marginalidad en la que se mantienen no solo Comuneros sino muchas más comunidades en América Latina y el mundo. Una etnografía preocupada por comprender los efectos de las políticas de transformación urbana sobre las poblaciones desposeídas, deja la puerta abierta a nuevos proyectos y nuevas vías analíticas que profundicen aún más en estos fenómenos.

| | |
|-----------------------|------------------------------|
| Elaborado por: | Jenny Marisol Ávila Martínez |
| Revisado por: | Pablo Andrés Nieto Ortiz |

| | | | |
|--|----|----|------|
| Fecha de elaboración del Resumen: | 01 | 12 | 2016 |
|--|----|----|------|

Tabla de contenido

| | |
|--|-----|
| INTRODUCCIÓN | 14 |
| CAPÍTULO PRIMERO | 39 |
| Los de “Casitas”: Comuneros que estudiaban en el Herberth | 39 |
| Las abuelas y su experiencia de migrantes | 55 |
| Comuneros no fue un grupo de migrantes como los demás | 61 |
| <i>Abriendo caminos y levantando techos en la ciudad</i> | 62 |
| <i>Rechazados la legalidad y acogidos por la ilegalidad</i> | 67 |
| <i>Tomando prestados los servicios legales</i> | 70 |
| CAPÍTULO SEGUNDO | 76 |
| También para Comuneros todo tiempo pasado fue mejor | 76 |
| La informalidad garante, haciendo hábitat desde el margen | 78 |
| Construcción y particularidad de la comunidad Comunera | 81 |
| El trabajo como eje constitutivo del gueto comunitario | 86 |
| <i>Puente Aranda como una solución habitacional y laboral</i> | 89 |
| <i>Estrategias de sobrevivencia en el reciclaje</i> | 92 |
| <i>Las relaciones de habitabilidad dentro y fuera de los ranchos</i> | 102 |
| <i>Los procesos organizativos en defensa de la invasión</i> | 115 |
| CAPÍTULO TERCERO | 123 |
| La calcomanía roja | 123 |
| Comuneros: Esta vez tampoco van a “Formar Ciudad” | 126 |
| Reubicación sí, unión comunitaria no | 133 |
| Punto de giro: Cómo la reubicación fue un gran engaño | 141 |
| Amargo recibimiento: Por la población de Suba habla el crimen | 144 |
| CAPÍTULO CUARTO | 156 |
| Un nombre para mantener vivo el pasado | 158 |
| Las transformaciones y las luchas por la permanencia | 161 |
| <i>Guerra de carretas: Estrategias para la búsqueda del sustento</i> | 162 |
| <i>Hijos solos- hijos delincuentes</i> | 168 |

| | |
|--|-----|
| <i>Criminalización en la escuela</i> | 177 |
| Otra generación, nuevas expectativas y oportunidades | 183 |
| Diferentes búsquedas de comunidad: Últimas noticias sobre Comuneros..... | 187 |
| CONCLUSIONES..... | 194 |
| BIBLIOGRAFÍA | 203 |

Índice de Fotos

| | |
|--|----|
| Foto 1. Fuente: Imagen tomada del archivo de la profesora Diana Alfonso El interior de los salones en una jornada de clase..... | 42 |
| Foto 2. Fuente: Imagen tomada del archivo de la profesora Diana Alfonso. Fachada del Instituto Herberth Spencer..... | 43 |
| Foto 3. Fuente: Imagen tomada del archivo de la profesora Diana Alfonso. Único espacio de recreación en el colegio: La cancha central durante un campeonato. | 43 |
| Foto 4. Fuente: Propia. Casi no recuerdo el barrio con lluvia..... | 49 |
| Foto 5. Fuente: Propia. Es muy temprano y es fin de semana, la gente aún no empieza a salir de sus casas..... | 51 |
| Foto 6. Fuente: Álbumes familiares de Comuneros. Hilera de ranchos a la orilla de la carrilera en la carrera Cuarenta..... | 93 |
| Foto 7. Fuente: Álbumes familiares de Comuneros. Para muchos transeúntes de la Zona Industrial se desconoce la actividad de sobrevivencia de Comuneros, por lo que se hace inconcebible la alta presencia de basura acumulada a lo largo de los ranchos..... | 93 |
| Foto 8. Fuente: Propia. La carreta de Tata frente a su casa en “Casitas” en Suba. No parece, pero es liviana y puede soportar hasta toneladas..... | 94 |
| Foto 9. Fuente: Propia. Ahí está Tata frente a su casa, acompañada de su vecino. A ella no le gustan las fotos, menos cuando no está bien arreglada, simulaba organizar la ropa para no darme la cara..... | 95 |

| | |
|--|------------|
| Foto 10. Fuente: Magazín Dominical 1994 Encabezado de Uno de los repostajes hechos sobre Comuneros | 104 |
| Foto 11. Fuente: Álbumes familiares de Comuneros. Una escena de la vida cotidiana, el cargue de residuos al camión que lleva la carga al centro de acopio..... | 105 |
| Foto 12. Fuente: Álbumes familiares de Comuneros. El reciclador y su respectiva zorra frente a una fábrica, quizá esperando el tiempo para recoger los residuos..... | 105 |
| Foto 13. Fuente: Propia. Esta es la fachada de la casa de uno de los hermanos de Tata; se caracteriza por tener una de las fachadas mejor arregladas, tanto así, que los demás hermanos la han tratado de copiar para sus casas..... | 124 |
| Foto 14. Fuente: Álbumes familiares de Comuneros. A la derecha se alcanza a ver parte de los ranchos construidos con teja de Zinc, a la izquierda la pared de una de las fábricas. Al respaldo de los ranchos se estaban organizando las olimpiadas infantiles. Aprovechando la escasez de tránsito por estas calles, se realizaban eventos especiales como este: La marcha de la llama olímpica Comunera. Fuente: Álbumes familiares de Comuneros..... | 127 |
| Foto 15. Fuente: Álbumes familiares de Comuneros. A las madres de familia Comuneras les da nostalgia ver estas fotos, muchos de estos niños disfrazados han cambiado, ya son adultos con hijos, se han divorciado y han regresado, otros permanecen en su casa sin una actividad definida y otros ya han fallecido..... | 152 |
| Foto 16. Fuente: Álbumes familiares de Comuneros. El show de mariachis fue la sorpresa del evento, mediante una recolecta organizada con la Junta, lograron contratar al grupo que homenajeó la presencia del Alcalde. Al lado del guitarrón está el hermano mayor de Piquiña y junto a él, de camisa blanca, está Blanca Ruth Rodríguez..... | 153 |
| Foto 17. Fuente: Álbumes familiares de Comuneros. Ahí está el hermano mayor de Piquiña con el Alcalde, pregunté de qué estarían hablando en ese momento pero nadie me dio razón, si era hora del desayuno, entonces no era sobre la reubicación..... | 153 |
| Foto 18. Fuente: Álbumes familiares de Comuneros. El camión frente a los ranchos, esperando con el trasteo de las cosas para emprender su viaje a la | |

| | |
|--|-----|
| nueva vivienda en Suba. Este fue el momento que ningún Comunero quería que pasara..... | 154 |
| Foto 19. Fuente: Propia. A este lugar del barrio le denominan el hueco porque ahí se reúnen los muchachos a consumir droga. Desde la ventana trasera del Salón Comunal veo el mural, veo la gente que sube y baja, veo a los muchachos y a ellos no les gusta verme ahí..... | 158 |
| Foto 20. Fuente: Propia. El nombre innombrable..... | 161 |
| Foto 21. Fuente: Propia. Tiempo de testimonios, José Luis también quiere contar..... | 169 |
| Foto 22. Fuente: Propia. Pliegue de archidrón con basura acumulada, en algunas viviendas, la acumulación de basuras ha carcomido el metal, provocando filtraciones de agua al interior de las casas, afectando la salud de los niños..... | 186 |
| Foto 23. Fuente: Propia. Frente al Salón Comunal A la Izquierda está Isaías, el mejor jugador de fútbol del barrio, a la derecha está Quico pequeño, el segundo mejor jugador de fútbol del barrio. | 190 |
| Foto 24. Fuente: Propia. Nueva ronda de juegos, de izquierda a derecha: Nelcy, Daniel y Quico Grande..... | 190 |
| Foto 25. Fuente: Propia. Constantemente los vecinos deben enviar solicitudes a la empresa de aseo de Bogotá para podar el pasto del barrio, cuando está demasiado largo, hay proliferación de plagas y enfermedades en el barrio..... | 191 |
| Foto 26. Fuente: Propia. La humedad producida por la mala estructuración de las tuberías y el alcantarillado en el proceso de construcción de la urbanización, es otro de los puntos centrales en las discusiones del barrio..... | 191 |
| Foto 27. Fuente: Propia. ¿Cómo se ve Comuneros desde afuera?..... | 193 |

Índice de Mapas

| | |
|--|----|
| Mapa 1. Fuente: Propia. Espacios emblemáticos del barrio el Rincón de Suba, epicentro de expansión urbana de la localidad..... | 48 |
| Mapa 2. Fuente: Propia. Zona de invasión Comunera entre Calle Sexta y Calle Trece. Por efectos del cambio de nomenclatura, en la actualidad, la zona que los habitantes Comuneros denominan como la Cuarenta, corresponde a la carrera Cuarenta y dos de Mapa..... | 63 |

INTRODUCCIÓN

PÁGINAS PARA COMPRENDER E INTERPRETAR EL TEXTO COMUNERO

Los primeros protagonistas de la escena

Involucré a Magaly, mi hermana menor en este proceso de investigación cuando comencé a realizar el trabajo de campo en el barrio Comuneros en la localidad de Suba hace un año. En ese momento Nelcy Ramos, la líder del barrio me propuso como condición para ingresar a realizar mis observaciones el diseño de una serie de actividades recreativas que sirvieran como retribución a la colaboración que tanto ella como todos los habitantes del barrio estuvieron dispuestos a ofrecerme. Si realmente estaba interesada en una investigación que me permitiera comprender la historia y las transformaciones identitarias de la comunidad Comunera, tenía que corresponder a esa petición y para ello, necesité de Magaly, una persona diestra en la cuestión.

En lo último que pensé cuando inicié mi trabajo de campo fue en diseñar actividades recreativas para la población infantil y de tercera edad del barrio; yo no sé de bailes ni de juegos tradicionales. Mi formación es en Ciencias Sociales. En este proceso formativo he comprendido que a veces, mientras analizamos científicamente el mundo, terminamos por enajenarnos de las cosas más sensibles y cotidianas del ser humano como lo son el mismo juego y el ocio. Yo no aprendí de eso, no lo concebí como un componente fundamental en las relaciones sociales, no sabía al respecto, en cambio mi hermana Magaly sí; ella va a la universidad a verle el sentido científico y pedagógico a eso de saber recrearse en el tiempo libre.

Como ella sí sabe de juegos, sabe integrarse y hablar con la gente, sabe establecer fácilmente vínculos mediante una conversación y se ríe a cada rato, aproveche sus cualidades y acudí a ella como nunca antes lo había hecho. Tuve que integrarla en el contexto social que rodea a las personas que habitan al barrio Comuneros de Suba.

“Magaly, Comuneros es un barrio que queda cerca al barrio Rincón, donde vive mi abuelita. El barrio queda a la orilla de la loma, estoy segura que usted ha pasado muchas veces cerca de él, pero no se ha percatado de su presencia porque es muy pequeño, solo son tres manzanas. Allá viven unas familias conocidas con el mismo nombre del barrio, es decir que también se hacen llamar Comuneros. Espero que no se vaya a confundir con lo que le estoy diciendo, el barrio se conoce con dos nombres: “Comuneros” o “Casitas” y allí viven los recicladores Comuneros.

“Los recicladores Comuneros fueron una comunidad de más de cien familias que vivió durante treinta años en un lote de la localidad de Puente Aranda. En la década del cincuenta llegaron desplazados por la violencia bipartidista desde distintos departamentos del país. Como no encontraron empleo, tampoco pudieron pagar un alojamiento estable para sus familias, entonces para dar solución a sus problemas decidieron invadir la vía del ferrocarril de la carrera Cuarenta ¿Usted conoce esa zona?– Queda entre las calles sexta y trece, por ahí, cerca de donde trabajaba mi papá.

“Durante tres décadas muchas familias en la misma condición de pobreza y dificultades materiales iban llegando para establecerse en la invasión, construían sus casas con materiales provisionales como cartón, madera, latas viejas de zinc. Para subsistir aprovecharon la cercanía con la Zona Industrial para encargarse de recoger los desechos que provenían de la actividad de las fábricas. En la zona se producían toneladas de basura que fueron progresivamente organizadas por la comunidad de la invasión, ellos mismos construyeron sus carretas para recolectar los desechos y llegaron a acuerdos con los empleados de las fábricas para determinar horario de cargue de material. Así se convirtieron en la comunidad de recicladores Comuneros ¿de dónde sacaron ese nombre? –Después me lo contarán, supongo.

“En la década del noventa, llegó la Alcaldía de Antanas Mockus, usted no se alcanza a acodar de la Cultura Ciudadana pero yo sí. Ese era el plan bandera de su administración, en su discurso decía que la Cultura Ciudadana se alcanzaba mediante la recuperación de los espacios públicos invadidos, por lo tanto, solicitó el desalojo de comunidades invasoras de espacios públicos como Comuneros, con quienes después de negociaciones mediadas por el caos social, jurídico y administrativo, reubicó allá en Suba, en una casas muy pequeñitas en donde viven desde hace diecisiete años. El asunto no es tan sencillo como se lo he contado, sobre lo complejo iremos hablando en el camino, si me quiere hacer el favor de acompañarme”.

Después de la explicación Magaly decidió acompañarme, llegó desde su primer día con rutinas de ejercicios preparadas para las abuelitas que asistían a los talleres de actividad física – Las primeras actividades que organizamos en el barrio –. En un cuaderno grande llevaba las figuras las instrucciones para cada ejercicio. Contrario a lo que yo pensaba, ella ha realizado un trabajo disciplinado, suficiente para que construyéramos poco a poco una credibilidad ante la comunidad que vio cómo de un momento a otro aparecieron dos personas idénticas – “las profes” – las que bailan en el Salón Comunal con las abuelitas. Claro, entre las dos hay una que hace poco ejercicio, que se queda viendo por la ventana, que no hace las actividades sino que se la pasa en el portón del

salón, hablando con todos los que pasan, tratando de darse cuenta de lo que va sucediendo en el barrio y frente a ella.

Incidentes y aciertos en el trabajo de campo

Cuatro meses después de estar cada semana en el barrio de Comuneros, las personas nos reconocían, como nadie le interesó mucho saber nuestros verdaderos nombres, se refieren a nosotras como “las profes”. Cuando vamos caminado por las cuadras angostas del barrio desde las ventanas nos saludan; si en la tarde hace sol nos invitan a jugar yermis y si hace frío nos invitan a tomar tinto. No hemos establecido conversaciones con la totalidad de los habitantes del barrio porque a muchos les molesta salir de su casa y lo hacen cuando es estrictamente necesario, pero curiosamente cuando nos encontramos con alguien a quien no hemos visto, nos saludamos, como si ellos reconocieran que pasamos largo tiempo en el lugar, compartiendo juntos el mismo tiempo.

En los fines de semana o en los tiempos de vacaciones, las calles están llenas de gente de todas las edades, los niños juegan a ser cantantes, futbolistas, ladrones y policías; los adolescentes en la entrada de las casas oyen rap, se hacen peinados y miradas con afectuosa complicidad y los adultos hacen arreglos a sus casas o discuten con los vecinos sobre los problemas del barrio. En cada vivienda suena música de todo género a alto volumen, cualquier niño que está jugando intercala sus actividades con los mandados que debe hacer a la tienda, suben y bajan con huevos, leche y pan. Al oscurecer, los más jóvenes se ponen sus mejores prendas, esperan en la esquina a sus amigos y se van de fiesta. Algunos continúan la fiesta en el barrio, sigue la música, llega la cerveza y el ron a veces las peleas y con éstas la policía.

En el mes de diciembre, cuando más se presentan éstas tardes de diversa convivencia, algunos niños se nos acercaron para preguntarnos si teníamos alguna actividad especial para las novenas de aguinaldos; a decir verdad no sabíamos que la integración que amablemente nos estaban permitiendo dentro de la comunidad implicaba la participación en esas fechas. Sin pensarlo, tomé la palabra y viendo una oportunidad de mayor interacción con los vecinos les propuse que organizáramos un día de novena con procesión por todo el barrio, como las que se hacen en la semana santa.

La idea se propagó entre los vecinos, desde la ventana preguntaban cómo iba a ser la novena, qué íbamos a dar o si habrían regalos. Las personas esperaban pasar un buen momento y a la vez recibir algún presente material. Por fortuna, la familia Forero se encargó de preparar sánduches y gaseosa para los asistentes, Quico Grande¹ se comprometió a conseguir un baffle con micrófono, la señora Nelcy² junto a Tata³ armaron un árbol de navidad en el Salón Comunal con vasos plásticos reutilizables y libros de la biblioteca comunitaria del mismo salón. Las profes por su parte, se comprometieron a organizar el orden de las estaciones y a diseñar una piñata para romper al final de la novena.

Los organizadores estaban expectantes, Nelcy estaba contenta porque desde hace mucho tiempo no había alguien ajeno a la comunidad comprometido con las actividades. El voz a voz de una novena con piñata atrajo a todos los niños esa noche del evento, los que tienen mayor iniciativa llegaron disfrazados de María y José, hasta una joven que recién daba a luz nos prestó a un su bebé recién nacido para que fuera el niño Dios. Ya eran las seis de la tarde, no asistió mucho público adulto, pero los niños sí estuvieron puntuales en la esquina de la manzana central del barrio. Partimos con el grupo recorriendo las tres manzanas, leyendo los gozos y tocando la pandereta. Quico Grande y Quico Pequeño⁴ se apoderaron del micrófono, encabezando los padrenuestros y las avemarías.

¹ Quico Grande tiene quince años, aunque su tía es propietaria de una de los predios de reubicación en la localidad de Suba. Él siempre está en la casa de su tía, su mamá no quiso hacerse cargo de su educación y por eso, desde el 2015 está desescolarizado, esperando en su casa qué oficio puede realizar.

² Nelcy Ramos es la presidenta de la Junta de Acción Comunal, tiene 50 años y es oriunda de Turmequé Boyacá. Ella me contó que llegó a Bogotá cuando tenía 18 años, salió de su pueblo para poder terminar el bachillerato, pues si permanecía en Turmequé solo tendría como opción de vida el matrimonio. Huyendo a esos designios, termina su secundaria en la jornada nocturna, mientras en la mañana trabaja con comunidades desfavorecidas de Ciudad Bolívar. Estando en el colegio conoció a su esposo Humberto, hijo de un reciclador Comunero, con quien seis años después de haberlo conocido se casó, vinculándose de esa forma con Comuneros, hasta tomar una responsabilidad política frente a la comunidad y encargarse desde hace más de diez años de encabezar las reivindicaciones del colectivo.

³ Tata es la tía de Quico, al igual que el esposo de Nelcy, ella también nació en Comuneros y se dedica al reciclaje desde su infancia. Tiene 48 años y actualmente es la propietaria de uno de los predios de reubicación en Suba. Allí vive con sus seis hijos y un nieto que acaba de nacer. En la comunidad se ha caracterizado por sus habilidades deportivas y artísticas. En las fechas importantes se encarga de la decoración de la calles y del Salón Comunal. Cuando las muchachas requieren de entrenamiento para campeonatos de fútbol, es ella quien se encarga de su preparación.

⁴ Quico pequeño es hijo de Tata, tiene trece años, aunque ya es un adolescente su baja estatura y sus rasgos faciales tan infantiles suelen hacerle pensar a la gente que es mucho menor. Le gusta cantar rap, es un excelente jugador de Fútbol, no le va tan mal en el colegio. Pasa gran parte de su tiempo con su primo Quico grande, entre ambos hacen los mandados domésticos que requieran sus familias.

Llegamos al Salón Comunal, el señor Forero⁵, más conocido como *Piquiña* ya había dejado lista la piñata. Cuando los niños entraron, saltaban por encima de las sillas del Salón, se colgaban en el muro que da hacia las escaleras, yo intentaba controlarlos pero ellos solo querían la piñata. Ante la indisciplina que ninguno de los adultos supo apaciguar, Magaly tomó el micrófono y con una rima que ellos debían contestar, por fin logró ubicarlos alrededor de la piñata en silencio. – ¿Quién quiere pasar primero? Y todos se abalanzaban como queriendo alcanzar la piñata, uno de los asistentes, se separó del grupo y empezó a improvisar una canción de rap, ante su habilidad para llamar la atención, le fue cedido el honor de intentar romper la piñata. Después de tres golpes, el niño cantante no logró lo que parecía ser un fortín de dulces.

Pasaron cuatro niños y la piñata seguía intacta, cuando pasó el quinto todos les gritaban que le pegara con fuerza. Nelcy le cubrió los ojos al nuevo participante, le dio doce vueltas para marearlo y empezaron los golpes: Uno, dos, el tercero lo envió con tanta fuerza que el palo de escoba con el que intentaban golpear la piñata llegó con todo el impulso contra la frente de uno de los pequeños que estaba debajo de la piñata. La gritería se disipó instantáneamente, el silencio por un segundo, antes de que el niño soltara un chillido tenue y un hilito de sangre bajara de su frente hacia la punta de su nariz.

Tan pronto como sonó el golpe contra la cabeza de la víctima, todas las miradas de los niños fueron hacia mí, Nelcy me miraba con gesto de desprecio y comprensible ira. Pensé de inmediato que esa era la última noche en Comuneros. En mi idea de la piñata no tenía programado un accidente, solo quise hacerla de un material muy resistente para que soportara el peso de los dulces, no pensé que el cartón plastificado resistiera tantos golpes. Me acerqué a Nelcy tratando de explicarle la lógica de los accidentes, mientras los papás del niño descalabrado intentaban curar la herida con un poquito de alcohol.

Pocas veces he sentido tanta vergüenza como ese día, la cabeza del niño no paraba de sangrar y en mi egoísmo no hacía más que pensar en el destino de la investigación. Para que el silencio incómodo no continuara, el señor Forero junto con Magaly abrieron la

⁵ El señor Forero es hermano de Tata, a decir verdad esta es una de las familias más grandes de la comunidad. Tíos, sobrinos, hermanos, comparten el apellido Forero. Todos ellos vienen de la invasión de la carrera Cuarenta, en su caso, llegó allá siendo un recién nacido. Aunque el señor Forero ya no se dedica al reciclaje porque ahora trabaja en construcción, su esposa sí lo hace. Son de los pocos núcleos familiares que aún cuentan con una fuente de sustento basada en el reciclaje. Tienen tres hijos que en estos momentos están intentando acceder a la educación superior, de ellos me relaciono constantemente con el segundo llamado Jean Claude.

piñata con unas tijeras, la algarabía de los niños volvió al momento de ver caer los dulces. Al descalabrado le ofrecieron un puñado de confetis, gaseosa y sánduche, pero tenía tanta rabia que no quiso recibir nada. Cuando se acercó el papá del pequeño, le ofrecí disculpas que por fortuna recibió con amabilidad respondiéndome: *Fresca profe, el pelado es una nena y está acostumbrado a berrear por nada, usted sabe que la sangre es escandalosa.*

Los niños tuvieron sus dulces y sus onces, los adultos se fueron comentando con tono de burla el incidente del descalabrado. Al final, los organizadores quedaron contentos, tomaron el percance con naturalidad, Nelcy se reía de mi cara de preocupación y el pobre descalabrado por supuesto, continuaba enojado. Al siguiente día estábamos en el barrio otra vez, como si nada hubiera sucedido, con la ganancia de tener una experiencia que compartir con Comuneros, a costa del descalabrado.

El método como principio organizador del trabajo de campo

He de admitir que mi trabajo de campo no se caracterizó por la rigurosidad en la toma de notas de campo, horarios de permanencia en el barrio o sistematización de experiencias, empero, también reconozco que siempre estuve con la gente, tratando de interpretarlos, pero también interpretándome a mí estando allí.

En los inicios del trabajo de campo asistía únicamente los sábados antes de mediodía, a esas horas siempre vi lo mismo, vi las mismas personas y escuchaba casi siempre relatos muy parecidos. A pesar de la repetición de hechos, esta continuidad me permitió establecer un vínculo de mayor confianza con personas que frecuentaban el salón Comunal —el lugar donde pasé la mayor parte del tiempo. Dichos vínculos trasladaron la relación lejana que suele existir entre el investigador y la población investigada hacia otros escenarios donde las conversaciones iniciadas en la mañana del sábado, tenían que terminarse con el compromiso de ir cualquier día de la semana, bien fuera a terminar de hablar o a seguir oyendo. De este modo, mi presencia en “Casitas” en la localidad de Suba, lugar donde se reubicaron los habitantes de Comuneros de la Calle 40 fue por más de un año parte de esos recorridos diarios que se hacen por la ciudad y sus habitantes, pasaron a ser personas de mi lista de gente para ir a visitar.

La progresión de estos campos de interacción me llevaron a adoptar como método de investigación el trabajo etnográfico, una metodología en la que es posible desobedecer a

los cánones de investigación sin que ello ponga en riesgo el conocimiento de datos precisos sobre las personas con quienes empiezo a compartir mi cotidianidad (Bourgois, 2010: 47). Las lecturas hechas sobre las reflexiones etnográficas de James Clifford (2001) y de Clifford Geertz (1973) me permitieron comprender que el trabajo de campo que estaba desarrollando junto a Comuneros podría llegar a constituir experiencias de investigación de las cuales yo lograra hacer interpretaciones sobre la vida Comunera, la que se les quedó en la carrera Cuarenta y la que están construyendo en Suba.

Dichas experiencias de investigación se manifiestan en la flexibilidad que producen los testimonios Comuneros alrededor de sus relaciones con la institucionalidad Estatal, con los ciudadanos y con ellos mismos. En cada ejercicio narrativo se expresan multiplicidad de subjetividades que ante este foco analítico se convierten en formas de construcción política, no porque yo lo asuma de tal manera, sino porque sus acciones mismas han significado históricamente una constante pugna contra el establecimiento y a favor de su derecho a tener un espacio aceptable en la ciudad.

En el trabajo de campo busqué comprender los fenómenos políticos y urbanos de la ciudad a partir de la perspectiva de los actores pertenecientes a la comunidad Comunera como lo señala Rosana Guber (2013) ¿Cómo se sentía la ciudad sin tener un techo? ¿Cómo se construye una vida cotidiana en la informalidad urbana? Todas estas cuestiones fueron emergiendo a medida que los tiempos de interacción se prolongaban, yo mientras tanto escuché e intenté hacer una representación coherente de lo que yo suponía que pensaba y sentía una comunidad frente a lo que ellos realmente piensan sienten y dicen acerca de los que significa estar presente durante muchas décadas en la ciudad, pero ser invisibles para la ciudad que siempre tiende a desconocerlos (Chartier, 1992).

La ignorancia metodológica con la que debí acercarme a una realidad para conocerla me permitió según lo expuesto por Rosana Guber detectar con mayor facilidad aquellos incidentes reveladores con los que puedo conocer e identificar los rasgos más sobresalientes de la comunidad (2014). En esta medida, lo más recomendable para mí fue que no llevar un libreto totalmente preparado para acercarme a ellos. Por el contrario, me aproximé a su realidad de acuerdo a los parámetros que ellos impusieran con el fin de manifestar mi compromiso y respeto ante lo que ellos tuvieran por compartir, recordando que como lo indica Rosana Guber, “la investigación no se hace

sobre la población sino con y a partir de ella” (2013:186). De mí capacidad de comunicación con ellos, dependía la habilidad con que fuera posible franquear las barreras de desconfianza para desarrollar verdaderos ejercicios narrativos.

Ante la avalancha de dudas que vienen implícitas en mis espacios de interacción con Comuneros, se manifiesta la necesidad de condensar todas las cuestiones en la pregunta por la identidad, por saber quiénes son Comuneros y qué atributos los han definido ante la sociedad y entre ellos mismos como la comunidad urbana compleja que hoy se mantiene en lucha contra los entes administrativos de la ciudad. En búsqueda de otorgarle sentido y orden a este proceso investigativo, dirijo mis objetivos a un conocimiento de la comunidad desde sus reivindicaciones y sus procesos organizativos.

Una vez he organizado una estructura general sobre mi conocimiento en torno a la comunidad, me propuse analizar e interpretar las transformaciones identitarias de los recicladores Comuneros a partir de su organización comunitaria y su disputa por el derecho a la vivienda. Aspectos como las políticas en torno a lo urbano son un aspecto insoslayable en la investigación, pues son éstas las que de alguna forma han determinado el destino de las acciones de Comuneros tanto en la invasión en la Cuarenta como en el momento de reubicación en Casitas en la localidad de Suba. Es por esto que consideré la importancia de identificar las políticas sociales y urbanas que propiciaron el desarrollo de la invasión Comunera en la Zona Industrial de Puente Aranda.

Durante el proceso de asentamiento en la Zona Industrial, la organización de la comunidad en torno a distintas funciones de carácter laboral y familiar y vecinal hace de esta población un colectivo con amplias capacidades estratégicas y organizativas que deben ser comprendidas a través de la interpretación de las prácticas comunitarias que fortalecieron su invasión por treinta años. Siguiendo la línea histórica de las transformaciones en la organización Comunera, me propongo identificar las transformaciones identitarias de la comunidad tras su proceso de reubicación en Suba, reconociendo a la vez, qué aspectos en las estrategias de los agentes Comuneros han generado otras formas de comunidad como consecuencia de su salida de la Zona Industrial.

El alcance de cada uno de estos objetivos está atravesado por la investigación etnográfica, asumida como *“una ciencia interpretativa en busca de significaciones para*

analizar la cultura” de la comunidad con la que me integré para realizar mi trabajo de campo (Geertz, 1972: 23). La etnografía en Comuneros no debe quedarse en las limitadas y rígidas labores de selección de informantes, transcripción de textos de entrevistas, trazado de mapas del área de trabajo o la minuciosa tarea de llevar un diario de campo. Más allá de ello, con la etnografía se trata de comprender el lenguaje de cada habitante del barrio y de los objetos materiales y simbólicos que ellos han elegido para organizar sus espacios; la sonoridad del ambiente, la jerarquización dentro de la comunidad, lo visible y lo invisible, todo ello en búsqueda de la interpretación de lo que significa ser Comunero.

A partir del análisis etnográfico definido por Clifford Geertz (1972), he reconocido que a lo largo de este proceso requiero de la capacidad de saber cómo tener acceso a las propias interpretaciones que han hecho Comuneros sobre su realidad. Para ello, es necesario aprender a percibir en los hechos cotidianos de la vida Comunera el significado de las conductas y de los gestos por medio de los cuales la comunidad interactúa. Hacer de cada acción vista en el diario vivir del barrio un texto legible e inteligible que me permita conocer y relacionar las interpretaciones que hacen sobre sí mismos, así como la teoría interpretativa que puedo construir sobre ellos.

Aludiendo a otras perspectivas teóricas sobre la etnografía, reconozco la relación inherente que establece James Clifford en *Los dilemas de la cultura* (2001) entre la etnografía y las redes de escritura que simultáneas al trabajo voy produciendo. Sin embargo, busco traspasar ese ejercicio de traducción mínimamente detallado de las experiencias de mis interlocutores que tanto caracteriza a este método de investigación para llegar finalmente a una elaboración más compleja de lo que significa la labor de observar y traducir, me refiero a la posibilidad de elaborar una descripción densa en torno al universo Comunero.

Para Clifford Geertz, la etnografía es descripción densa y ésta a su vez significa “*lo que en realidad encara al etnógrafo en una multiplicidad de estructuras conceptuales complejas, muchas de las cuales están superpuestas o enlazadas entre sí, estructuras que son al mismo tiempo extrañas, irregulares, no explícitas y a las cuáles el etnógrafo debe ingeniarse de alguna manera, para captarlas primero y explicarlas después*” (1973: 24).

La legibilidad en torno a las formas de vida en el barrio de Comuneros se da en tanto sepa reconocer que la descripción densa me permite percibir e interpretar cuáles son los fenómenos sociales presentes en las prácticas cotidianas de la comunidad ¿qué hay detrás de esa recuperación de las actividades recreativas y colectivas de la comunidad? ¿Cuál es la genealogía de los diversos conflictos por la vivienda? ¿Cuál es la importancia de identificar las transformaciones identitarias de una comunidad que ha construido su hábitat a partir de una serie de prácticas al margen de lo establecido por las normas?

Estas cuestiones emergentes se van alimentando de las experiencias obtenidas a lo largo del trabajo de campo. Las prácticas cotidianas que logro percibir en actividades como la celebración de la novena de aguinaldos, algún partido de fútbol en la tarde o una discusión entre jóvenes vecinos me dan la posibilidad no solo de construir la descripción densa que requiero para dar respuesta a mis cuestionamientos, sino también la potestad para hablar de lo que James Clifford denomina como la *Autoridad Etnográfica* (2001), el conocimiento sobre las conductas, los gestos y los lenguajes de la comunidad que me dan el hecho de haber estado presente en el barrio en diferentes momentos, con diferente gente, hablando sobre ellos y sobre mí, desarrollando mi trabajo de campo.

Para lograr los alcances efectivos en el desarrollo de mi *autoridad etnográfica*, uno de los compromisos adquiridos con Comuneros fue el de estar presente en el barrio, no como la observadora que se posa en el prurito de la sabiduría académica, sino como el agente que participa, propone y colabora en las distintas actividades organizadas dentro del barrio, aun cuando estas resulten accidentadas por falta o exceso de voluntad de colaboración.

Fue justamente esa regla de participación constante la que me permitió establecer una experiencia investigativa basada en el diálogo, en la interpretación y en la polifonía que componían cada testimonio acerca de las vicisitudes que ha pasado Comuneros para habitar como comunidad en la ciudad (Geertz, 1973). Los vínculos creados entre ellos y yo abrieron paso al ejercicio dialógico de pensar y reflexionar, así mismo de pensar en cada pensamiento propio y externo. En las conversaciones sostenidas durante el trayecto del trabajo de campo, son las voces Comuneras quienes hablan de sus conflictos colectivos y los convierten en experiencias personales, que son susceptibles a ser

problematizadas, discutidas, reflexionadas y finalmente escritas con sus palabras y con las mías.

La historia de Comuneros en Bogotá constituye un texto extenso lleno de enmendaduras hechas por sus mismos protagonistas quienes deben hacer una revisión de su pasado para reconocerse en su presente y no olvidar lo que significa hacer parte de ese colectivo. El texto Comunero está lleno de personajes, puntos de giro, tiempos de esperanza e incertidumbre que caracterizan las narraciones que cada día algún habitante del barrio comparte conmigo para que desde mi experiencia reconstruya una nueva interpretación de sus realidades.

La etnografía con los marginados

Pero las referencias sobre la reflexión etnográfica no surgen de las horas de estar sentada en los andenes del barrio, tampoco surgen espontáneamente de las lecturas sobre el método etnográfico. Las formas y categorías analíticas expuestas a lo largo de esta investigación son producto de la revisión, discusión y reflexión en torno a los trabajos de Philippe Bourgois (2010) y de Loic Wacquant (2006). Sus análisis en torno a la pobreza urbana y la exclusión, la estructura narrativa y la interacción desarrollada entre las interpretaciones científicas y los testimonios, se convierten en una forma efectiva de aterrizar distintos elementos teóricos que los mismos autores toman de la propuesta teórica de Bourdieu (2009) y que de mi parte tomo para comprender lo que me enseñan los textos y lo que comprendo observando distintas realidades en Comuneros.

Aunque el trabajo de campo desarrollado por Bourgois y por Wacquant se ubica en espacios altamente industrializados, a saber las ciudades de Nueva York y Chicago respectivamente, no dejan de ser ejemplos ilustrativos tanto por el desarrollo de una observación participante realmente sensible con las condiciones de pobreza de las comunidades con las que compartieron, como por los aportes analíticos y reflexivos acerca de la pobreza urbana, la informalidad y la criminalidad.

En primera medida, la perspectiva antropológica asumida por Philippe Bourgois en el texto *En busca del respeto. Vendiendo crack en Harlem* (2010) se sitúa en uno de los barrios más decadentes de la ciudad de Nueva York- el East Harlem-; territorio históricamente segregado y estigmatizado por ser uno de los mayores contingentes de

población Puertorriqueña en Estados Unidos. En su propuesta investigativa, Bourgois propone un análisis sobre lo que él denomina como “la cultura callejera de la *“inner city”*” el cual logra realizar mediante la total inmersión al barrio.

Aprender a vivir con la población puertorriqueña y conocer la performatividad de su lenguaje, le permite a Bourgois comprender la lucha diaria que libran los habitantes de East Harlem por tratar de vivir dignamente mediante la puesta en marcha de métodos alternativos para la generación de ingresos como la delincuencia organizada, la prostitución, el tráfico de drogas, entre otras actividades extralegales. Más allá crear un discurso sensacionalista a partir de las situaciones extremas de la pobreza de los migrantes, esta investigación es también una postura política en la que se hace un llamado urgente a las instituciones estatales poniendo la cuestión la verdadera eficiencia de las políticas públicas de atención a los más pobres.

Con testimonios de gran extensión y contenido, Bourgois ofrece mediante la “descripción densa” (Geertz, 1973) elementos reflexivos sobre instituciones que, en el caso de Comuneros, son definitivos en la comprensión de sus transformaciones identitarias. Instituciones como la familia, la escuela y el mismo Estado son puestas en cuestión al momento de encontrar el génesis del problema estructural de la pobreza.

A partir de esta investigación se comprende la importancia del trabajo de campo riguroso y la constante presencia y relación con los actores del proceso investigativo en donde se resalta la interacción con individuos que han sido históricamente marginados por las sociedades hostiles que los circundan (Bourgois, 2010). Así mismo, el autor invita a reflexionar acerca de la construcción del texto etnográfico en el que muchas veces la injerencia personal con las comunidades puede llegar a ser tan alta que se suelen omitir los aspectos negativos a fin de mantener los lazos de empatía con las personas que permiten la presencia del investigador en sus espacios; un problema al que yo me veo contantemente expuesta en mi investigación con Comuneros y que por tanto complejiza el desarrollo de interpretaciones de las realidades que observo y percibo mientras estoy en el barrio.

Desde un ángulo sociológico se encuentra Loic Wacquant quien a partir de su trabajo *“Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador”* (2006) presenta una radiografía de la pobreza y la marginalidad urbana paralela a la de East Harlem, esta vez desde un gueto negro en la ciudad de Chicago. Involucrándose como aprendiz en una

sala de boxeo, Wacquant emprende un proceso de aprendizaje en la carrera pugilística mientras comprende las normas al interior de este universo deportivo. Respecto al ámbito investigativo, el autor se propone recabar datos etnográficos precisos y detallados adquiridos mediante la observación directa y participante. Adjunto a la labor de la descripción densa que elabora el autor emergen reflexiones sobre la regulación de la violencia, el control del cuerpo y la seguridad en los guetos norteamericanos donde la cuestión racial acentúa la segregación y el cierre de oportunidades para la juventud económicamente más vulnerable (Wacquant, 2006).

Mediante el texto etnográfico de Wacquant se hacen evidentes el sentido teórico del trabajo de campo, en la medida que éste consiste en ampliar y profundizar el contenido de las teorías bourdeanas hacia el campo de la realidad social. El autor explora las categorías de habitus, práctica y campo en el universo pugilístico al que asisten los jóvenes del gueto en busca de una actividad que los mantenga al margen del crimen y la adicción a las drogas. Las lecciones aprendidas giran alrededor de la habilidad de llegar a hacer grandes conclusiones partiendo de los hechos pequeños sucedidos en la cotidianidad de la comunidad con la que es compartido el trabajo de campo.

La problematización sobre la marginación urbana no debe limitarse a las barreras geográficas y culturales que expongan los resultados de otros trabajos de investigación. Por el contrario, uno de los retos impuestos a lo largo de mi proceso reflexivo-etnográfico consiste en identificar los elementos planteados por trabajos como los anteriormente reseñados en el plano latinoamericano, reconociendo los límites económicos, políticos y culturales que modifican las condiciones materiales y simbólicas de cada comunidad que lucha por un espacio en este mundo de inequidades.

La pertinencia de la ciudad y el suelo urbano en el trabajo etnográfico

Una de las características más sobresalientes en el proyecto de investigación desarrollado con Comuneros es el reconocimiento de la ciudad como escenario físico y político de los conflictos que han mantenido la comunidad frente a diferentes entes de la administración distrital y de la ciudadanía. La ciudad de Bogotá cobra especial sentido una vez se manifiesta el estrecho vínculo que existe entre la implementación de los distintos planes de desarrollo propuestos para la modernización de la ciudad y sus consecuencias en el cumplimiento de los derechos civiles de Comuneros por cuanto participación, habitabilidad y trabajo se refiere.

Teniendo en cuenta que Bogotá, al igual que otras metrópolis latinoamericanas, debe su expansión en gran parte a los movimientos populares que desde la década del cincuenta promovieron la autoconstrucción de barrios desde la informalidad urbana, es necesario prestar atención no sólo a los procesos de desarrollo propuestos desde los gobiernos, sino a las iniciativas creadas por la gente. En razón a ello, la influencia de las investigaciones desarrolladas por Alfonso Torres Carrillo (2013), Samuel Jaramillo (2012) y Carlos Alberto Torres (2009), contribuyen a la conformación de un análisis panorámico acerca de los procesos de invasión, autoconstrucción y legalización de barrios construidos por las familias que migraban de los campos como producto del caos político y social en el que suele mantenerse el país.

La revisión de las experiencias de lucha por la adquisición de suelo urbano en los barrios populares de la ciudad marcan el punto de partida de la invasión Comunera sobre la avenida del Ferrocarril en la Zona Industrial, identificando la pluralidad de condiciones que atraen gran cantidad de migrantes con intensas necesidades que los llevan a organizar de propio cuño toda una revolución habitacional desde abajo. El reconocimiento de estos procesos me permite comparar las diferencias y semejanzas entre las invasiones estudiadas por los autores enunciados y el proceso específico de Comuneros, al tiempo que me es posible mostrar las características que distancian el proceso de lucha de la comunidad respecto a los otros casos ampliamente documentados.

La perspectiva histórica asumida en dichas investigaciones es necesario complementar el debate sobre la ciudad y más exactamente sobre el suelo con algunas aproximaciones sobre la teoría de la renta del suelo urbano, abordada desde los trabajos de Samuel Jaramillo (2009) y David Harvey (2007). Como se verá en el desarrollo del texto, uno de los aspectos que definen el traslado de Comuneros de su lugar residencia en la vía férrea hasta la reubicación en la localidad de Suba, fue la valorización del suelo correspondiente a la carrilera una vez se proyectó en dicho terreno la construcción de la primera línea de metrobus. Una vez el suelo que otrora fuera invisibilizado por la misma presencia de sus invasores, se convierte en una mercancía apetecida por los urbanizadores apoyados por los grandes inversionistas de capital que sobre los derechos de la ciudadanía desposeída promueven el desarrollo económico de los agentes especuladores del suelo.

Un vuelta necesaria por la comunidad

En las transformaciones identitarias que han experimentado Comuneros, los procesos de organización comunitaria han emergido como la matriz articuladora de la historia Comunera. Cuando empiezo a evidenciar una constante alusión al concepto de comunidad en los testimonios de varias personas, reconozco que la alusión no corresponde a una forma mecanicista de nombrar al colectivo sino que efectivamente, gran parte de las pequeñas conquistas sobre el suelo urbano que lograron en el pasado fueron fruto de prácticas organizadas con las que dieron una respuesta contundente a la crisis habitacional y en contra de las políticas del establecimiento.

Dada la trivialización a la que ha sido expuesto el concepto, es necesario retomar la reflexión sobre del sentido de lo comunitario hoy, cuando cualquier unión de individuos es designada como tal, despojando al término de la carga ética y política que aún vive en movimientos urbanos, indígenas y campesinos. Partiendo de esta emergencia Alfonso Torres (2013) se pregunta si es pertinente decir algo nuevo sobre la comunidad.

Respecto a la cuestión planteada por el autor, respondo acudiendo a la afirmación que él mismo arguye *“ante la necesidad de reconocernos desde la compleja, plural y contradictoria realidad latinoamericana, en la que el capitalismo dominante coexiste en tensión con otras formas de organización económica y social”* (Torres, 2013: 196), es necesario volver a la revisión de las acciones contestatarias de colectivos como Comuneros que hace casi cincuenta años, al verse despojados de cualquier bien material deciden hacer frente a la miseria construyendo su propio vecindario, consiguiendo su fuente de subsistencia desde las actividades informales y al margen de las políticas segregadoras de las alcaldías.

Durante el desarrollo de cada capítulo del texto se enuncia a Comuneros como una comunidad porque el lugar que mantuvieron invadido por tres décadas en la Zona Industrial de Puente Aranda fue una realidad creciente y fortalecida gracias a la organización interna que desarrollaron rechazando y criticando cualquier muestra de clientelismo político que entorpeciera la permanencia e independencia de las familias en sus ranchos autoconstruidos.

Pensar una vez más en “comunidad” se hace pertinente porque aun cuando pareciera que el sistema capitalista acentúa las prácticas individualistas en función del

enriquecimiento a costa del desposeído, se manifiestan a partir de pequeñas expresiones el intento de pequeños colectivos que entre la incertidumbre han sabido poner el vilo las instituciones estatales por medio de la ocupación de terrenos, autogestión para el cubrimiento de los derechos que han resultado mucho más eficientes que los paliativos que ofrecen las administraciones locales.

Pensar la comunidad desde Comuneros es pensar y reconocer las experiencias organizativas del pasado en las que la acción colectiva les permitió burlar las reglas en contra del uso informal del suelo, los requerimientos burocráticos para acceder a un trabajo y las normas para la construcción de sentidos de habitabilidad, aspectos definitivos en la configuración identitaria de Comuneros que irán emergiendo en cada uno de los capítulos siguientes.

No busco hacer una conceptualización sobre lo comunitario, he optado por ofrecer un ejemplo del agenciamiento desde la informalidad y los resultados que este dio por tantos años. Busco reflexionar sobre el nacimiento de vínculos, valores y sentimientos compartidos en la carrilera, pero también de su ocaso y su persistencia por no desaparecer (Torres, 2013).

La organización comunitaria que se destaca en el pasado Comunero también es susceptible a transformaciones que ofrecen otras entradas analíticas para continuar con la problematización sobre las condiciones sociales, políticas y económicas que rodean a Comuneros. La exaltación del valor conceptual de la comunidad se expande hacia otros linderos desde los cuales lo comunitario puede llegar a debilitarse hasta la desaparición o total resignificación.

Otros abordajes sobre lo comunitario

Para aclarar cuáles son esas posibles deformaciones de la comunidad, retomo nuevamente a Wacquant con el texto *Los condenados de la ciudad* (2007). La referencia a esta segunda obra del autor es pertinente por cuanto ofrece otra dimensión de la comunidad aterrizada tanto a su capacidad organizativa como a las crisis desintegradoras.

En *Los Condenados de la Ciudad* se resaltan las categorías de “gueto comunitario” e “Hipergueto”. Según los postulados analíticos de Wacquant, el gueto comunitario es una forma institucional caracterizada por una conciencia colectiva unificada, una

división social del trabajo prácticamente completa y con instrumentos de movilización y representación que gozaban de una amplia base social (2007: 96).

Producto de las políticas del Estado de bienestar impuestas en Estados Unidos y Europa, el gueto comunitario goza de un cierto acceso a los derechos civiles sin que esto signifique ruptura del control etnoracial llevado a cabo por las instituciones judiciales y policivas. Más que la suma de familias y de individuos pobres, el gueto comunitario constituye una concatenación particular anclada en un determinado espacio en el que son rodeados mediante mecanismos de clausura y control etnoracial (2007).

Wacquant explica que si bien el gueto comunitario expresa la segregación urbana en contra de la población negra, también es el mecanismo espacial por el que personas comunes tratan de construir su vida y de mejorar su suerte aun en las circunstancias opresivas que le son impuestas (2007). Es así como en el gueto comunitario se caracteriza por una seguridad laboral estable, una gestión étnica que sirve como vehículo para darle sentido a la existencia de la comunidad, previéndolos de orgullo racial y adhesión hacia la colectividad.

Desde otro extremo Wacquant señala que la caída del Estado de bienestar trae una transformación infalible en la cotidianidad del gueto comunitario, una vez se da la arremetida del neoliberalismo en contra de la población más débil masificándose de manera progresiva las condiciones de desprotección a la ciudadanía. Con la eliminación de proyectos y auxilios de bienestar social a la población del gueto, la comunidad se inserta en un proceso de degradación que el autor denomina como el Hipergueto.

La hiperguetización aunada en la década del noventa se caracteriza por una violencia ejercida desde arriba; la desproletarización, la relegación y la estigmatización son las nuevas condiciones que describen al gueto afroamericano. Con la caída del Estado de bienestar, la competencia por el acceso a los bienes colectivos se asevera expandiendo la precariedad y la privación de los bienes materiales de primera necesidad (2007). La degradación se materializa en los barrios donde se ubican los guetos, estos espacios convertidos en barrios de desposeídos son vistos desde afuera como los barrios prohibidos o salvajes, focos de violencia y disolución social.

El resultado que va en contra de la población afroamericana es una estigmatización dañina que convierte el origen étnico y racial en una excusa de rechazo sujeta a la

degradación de la población y la ausencia del Estado Social. Al cerrarse las puertas de subsistencia económica, las prácticas criminales son las nuevas fuentes de subsistencia, de tal suerte que el desempleo atrae la delincuencia, el fracaso escolar de los jóvenes que viven dentro de las economías ilegales y por ende reproducen las dislocaciones sociales. Todo esto, como si se tratara de un círculo concéntrico de miseria.

La apuesta investigativa que propone Wacquant en este texto consiste en hacer una invitación a científicos sociales para traspolar este análisis de la marginación de las poblaciones urbanas vulnerables hacia otros espacios geográficos que no necesariamente se encuentran entre los rendimientos económicos de las naciones industrializadas, pero que como en el caso de los guetos estadounidenses han sido víctimas de las políticas de exclusión impulsadas por los mismos gobiernos representantes de la ciudadanía.

Partiendo de dicha invitación, he querido ajustar las categorías de gueto e hipergueto al caso de Comuneros reconociendo aquellas características que no es posible traspolar a nuestro contexto. Por ejemplo, es sabido que a Colombia no llegaron las políticas del Estado de bienestar que en Estados Unidos impulsaron la formación y la supervivencia del gueto comunitario. Sin embargo, en Comuneros el Estado no está presente, no ofrece soluciones de adaptabilidad urbana al colectivo de migrantes invasores de la vía férrea, quienes en este caso particular, aprenden a autogestionar su vivienda, su estabilidad laboral y por defecto el fortalecimiento de lazos afectivos de orgullo por su actividad de recicladores.

Si en Estados Unidos, la hiperguetización es una consecuencia de la caída del Estado de bienestar, para Comuneros esta transformación hacia el polo negativo se da con la intervención del gobierno local para reubicarlos en una zona de la localidad de Suba, en la que la comunidad es expuesta a las condiciones críticas descritas por Wacquant en la transición del gueto hacia el Hipergueto. La reubicación de comuneros implica igualmente el aumento de desempleo, la deserción escolar de los más jóvenes, el desarrollo de tendencias hacia la criminalidad y la vulnerabilidad hacia el señalamiento y la estigmatización esta vez por sus particulares actividades de subsistencia.

En síntesis, lo que Wacquant propone para desentrañar otras dimensiones de lo comunitario requiere de una observación etnográfica para comprender las relaciones y significaciones que son constitutivas de la ciudadanía marginal en lo cotidiano. Después

de todo, como él mismo lo aclara, el gueto no es una condición única de las sociedades industrializadas, el gueto es la confirmación de que las estructuras políticas estatales son decisivas en la articulación de las desigualdades sin limitarse por el espacio geográfico o las prácticas culturales (2007).

Busco que la presencia de las referencias teóricas y metodológicas que sustentan la investigación realizada con Comuneros esté presente en la investigación, formando una transversalidad que nos permite comprender la construcción identitaria como consecuencia de distintos fenómenos que vienen del medio circundante a la comunidad, pero que también se han tejido al interior de ella.

Esta investigación que toma elementos de la antropología, la historia y la sociología, soporta su peso en dos pilares; un método etnográfico que subyace en todos los debates sobre lo que pasa en el barrio y las lecturas interpretativas que hago sobre esos mínimos hechos que van apareciendo día a día y un pilar teórico sustentado en los conceptos bourdeanos de *Habitus, práctica y estrategia*. Aunque es la primera alusión directa que hago a estos términos, es cierto que cada expresión, cada fenómeno y espacio de reflexividad dado junto a la comunidad de Comuneros ha sido entendido y manifestado a la luz de la teoría de Pierre Bourdieu (2009).

Aclaro y recalco la importancia de leer los fenómenos identitarios a partir de los planteamientos de Bourdieu porque desde su perspectiva ha sido posible comprender cuál es la importancia del espacio como forma de acceder al “capital” a lo largo de la historia de Comuneros. También se ha facilitado identificar el valor de la comunidad como agentes acción política y social en la urbe, donde cuentan con un repertorio de acciones que los distingue de otras comunidades.

Antes de hacer algunas apreciaciones y aclaraciones sobre el lugar teórico de la investigación, aclaro que los conceptos de “habitus”, “práctica” y “estrategia” constituyen en el desarrollo del texto la explicación etnográfica de los aspectos trascendentales en la construcción identitaria de Comuneros tanto en sus años como comunidad invasora de la carrera Cuarenta como en su presente como barrio establecido en la localidad de Suba.

Pierre Bourdieu (2009) plantea que los sujetos no sólo cambian por efecto de las fuerzas sociales; por el contrario, los sujetos poseen márgenes de decisión y acción que los convierten en agentes actuantes. Es decir, históricamente Comuneros no ha sido una comunidad pasiva y victimizada a la espera de auxilios estatales. Oponiéndome a esta condición, Comuneros se constituyen como agentes de acción al agenciar desde su llegada a la ciudad métodos organizativos para auto proveer a sus familias de vivienda por medio de los ranchos y así mismo de trabajo e ingresos mediante la actividad del reciclaje. El agente Comunero supo mantener ciertos grados de autonomía creando e innovando formas de producir hábitat desde la informalidad. A dichos márgenes de acción y decisión Bourdieu les denomina “sentido práctico”.

El sentido práctico, asumido como la posición que adoptó Comuneros en el contexto de la invasión de la carrera Cuarenta para hacerse a un lugar en la ciudad, fue alimentado por lo que Bourdieu denomina el habitus, que no es una cosa tangible que se obtiene de manera espontánea sino que subyace como una estructura estructurante de prácticas que se manifiestan en las narraciones, las acciones de resistencia y reivindicación que creó Comuneros en el pasado y que ahora buscan plantear en el presente.

El habitus no está visible como concepto a lo largo del texto, sin embargo su condición estructurante y estructurada es el cimiento de los diversos fenómenos sociales expresados en las acciones orquestadas por la comunidad a lo largo de sus disputas por la vivienda en la ciudad de Bogotá. El habitus constituye los principios generadores y organizadores de las prácticas (Bourdieu, 2009): Para el caso particular de Comuneros, éstas son adoptadas colectivamente produciendo acciones organizativas para mantener sus viviendas y sus modos de trabajo tal y como su autogestión lo fue determinando.

Como se verá más adelante, el pasado en los testimonios Comuneros es el principio organizador de la vida individual y colectiva. La vida tal y como transcurría en la Cuarenta, constituye gran parte de la identidad en el presente desde el que revaloran el sistema de prácticas que les permitía vivir en comunidad. El pasado que sobrevive en lo actual y que tiende a perpetuarse en el porvenir se actualiza en el sistema de prácticas establecidas en la comunidad.

¿Qué constituye dicho sistema de prácticas? El habitus engendrado desde el pasado tiene la capacidad infinita de producir pensamientos, expresiones, percepciones y acciones. *“el habitus es la presencia (actualmente) actuante del pasado del cual es el*

producto: por lo tanto, es lo que confiere a las prácticas su independencia relativa con referencia a las determinaciones exteriores del presente inmediato” (Bourdieu, 2009: 111).

El habitus se hace presente en las construcciones narrativas de Comuneros cada vez que justifican sus acciones como disposiciones inherentes a su ser colectivo, formas y normas establecidas para hacerle frente a la segregación y al olvido. Mediante las prácticas colectivas y organizadas adoptadas en la carrilera, Comuneros reconoce sus orígenes comunes; vienen del campo, migran a la ciudad, no encuentran oportunidades de supervivencia, deben crear formas alternativas de producir hábitat urbano. A partir de estos denominadores el habitus es una ley inmanentemente escrita en el cuerpo por las historias idénticas, *“está formado por la experiencia de las personas que tienen una posición similar en un campo determinado, es decir, que viven bajo condiciones de existencia similares” (Ortega, 2016: 16).*

Ahora bien, tales disposiciones que le han dado una forma duradera a los sentidos comunitarios de Comuneros también le otorgan la posibilidad a estos desposeídos del suelo urbano de adquirir un capital espacial que no necesariamente fue ganado por acciones ligadas a los establecimientos formales. La noción de Capital en Bourdieu no alude únicamente a los términos económicos; hace referencia a la dimensión simbólica como una forma de aprovechar los conocimientos, las habilidades y las disposiciones para apropiarse de algo.

Siendo Comuneros parte de la gran masa de población desposeída que llegaba a ciudad ¿qué otro medio hubiera podido utilizar para apropiarse del suelo sino se contaba con los medios materiales para hacerlo? Es en este punto, cuando la lucha por la apropiación del suelo empieza por los sentidos simbólicos que sirvieron para organizar la comunidad alrededor de una carencia, haciendo uso de sus habilidades y saberes campesinos para producir y distribuir ranchos para todos los destechados de la carrilera.

La conformación del capital es el que permite la dominación o domesticación del espacio. Bourdieu expone de esta forma la relación entre capital y dominación:

“El espacio social se traduce en el espacio físico, el poder sobre el espacio que le da posesión del capital en sus diversas especies se manifiesta en el espacio físico apropiado en la forma de determinada relación entre la estructura espacial de la distribución de los agentes y la estructura espacial de la

distribución de los bienes y servicios. La posición de un agente se expresa en el lugar del espacio físico en que está situado.”(Bourdieu, 2010:122)

La relación que desarrollaron los Comuneros entre el habitus y el capital espacial materializado en la invasión de la avenida del ferrocarril para la autoconstrucción de sus ranchos, dejó abierta la posibilidad de ingreso de nuevos conceptos estrechamente relacionados con la investigación. Eso que llamamos sentido práctico y que se manifiesta en las acciones promovidas por la comunidad en su área de invasión, Ángela Giglia (2012) lo denomina como el acto de habitar.

El habitus Comunero posibilita la acción de habitar, entendida como *“los gestos mediante los cuales nos hacemos presentes en el espacio, con los cuales lo ordenamos y con los que se constituyen un conjunto de prácticas reflexivas, más bien mecánicas o semi- automáticas que se definen como un habitus socio espacial, una habilidad de saber con el cuerpo”* (Giglia, 2012: 16).

En varias ocasiones, Comuneros expresa en sus testimonios la utopía de querer volver a la carrilera, de habitarla por tiempos indeterminados. Estas afanosas afirmaciones las hacen porque durante el tiempo de vida allí aprendieron a reconocer y a establecer un habitus que les permitió habitar el espacio teniendo en cuenta que esta acción no significa estar bajo un techo. El habitar se relaciona más con el hecho de saberse allí y no en otro lado, con la capacidad de interpretar, reconocer, y significar el espacio (Giglia, 2012).

La potencia y los alcances del habitus radican en que este posee una capacidad infinita de engendrar nuevos productos, pensamientos, percepciones y acciones con los que los agentes originan formas de percibir y posicionarse en el mundo social. Con el habitus, los agentes dominan la posibilidad de orientar objetivamente las prácticas hacia espacios donde sus expectativas y proyectos no sean restringidos (Wilkis, 2004). El habitus gestiona las estrategias de los agentes pues ellos se encuentran constantemente expuestos a experiencias nuevas en donde las disposiciones deben ser sometidas a una actualización que hace del habitus una disposición estratégica adaptable a las condiciones materiales de los agentes (Ortega, 2016) (Wilkis, 2004).

La estrategia emerge como la habilidad que tienen los agentes para reacondicionar sus prácticas frente a los condicionamientos materiales y simbólicos del medio que los

rodea. Este paradigma se caracteriza por la variabilidad, plasticidad e indeterminación que en nuestro caso de investigación hace que la comunidad se adapte a nuevas condiciones según el espacio que están habitando. *“La estrategia significa la orientación de las prácticas y las coordenadas que ubican a los agentes en determinadas regiones del espacio social”* (Wilkis, 2004: 127).

Las estrategias tienen la propiedad de irregularizar las normas establecidas que limitan y moldean el direccionamiento de las acciones. Está en manos de los agentes producir formas alternativas en informales con las cuales se pueda romper la estructura normativa y normalizante de los modos de hábitat urbano en los que se excluyen a las comunidades que no poseen capital económico para entrar a hacer parte del mercado habitacional.

Lo que veremos a lo largo de la investigación, son las estrategias narradas y ejecutadas por Comuneros en dos momentos clave de su transformación identitaria. Por una lado, reconoceré como estrategias alternativas a la producción de hábitat y habitus urbanos, todas aquellas experiencias organizativas comunitarias que fueron iniciativa para la construcción de expansión de los ranchos en la vía férrea, así como las estrategias de subsistencia soportadas en la labor del reciclaje y las implicaciones laborales y sociales con las que se fortaleció la identidad de la comunidad.

En un segundo escenario, el de la reubicación, las estrategias vuelven a dictar los caminos de reorientación de las prácticas hacia la adaptabilidad a un nuevo barrio, en el que entran nuevos elementos problematizadores de la transformación identitaria. Las estrategias de sobrevivencia propuestas en el campo de la reubicación en Suba, suponen el retroceso de la organización comunitaria, cambiando estas prácticas por otras ligadas a actividades ilegales que afectan en el presente el tejido social conformado en el pasado.

El trabajo de campo hecho texto

Una vez realizado este abordaje metodológico y teórico en el que es claro que no se insinúan otros conceptos secundarios que apoyan las afirmaciones y postulados de la presente investigación, considero la pertinencia de mostrar al lector cuál es la estructura y los aspectos generales del texto producto de la observación y participación etnográfica en Comuneros.

Más que exponer un abanico teórico sobre los conceptos aquí enunciados, propongo que sean los Comuneros quienes a partir de sus testimonios dejen al descubierto las experiencias pasadas y presentes que han constituido su identidad. Sin hacer una constante alusión a los autores que cimentan el proceso interpretativo y reflexivo, intento visibilizar las reivindicaciones de los jóvenes y adultos que reconocen en sus disputas por la vivienda un agenciamiento de sus acciones loable en la medida que gran parte de sus pequeñas conquistas las han hecho por sí solos, independientemente de que su condición actual los ponga en una situación desagradablemente dependiente de la institucionalidad distrital.

Vale la pena advertir los constantes saltos de tiempo que se encontrarán en el texto. Todos los testimonios aquí recopilados son tomados del presente, desde el barrio donde se efectuó la reubicación en la localidad de Suba. En contadas ocasiones se han tomado testimonios provenientes de fuentes de archivos de prensa. Aunque la propuesta consiste en darle la protagonismo al testimonio Comunero, es necesario según el nivel analítico hacer referencias directas y bastante mesuradas de los autores, puesto que se hace uso de términos o afirmaciones propias de los teóricos en otros textos.

Para mí es de gran importancia hablar de mis experiencias y sensaciones recurrentes en Comuneros. Considero el hallazgo de esta veta analítica como parte de mi historia personal porque el encuentro con Comuneros surge justamente de mi primera experiencia laboral. Es por eso que el primer capítulo habla en primera instancia de mi llegada a Comuneros, de los acuerdos hechos con ellos para permanecer en el barrio, de las expectativas y los miedos que implica entrar a campos desconocidos.

Como este es el capítulo que relata las llegadas, también realizo una contextualización histórica acerca de las condiciones sociales y políticas que propiciaron la llegada de migrantes campesinos que como solución a la pobreza organizaron movimientos sociales urbanos por el derecho a la vivienda. Aludiendo a casos paradigmáticos ubico los rasgos comunes entre las invasiones originadas en otras zonas de la ciudad y la originada en la Zona Industrial con Comuneros.

Finalmente explico a partir de testimonios de Comuneros que nacieron y crecieron en la invasión, cómo fue el proceso de construcción de los ranchos, conexión de servicios públicos y organización de la comunidad encontrando los rasgos que hacen de

Comuneros un proceso organizativo ampliamente diferenciado de otros con origen paralelo.

El segundo capítulo es un contante llamado a la construcción del pasado. A partir de los testimonios de diferentes personas, busco dar respuesta al segundo objetivo definiendo qué tipo de prácticas comunitarias les permitieron forjar sentidos de habitabilidad e identidad en los ranchos. En este capítulo explico por qué asumo y reconozco a Comuneros como una organización comunitaria y de qué manera las características del trabajo en el reciclaje, las relaciones solidarias entre los vecinos y la unidad familiar, me permiten analizarlos desde la perspectiva del gueto comunitario. En este capítulo es posible identificar gran parte de las raíces identitarias de la comunidad.

En el tercer capítulo se hace necesario volver a la revisión histórica del contexto político, social y económico de la ciudad a inicios de la década del noventa, época en la que se hace definitivo el desalojo y la reubicación de Comuneros en la localidad de Suba. En este aparte del texto se hace una revisión y análisis de las políticas públicas promovidas por la alcaldía de Antanas Mockus y cuáles fueron los efectos en el orden social urbano. Aludiendo a documentos de archivo de prensa, fallos de la corte constitucional y oficios enviados a instituciones del Estado, construyo un contexto amplio en el que se hacen explícitas las condiciones conflictivas en las que Comuneros debe dejar sus ranchos exponiéndose a problemáticas emergentes como el estigma social producto de la desinformación y las representaciones en torno al ser reciclador.

Por último, el cuarto capítulo expresa las inconformidades de la comunidad frente a la administración distrital, el incumplimiento gubernamental que les ha costado a Comuneros la degradación de su comunidad. Una vez reconocidas las formas de vida comunitaria del pasado en la carrilera, propongo identificar cuáles fueron las transformaciones identitarias que hoy han debilitado la vida en el barrio los Comuneros, hasta llegar a lo que Wacquant define como el Hipergueto. Los testimonios de la última generación hablan de las nuevas estrategias de adaptabilidad que han tenido que asumir para domesticar el espacio de la reubicación. En ocasiones nos encontraremos con testimonios de desesperanza frente al porvenir de la comunidad, como también voces que por su juventud aspiran a una movilidad social pese al estigma espacial del que son víctimas desde hace diecisiete años.

CAPÍTULO PRIMERO

QUÉ DIFÍCIL ES LLEGAR A DONDE NADIE NOS HA INVITADO: ACERCA DE LAS ESTRATEGIAS ALTERNATIVAS PARA CONSTRUIR CIUDAD

Como este es el capítulo de las llegadas y de los encuentros, tendré que hablar y contar sobre mi llegada al universo Comunero, las afortunadas circunstancias que me llevaron a interactuar con ellos y reconocer en sus testimonios las dificultades que significan ser un migrante que recién llega a la ciudad en búsqueda de un espacio para reproducir dignamente su existencia. En este capítulo busco hablar no sólo de mis primeras experiencias de trabajo de campo, también de las circunstancias políticas y sociales que propiciaron la llegada de las familias campesinas a una ciudad en la que tuvieron que reconstruir su historia, sus familias, sus viviendas y sus comunidades. Vamos a hablar entonces de cómo se tejen lazos en el barrio y vecindarios alternativos en la ciudad.

Los de “Casitas”: Comuneros que estudiaban en el Herberth

Uno de los grandes inconvenientes que he tenido en la construcción del presente texto es reconocer cuál es el punto de partida de esta historia. La llamo así no con el ánimo de trivializar el trabajo realizado durante este tiempo sino porque mi experiencia como investigadora social está marcada por personas y personajes con nombres propios, lugares de la ciudad que recorren todos los puntos cardinales, situaciones en las que las palabras, los gestos y las emociones son las que permiten hacer visible y sensible la práctica investigativa de la que hoy busco dar cuenta. Intento encontrar la punta de la madeja que a veces se enreda en nudos ciegos que habrá que desbaratar con ayuda de los recuerdos y los olvidos, los relatos y sus narradores.

Una de las posibilidades que tengo para empezar a contar mi cuento puede encontrarse en mi primera experiencia laboral. Sucedió el 2013, año en el que me titulé y salí con afán en búsqueda de trabajo porque me daba pena que mis papás me vieran graduada y todavía en la casa. Como yo quería conseguir trabajo rápido no pensé en la importancia de revisar las condiciones laborales a las que podría estar dispuesta a someterme ; factores como el salario, la trayectoria del colegio, su ubicación, la población estudiantil, el tipo de contrato, fueron aspectos que desprecié al momento de reconocer una buena oferta. No pensé que si uno no tiene experiencia, debe buscar la forma de que la primera no le vaya a jugar una mala pasada a sus expectativas arriesgando su buena fe profesional desmotivándolo frente a lo que será gran parte de su vida laboral. Fue así,

con todo y las malas decisiones producto del afán como llegué al Instituto Herberth Spencer del barrio el Rincón de Suba.

El Herberth era un colegio por concesión⁶. El Herberth por fortuna ya no existe porque durante ese mismo año uno de los proyectos de la alcaldía de Gustavo Petro en materia educativa consistía en erradicar los contratos hechos con este tipo de instituciones que en una gran parte de casos no contaban con la mejor reputación, pues sus proyectos educativos y sus sistemas de contratación docente se mantenían en los márgenes de la irregularidad, desde las administraciones hacían “ajustes” para favorecer sus ganancias económicas, los salarios de los docentes estaban cercanos al salario mínimo y los procesos de aprendizaje entre los estudiantes iban lamentablemente atrasados respecto a la media de Bogotá, o al menos así sucedía en el Herberth.

Desde el primer día de trabajo constaté que mi vida laboral había empezado con el pie izquierdo, mi relación con los estudiantes se tornó problemática desde que di el saludo, pues ellos indicaron que les molestaba mi presencia, porque el otro profesor, a quien yo remplazaba sí se la dejaba “montar”; a él sí lo querían porque era *noble*. La comunicación con los estudiantes fue nula, creo que los cuatro meses que estuve allí no logré dictar una sola clase; pero eso sí, supe quiénes eran las personas a quienes denominaban Comuneros y viendo la experiencia en retrospectiva ya no me quejo de la mala experiencia del Herberth.

Después de cuatro meses de sentirme mal por lo desagradable que era para mí asistir cinco días de la semana al colegio, llegué a tener información sobre las personas que de alguna forma moldearon mis horizontes y búsquedas académicas. En el Herberth estudiaba la última generación Comunera, una población de recicladores de que desalojada hace diecisiete años de un predio invadido en la Zona Industrial de Puente

⁶ Bajo la promesa de ampliar la calidad y la oferta educativa para la población escolar de zonas marginales de la ciudad, la alcaldía de Bogotá (1997-2000) propuso la instauración de los colegios por concesión, cuyo proyecto educativo consiste en ceder la administración de colegios construidos y dotados con recursos del distrito a agentes privados que demuestren experiencia en la gestión educativa.

El modelo de administración criticado por sectores políticos y organizaciones sindicales de docentes, fue desmontado en un gran porcentaje de colegios de la ciudad con fines a devolver autonomía y mayor financiamiento al sector público. Durante la alcaldía de Gustavo Petro (2012-2015), colegios como el Herberth Spencer fueron notificados de cierre (En el año 2013), por lo cual, las administradoras de la institución dan por terminada la razón social del Instituto Herberth Spencer y devuelven la planta física al colegio Distrital Gerardo Paredes.

Aranda y luego fue reubicada ahí, en Suba, muy cerca al colegio en un barrio que llaman “Casitas”.

De acuerdo a lo que me contaron algunos muchachos y lo que luego fue afirmado por la rectora y propietaria del colegio, el Herberth fue construido para satisfacer las necesidades de los niños que viven hacia los cerros de la parte oriental de Suba. Aquellos estudiantes como los que vivían en “Casitas” que por alguna razón no podían hacer parte del sistema educativo distrital se matriculaban en el Herberth Spencer, un colegio privado pero accesible, no muy grande pero cercano al barrio los niños. Este, era un colegio con una historia corta pero particular. Luego de iniciar como colegio privado en una casa pequeñita aledaña a los cerros, se trasladó a una sede más grande en el barrio el Rincón; allí se convirtió en un colegio por concesión.

En el Herberth había niños que pagaban su respectiva mensualidad y había otros cuyos gastos de matrícula y pensión eran financiados por el distrito. A partir de mediodía sus instalaciones eran arrendadas a otro colegio público: El Gerardo Paredes (el primer colegio que se construyó para remediar las necesidades educativas de los habitantes del Rincón). Así las cosas, la jornada escolar empezaba a las seis de la mañana y terminaba a las doce del mediodía, pero los profesores sí continuábamos hasta las dos de la tarde haciendo prácticamente nada.

La planta física del colegio era bastante precaria, sospecho que no era por falta de recursos sino por negligencia de sus propietarias, cinco hermanas que se repartían entre ellas la administración del colegio y la carga académica de algunas materias sin ser licenciadas en las mismas. Recuerdo que tanto el primer como el segundo piso del colegio se encontraban en obra negra, del techo colgaban mallas de alambre y salían pedazos de varilla de las columnas, en algunas paredes colgaban pedazos de cartón, intentando arrancar uno de esos me di cuenta que pertenecían a los paquetes en los que viene el cemento.



Foto 1. Fuente: Imagen tomada del archivo de la profesora Diana Alfonso El interior de los salones en una jornada de clase.

Quizá las propietarias se preocupaban por ofrecer distintos ambientes en el colegio, porque también había biblioteca, pero los libros no se podían consultar porque estaban muy deteriorados y tenían hongos en el orillo de las hojas y si uno los tomaba, corría el riesgo de desbaratarlos y si sucedía tocaba pagar un libro feo, malo e inservible. Como la biblioteca nunca estuvo en funcionamiento, después de mediodía servía como comedor para los profesores o como sala de aislamiento para los muchachos que llegaban a ser más indisciplinados de lo que ya lo la mayoría de estudiantes.

En la recepción estaba Martha, una secretaria de cuerpo inmenso y pésimos modales, no la olvido porque es igualitica a *Divine*, el personaje que protagonizó esa película escandalosa de *Pink Flamingos*. Frente al escritorio de Martha se encontraba un sillón de cuero marrón con las esquinas roídas de las que colgaban pedazos de espuma, así como las varillas del techo, también en el sillón, había manchas de cemento y alambres con los que tocaba tener cuidado si uno se iba a sentar. Al frente, una silla mocha de oficina, soportada en una pared que dividía la pequeña sala de profesores y las oficinas administrativas.

La sala de profesores constaba básicamente de una mesa de comedor redonda y cuatro sillas que debíamos disputar entre los quince profesores una vez se había terminado la jornada escolar. A quienes no alcanzaban les tocaba en el sofá, por los laditos y con cuidado de no irse a pinchar. Al fondo de la sala se ubicaban unos casilleros que realmente nunca usé porque así me lo recomendaron (por seguridad, decían las colegas).

Al lado, había una pequeña camilla sucia, en la pared un botiquín con una caja de curas, algodón y alcohol, al lado un letrero que decía enfermería, pero eso sí, sin enfermera.

El Herberth no contaba con área verde, los muchachos pasaban su descanso en una cancha que podría llamar como un pseudo espacio polideportivo. En ese pequeño espacio se practicaba fútbol, baloncesto, vóleybol, rejo quemado, cogidas, peleas, entre otras tantas prácticas recreativas sin nombre.



Foto 2. Fuente: Imagen tomada del archivo de la profesora Diana Alfonso. Fachada del Instituto Herberth Spencer.



Foto 3. Fuente: Imagen tomada del archivo de la profesora Diana Alfonso. Único espacio de recreación en el colegio:
La cancha central durante un campeonato.

Todo este cúmulo de malas condiciones me incomodaba, no porque para mí fueran desconocidas las condiciones de precariedad o porque en mi vida nunca estuviera dispuesta a vivirlas, sino porque sentía que cada espacio del colegio era relato de la forma de vida de los muchachos tanto en sus casas y como en la calle. Así, el espacio escolar hablaba de las condiciones de existencia que vivía esta población. Aunque nunca tuve un acercamiento amigable con ellos, a través de sus palabras, de sus excusas para no llevar las tareas podía entrever que la miseria se proyectaba en todos sus campos de socialización.

El tiempo de clase no huía a ninguna de estas condiciones. En promedio cada curso estaba compuesto por cuarenta estudiantes, no estaban hacinados porque los salones eran muy amplios, pero daba la sensación de lo contrario por la cantidad de basura en el suelo, en los pupitres y en el aire porque jugaban a lanzársela, fuera lo que fuera. No tuve la posibilidad de ver un salón en orden, no tuve la posibilidad de dictar una clase de Ciencias Sociales porque los estudiantes solo querían jugar a agredirse, a coquetearle a la profesora de informática cuando pasaba y a salirse por la ventana para ir a perseguirla. Estoy corriendo el riesgo de hacerme ver como una pésima docente, con falta de autoridad y control sobre sus estudiantes; creo que era así, es que me abrumaba todo el ambiente.

No intenté demostrar lo contrario, eso le sirvió a los estudiantes para ser más hostiles en las clases y los descansos, pero qué más daba si ni a la rectora le hacían caso. A veces me entretenía escuchando las conversaciones de los muchachos sobre las fiestas de los viernes y sábados, sobre la pérdida de la virginidad de alguno o alguna en el baño de la casa donde se ofreció la *farra*, sobre las futuras conquistas y sobre sus vidas en el barrio.

Entre todo el mosaico de estudiantes que me hablaban o me ignoraban, había un grupo de niños de sexto y séptimo grado que siempre me pedía dejarlos salir diez minutos antes de que sonara el timbre del colegio porque argumentaban venir de “Casitas”, un barrio cercano al que era mejor llegar temprano para no correr peligro, decían ellos. A propósito de esa petición, recordaba que a estos mismos estudiantes *se la montaban la clase* por ser los más *ñeros* de todos, por venir de ese barrio de recicladores.

Yo a las Casitas no les ponía mucha atención, salvo cuando escuchaba comentarios ofensivos y recurrentes en contra de quienes decían vivir allí. Por esta razón me empezó

a nacer la curiosidad; pero ni modo de preguntar, me detestaban así como yo a ellos. Esta relación de rechazo tuvo fin en la semana de recuperaciones, un tiempo en el que cualquier vindicativa era válida para salvar el año escolar de aquellos estudiantes que habían hecho menos que todos los demás. Entre ellos estaba Andrés Mahecha, un estudiante de décimo con quien no hablé antes porque en clase siempre estaba dormido. Su sueño profundo lo tuvo frente a mí recuperando Sociales; como era de esperarse no logró responder bien ni la mitad del examen, al momento de la sustentación tampoco sabía nada. Al final el momento tenso de la evaluación se convirtió en una amena conversación *sui generis* sobre su vida familiar.

A Andrés lo molestaban por vivir en Casitas. Ese día llegó uno de sus amigos a recordarle que era el más ñero de todos por eso. Ante la recurrencia de la situación le pregunté dónde era ese tal barrio “Casitas” y por qué hablaban tanto de él; Andrés me contó que ese era un barrio de recicladores que vivían antes cerca al Sanandresito de Puente Aranda; que allá vivían en casas de polisombra y cartón, pero que por la gestión administrativa de Antanas Mockus habían sido trasladados a “Casitas” en Suba, un barrio construido a partir de planos con casas de ladrillo, con plancha de concreto y puerta de metal no como los ranchos de Puente Aranda que sus papás y otras personas más habían construido años antes. Ese barrio estaba cerca, a unas cinco cuadras del Herberth.

Con esas cortas referencias la historia de casitas se me hizo más sugerente de lo esperado. Pensé que en algún momento, cuando tuviera la oportunidad de hacer una investigación, sería provechoso hablar de ese barrio. Al cabo de unos días cuando el año escolar se acabó y cuando el colegio cerró y terminé todos mis vínculos con él, el tema de Casitas se me olvidó, luego volvió un año más tarde en forma de pregunta de investigación.

Ignorancia e inocencia metodológica ¿El camino para entrar a las “Casitas” de Comuneros?

Lo único que tenía seguro es que Andrés vive en Casitas y que dicho barrio queda en Suba. El primer semestre de maestría dije que hablaría sobre la reubicación de una población de recicladores de la Localidad de Suba, pero lo único que tenía a la mano eran algunos archivos de prensa del Tiempo y del Espectador en los que resaltaban titulares como “*En Suba habría paro hoy por los Comuneros*” o “*A pesar del Caos,*

*Suba quiere seguir la protesta*⁷. Gran parte de las noticias vienen con fecha del mes de febrero de 1996, año en el que si bien no se ejecutó propiamente lo que sería la reubicación de los recicladores Comuneros, sí se dio inicio a una fuerte pugna entre ellos, las autoridades distritales, y los residentes de la zona de Suba donde tendría lugar la reubicación.

Las notas de prensa que iba encontrando me indicaron que por más de un mes hubo una fuerte polémica sobre quiénes iban a ser los nuevos residentes de la localidad de Suba, los medios impresos concentraron parte de las noticias de Bogotá al seguimiento de este conflicto. Hablaban de tiendas saqueadas, de lotes incendiados, de cierre de vías, pero en muy pocas ocasiones dieron paso a información acerca de quiénes eran propiamente Comuneros, su pasado, su procedencia y las razones por las que serían reubicados.

Al fin del mes de febrero la lluvia de noticias cesó, el rumor ya se había expandido por la ciudad, las pugnas por el espacio continuaban, pero eso a los periódicos ya no les importaba pues lo más escandaloso, ya había sucedido (los incendios, las peleas y los robos). La otra parte de la historia está en los recuerdos de los vecinos, en lo que ellos han querido narrar y en las experiencias del presente que viven hoy como residentes de la localidad de Suba.

Por un tiempo me conformé con los archivos de prensa y con algunos documentos que lograba encontrar en internet. Hasta el momento no había hecho la búsqueda digna que requiere un proyecto de investigación, la razón se la debo simple y llanamente a la procrastinación y a mi tendencia por postergar lo impostergable. Pasaba el primer semestre del 2015, Ya era tiempo de que mi propuesta empezara a tener un rostro, las circunstancias me obligaron a buscar dónde quedaba “Casitas”, a ir a Casitas y a hablar con los de Casitas. *Qué miedo, yo por allá no conocía a nadie, qué tal que fuera cierto que por allá no se podía ir a medio día y yo que no podía ir a otra hora porque me toca trabajar todo el día.*

Al igual que cualquier otro mortal, temerosa por lo desconocido, los efectos de las representaciones y los chismes que existen alrededor de lo que no es familiar para

⁷ Nullvalue. (15 de febrero de 1996). En Suba habría paro hoy por los Comuneros. El Tiempo. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-360122>. Recuperado el 12 de septiembre del 2014

Nullvalue. (18 de febrero de 1996). A pesar del Caos, Suba quiere seguir la protesta. El Tiempo. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-357576>. Recuperado el 12 de septiembre del 2014.

nosotros generaron una profunda duda sobre cómo debía ingresar al territorio de Casitas. No tenía pleno conocimiento de la dirección del barrio o más bien nunca me fijé que había pasado cerca del él mil veces y que desde el apartamento de mi hermana mayor que vive en Suba se alcanza a ver el barrio de “Casitas”.

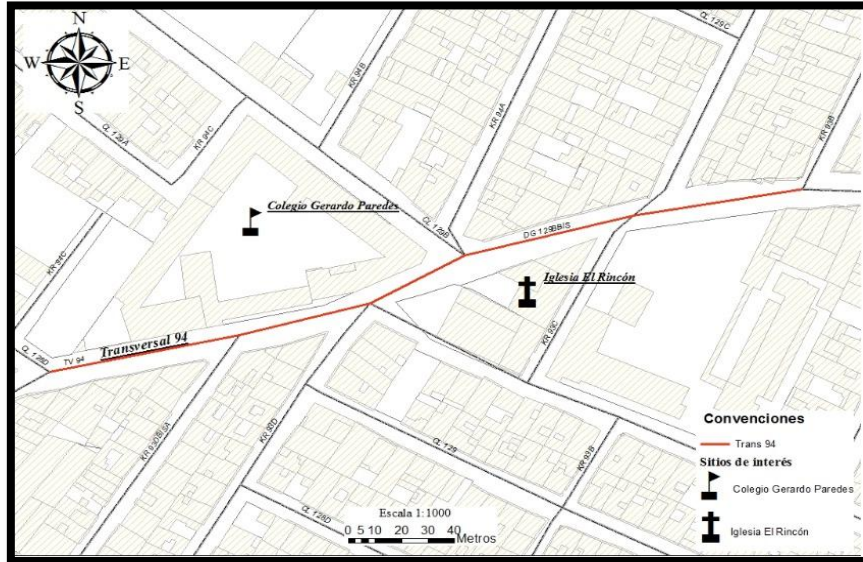
Para ir por primera vez al barrio tuve que acudir a la paciencia de Ligia, mi hermana, quien me dijo que no comprendía mi necesidad de ir hasta ese barrio, que allá vivían unos desmovilizados del paramilitarismo que ella siempre había escuchado que era muy peligroso. A su afirmación se sumó la de mi cuñado que la corrigió diciendo que el barrio pertenece a puros negros desplazados por la violencia, que para qué quiero por ir allá.

Otra pista cercana al barrio “Casitas” fue la diversidad de imaginarios que existen en torno a éste. Aunque las versiones sobre ellos diferían entre mi hermana, mi cuñado y todo el que se enteraba sobre mis intenciones de ir allí apuntaban a lo mismo: La creación de un escenario de peligro habitado por cualquier tipo de población asociada a la miseria o la violencia dentro de lo que cabían negros, ex paramilitares, desmovilizados de la guerrillas, desplazados por la violencia y finalmente, mi versión sobre los recicladores. Dichas representaciones asociadas al peligro mantienen a la población circundante de “Casitas” con etiquetas asociadas al peligro y la inseguridad, referentes que con una mirada más amplia podrían no ser la esencia real del barrio.

Estaba reuniendo pistas y para no hacer juego a la ola estigmatizadora tomé finalmente la decisión de ir a “Casitas” con mi hermana que no quería ir pero que pese a ser la mayor siempre me hace caso. Con la seguridad de tener su compañía salimos de Aures II, el barrio donde ella vive y que además queda muy cerca a “Casitas”. En nuestro recorrido atravesamos el Barrio del Rincón que es donde quedaba el Herberth, estuvimos en la plaza del mercado que siempre huele a pescado y cáscaras descompuestas y frente al Colegio Gerardo Paredes que en mis tiempos en el Herberth lo conocían mejor como el *Gerardo Puñaladas*, pasamos también por Costa Rica, un barrio al que hasta ese día me le supe el nombre, por la Aldea y la Palma que para ese entonces no los conocía.

Todos estos son barrios de autoconstrucción corresponden a la primera oleada de urbanización informal ocurrida en la localidad de Suba durante la década del setenta y cuyo epicentro estuvo en donde hoy se ubica el barrio Rincón (Beuf, 2012). Aquí, la

organización popular fue fundamental, pues fruto del trabajo colectivo de la gente, es posible la construcción de espacios emblemáticos como el Colegio Gerardo Paredes, la iglesia San Agustín y la Plaza de Mercado tan popular entre quienes visitamos la zona.



Mapa 1. Fuente: Propia. Espacios emblemáticos del barrio el Rincón de Suba, epicentro de expansión urbana de la localidad.

Hacia la década del ochenta son ocupados los terrenos que hicieron parte del último ciclo de urbanización popular en Bogotá (Ward, 2015). Ya en el ocaso de esta oleada de autoconstrucción el último anillo se formó hacia las márgenes de las haciendas del Norte de Usaquén y hacia el noroccidente en la Hacienda de la Palma- Afidro, terreno en el cual los propietarios de las viviendas autoconstruidas tuvieron que aceptar el proceso de urbanización de uno de los pocos lotes que aún estaban vacíos y que en la década del noventa sería el espacio correspondiente a “Casitas”.

Continuando nuestro destino, llegamos a la Carrera 91 con calle 129, cruzamos la calle, al lado derecho hay una panadería de esas que no sólo venden pan, sino que a la vez proveen al comprador de cualquier otro elemento que no necesariamente pueda ser comida; al lado izquierdo un taller de mecánica automotriz donde también venden café recién tostado y molido según dice el aviso de promoción. Hacia el oriente casas de dos pisos y al fondo, el colegio Ramón de Zubiría. Antes de llegar a la esquina del colegio ya se podían ver los techos que caracterizan a las casas de “Casitas”. De lejos se ven algo así como una serie de óvalos plateados perfectamente organizados y simétricos, ese día imaginé que era un parqueadero de naves espaciales.

A medida que vamos subiendo por la calle 129, justamente en la esquina del colegio Ramón de Zubiría, se manifiesta una dimensión física del espacio completamente diferente, ya no veo las típicas casas de autoconstrucción de la zona, ahora veía frente a mí algo que se asemejaba a un proyecto de vivienda de esos que crearon tras las últimas oleadas de urbanización popular para solventar la expansión de zonas de invasión después de la década del noventa, “Casitas” es un barrio de gente humilde, pero no hecho por su gente, fue quizá un proyecto de vivienda llevado a cabo por algún agente inmobiliario contratado por el distrito (Jaramillo, 2012).

Nos recibió entonces el barrio “Casitas” con un paredón de ladrillo lleno de garabatos hechos con spray de color negro, un muro rodeado por bolsas de basura semi abiertas y exploradas por los perros callejeros de las zonas y las moscas que zumban sobre los desechos. Sigue a continuación una calle sin pavimentar que limita con el colegio Ramón de Zubiría y que conecta a la vez una serie de casas idénticas, mismas dimensiones de ancho y alto, con aproximadamente cuatro metros y medio de ancho, dos planchas y una puerta, dos ventanas en el segundo piso y dos en el primer piso. Los techos marcan sobre el segundo piso la mitad de una circunferencia hecha en teja de zinc, esas eran las naves espaciales que se veían desde lejos y que se extienden hasta donde alcanza la vista hacia el oriente de la localidad.



Foto 4. Fuente: Propia. Casi no recuerdo el barrio con lluvia.

El barrio estaba silencioso, solas las calles a pesar del tiempo veraniego que acompañaba la tarde. Entramos al barrio, no se parece a lo que decía la gente. No percibí peligro alguno, no había una pandilla en la esquina de la cuadra identificando el ingreso de las desconocidas, no había nadie amenazándonos con la mirada, únicamente

un hombre ebrio que se acercó a mi hermana a regalarle un perro a cambio de que ella le diera un beso. Eran las tres de la tarde y no había pasado nada, parecía un barrio como en el que crecí, donde uno sabe que hay peligros con los que es posible convivir y al mismo tiempo estar tranquilo afuera en el andén.

Dado el tamaño de las casas y la uniformidad de los predios en cuanto a dimensiones y decoración de la fachada dejo de pensar en el espacio hostil que venía prefigurando y pienso más bien en una pequeña aldea urbana de tres manzanas, una isla en medio del vecindario de los barrios de la Palma y el Rincón donde solo conviven Comuneros, inmunes al rechazo o al señalamiento de sus vecinos. Gran parte de los frentes de las casas están adornados con botellas que sirven de materas de plantas bien florecidas, los colores son vivos, hay fachadas azul cielo, rojo colonial, naranja (¿fresca?) y verde manzana y los techos de tejas de zinc tienen un brillo incandescente por los efectos de la luz del sol sobre ese tipo de superficie. Es un escenario pintoresco con bastantes contradicciones que intentaré develar de aquí en adelante.

Al barrio lo componen tres manzanas en total, la del centro es la más colorida y amplia, hacia el fondo se atisban una serie de murales navideños de antaño ya borrosos, al lado de la puerta de algunas casas está ubicada la carreta de reciclaje lo que me adelantaba a pensar cuáles son las fuentes de sustento y las formas de vida de esta población. Al interior de los hogares suenan a bajo volumen las canciones que están de moda: un vallenato de los *Chiches* al tiempo con una canción de Maluma y más al fondo un reggaetón de esos que ya puede considerarse como clásico, como esos de Don Omar o de Daddy Yankee.



Foto 5. Fuente: Propia. Es muy temprano y es fin de semana, la gente aún no empieza a salir de sus casas.

Mientras los minutos transcurrían, un hombre lavaba su moto, un par de niños jugaban con su perro pitbull y una mujer todavía con pijama lavaba el trapeador en el andén de su casa mientras una bebé de aproximadamente un año jugaba con el agua de la caneca. Me acerqué a ella y empecé a hablar.

No organicé una entrada, una forma de presentarme porque no sabía tampoco ante quién iba a hablar. Entonces -buen día, soy estudiante, fui docente de un colegio cercano, estoy interesada en trabajar con este barrio ¿esta es la Palma, verdad? Sí, muchos de mis antiguos estudiantes viven aquí.

Sí, esto es la Palma, pero es más conocido como Casitas (mira alrededor como explicando la naturaleza del nombre). Yo vivo desde aquí desde que era así (señala a su bebé), mi abuela y mi mamá no están y ellas son las que saben la historia. Si usted de verdad quiere saber cosas sobre el barrio la que sabe todo es Doña Nelcy, ella es la líder, la presidenta de la junta ella sí le va a decir todo lo que usted quiere saber. Pero usted no ande sola por aquí, yo le mando a Nikol, ella sabe dónde vive.

Al fin, lo que decían los periódicos tomó cuerpo y rostro, ella hace parte de Comuneros, los recicladores que habitaron por 40 años la vía férrea de la Zona Industrial, de quienes he hablado en semestres anteriores cuando sustenté trabajos finales de la maestría.

Jenny Así se llama la primera persona con quien hablé en el barrio, ella envió a Nikol, su hija despelucada y sonriente de nueve años que me llevó a la casa de doña Nelcy.

Golpeamos el portón, pero la señora no estaba. La niña me dijo que lo más seguro era que ya estuviera en el salón comunal. Subimos entonces por la manzana del centro, la de los murales, ahí estaba el Salón Comunal con la misma forma de las demás casas, pero quizá con un metro más de ancho. Nikol se fue enseguida a jugar con los niños del frente, nosotras nos quedamos en la puerta del salón tratando de escondernos del sol. Enseguida veo que desde la esquina de abajo venía subiendo hacia el salón doña Nelcy, lo sé de inmediato porque mi guía Nikol me lo indicó para que hablara con ella. Yo me preparo, me siento nerviosa e improviso una nueva presentación: Buen día, soy estudiante, soy docente, fui docente del Herberth Spencer hace dos años, etc.

Doña Nelcy se veía como una mujer de unos 45 años de edad, no muy alta, no muy bajita. Caminaba despacio y un poco encorvada mirando hacia el piso, luego se enderezaba mientras más se acercaba mirándonos a nosotras con cara de rareza. Ella Es morena, con labios muy delgados de ojos rasgados color negro y semi maquillados con un delineador que le enchina aún más los ojos, se notaba que tiene el cabello ensortijado pero lo llevaba recogido. Es una mujer de espalda ancha y cadera angosta, tiene brazos y manos gruesas, lo que me hizo pensar que ha trabajado toda su vida en labores pesadas; todo su conjunto corporal habla de una mujer con carácter, muy posiblemente de origen campesino y de tratos formales, eso expresó desde nuestro saludo mutuo.

Me presenté de nuevo como antigua profesora del Herberth, luego como estudiante interesada en el barrio.

Nelcy: El Herberth ¿hace cuánto? Yo no la recuerdo, ese colegio fue muy cercano a la comunidad y yo sí que también estuve cerca, porque era la representante de los padres de familia, allí estuvimos muy pendientes porque los hijos nuestros estudiaban allá, nosotros construimos la canchita, bien modesta, pero al menos era un espacio de diversión para los muchachos, ese fue nuestro aporte, ahí quedamos vivos. Se hace lo que se puede.

Con motivo del colegio, hubo un primer acercamiento grato, amable y de remembranza, los estudiantes, las difíciles condiciones de la institución y su posterior cierre en el año 2013. La pertinencia del tema llegó a su fin junto con la sonrisa de doña Nelcy tan pronto comenté que una de mis motivaciones para estar en el barrio era el desarrollo de

mi proyecto de maestría. La pequeña atmósfera que hubo entre esta inexperta investigadora y su interlocutora se hizo densa. Doña Nelcy se ubicó en la sombra para cubrirse del sol picante del medio día, yo la seguí en medio de un silencio de esos incómodos.

La Junta de Acción Comunal tiene hasta ahora un año, yo soy una de sus fundadoras. En estos momentos nos encontramos en una situación álgida, hay un conflicto de intereses que no nos permiten actuar como debemos y eso ha frenado en proceso de trabajo con la comunidad. Este barrio tiene todos los problemas jurídicos que usted se pueda imaginar, en todos he sabido frentear porque me gusta trabajar por mi comunidad, desde hace doce años asumí la vocería, conozco cada casa del barrio, en total son 117, las conozco como la palma de mi mano, a sus dueños también y todos saben quién soy yo.

Yo me recorrí todas estas casas porque una vez vino La Nacional a hacer un proyecto de renovación urbana, vinieron, tomaron medidas, entramos a todas las casas para ver la condición de las tuberías y los servicios públicos, ellos se veían muy comprometidos, nosotros súper ilusionados. De un momento a otro no volvieron y todo esto siguió igualito, las calles destapadas, las tuberías con las mismas falencias y ellos ni quiera volvieron para mostrarnos qué era lo que habían escrito.

Aquí han venido de todas las universidades: la Pedagógica, la Distrital, la Santo Tomás, hasta la Nacional con todo y su renombre. Han venido tantos estudiantes, todos así como usted con las mismas ideas, vienen a hacer su tesis, nosotros les prestamos nuestras memorias, les abrimos la puerta de la casa, ellos nos prometen un montón de proyectos. A la hora del té no se ve nada, ellos hacen su tesis, por aquí no regresan y el trabajo con la comunidad se vuelve una promesa. La junta tomó una medida drástica, fue la junta, no solo yo. Se decidió que no vamos a volver a permitir el ingreso de ningún otro estudiante, nadie más va a venir a sacarnos las historias.

Me da pena, lo cierto es que en esto de la investigación usted debió venir hace mucho tiempo a consultarnos si queríamos su presencia aquí, si nosotros somos el material de su investigación, pues debió empezar por aquí.

Todo el tiempo la estuve escuchando, solo asentía con cara de susto y vergüenza. Yo no llevaba grabadora ese día, pero las palabras de Nelcy fueron tan contundentes que no se

me olvidaron y logré anotarlas de la forma más fiel posible. Claro, lo que estoy diciendo traerá una serie de observaciones acerca de la legitimidad del relato, la voz del otro y las formas de interpretación del investigador y todos esos debates sobre la verdad de lo narrado. Lo que puedo decir es que de verdad todo fue verdad, que yo no iba preparada para tanto, pero tampoco para poco, eso me dejó preocupada porque así, el proyecto que no había empezado, se daba por terminado.

No sé si mi gesto la conmovió o si a ella le gusta asustar a la gente diciéndole que no, el caso es que me dijo:

Vea, Yo tengo un grupo de ancianitas aquí en el salón comunal haciendo ejercicios. Yo podría buscarle un espacio ahí, de pronto. Llámeme el martes por la tarde y miramos qué se puede hacer.

Esperé de manera ansiosa el martes ¿qué iba a hacer yo sin tesis? Ese día andaba con el celular en la mano, miraba el reloj hasta que fueron las cuatro de la tarde. La tarde empieza a las doce, pero se me hizo mejor llamar a las cuatro porque esa hora tiene más cara de tarde que otra. Doña Nelcy contestó la llamada, me indicó que si realmente estaba interesada en ir al barrio, fuera el siguiente sábado en la mañana para ayudar a repartir los refrigerios de las abuelitas. Esa fue mi primera misión.

Desde que empecé a hablar con la señora Nelcy, siempre me insistió en el aporte que yo podía dejar al barrio. Ella es una líder comunal, ha estado al frente de los problemas del barrio por más de una década, nunca ha leído a Orlando Fals Borda o Alfonso Torres, tampoco conoce las teorías acerca de los movimientos sociales urbanos a pesar de que en cierta forma ha protagonizado uno por varios años. Sobre procesos de legalización los barrios de autoconstrucción en Bogotá ha aprendido gracias a los talleres y charlas a las que el distrito le ha invitado por ser líder comunal y lo que ella misma conoció durante sus primeros años cuando recién llegó a la ciudad.

Aquí no hay extensos fundamentos en teoría de los conflictos urbanos, pero hay una experiencia sobre la lucha por el suelo que no se queda tan solo en la memoria colectiva de Comuneros; por el contrario, reclama estar vigente en la cotidianidad del barrio, allí donde no hay predios legalizados, donde muchos no cuentan con escritura pública, donde tres familias son dueñas de la misma casa y donde todo el

mundo promete bienestar para la comunidad. ¿De qué manera llevaría a cabo esa integración entre los intereses de la comunidad y los objetivos que otrora propuse en un anteproyecto de investigación? Acercamiento a la comunidad, captación de las prácticas en la vida cotidiana, comunicación e interacción, sensibilidad y encuentro, por ahí iba a ser el camino.

Es en este punto donde recalco la importancia de ciertos agentes familiares en este proceso. Para soportar mi idea de trabajo con las abuelas tuve que pedir el auxilio a Magaly, mi hermana menor, estudiante de recreación y turismo. Siendo ella conocedora de mis escasas habilidades motoras decide ayudarme; estuvo en todo el proceso de la investigación, lo conoce y continúa con ellos.

A Nelcy la convenció la idea, tras comentarle la propuesta la pude notar menos desconfiada, su voz volvió a un tono más amable, nos abrió las puertas y nos ha esperado siempre que organizamos un encuentro. Claro, su hermetismo frente a las cuestiones del barrio se mantenía. Sin embargo es de resaltar su transformación respecto a nuestra presencia durante este proceso que decidí aprender junto a las experiencias narradas por la gente de “Casitas” con quienes he sabido comprender e interpretar sus realidades.

Las abuelas y su experiencia de migrantes

Los ejercicios con las abuelas se programaron para todos los sábados en la mañana, de tal forma que mis primeros acercamientos y contactos con los vecinos se limitaron por mucho tiempo a nuestro grupo de abuelas. Vale la pena indicar que no todas ellas pertenecían a “Casitas”, algunas venían de barrios aledaños como Costa Rica, La Manuela o Taberín, los dos últimos pertenecen al margen oriental de la localidad, sobre la montaña; son barrios de invasión ubicados sobre zona de ladera. Pese a que no todas viven en el barrio, las conversaciones que empecé a entablar con ellas me permitieron organizar una ruta de conocimiento en torno al devenir del barrio, sus habitantes y sus relaciones vecinales. Así, mientras Magaly hacía ejercicios, yo miraba por la ventana, observaba rostros, intercambiaba palabras con las abuelas y también, a veces, hacía mis respectivos ejercicios: jornada de coplas y canto de rancheras.

Al final de la jornada de ejercicios las abuelas solían quedar muy agotadas, a veces, antes del refrigerio ya estaban tan cansadas que preferían tomar asiento. En ese momento de reposo se manifestaban los años de experiencia que llevan encima cada una de las abuelas y que empezaban a ser descubiertos por su misma voluntad de contar su pasado. Empezaba Ana hablando de su niñez laboriosa, luego Juanita la corregía y le complementaba, de pronto Matilde desmentía lo que sus compañeras dijeron y reconstruye una nueva versión. Sus pasados aunque suceden en tiempos y espacios distintos se encuentran en el campo del trabajo agrícola, de los matrimonios forzados, del maltrato masculino, la de la fe católica y de la maternidad. En esta encrucijada de pasados también hablaban de su llegada a la ciudad, de los años de juventud sufrida, maltratada y marginada en una Bogotá de haciendas, edificios, vías en construcción, inquilinatos y un futuro hostil y huidizo para el recién llegado.

Vitelbina: Eso mi vida yo la pinto como una novela. Yo soy de Santa María Boyacá. En mi vida he tenido que pasar por muchos trabajos, desde que tenía unos tres años me ha tocado trabajar. Mi papá fue muy duro con nosotros y mi madrecita quién sabe qué deuda tuvo que pagar pero a ella le tocaba no darnos de comer porque ahí mismo mi papaíto le pegada qué muendas. Mi vida ha sido muy dura, pero mi diosito se ha acorado de mí en todos esos momentos. (...) Huyendo de mi papá fue a dar muchas partes, primero a una hacienda en Santa María, allá no me pagaban, pero me daban de comer y hasta me permitieron hacer la primera comunión (...) Como mi papá volvió y me encontró allá, me fui para Guateque, ya tenía ocho años, me robé unas arepas y por el camino pedía sorbitos de guarapo, allá estuve trabajando y ganaba pa' pagar una pieza hasta que Llegó el nueve de abril, ese pueblo quedó solo por la violencia. Yo agarré para Bogotá porque todo el mundo cogió pa'ca, me separé por completo de mi papá y mi mamá, no supe más de ellos porque un señor de un carro me ofreció trabajar cuidándole una bebecita. Yo acepté porque así no tenía que ir a pagar inquilinato que era lo que había en ese momento, me fui, allá trabajé buen tiempo hasta que conocí a mi esposo que en paz descanse.

El relato se repetía, pasaba de voz en voz, de calle a calle, de frontera a frontera, el cuento tiene su respectiva versión en cada experiencia de cualquier campesino latinoamericano que quiso colonizar un espacio para habitar en la ciudad. Eso sí, cada uno le pone su esencia, cada uno habla de las condiciones particulares de sus

espacios de vida, pero al final, todos los testimonios hablan de una lucha que para algunos aún es inconclusa.

A partir de la década del cincuenta, ciudades latinoamericanas como Ciudad de México, Lima, Buenos Aires y Bogotá, sufrieron transformaciones urbanas similares y paralelas que sucedieron conforme a distintas variables propias de la situación interna de cada país. Si bien existe un común denominador en cuanto a tiempo en el que se dieron las migraciones masivas del campo a la ciudad, la construcción de asentamientos irregulares en los distintos países pudo ser producto de la industrialización como en el caso de México y Argentina o como en el caso de Colombia, producto de la violencia bipartidista.

Aunque las iniciativas de desarrollo industrial fueron experimentadas en las principales metrópolis latinoamericanas, es cierto que las condiciones históricas de desigualdad en la tenencia de la tierra, escasez en las fuentes de desarrollo agrario y el control del destino nacional en manos de unas cuantas élites minaron el progreso de esas proyecciones (Gilbert, 1997). En el caso Colombiano, las políticas de desarrollo fueron permeadas por los efectos de la violencia bipartidista, un fenómeno que redireccionó no solo las condiciones de vida en el campo, sino también los procesos de expansión urbana en ciudades su capital, Bogotá.

Las ingentes oleadas de migrantes campesinos a las ciudades latinoamericanas coinciden con la modernización que intentaron impulsar los gobiernos defensores de la industrialización sustitutiva⁸. La máquina ilusionista del desarrollo proyectaba grandes rascacielos para las ciudades, avenidas equipadas con populosos centros comerciales y conjuntos organizados de vivienda. En ningún margen del plan se presupuestaron las condiciones propias de la pobreza

⁸Hago referencia al modelo de Industrialización por Sustitución de importaciones ISI cuya formulación como medida de desarrollo económico para los países latinoamericanos fue adoptada tras el declive del modelo agroexportador. Para enfrentar la crisis productiva a la que se enfrentaban estos países, fue necesaria la estimulación de la industrialización mediante políticas proteccionistas de la producción local respecto a la producción exterior. Se trató pues de una acción económica en la que el Estado garantizara un desarrollo económico hacia adentro, el aumento del empleo en las grandes ciudades, distribución del ingreso equitativa y exaltación de la demanda de productos internos.

Es necesario aclarar que el modelo sustitutivo no se evidenció con el mismo impacto de toda América Latina, pues en ciudades como Bogotá, tales políticas proteccionistas eran menguadas con la crisis política particular de la nación, tropiezos con las que las principales ciudades de Brasil, México y Argentina no tuvieron que sortear su desarrollo económico interno (Bulmer- Thomas, 2010).

latinoamericana, el campo que iba quedando tras el humo de la maquinaria del progreso y los campesinos que llegaban siguiendo la promesa del desarrollo y de una vida mejor.

En Bogotá, sumado a los proyectos de industrialización, el caos y la tragedia pública originada por la guerra política bipartidista que se vivía en las zonas rurales en Colombia provocaban la incontenible llegada de familias migrantes a la capital, convirtiendo a la ciudad en un espacio de refugio, contenedor de posibilidades para continuar una vida lejana a los espacios rurales y obligada a persistir en una ciudad que no estaba preparada para la recepción de nuevos pobladores (Torres, 2013).

En los relatos de las abuelas acerca de su llegada a Bogotá, se mantenía la constante de las dificultades de trabajo en el campo sin garantías y la violencia que aquejaba las haciendas en donde servían. Como a ellas, los migrantes recién llegados intentaban acomodarse en inquilinatos que por lo general no resultaban ser una solución beneficiosa pues por un lado las demoras en la consecución de un empleo les impedía pagar con cumplimiento sus arriendos y por otra, el espacio con el que se contaba para familias de hasta cinco integrantes hacía imposible la convivencia como lo contaba doña Juanita quien tiene a su hija viviendo en Casitas, ella en los últimos años solo va de visita.

Juanita: En esos inquilinatos era insoportable, la plata solo alcanzaba para una pieza, ni cama, ni un baño, nada de eso tenía uno. Yo me acuerdo de la señora dueña del inquilinato donde vivía era tan brava con todos nosotros que porque jugábamos, que porque los niños lloraban y entre tanta pretura los olores. Por eso era que tocaba buscar a donde ir a vivir.

La expansión de la crisis habitacional no fue subsanada por el Estado de manera oportuna, de hecho, se desconocen las manifestaciones de interés por parte del gobierno tanto nacional como distrital por responder a las necesidades de vivienda que aquejaban a los nuevos pobladores. En lo que Alfonso Torres (2013) denomina como la penuria por la vivienda se empieza a manifestar formas alternativas para la producción de ésta, las cuales solucionarían el problema de hacinamiento en los inquilinatos. Ante la incapacidad administrativa del gobierno,

los migrantes acuden a iniciativas de ocupación del suelo con las que darán paso a una nueva faceta en la organización del espacio urbano para los desposeídos.

Dicha búsqueda alternativa desencadenó la autoconstrucción de viviendas en zonas privadas o de propiedad del Estado, las cuales eran invadidas por bloques de familias organizadas que ante el reto de la supervivencia en la ciudad cimentan una serie de estructuras de baja calidad y altamente vulnerables a condiciones como los desastres medioambientales. Es bajo esta norma que se origina el asentamiento de Comuneros en la Zona Industrial de Puente Aranda, sobre la carrera 40, bajo los cables de alta tensión y al lado de la vía férrea.

En las conversaciones iniciales con los habitantes de “Casitas”, las alusiones hacia los asentamientos iniciales de Comuneros eran escasas y huidizas. Lo que uno más busca es lo que más tarda. Yo ya tenía un previo conocimiento sobre el tema pero seguía esperando el día en el que ellos compartieran parte de esa historia conmigo. Casi siempre hablaban de su llegada a Suba, pero yo y mi afición por los antecedentes, de dónde salen las cosas me obligaban a buscar el lado del relato para que hablaran sobre el tema.

Un par de meses más tarde, cuando la confianza me permitía ciertas atribuciones preguntaba con más frecuencia sobre la llegada de Comuneros. Los relatos a veces son los mismos, otras veces se complementan. A mí me gustaba oír la versión de Humberto porque vivió en la carrilera desde que era un bebé, pero el de Nelcy también porque cuando habla de ellos asume sus disposiciones de lideresa, un tono de voz fuerte, comprometido y adolorido con el pasado de la comunidad.

Humberto: La historia de comuneros se traslada hacia la época de finales de los cincuenta, en la época de la lucha bipartidista cuando comienza los campesinos a ser desterrados de sus tierras y comienzan a llegar a Bogotá, entonces básicamente todo empieza con un señor de apellido Franco quien se le considera pues como el fundador de la invasión de la carrera Cuarenta sobre el espacio de la vía férrea. Con su familia llegaron desplazados por la violencia y comenzaron a ser los primeros que construyeron ranchos que básicamente eran de madera y en ese tiempo se utilizaba una tela impermeable que se llama paroy, básicamente de eso se hicieron los primeros ranchos.

Nelcy: las primeras personas que llegaron a la Cuarenta fueron personas que venían desplazadas de diferentes regiones de Colombia por la época de la violencia. Entonces a raíz de eso pues hubo el desplazamiento. Muchos estaban viviendo aquí en Bogotá pero a falta de trabajo, la falta de situación económica, entonces... pues el arriendo, muchas cosas llegaron a vivir...

El sistema de prácticas construido en el pasado campesino de los migrantes es un aspecto fundamental en las formas como este grupo social decidió adaptar sus condiciones de existencia en la ciudad. El origen rural mayoritariamente cundiboyacense de estas familias expresa como necesidad básica la tenencia de un suelo para construir vivienda que no solo significa la posibilidad de un resguardo, también la tranquilidad de hacerse a un patrimonio que materializa una vida de ahorro y trabajo en familia (Jaramillo, 2012).

Efraín Franco y su familia eran campesinos oriundos de Anolaima que en un acto de astucia y racionalidad marcaron la pauta para hacer frente a la precariedad por medio de la autoconstrucción de una vivienda sin mediación legal alguna ni un documento para soportar la legitimidad de su propiedad. Así mismo se organizarían en función del equipamiento provisional de sus viviendas, tal y como sucedió con otras zonas de autoconstrucción en la ciudad, frente a las que hay tanto convergencias como divergencias en los procesos organizativos para la tenencia de vivienda.

Los lotes vacíos que componían gran parte del suelo bogotano fueron colonizados por las familias campesinas que mantenían como expectativa el mejoramiento y dignificación de sus condiciones de vida mediante la adquisición de vivienda. Sin embargo, su llegada a Bogotá no aseguró la posibilidad de obtener un techo con la inmediatez que estas familias requerían. Por un lado su condición temprana de desempleo no les permitía el acceso a ingresos suficientes para la adquisición de un lote para construir o bien fuera para la adquisición de uno de los créditos que otorgaban instituciones estatales como el instituto de Crédito Territorial o la Caja de Vivienda Popular (Arango, 1981).

Por otro lado los recién llegados no solían contar con familiares o conocidos que les arrendaran una habitación en tanto conseguían un lugar propio. Como no se contaba con esta condición, los pocos ahorros o ingresos debían invertirse en el pago de la estadía en

un inquilinato, que como ya contaba doña Juanita, no solventaba sus carencias y por el contrario les traía mayores incomodidades.

El mercado habitacional subsidiado por el ICT⁹ o la CPV¹⁰, no constituyó realmente una fuente de soluciones al problema de los migrantes, pues quienes realmente lograron tener acceso a ese tipo de préstamos fueron los asalariados que recibían mayores y mejores ingresos, quienes a la vez eran poseedores de un empleo fijo. A esta limitación se suman los altísimos costos fiscales que implican este tipo de programas de vivienda subsidiada. Dados los costos de construcción y mano de obra destinada para estos proyectos, el Estado no logró cubrir la totalidad de gastos para las necesidades habitacionales de los pobres que no cesan y que por el contrario crecen de manera exponencial (Jaramillo, 1990).

Ante el horizonte de obstáculos que se interpuso no solo frente a Comuneros sino a toda la masa migratoria que recién poblaba Bogotá, la ocupación ilegal de espacios vacíos urbanos se convirtió en la salida o más bien en la entrada a una casa propia para los desposeídos que violando cualquier regla urbanística e inmobiliaria optan por hacerse a un espacio progresivamente digno en la ciudad (Jaramillo, 2012).

Comuneros no fue un grupo de migrantes como los demás

Sobre el tema de producción de vivienda informal en Colombia y América Latina investigadores como Peter Ward, Alicia Ziccardi, Ángela Giglia, Alfonso Torres o Alice Beuf han escrito una vasta bibliografía que me permitió comprender ampliamente el

⁹ El Instituto de Crédito Territorial ICT fue una entidad pública pionera en el desarrollo de proyectos de vivienda para las poblaciones de bajos ingresos. Desde su fundación en 1939 hasta 1947, su función consistió en otorgar créditos para la construcción de viviendas rurales en todo el país. Sin embargo, dada la oleada migratoria que experimentan las ciudades a partir de la década del cincuenta, el ICT redirecciona sus esfuerzos a la promoción de proyectos de vivienda para las masas, entre los que se destacan las urbanizaciones de los Alcázares, Muzú, Centro Urbano Nariño y Ciudad Techo y Quiroga (Goossens y Gómez, 2015).

A partir de 1991 el Instituto de Crédito Territorial pasó a llamarse Instituto Nacional de Vivienda de Interés Social y Reforma Urbana INURBE, entidad que junto a la Caja de Vivienda Popular tuvo la responsabilidad de la financiación y construcción del barrio para Comuneros. Al respecto se ampliará la información en el tercer capítulo.

¹⁰ La Caja de Vivienda Popular CPV, surge del contrato celebrado entre la nación y la ciudad de Bogotá el 17 de febrero de 1942 como una solución al suministro, construcción y financiamiento de vivienda para los trabajadores. *“La CPV busca contribuir al mejoramiento de la calidad de vida de los hogares de la ciudad, mediante la ejecución de acciones necesarias para la reubicación de familias que habitan en zonas de alto riesgo no mitigable, o que deban ser trasladados como consecuencia de la construcción de obras públicas o del desarrollo de proyectos de renovación urbana de la ciudad”* (Instituto de Estudios urbanos, 2008)

panorama de la construcción de vivienda “desde abajo”. En este proceso de lectura y aprendizaje trato de ubicar la cara de algún Comunero desorientado, buscando dónde asentarse, dónde ubicar su rancho, trato de asimilarlo con algún otro personaje de los barrios que han sido documentados como el barrio Policarpa Salavarrieta, del Camilo Torres, del Santa Rosa o del Consuelo.

La historia sobre la construcción popular y la lucha por la vivienda en Colombia ha sido ampliamente investigada, por lo tanto, lo que a mí me compete en parte de este capítulo es comparar los mecanismos de superación de dicha penuria por la vivienda. Por ello, es necesario en este momento hablar y escribir sobre esas convergencias entre la ocupación de terreno llevada a cabo por Comuneros y la ocupación de otros barrios. Identificar similitudes es necesario e importante, pero captar y comprender las diferencias lo es aún más. En algún punto de esta historia de invasiones, Comuneros se disloca, su proceso de organización y autoconstrucción de vivienda asume otros caracteres que no les permite continuar hacia la legalización como sí se logró en otras zonas, lo que no es un hecho aleatorio, sino la suma de intereses, prácticas y formas de asumir la vida en la ciudad. Aspectos como la construcción de vivienda, las formas de organización y conexión de servicios públicos, constituyen una red de convergencias y divergencias que tratare de identificar a continuación.

Abriendo caminos y levantando techos en la ciudad

La primera similitud en el proceso radica en el origen campesino de los migrantes, el valor cultural que para ellos posee la casa y la idoneidad a la hora de auto producir herramientas y elementos varios que les faciliten su vida y su trabajo. Si en el campo se acudía a prácticas como la construcción de un corral para gallinas, un corral para conejos, la elaboración de estacas para el ganado y el arreglo de herramientas como el Azadón y la pica; esa misma destreza sería aplicada a la cimentación de los nuevos espacios de vivienda precarios, con estructuras básicas, similares a las imágenes que tenemos sobre el campo tradicional de mediados de siglo. Esta parte del proceso puede denominarse en palabras de Samuel Jaramillo como la ruralización de la ciudad porque la forma como producen la vivienda urbana se basa en patrones de construcción y socialización provenientes de la vida campesina.

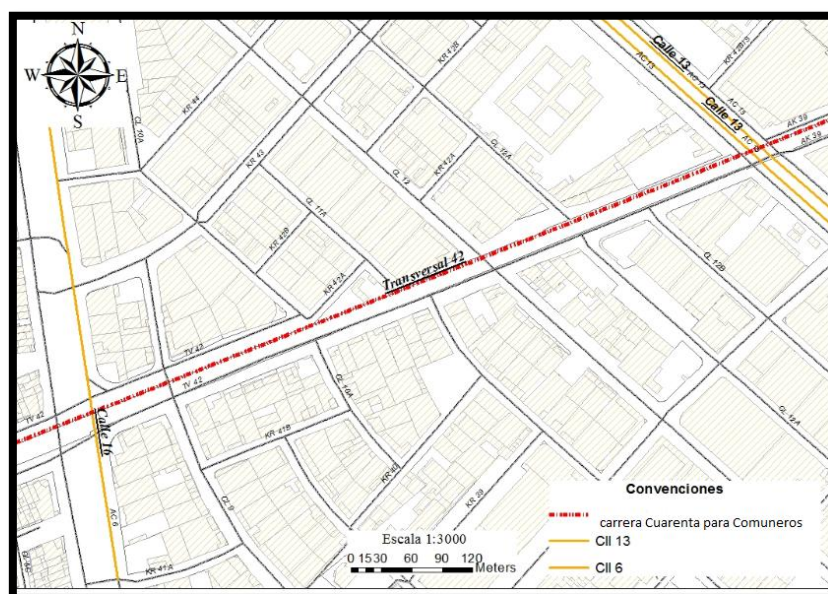
Gran parte de las zonas invadidas se encontraron en los estribos de la cordillera oriental y hacia el sur de la ciudad. Por lo general estas zonas son propiedad privada destinada a

producción agrícola o proyectos institucionales en los que se busca a futuro la construcción de hospitales, trazo de vías o centros de negocios. En los distintos casos revisados, hay una familia que toma la iniciativa de ocupar el terreno, luego sus prácticas solidarias los llevan a compartir el área con otra o más familias que tengan la necesidad de un techo provisional para vivir.

Los primeros colonos cedieron sus espacios a otras personas porque reconocieron la misma necesidad y el derecho de tener un espacio mínimo vital que les permita asentarse para cumplir con otras tareas de la vida cotidiana como el trabajo, el descanso, la alimentación y el aseo personal.

Se podría decir que la invasión de terrenos es un ejercicio comunicativo y solidario en el que los interesados en colonizar suelo urbano acceden a la información respecto a terrenos vacíos mediante un voz a voz secuencial que en el caso de comuneros es iniciado por la familia Franco y expandido hacia sus conocidos y allegados.

Contrario a otras zonas de invasión, la zona ocupada por Comuneros no constituía un escenario estratégico de uso agrícola ni de interés inmobiliario de la década del sesenta, pues la porción de tierras ocupadas por la comunidad constituían un pequeño resquicio rodeado por la intensa actividad naciente del Sanandresito de la 38 y la Zona Industrial de Puente Aranda.



Mapa 2. Fuente: Propia. Zona de invasión Comunera entre Calle Sexta y Calle Trece. Por efectos del cambio de nomenclatura, en la actualidad, la zona que los habitantes Comuneros denominan como la Cuarenta, corresponde a la carrera Cuarenta y dos de Mapa.

La vía férrea de la carrera Cuarenta se convirtió en el punto de llegada de una población de bajos ingresos (considero que para ese momento eran más bien nulos), sin acceso a espacios laborales, compuesto por familias nucleares de aproximadamente cinco integrantes que a partir del trabajo colectivo procedieron a la construcción y el diseño de sus viviendas, tal y como se replicó en las zonas del sur y el oriente de Bogotá.

El paso del campo a la ciudad hizo que las prácticas que se venían manteniendo en la ruralidad fueran transformadas conforme las condiciones del medio lo fueron demandando, sin embargo, prácticas como el sentido de compadrazgo y cooperación entre coterráneos se sostuvieron, sobre todo cuando varias familias se estabilizaron y convocaron a otros que estuvieran pasando por la cruel penuria de no tener techo. La invasión de la 42 avanzó con la llegada de sus colonos.

Nelcy: la gente llega por lo que le digo, por diferentes situaciones: unos por cuestiones económicas, porque no tenían formas de pagar arriendo- ¿sí? – la violencia que desplazó la gente de los departamentos hizo que empezaran a hacer la invasión. Pero la invasión se forma por amigos, o sea, no llegaron allá cualquier persona directamente, ¿no? – había una persona que decía vea yo tengo tal gente y le puedo dar una pieza, entonces llegaban por una recomendación de los mismos que vivían ahí. Entonces no llegaban porque tuvieran un trasteo y ya se Ubicaron. Sí, todo era con relación de conocidos o de recomendados del amigo de mi amigo, entonces decían sí... fulano de tal está mal, entonces venga le hago una pieza, venga le arriendo o había un sistema de subarriendo... o le dejaban un pedazo de lote ahí... entre todos construían y ya. Eso era por beneficio de la amistad, entonces estaba mal y le dejaban ahí construir. Habían familias que llegaban con cuatro cinco pelados, entonces el amigo le decía venga se viene a vivir acá mano.

Tal y como sucede en barrios como Vitelma o San Blas, invasiones de la zona oriental, la autoconstrucción se inició con materiales improvisados con una resistencia de poca duración y vulnerabilidad ante las condiciones climáticas que ofreció la ciudad. El mejoramiento de estas viviendas pudo darse cuando los integrantes de las familias lograron ubicarse temporalmente en un empleo que les permitió ganar ingresos para la mejora progresiva de las viviendas. Luego, cuando el desempleo regresó, la fuerza de trabajo propia era invertida en el equipamiento de las casas.

Sin embargo, algunas familias no lograron reunir los recursos monetarios suficientes para iniciar su proceso de autoconstrucción, razón por la que debían acudir entonces a la modalidad de arriendo, una práctica adoptada por los propietarios de los ranchos quienes conforme los iban mejorando, podían ofrecer parte de su terreno a cambio de un ingreso conveniente para la economía familiar. De tal suerte que la casa no solo genera *valor de uso* (Harvey, 2007), ni tan solo garantiza el derecho de habitar, sino que también significa una fuente fija de ingresos para cubrir gastos que no se pueden solventar durante los tiempos de desempleo.

En Comuneros, cuando una familia accede a un espacio en la vía férrea, no sólo se apropió del perímetro destinado estrictamente para la vivienda, cada familia que llegaba tenía derecho a un espacio para hacer su casa y una espacie de campo libre para arrendar a alguien que llegara recomendado por otra persona conocida o por una persona que ya estuviera habitando la carrilera. El cobro por el uso del terreno era opcional y dependía de la necesidad de ingresos que tuvieran los arrendatarios. En algunos casos, por efectos de una amistad histórica no se le cobraba arriendo al recién llegado.

Humberto: Con el tiempo iba llegando pues más gente desplazada entonces la comunidad se formó porque siempre llegaba alguien referenciado, familiar o alguien que ya pertenecía la comunidad, era la única forma de pertenecer a la comunidad si usted tenía un amigo, conocido o un familiar. En el caso específico de mi padre fue con un amigo que llegó a la comunidad primero luego lo recomendó... pues la verdad yo tengo recuerdos muy vagos porque yo llegué muy niño allá.

Recuerdo que eran unos pastizales grandes, la carrilera conservaba su gravilla, pasaba el tren y llegamos una tarde como a las cinco seis de la tarde y llegamos a dormir en un rancho del señor Vanegas que era el amigo de mi papá. Ya con el tiempo nos arrendaron un pedazo de tierra y ahí construimos nuestro propio rancho, entonces con tablas, tejas, cada uno la diseñaba como quisiera con patio interior o patio hacia la calle, su baño. Claro que inicialmente era un pozo séptico que era comunitario.

Sucedía en otros casos que la familia “propietaria de terreno” decidía ceder su espacio libre a la familia que llegaba a arrendar. De acuerdo a los testimonios

recogidos cada familia estaba en plena libertad de ceder bajo palabra el terreno inicialmente arrendado o de venderlo mediante el ofrecimiento de una cifra “simbólica” pues dadas las características del terreno no se tenía establecido un estándar acerca del precio de los lotes que la misma comunidad iba parcelando conforme llegaban más familias.

Humberto: El predio no tenía un valor comercial, era como simbólico. Era como... la persona veía la oportunidad de tomar algo de dinero por dar el permiso ¿sí? pero nunca que digamos valió tres cuatro millones. Incluso había gente que simplemente por hacer el favor a otra familia, por ejemplo en el caso de mi papá, a mi papá le asignaron un buen terreno, entonces había una familia de apellido Ochoa, el señor era vigilante de una obra cercana, ¿sí? que antiguamente las obras lo que acostumbraban era a no pagar servicios de vigilancia sino contrataban una familia y dormían y cuidaban la obra un tiempo. Entonces el señor se enfermó y los desalojaron, entonces el señor con sus ocho hijos creo que tenía cuya esposa era por allá de Boyacá, estaban recién llegados, desplazados sin plata, sin nada entonces a lo que se enfermó el señor lo desalojaron de la obra con la familia, entonces mi papá los acogió en el rancho de nosotros. Nosotros convivimos con ellos mucho tiempo, comíamos, cocinábamos éramos casi como una familia.

La invasión de terrenos privados como común denominador en la construcción de barrios populares en Bogotá toma un cariz distinto al revisar el caso de comuneros. Uno de los rasgos más frecuentes de las zonas de invasión consiste en su precariedad, no solo por los materiales de los que están hechas las viviendas, también por las características de los terrenos que suelen ser zonas de ladera proclives a derrumbes o zonas inundables que constituyen un escenario de inestabilidad e inseguridad para los pobladores. Pese a ello, los autoconstructores diseñan una serie de dispositivos para hacer de un espacio determinado, un hábitat adaptado a las condiciones del medio. Empero, si repasamos el asentamiento comunero observamos que hay claras diferencias en las formas de producir y ocupar el suelo, basta solo con recordar que dicho asentamiento se encontraba justo al lado- muy cerca del paso férreo, al mismo tiempo bajo los cables de alta tensión que iban sobre la carrera Cuarenta. Las condiciones climáticas de la ciudad y de suelo fueron una cuestión solventada para los ocupantes de dichas zonas, pero: ¿cómo solventar la coexistencia con el paso diario de los trenes a

escasos metros de los ranchos comuneros? ¿Cómo proyectar a largo plazo el desarrollo de un vecindario amparado por los cables de alta tensión y cercado por las fábricas de la Zona Industrial?

Rechazados la legalidad y acogidos por la ilegalidad

Los procesos organizativos de las comunidades ocupantes de las invasiones se materializaron en las juntas de acción comunal¹¹, organizaciones vecinales legalmente reconocidas por el Estado que les permitieron a los más pobres realizar esfuerzos colectivos por legalizar los barrios que previamente habían construido. Estos pobladores que llegaron en un momento en el que la maquinaria del sueño modernizador los ignoraba, pero que sin embargo lograron crear condiciones de adaptabilidad tan eficientes que finalmente tuvieron que ser reconocidas política y administrativamente por el gobierno.

Luego de litigios, tutelas entre otros oficios jurídicos la regla general se basó en un reconocimiento de los barrios autoconstruidos, el paso a seguir tras esta legitimación, consistió recibir la autorización para la ejecución de obras públicas, conexión de servicios y entrega de títulos de propiedad por parte de las entidades competentes a los propietarios de las viviendas.

En Comuneros, su asentamiento en la vía férrea fue altamente problemático pues si bien existió una franja de terreno que iba desde la calle sexta o avenida de Los Comuneros hasta la calle 13, el uso de suelo programado para esta zona no era de vocación residencial sino industrial, de acuerdo al decreto actualizado sobre ordenamiento territorial que determina el uso del suelo para la localidad de puente Aranda¹². Pese a esta condición, Comuneros no frenó la expansión de su asentamiento, por el contrario

¹¹ Las Juntas de Acción Comunal JAC, surgen como un mecanismo de organización cívica social y comunitaria para los habitantes de los barrios jóvenes que recién surgían en la ciudad de Bogotá durante la década del cincuenta. Para mitigar la emergencia de organizaciones populares que acentuaban el caos político que se vivía en el país, el gobierno de Gustavo Rojas Pinilla institucionaliza las JAC con miras a construir un puente de comunicación efectivo entre los barrios y la administración distrital, responsable de proveer de servicios públicos y equipamientos a los asentamientos urbanos que crecían en el perímetro metropolitano. Actualmente las JAC son reglamentadas por la ley 743 de 2002, hasta hoy han promovido las posibilidades organizativas en espacios locales que necesitan del apoyo distrital para solventar los problemas propios de las comunidades populares (Peña, 2010), (Torres, 2013).

¹² Decreto 062 de 2007. Por el cual se reglamentan las Unidades de Planeamiento Zonal (UPZ) no. 108, Zona Industrial y 111, Puente Aranda ubicadas en la localidad de Puente Aranda (Alcaldía Mayor de Bogotá, 2004).

como cualquier otro barrio consolidó formas de organización en las que inicialmente, las familias con mayor antigüedad en el terreno eran las que determinaban la ocupación del suelo. Rodeados por las fábricas, sin la influencia de otro barrio de carácter residencial, Comuneros creó su propia estructura social, a espaldas de otros procesos de invasión que avanzaban en la búsqueda por su derecho a la ciudad.

Inicialmente se formaron varios clanes, por ejemplo los Franco por su antigüedad podían asignar de su sector tierras y decir fulano aquí o aquí nadie se mete. Había otro grupo muy grande de apellido Vanegas que eran muy respetados porque eran muy agresivos, entonces con ellos nadie se metía ¿sí? ellos también decían ¿sí? o le vendían muy económico, dentro de la invasión se vendía ¿sí? pues no a un precio muy exagerado pero sí decían cuánto me da, era muy informal, era de palabra, era como tenga este pedazo de tierra y constrúyala.

Y también habían unos Montenegro por lo que eran bastantes crearon como su propio clan. Entonces básicamente era así como se repartía la tierra. Estaba el espacio de todos pero de un momento a otro cada sector se sabía de quién era o quién tenía dominio sobre ese sector y esa persona era la que autorizaba a que otra familia ingresara.

Eso iba exactamente desde la calle 13 hasta la avenida sexta que se conoce hoy, o sea que sí era bastante terreno. aunque no estaba el ciento por ciento poblado sí hacia la trece había una señora que ella únicamente tenía unas casetas para vender almuerzos a los del sector y la vivienda de ella, no dejó radicar a nadie más ahí, ellos eran de apellido Catama, sí? entonces ella no dejó meter a nadie más ahí sino ella, entonces colocó fue unas casetas y un restaurante, ilegal pero era como una de esas casetas de las de postobón y el resto lo acomodó ella en tablas y sillas para vender los almuerzos y como era barato muchísimos trabajadores llegaban ahí a comprarle su desayuno y los almuerzos.

Entre la calle doce había un grupo de afroamericanos que se llaman ahora afro descendientes que ellos sí no tenía familia sino tenían era como un espacio en los mismos carros de esteras donde cargaban el material ahí mismo dormían, ellos nunca prepararon rancho y ni nada, pero todos sabían que callejón era de los negros que llamaban.

En la otra esquina eso viene siendo por la calle doce a también había un señor de nombre Luis, no me acuerdo del apellido que también tenía su venta de almuerzos para los trabajadores del sector también eran casetas de Coca-Cola o cualquier producto para vender refrescos y una ramada grande y sillas y mesas ahí era donde vendían los almuerzos

ahí ya llegaron varias familias, no recuerdo cuáles pero ahí ya se asentaron después varias familias y el pedazo más grande donde sí se concentraban unas 500 familias era más o menos de la décima a la calle sesta que eso sí estaba caso todo construido ciento por ciento sobre la línea de la carrilera del tren .

Todos se consideraban parte de la comunidad, incluso don Luis tiene propiedad acá o los hijos porque él ya murió. Ehhh y los Catama también tiene familia aquí, por ejemplo la mamá de Hugo Catama entonces los hijos de él sí ya están aquí porque sacaron casa por desalojar el predio de allá porque ellos sí también salieron desalojados cuando se quitaron toda la comunidad de comuneros de allá de la carrilera.

Como si se tratara de una fobia hacia las figuras institucionales del Estado, Comuneros avanzó en un proceso intrínseco de desarrollo de su vecindario y sus viviendas. Cuando el tema de conversación era acerca de la vida en la Cuarenta, mi interlocutor, quien quiera que fuera defendía sin condición alguna las ventajas de mantener un asentamiento en la vía férrea porque era un lugar que para ellos era proveedor de todas las condiciones básicas de existencia por lo que no era necesario salir en busca de otro lugar para vivir.

Humberto: Es que prácticamente uno no tenía a qué salir de ahí, salvo para trabajar, pero es ni eso porque el trabajo estaba ahí al lado de nuestras casas (...). La verdad a nosotros como que no nos llamaba la atención ir a otro barrio a convivir, uno ya sabía quién era quien aquí a nadie le importaba qué hacíamos nosotros porque los únicos que venían a parte nuestra eran los que trabajan en las fábricas y ellos venían era a cumplir su jornada laboral.

Uno no tenía roces con las autoridades. Pues no porque antes algunos ranchos tenían restaurante, lo que nos hicimos fue amigos, porque la gente lo conocía a uno, ellos venían a comprar una empanada, una gaseosa, a

calentar el almuerzo. Yo creo que éramos un favor para ellos porque aparte vigilábamos y trabajábamos para ellos. (...)Y lo de la policía... pues qué iban a venir si nosotros no estábamos haciendo nada malo.

Además de los ranchos que se iban prolongando a lo largo de la vía férrea, pequeñas tiendas se iban sumando a la estructura de esta pequeña sociedad. Restaurantes y casetas de bebidas complementaban las fuentes de ingresos de algunos Comuneros que vieron en esta zona no solo un espacio ideal de asentamiento, también de obtención de ingresos aprovechando el alto flujo de trabajadores que transitaban por el sector en busca de algo para consumir en sus respectivas horas de descanso.

Tener negocios o tiendas en los locales de las casas es una práctica muy habitual en los barrios populares. Solía pasar que quienes fueron propietarios de tiendas veredales, trasladaban su negocio a la ciudad, haciendo de su casa un lugar de cafetería, panadería o supermercado que abasteciera las necesidades de los vecinos del barrio y los ingresos de sus propietarios también. Bajo esta misma norma de subsistencia y producción social del espacio popular se desarrollaron las tiendas en Comuneros.

Humberto: No se pedía permiso para tener una tienda, es que eran otros tiempos, no existían esas instituciones y allá no se ponía cuidado a eso, que estuviera limpio sí y limpio sí estaba. de por sí que estamos hablando de los años ochenta, noventa yo creo que se podían contar con la mano los negocios que estaban legalizados, porque cualquier persona montaba una tienda y no tenía ningún problema no tenía que tener que bomberos que el permiso de la secretaría de no sé dónde, en ese tiempo todo era muy informal. De por sí que Colombia ha sido un país de economía informal usted mira a la fecha de hoy que hay tanto control y hay demasiada informalidad, cualquier persona va y monta una tiendita en su casa.

Tomando prestados los servicios legales

Quienes lograron construir su vivienda, solucionaron por largo tiempo el problema de tener un asentamiento estable en la ciudad. La casa brinda la sensación de protección y seguridad, ofrece la oportunidad de tener un punto de partida y un punto de llegada a cualquier hora del día. Empero, esta gran garantía viene con una serie de requerimientos que obligan a sus propietarios a hacer nuevamente uso de su idoneidad para hacer frente a necesidades básicas como la conexión de servicios públicos para sus hogares.

Como si emularan los asentamientos de las sociedades originarias, cerca al asentamiento invadido corría un río. Cumpliendo su labor fundamental este cuerpo hídrico proveyó de agua a los nuevos habitantes, agua para lavar la ropa, agua para lavar el cuerpo, agua para llevarse las manchas de su triste y complicado arribo a la ciudad.

Como ese tiempo era otro, entonces Bogotá era otra. Así como no era la ciudad que pedía licencia de funcionamiento para poner un negocio en el local de la casa, tampoco era la ciudad de los ríos canalizados que ahora llamamos caños, que hoy ya no sirven para lavar la ropa ni el cuerpo, eso sí, sirven para llevarse en su caudal el cuerpo del pecado de algún delincuente que provee de alimento la bandada de buitres que corren a lo largo de las aguas negras que antes eran limpias, no daban asco y tampoco daban miedo.

Ríos como el Tunjuelito y el Arzobispo, fueron las fuentes de agua de las familias mientras estas no crecían de una manera significativa, con pocas personas el problema de la limpieza era más sencillo de solventar. Sin embargo, esta práctica evidentemente campesina no sobrevivió a las obligaciones de la vida urbana en la que las sociedades parece que crecieron de manera exponencial, donde los recursos ya no alcanzaron para todos y la búsqueda de soluciones tenía que ser ineludiblemente otra más efectiva.

Como algunos barrios ya tenían servicio de acueducto y alcantarillado, las personas de los barrios que aún carecían de dicho servicio se trasladaban hasta allá a comprar el agua por canecas, pero tenían que madrugar porque la afluencia de compradoras era alta y podía correrse el riesgo de no alcanzar a tener el agua correspondiente para las necesidades del día (Torres, 2013).

Mientras se lograba dar solución a esta carencia del agua, el trabajo organizado de los vecinos permitía la construcción provisional de letrinas y pozos sépticos que trasladaban a lugares no muy lejanos el resultado de las necesidades biológicas de los habitantes de los barrios, luego estas iban a parar a los mismos ríos cristalinos donde se lavaba la ropa, pero que por la contaminación dejaron de ser el lugar de encuentro de las señoras lavanderas.

A propósito de este párrafo, recuerdo que en una ocasión, la señora Matilde, una de las abuelitas, nos contaba que antes de llegar a Comuneros con el señor con quien se fue a vivir (nunca se refirió a él como su esposo porque él le pegaba mucho y ella no lo

quería, así nos lo decía), intentaron levantar un rancho en Tunjuelito al sur de Bogotá porque oyeron que habían lotes vacíos y que la gente estaba construyendo allá y las autoridades no les decían nada. Como eran tan pobres, no tuvieron dinero para comprar materiales aptos para la construcción y además como llegaron de últimas a la invasión improvisaron su asentamiento en el peor lugar de todos

No teníamos re nada, nada. Entonces yo me acuerdo que con unas sábanas amarradas a cuatro palos hicimos como un cuartico que tocaba tener a cada rato para que el viento no se lo llevara. La gente nos colaboró en una ocasión con una teja y ya cuadramos el techo, pero como llegamos de último no alcanzamos a tener un lugar planito y amplio y nos tocó fue en la pendiente que da hacia el río y lo que no nos dimos cuenta fue que allá iban a dar todas las porquerías de las casas. Cuando yo sentía ese hedor fue que me di cuenta que preciso hicimos el rancho en medio de donde pasaba todo ese mierdero al río (...) Esos olores no me los aguanté y allá no pudimos estar (...) nos tocó irnos a buscar.

Matilde y el hombre con quien se fue a vivir llegaron a Comuneros huyendo de los malos olores del Tunjuelito ya contaminado. Luego, en su traslado a Comuneros encontraron un asentamiento igualmente ilegal que todavía como otros barrios, no había dado solución a su problema de acueducto y alcantarillado, salvo por los pozos sépticos que se construían atrás de los ranchos y que tenían su destino hacia las aguas del río que lleva su mismo nombre y que corre paralelo a la avenida sexta que también se llama avenida de Los Comuneros.

Siguiendo con el ejercicio comparativo, nuevamente la ventaja que tuvieron los demás asentamientos sobre Comuneros, fue su progresiva legalización y reconocimiento Estatal. Tal y como he enunciado con otros aspectos, la adquisición de escritura de los predios y la legalización del terreno invadido ofreció distintas garantías, entre ellas; la posibilidad de exigir a la alcaldía metropolitana la construcción de redes de luz eléctrica, acueducto y alcantarillado que complementaran el proceso de construcción de vivienda digna con acceso a los mismos servicios con los que contaban los barrios no construidos en la línea de la subnormalidad.

Mientras tanto, en Comuneros se prolongó el trabajo comunitario en función del diseño de soluciones alternativas al acceso de acueducto al margen de la autorización de la alcaldía local. Buscar la conexión de servicios públicos tal y como lo hicieron en otras

zonas de Bogotá, implicaba desalojar la vía férrea, un espacio en el que ya llevaban más de una década y ya habían consolidado en gran parte una comunidad estructurada y autosuficiente como se precian algunos Comuneros cuando hablan de este proceso.

Una de los argumentos en defensa de la viabilidad de su asentamiento suele girar en torno a la eficacia con la que lograron sostener la invasión al margen de normas de ocupación del suelo en la ciudad, pues se asume que si no se les llamó la atención desde el principio de la invasión, fue porque era posible que ellos pudieran vivir allí, al fin de cuentas, un terreno al lado de la carrilera no era atractivo ni necesario en los planes de desarrollo urbano de la ciudad, o al menos eso se creía antes de que aparecieran las peticiones de desalojo de ferrovías.

Es recurrente el agrado o la simpatía con la que cuentan lo fácil que era crear las condiciones de habitabilidad en la vía férrea pues la ignorancia de las autoridades frente a este asentamiento específicamente y la poca atención que prestaba la población de empresarios y trabajadores que circulaban por el sector hizo que por muchos años sintieran que no necesitaban de nada más que de su mismo trabajo en conjunto para desarrollar una comunidad independiente allí, al lado de la Zona Industrial, cerca del centro de la ciudad y rodeados por vías de alta circulación de flujos. ¿Para qué acudir a las instituciones del distrito o del Estado si lo que necesitaban lo conseguían por cuenta propia? Al fin y al cabo, los servicios estaban ahí, nunca nadie les dijo que era inapropiado o ilegal tomarlos.

Humberto: La luz y el agua ...No pues completamente legal, por ejemplo al ver que se creció tanto la invasión y que ya los uno o dos pozos sépticos que habían en la región no eran suficientes, entonces mi papá y un grupo de amigos se reunieron y dijeron, bueno entonces nos toca mirar a ver cómo nos inventamos lo de los baños, ya había gente que como que empezaba a trabajar en construcción porque pues realmente comuneros toda la vida... aunque en la Cuarenta el noventa por ciento de gente era recicladora, había gente que también trabajaba en construcción o tenían otros oficios, sí? entonces lo que estaban en construcción sabían cómo era el asunto entonces toda la comunidad desde el niño hasta el anciano comenzaron a abrir las zanjas que en un tiempo tuvo barro cocido, gres que llaman y se extendió la red y cada frente de cada casa se dejaba un ... finalmente iba a un pozo de alcantarillado entonces era ilegal pero estaba conectado al alcantarillado de Bogotá, lo mismo el agua con

la toma de uno de los tubos que iban para las empresas y ahí se pegó el agua y se hizo la red para todo el barrio y la luz pues estaban los postes, no era pues sino el que si era de electricidad pues vaya súbase, claro nosotros la tomábamos de los postes de iluminación del sector porque esa luz que pasa por las torres eso es de alta tensión entonces esa no sirve para uso doméstico

Los cambios que uno quisiera hacer pues eso dependía más de la persona que la metiera en la casa porque por ejemplo algunos tenían su tasa reciclada la iban alzando e iban y la instalaban. Otros tenían un lavadero, ahí lavaban losa, lavaban ropa y no había lavamanos. Sí básicamente era la tasa del inodoro y un lavadero grande para lavar la losa, para lavar la ropa, para bañar los niños

Aprovechando los tiempos donde no había tanta ley, definitivamente el gobierno no le ponía mucho cuidado pasara lo que pasara, ya tenía que ser algo muy grave como para que viniera la policía o algo, de resto era como una pequeña república independiente.

El tipo de suelo elegido para construir el asentamiento de las familias que llegaron a la ciudad es una decisión que marca de manera definitiva la diferencia entre el proceso de invasión de los barrios estudiados por los historiadores de la vivienda popular en Bogotá y el caso específico de Comuneros. Pensar en la viabilidad de un barrio como asentamiento para no solo para las familias recién llegadas sino para sus herederos era y continúa siendo una condición fundamental al buscar reiniciar una vida en otro lugar.

Las formas como Comuneros organizó la construcción de ranchos en la vía férrea correspondió a una forma de producir el espacio urbano desde la inexistencia legal, es decir a espaldas de la formalidad, una dimensión que implicó llevar a cabo gestiones administrativas para adquirir escrituras de predios, conectar servicios legales que deben ser cancelados mes a mes por su uso, adquirir obligaciones tributarias que desde el espacio de la Cuarenta no eran imperativos y que por otro lado eximían a sus habitantes de gastos que en determinadas condiciones de pobreza son difícilmente solventados.

El asentamiento Comunero de la carrera Cuarenta constituyó una nueva oportunidad de vida en la ciudad para sus pobladores. La construcción de este asentamiento no solo solucionó un conflicto de carácter habitacional, también les brindó la posibilidad de insertarse a un mundo laboral que desde su llegada había sido discontinuo y no había ofrecido las garantías necesarias para sobrevivir a las formas de vida urbana.

Uno de los principales argumentos en defensa del pasado vivido en la Cuarenta se cimentó en el hecho de que únicamente la construcción de un asentamiento ilegal-informal podía ofrecer seguridad a todas las familias que invasoras de dicha zona. Las polémicas zonas de invasión en la ciudad se convirtieron en una red de protección contra la pobreza que como indiqué anteriormente, no fue resulta oportunamente por el Estado. El silencio institucional, permite la germinación de una expresión informal de la vivienda que termina por ser aceptada por los distintos agentes ciudadanos, lo que a largo plazo hacen que prevalezcan, crezcan, en algunos casos se legalicen y en otros, como Comuneros persistan como una suerte de “insurgencia urbana” que lucha por el derecho a la vivienda.

Ya he hablado tangencialmente de las condiciones físicas del asentamiento comunero que pese a constituir un universo ideal para sus habitantes, se escapaba de los lineamientos básicos para su legalización, dada su extensión, y el paisaje que los rodeaba, la república independiente de Comuneros se enfrentaría a distintos debates debido a su forma de apropiar el espacio urbano y las prácticas adoptadas para persistir como comunidad en el espacio de la ilegalidad urbana.

CAPÍTULO SEGUNDO

LAS AÑORANZAS DEL PASADO EN LA CUARENTA: PRÁCTICAS IDENTITARIAS DE UNA COMUNIDAD

Este es capítulo del pasado Comunero, de los testimonios de quienes nacieron o crecieron y vivieron su niñez y adolescencia en los ranchos autoconstruidos a lo largo de la vía férrea de la carrera Cuarenta en la Zona Industrial de Puente Aranda. La memoria colectiva que ha construido esta generación se basa en un pasado de añoranzas desde el cual intentan reconocer cuáles son los rasgos identitarios que los agrupan como Comuneros. Desde su presente en el barrio “Casitas” en la localidad de Suba en donde viven hoy día, reflexionan en torno a la historia de su proceso organizativo, las prácticas que constituyeron la fortaleza de su comunidad para hacerle frente a la miseria, el repertorio estratégico con el cual aprendieron a darse un lugar desde la informalidad del reciclaje y la autogestión de soluciones a sus necesidades.

También para Comuneros todo tiempo pasado fue mejor

En las historias narradas por los vecinos Comuneros persiste con agrado y cierta añoranza los recuerdos de la vida diaria en la Cuarenta en Puente Aranda; se extrañan con frecuencia las actividades organizadas por la comunidad, la facilidad con la que se accedía al trabajo, a la comida, al dinero y a la tranquilidad generada por la soledad de las noches en la carrilera. Este tipo de sensaciones se manifiestan sobre todo en los testimonios de las personas que tuvieron la oportunidad de nacer o crecer allí en los ranchos de la vía férrea.

Las casas de madera seca y cartón fueron durante cuarenta años su espacio social, el que les dio acceso a los primeros escenarios de socialización, acceso al mundo laboral y a las buenas relaciones de compadrazgo entre vecinos, vínculos con décadas de antigüedad que se validaban por haber trabajado hombro a hombro en la construcción de vivienda para sus familias y en el auxilio que se prestaron entre sí para solventar sus dificultades. Para personas como Lucho o Piquiña quienes crecieron en la invasión “*El tiempo pasado que se vivió en Comuneros fue mejor, era más fácil organizar a la gente y se sentía que realmente se vivía en comunidad*”—Así lo afirmaban en las pocas ocasiones que pudimos prestarnos el tiempo para conversar.

Las formas como me relacioné con los habitantes de Casitas me permitieron conocer y casi comprender el peso histórico de la carrera Cuarenta sobre la vida de cada

Comunero. Las maneras como sus testimonios me iban siendo compartidos variaron conforme pasaba el tiempo del trabajo de campo, sin embargo otras prevalecen en mis momentos de interlocución con ellos. Una de las formas más recurrentes para fomentar los espacios de socialización de experiencias fue el puente de comunicación que Nelcy estableció entre sus vecinos más allegados y yo.

Por lo general cuando íbamos saliendo del salón comunal hacia la casa de Nelcy y pasaba alguien, ella saludaba y aprovechaba para presentarnos, a mí y a mi hermana. De mí siempre recordó que fui profesora del Herberth y que por lo tanto muy posiblemente conocía a muchos niños del barrio, de mi hermana resaltaba la cantidad de juegos y actividades que podría trabajar junto a la gente del vecindario. Acto seguido a la presentación, viene el comentario: *–Él/ella también vivió en la Cuarenta, ¿cierto que allá sí que se vivía mejor?* y respondían siempre con una sonrisa y un gesto de seguridad - *uh... claro, ¿se acuerda de los partidos por la noche?* El recuerdo cerraba con una sonrisa de complicidad y un compromiso de alargar otro día el testimonio.

Sucedió en distintas ocasiones que las conversaciones sobre la vida en la carrera Cuarenta se limitaban a una afirmación como la que me dio uno de los vecinos una tarde que bajaba por la calle del salón comunal atareado con un cajón desvencijado que llevaba sobre su espalda, aunque iba una carga pesada y casi no podía levantar el rostro colorado por el cansancio me dijo mientras iba tomando aire – *Usted no ha pasado por mi casa y yo sí le cuento rapidito todo, qué quiere que le diga, que esto es una porquería y allá sí todo era bonito, mire cómo me toca de duro aquí.* Al final no pasé por la casa del vecino, siempre nos encontramos y nos hacemos un gesto de saludo, otras veces nos reclamamos: *¿Qué hubo de la entrevista? a ver si la otra semana sí la hacemos.*

Rescato su afirmación porque no fue la única vez que la oí, se repetía con diferentes rostros y voces, pero al final indicaba lo mismo: una añoranza por el pasado ¿qué había en ese tiempo? Dicen ellos que existía confianza, facilidades para sobrevivir, yo le sumo que allí pudieron habitar en comunidad, con todo y los conflictos que alrededor de ello también se tejen.

La informalidad garante, haciendo hábitat desde el margen

Volver al recuerdo para pensar en los ranchos de la Cuarenta es un ejercicio que a menudo hacíamos quienes no vivimos allá. A veces le preguntaba a Paula, la hija de *Lucho* o a Jean Claude, el hijo de *Piquiña*¹³ acerca de las historias que les contaban sus papás sobre la Cuarenta, a lo que ellos respondían con un gesto de desavenencia como si fuera un tema repetitivo – *Sí, ellos hablan resto de eso y les fascina ponerse a contarle a uno vainas, pero la verdad uno no entiende como era que podían vivir por allá, yo me siento orgulloso de ellos, pero vivir en esos ranchos sí paila...*

No es posible comprender los acuerdos de construcción de un pasado ideal en Comuneros, sino partimos de que éste se basa principalmente en las garantías económicas y sociales que ofrecía el hecho de habitar una vivienda informal en la carrera Cuarenta que para su sostenimiento no requiere mayores gastos ni responsabilidades tributarias. Para quienes han desarrollado su proceso de movilidad social desde la formalidad, estas formas alternativas de producir vivienda son insostenibles, inviables y posiblemente irreales.

Contrario a lo que podemos pensar quienes no pertenecemos a la comunidad o quienes sí pertenecen pero no alcanzaron a vivir en la carrilera, el habitar un rancho va más allá de las condiciones de condiciones materiales como la salubridad y la seguridad; En la vida del rancho se hallan otras dimensiones que están más cerca de los sentidos de apropiación simbólica sobre el terreno invadido y que son manifestados a través de los testimonios sobre las prácticas de habitabilidad en sus espacios y formas de convivencia en la comunidad.

En las ocasiones en las que me sentaba en los escalones del andén del salón comunal en “Casitas” mientras esperaba a que alguien llegara con las llaves para abrir sus puertas, lograba tener las conversaciones más fluidas, fructíferas y variadas con los habitantes del barrio. Por lo general logré relacionarme más con los niños porque ellos son quienes más tiempo están en la calle, su naturaleza espontánea les permitía sentarse conmigo, hablar y al mismo tiempo relacionarme con sus papás.

¹³ Una vez Nelcy me comentaba que entre las personas que crecieron en la invasión de la carrera Cuarenta, suelen llamarse por sus apodos, de tal forma que Lucho es Don Luis y Piquiña es el señor Forero.

Sin darme cuenta, conforme pasaba el tiempo, muchos vecinos con quienes no había cruzado palabra me saludaban desde sus puertas o desde la ventana, muchos no tenían claro o quizá desconocían el motivo de mi presencia en el barrio, sin embargo, eso no era impedimento para que me prestaran algo de su tiempo cuando iban a buscar a sus hijos que tardaban en volver mientras el alumbrado público empezaba a encenderse y el cielo a oscurecerse.

Con los niños hablaba de sus días en la escuela y en la casa, de las peleas con los compañeros y de una que otra infidencia sobre el barrio que solo ellos cuentan. Con sus papás algunas veces hablé de mi proyecto de investigación, otras veces no. El resultado –No sé exactamente cómo– siempre fue hablar de los recuerdos de la Cuarenta, de lo fácil que fue vivir allá, de las comodidades y la posterior desesperanza generada por el desalojo y la reubicación. Este tipo de encuentros son los que hoy me permiten develar la ilimitada influencia que tienen las formas como ellos logran apropiarse de un espacio en la ciudad y las formas como ellos asumen su presente en la reubicación y revisan su añorado pasado de invasión.

Vecino: ¿Qué hace usted por estos lares? ¿Preguntar si aquí hay ladrones o no, que si hay hartos o hay poquitos? (...) ¿Usted nos está haciendo seguimiento desde que vivíamos en la Cuarenta? o sea que empezó desde cuando estábamos como este chinche (sorprendido y algo risueño señala a Maritza) (...) Aahhh pues que le digo, que allá sí se vivía muy sabroso. Simplemente era una chimba, la plata, la seguridad (...) la plata rendía y no había este poco de maricas y lesbianas que le toca ver a uno ahora, como obligado porque están en todo lado.

La producción de vivienda informal tal y como se dio en Comuneros es la puerta de salida de la crisis para los más pobres, los que se quedaron sin empleo. *La vida sabrosa* a la que suelen hacer referencia distintos vecinos se relaciona con los bajos costos que generaba el hecho de habitar un rancho que no producía gastos en cuanto a obligaciones tributarias, la inexistencia de facturas para el pago de los servicios públicos hacían que en cierta forma los ingresos que empezaron a ganar gracias a su trabajo fueran una entrada de dinero libre, una forma marginal para salir poco a poco de la miseria sin gastar en elementos ofrecidos por el mercado formal que podían resultar mucho más costosos (Davis, 2012).

Diego: Los servicios, ante todo los servicios, allá uno no estaba esperando cada mes la factura pa ´pagar. Usted no sabe cuánto gasta uno es eso, y si no los paga, cuánto alcanza a ahorrar y pues esos no son los únicos gastos que tiene uno. Que el agua, la luz, ahora que el gas, allá era gasolina, que un lápiz, un cuaderno, nadie regala eso, eso cuesta

Es que si usted se fija en la Cuarenta no se gastaba ni en comida, qué le digo yo... eh, por ejemplo... es que el asunto es que allá solo estábamos nosotros y nos medíamos a lo que fuera. Por ejemplo los de Alquería cuando uno iba en chaques de recoger los residuos, ellos a cambio de que uno lavara los galones regalaban bolsas de leche, otras fábricas le daban a uno que un galón de yogurt o los de la campiña, también por ayudarles a lavar tanques regalaban helado y uno de chino era contento ¡con esas bolsotas para la casa!

Pero considero que sería un error de mi parte si solo percibo las ganancias de la informalidad desde una perspectiva económica, tomando en cuenta que las facilidades de vivir sobre la vía férrea no se limitaban específicamente a las ganancias monetarias recibidas; la disminución de los costos de vida y la evasión de las obligaciones tributarias de cualquier otro ciudadano. Adjunto a estas condiciones coexisten una dimensión política en la que las formas de producir vivienda urbana por parte de las poblaciones migrantes ponen en tela de juicio la eficiencia del gobierno frente a la resolución de temas habitacionales por un lado y por otro la victoria de los movimientos sociales de la década que tras sus proyectos organizativos lograron levantar barrios y viviendas para calmar la crisis por falta de un techo para vivir (Duhau, 2003).

Existe también una dimensión social de la informalidad que a espaldas del Estado y la legislación da paso a la configuración de formas alternativas de asumir las normas establecidas y da paso a la constitución de estrategias que sirven para reinventar las formas como se debe apropiarse el suelo urbano, un proceso en el que también pueden existir otras propuestas para regular la convivencia de una comunidad que resultan ser tan eficientes en el control y la normatividad de la misma, que autoridades como la policía, los dueños de las fábricas y los mismos trabajadores terminan por secundarlas y reconocerlas como formas específicas para convivir en esa comunidad (Wilkis, 2004).

La informalidad materializada en los ranchos de la Cuarenta también se hace manifiesta en las prácticas que Comuneros instituyó para establecer las bases de sus acciones en la vida cotidiana. Lo más importante en este contexto consiste en lograr comprender de qué

manera Comuneros ejecutó una serie de estrategias instituidas dentro de la colectividad y desde la informalidad que permiten el forjamiento de una comunidad que se capacitó para desenvolverse en distintos espacios de acción manteniendo sus objetivos y cuidando siempre la unidad de la comunidad Comunera (Davis, 2012).

Construcción y particularidad de la comunidad Comunera

Pueden existir muchas formas con las que podría referirme a Comuneros, sin embargo he decidido elegir la misma con la cual ellos se enuncian: Comunidad. Aunque este es un concepto de uso reiterativo entre cualquier grupo social, en Comuneros logra cobrar legitimidad respecto quienes utilizan la categoría más por costumbre que por convicción. En Comuneros, la comunidad suena redundante y parece que el nombre del colectivo se debiera a esa condición auto determinada, sin embargo, el nombre no hace referencia a la comunidad, según ellos tampoco al sitio de establecimiento, la respuesta se encuentra en los recuerdos y la materialización de estos en el testimonio.

En Comuneros se defiende el auto denominación de comunidad como una garantía de cohesión, un camino para mantener vivo el pasado y sentirse identificados como un colectivo organizado y unido por experiencias. La comunidad es la forma de nombrarse para sentirse dueños y parte de algo.

Nelcy: Comuneros... no sé por qué nos llamamos así, por la avenida no creo porque ese sería como un motivo muy bobo ¿sí? Comuneros es porque somos una comunidad, somos el legado de nuestros padres que les costó tanto darnos una casa. Comuneros es haberla luchado juntos y tratar de mantenernos con la cabeza arriba.

A veces, como si se tratara de un ejercicio mecánico, hablaba de Comuneros anteponiendo el término comunidad, luego, ellos también se nombraban de la misma forma. Empero, solo soy consciente del peso que tiene el concepto cuando intento comprender e interpretar las acciones que históricamente han constituido este colectivo. Solo accediendo a posibles formas de leer la historia Comunera, puedo darme cuenta que lo comunitario tiene un significado más allá de lo enunciativo. Si Comuneros se autodenomina como una comunidad no es precisamente porque compartan un mismo espacio, teniendo en cuenta que esta característica no es fundamental para la conformación de una comunidad sino porque Comuneros desde su llegada a la ciudad de Bogotá comparte una serie de vínculos que los relaciona como agentes individuales y

colectivos reunidos alrededor de un fin en común, una utopía en búsqueda de techo que resume el sustento de sus acciones (Torres, 2013).

El primer rasgo a tener en cuenta en la conformación del sentido comunitario es el pasado campesino presente en el grueso de estas familias que aprendieron a transpolar las prácticas de cooperación agrícola para levantar los muros de cartón de sus respectivos ranchos en la vía férrea, parcelar los respectivos lotes de cada familia y establecer normas de pertenencia o adquisición de los lotes de invasión. En segundo lugar conforme se va desarrollando el asentamiento sobre la vía, los habitantes fueron creando un compromiso mutuo en torno a la importancia de mantener la supervivencia de los ranchos al margen de la legalidad y la supervisión estatal, pues este garantizaba la posibilidad de vivir con pocos ingresos pero con la seguridad de un techo diario para la familia.

Vecino: Es que era como vivir como en un lugar donde solo existíamos nosotros y donde solo entre nosotros nos echábamos la mano, allá nadie estaba llorando por un plato de arroz, ni porque no lo tuviera ni porque le tocara compartirlo, simplemente se reconocía que todos estábamos como en la misma debilidad y que entre nosotros nos tocaba ayudarnos, como cuando uno vive en el pueblo ¿verdad? Que como todo es chiquito pues todos saben de todos y así mismo es la ayuda.

Los procesos de trabajo colectivo que exige la misma consecución del agua, la luz, el alimento y los materiales para las viviendas exigieron de apropiación espacial de cada uno de los integrantes de la comunidad; un ejercicio de poder que se manifiesta en la capacidad de dominar el espacio de la invasión, adueñándose e interiorizando prácticas colectivas durante décadas, por medio de la construcción de los ranchos y del avance de los mismos a lo largo de la carrera Cuarenta, estableciendo a la vez normas de convivencia en las que existiera un compromiso de defensa de la vivienda y de disputa por mantenerla tal y como ellos la habían diseñado, con todas sus falencias e irregularidades.

La producción de vivienda informal a la que acudieron estos Comuneros expone una serie de prácticas y de sentidos comunes situados en el espacio que habitaron. El hecho de compartir las carencias de trabajo, alimentación y vivienda, hace que Comuneros progresivamente se agrupe primero en torno a un espacio físico (la carrilera) en el que

se acogen de una forma tan efectiva que su pobreza en la vía les permite construir un espacio social dotado de sentidos de apropiación, que convocan a las familias a sentirse e identificadas unidas por sus condiciones materiales, por sus reivindicaciones y por sus aspiraciones acerca del futuro de sus ranchos y sus familias. En suma, una serie de sentidos de apropiación que aseguran la acumulación de una cadena de herramientas y estrategias para acceder y mantener un espacio social comunitario.

Tata: Lo bueno de allá era que usted nunca se quedaba con el estómago vacío, si a usted le faltaba algo podía golpear en la otra puerta y preguntar tenían algo, con decirle que si a veces, uno tenía un caldo o algo, usted le llevaba al otro. Lo que se trataba era de compartir porque era una familia, Comuneros era una familia, cuantas veces no compartimos que el lavadero, que el patio, las carretas, había pobreza, pero si entre todos se compartía pues a nadie le faltaba.

La búsqueda colectiva de un suelo para vivir enmarca a la colectividad en la forma institucional (informal) de una comunidad basada en *vínculos materiales, simbólicos y afectivos* (Weber, 2012), manifestados en la expresión diaria del cooperar con la seguridad de los ranchos, del compartir alimento con quien no lo tiene o de llamar a la invasión a quien aún no cuenta con casa. Darle solución inmediata a los conflictos pudo darles la sensación de no necesitar acudir a otras instancias gubernamentales, mantenerlas más bien al margen, pues el sentido de lo colectivo les brindaba lo necesario para sentirse autosuficientes, un impulso que los llevó finalmente a construir lo que ellos mismos denominaban como retando a la ley: *su propia república independiente comunera*, el lugar donde no se necesitaba de nadie más que de ellos mismos.

Tanto en el pasado como en el presente, la comunidad de Comuneros insiste en la importancia de reconocer cuáles fueron esos aspectos sociales, económicos y hasta políticos que los llevó al mismo escenario de la penuria por la vivienda, cuáles fueron esos rasgos que los llamaron al mismo escenario de la invasión y que les sirvió para crear un espacio horizonte compartido frente a la vivienda con en el que encontraron formas propias de subsistir, de encontrar sustento y de hacer familia (Torres, 2013). En síntesis cuáles fueron las condiciones que les permitió crear sentidos de cooperación comunitaria.

El sentido comunitario es uno de los mayores objetos de añoranza por parte de Comuneros. Suelen recordar con entusiasmo la forma como organizaban espacios de recreación para los más jóvenes. La emotividad de estos testimonios reside en que quienes los narran son los adultos de 40 o 50 años que en su pasado fueron los jóvenes protagonistas de los campeonatos de fútbol en las calles de la Zona Industrial, de los bailes y las novenas de navidad, que veían en sus rituales comunitarios la persecución de una utopía que persiste todavía: La construcción de una comunidad que tenga vivienda digna y reconocida para vivir juntos. La utopía que se enmarca y se busca a partir de la organización y de la acción comunitaria para generar espacios de convivencia como los que Nelcy, Piquiña o Don Lucho narraban con tanta emoción.

Lucho: El grupo juvenil éramos los viejos que organizamos todo por aquí, todos los que en ese tiempo éramos chinos, montábamos campeonatos de banquitas, de fútbol, de yermis... todo eso era espacio de los ranchos. Lo chévere de la Cuarenta es que allá vivíamos solos, como eso eran puras fábricas por la noche ya no quedaba nadie, la calle sola para nosotros, entonces las aceras servían de tribunas, todos emocionados porque eso era con el trofeo y todo, poníamos las canchas y dele al juego. Y eso era muy bonito porque era organizado todo por la propia gente joven, conseguíamos nuestras camisetas, los premios. Yo pienso que eso es la comunidad, como esa oportunidad de reunirnos todos sin peleas, tranquilos y contentos en una fiesta.

Los sentidos afectivos y simbólicos que dieron paso a la organización de una comunidad Comunera lograron su consolidación a largo plazo debido a la unidad constituida durante la consecución de sus viviendas y la aspiración a mejorar progresivamente sus condiciones materiales de existencia.

Aunque Comuneros logra recordarse y autodenominarse como comunidad, el contexto bajo el cual se da su organización supera los límites que definen este concepto y logran llegar a una estancia superior en la que es posible hablar del *gueto comunitario*, un concepto al que se suman otras categorías que alimentan la posibilidad de problematizar a la comunidad frente a sus disputas contra el Estado (Wacquant, 2007).

Si bien el gueto comunitario es una forma de organización caracterizada por una conciencia colectiva y unificada, vinculada entre sí por prácticas de apropiación que les permite reconocerse comunes por su condición de migrantes campesinos, desposeídos, sin vivienda, sin trabajo, que dadas sus carencias, deben combatir la desigualdad con la

invasión de terrenos públicos y con la búsqueda de fuentes alternativas de trabajo para dar cara a la rudeza de la vida urbana. El gueto comunitario también agrupa a aquellos individuos que sufren la segregación como consecuencia de la desigualdad social y olvido por parte de las instituciones Estatales, éste promueve la solidaridad en la miseria y la movilización colectiva hacia la mejora de sus condiciones (Wacquant, 2007).

El gueto comunitario que hace presencia en la ciudad de Bogotá, se expresa en la movilización de innumerables grupos de familias denominados Comuneros, quienes se apropiaron de un espacio físico propiedad de agentes Estatales que por omisión o complicidad con la crisis habitacional, optan por aceptar temporalmente la ocupación ilegal de sus predios, lo que le permitió al colectivo de desposeídos rediseñar las normas de ocupación del suelo y convivencia en la ciudad en función de la permanencia y el buen desarrollo de la comunidad en tres aspectos a analizar: 1. Lo laboral teniendo en cuenta las características del reciclaje y las condiciones de favorabilidad que ofreció la Zona Industrial para su desarrollo, 2. Las relaciones vecinales en referencia a las formas de socialización dentro y fuera de la casa y por último, y 3. Lo organizacional, es decir, junta de acción comunal, acción política y defensa de sus ranchos.

Producto de sus condiciones sociales y de existencia, Comuneros interiorizó a lo largo del desarrollo de su invasión acciones en favor de la organización comunitaria, aunque todas ellas se encontraban enmarcadas en el plano de la informalidad porque no seguían el orden social aceptado en cuanto a normas para la construcción de vivienda se refiere, sí establecieron su propia normatividad “interna” en la cual prevalecía ante todo el diseño o la configuración de estrategias que les servían para sustentar su presencia en la carrilera, su trabajo como fuente de sustento diario y su sentido de cooperación para fortalecer sus relaciones vecinales.

El gueto comunitario establecido en Comuneros es un lugar físico, social y simbólico en que en un colectivo de familias desposeídas de todo medio de producción, crearon un espacio propio en el que se identifican y reconocen comunes y unidos en sus disputas diarias en la ciudad. La construcción del gueto puede hacerse evidente en los testimonios acerca de las primeras formas de organización para hacer frente a los indicios de desalojo hacia la década del noventa, tiempo en el cual la invasión se había extendido y contaba con aproximadamente mil familias compuestas por núcleos de hasta ocho integrantes, todos ellos agrupados alrededor de la actividad de la recolección

clasificación y recuperación de elementos reutilizables, una forma de subsistencia que no solo fue proveedora de ingresos sino de unidad y reconocimiento como colectivo frente a los demás habitantes de la ciudad.

El trabajo como eje constitutivo del gueto comunitario

Por lo general, la noción de gueto es asociada a cuestiones étnicas y raciales situadas en las grandes metrópolis norteamericanas y europeas. Empero, el gueto puede manifestarse en otros espacios metropolitanos no necesariamente correspondientes a las economías más desarrolladas, sino a otras ciudades en donde las lógicas de marginación y la misma pobreza extrema son condiciones constantes que generan colectividades apartadas, señaladas y estereotipadas, como las que han emergido en la ciudad de Bogotá, en donde aparecen formas de agrupación que recogen algunas características del gueto.

En este caso el común denominador a partir del cual Comuneros conforma sus formas de organización y acción la cual no se valida a partir de cuestiones culturales como la raza sino más bien por otras reivindicaciones como el derecho a la vivienda. Siendo un grupo de campesinos a quienes se les niegan posibilidades de adaptación urbana y por lo tanto, deben dirigir su acción hacia la lucha del derecho a un techo, en el que implícitamente se encuentran el derecho a la ciudad, al trabajo, la educación entre otros servicios para mantener una vida urbana digna.

Teniendo en cuenta la posibilidad que encuentro de caracterizar a estos Comuneros que vivieron en la carrera Cuarenta como un gueto comunitario, tomo en primera instancia la cuestión del trabajo del reciclaje como elemento articulador de las estrategias comunitarias que esta comunidad instauró para cubrir sus necesidades básicas y así construir una identidad definida.

Paradójicamente, la violencia institucional con la que fueron recibidos los migrantes que llegaron a invadir la zona de la carrera Cuarenta, brinda la posibilidad a este grupo social de sentir la obligación de organizarse en función de solucionar no solo las cuestiones habitacionales, sino también los problemas del desempleo masivo con los que cada día eran más severas las privaciones materiales como la falta de comida, de vestido y de servicios de salud, todas ellas expandiendo la precariedad que podía

solucionarse con un techo para vivir y un trabajo fijo para devengar un sueldo con el cual cubrir sus gastos.

Nuevamente el ingenio heredado de las formas de vida agraria les presenta a Comuneros una fuente de trabajo que al igual que su forma de construcción de vivienda no se enmarca en la normatividad legal. Su fuente de trabajo se halla desligada de la de la legislación laboral porque esta no recibía respaldo alguno de la empresa pública ni la empresa privada. Durante la segunda mitad del siglo XX no existía un reglamento general que regulara las actividades de recoger, seleccionar, recuperar, transformar y reutilizar los desechos provenientes de la Zona Industrial¹⁴. Solo en la actualidad y sobre todo en esta última década, podría decirse que se está pensando en la reglamentación y formalización del oficio del reciclador, el manejo y control de las ganancias producidas de la manipulación de desechos y la responsabilidad ambiental de estos actores en la recuperación de materiales reutilizables.

Aunque las formas de vinculación laboral derivadas de la actividad del reciclaje se han venido modificando, quienes realizan esta actividad como medio de subsistencia no son usuarios de las garantías laborales que existen para otros trabajadores de clase popular; de hecho las personas que se vinculan a este proceso se ubican en el umbral de la pobreza y la pobreza extrema (IRR, 2015). Históricamente gran parte de las familias recicladoras han sido víctimas del desplazamiento por la violencia o provienen de migraciones del campo a la ciudad suscitadas por las olas de industrialización en sus regiones de origen, las cuales suelen precarizar las condiciones de vida para los más vulnerables, los que deben movilizarse hacia otros campos de subsistencia y reiniciar nuevas espacios de adaptación (Parra, 2015). Al respecto, las personas que crecieron en la Cuarenta suelen contar las difíciles condiciones con las que sus padres, colonizadores de la carrilera tuvieron que adaptarse hasta llegar a la labor del reciclaje.

Tata: Primero que todo mi mamá vivía con mi padrastro, un señor él nos ayudó con el estudio y mi mamá trabajaba, al principio ¿no? trabajaba en un restaurante y ahí empezó así y ya empezó poco a poco a motivar a la misma gente como que sí, que el reciclaje era como una fuente de salir adelante como

¹⁴ En el artículo 2 de la ley 1466 del 30 de junio de 2011 se expresa la importancia de que las autoridades Estatales, distritales y municipales organicen la actividad del reciclaje incentivando entre la población la cultura de separación, protección y recuperación de desechos. Así mismo, se exige la vinculación a la formalidad de quienes realizan la actividad de reciclaje con el fin de que su actividad sea organizada, limpia y responsable frente a las políticas de sostenibilidad ambiental (Parra, 2015).

algo así que diera como ese... cómo le dijera yo, como esa vía para salir adelante, era reciclando. Mi mamá también recicló veinticinco años mi hermano no le digo, que mi hermano mayor murió en su labor del reciclaje? y ahí la gente se reunía y no había problema de nada, pero hoy en día hay mucho problema por uno reciclar también

(...)Nosotros somos de Cachipay Cundinamarca, yo creo que ella llegó sola, ya empezó a llegar gente, más gente, como armando esa basecita de personas, como creciendo el núcleo, la familia, porque eso fue una familia, todo eso es solamente una familia (...) todos nos conocemos tal y como somos (...) todos los que allá éramos chinos, crecimos reciclando.

En el reciclaje, el reciclador no cuenta con un salario fijo otorgado por un patrono, tampoco tiene acceso a pagos parafiscales ni mucho menos a la cotización de servicios como la salud y la pensión. Su trabajo es de carácter “independiente” en la medida que el pago recibido corresponde a la acumulación de pequeñas ganancias recibidas de los clientes a quienes les venden el reciclaje, sus horarios laborales se ajustan al momento de mayor acumulación de basuras de la Zona Industrial y al paso del carro recolector de basuras del sector, sus ganancias diarias se convierten en un salario neto para cubrir algunas de las necesidades más apremiantes (Parra, 2015).

La labor del reciclaje, facilita la consecución de ingresos económicos a aquellas familias que enfrentadas a condiciones de pobreza extrema, desprotección y desamparo legal, no tiene ni acceso al sistema de servicios de salud o de vivienda formales, pues en el orden social y político nacional, el alcance de los servicios está determinado ante todo por la capacidad de pago de quienes los requieren, una condición ante la cual Comuneros tuvieron que inventar otras formas de acceso para obtener sus ingresos.

Ante las obligaciones que acosaban en el interior de cada familia Comunera, emerge la solución originada en un problema de manejo y control de residuos ubicado en la misma zona la invasión. Es así como el complejo industrial de Puente Aranda no solo fue el espacio indicado para construir hábitat, también para reforzar el dominio sobre el espacio invadido pues, pues no solo habrían ranchos, también una fuente de trabajo sustentada en la gran cantidad de residuos emitidos por la actividad industrial, que en manos de los invasores Comuneros sirve para reciclar, sirve para obtener ganancias y subsistir. Mediante la invasión y la práctica del reciclaje, Comuneros domestica su espacio de hábitat, lo convierte en su espacio vital.

Piquiña: Yo creo que ninguna de nuestras familias, que papá y mamá hubieran estado en el reciclaje antes, porque ellos eran del campo. Lo que aquí pasó fue que a lo que no apareció trabajo por ninguna parte, pues la gente de las fábricas empezaba a ofrecer que vez que me lleve estas basuras a tal bodega o que si usted organiza estos desechos le pago tanto. Entonces el reciclaje fue como la salida, como la forma de trabajar por cuenta propia, creando nuestros propios ingresos, como siendo trabajadores independientes que controlábamos nuestros horarios, que podíamos terminar el trabajo desde la casa, que aprendimos como a conocer la ciudad de tanto andar, o sea, la salida de la recuperación de basuras fue toda.

Puente Aranda como una solución habitacional y laboral

Históricamente, la Localidad de Puente Aranda se ha caracterizado por ser una de las zonas de mayor contaminación en toda la ciudad (Alcaldía local de Puente Aranda, 2012). En los informes ambientales por localidad, Puente Aranda presenta cifras alarmantes en niveles de contaminación audiovisual, niveles de partículas contaminantes en suspensión, caos vehicular, altos índices de morbilidad por enfermedades respiratorias entre otros conflictos asociados a la actividad económica desarrollada en el sector. Sumado a estos delicados problemas ambientales, se encuentran las constantes zonas de invasión que durante décadas han construido diferentes grupos sociales que no cuentan con un espacio fijo para vivir y que desde la administración distrital son percibidos como agentes promotores de acumulación de basuras en los bordes de los caños o las zonas verdes de la localidad.

Entre 1951 y 1963 en Bogotá se pone en marcha el Plan Piloto de renovación urbana propuesto por Le Corbusier en el que se determina que Puente Aranda se convierta en el epicentro industrial de la capital (Alcaldía Mayor de Bogotá, 2004). Dicha disposición terminó por instituirse en 1968 cuando se declara la localidad como el principal corredor industrial de la ciudad¹⁵. De esta manera, Puente Aranda configura una red de industrias, comercio formal representado en la amplia zona de locales de Sanandresito de la carrera 38 y comercio informal distribuido alrededor de la avenida primero de

¹⁵ A partir de las iniciativas de desarrollo urbano promovidas en 1951 en el plan Piloto del arquitecto Le Corbusier y los planes de zonificación del Departamento Administrativo de Planeación Distrital DAPD, se define la localidad de Puente Aranda como el epicentro industrial de la ciudad, disposición que fue formalizada en 1968 mediante el Decreto 159 de 1974 (Alcaldía mayor de Bogotá, 2004).

mayo y la avenida de las Américas, actividades derivadas del servicio automotriz tales como talleres de reparación, servitecas y venta de repuestos (Alcaldía local de Puente Aranda, 1993).

Aparte de estas actividades que persisten en el presente, hasta hace unos años se encontraba el matadero distrital y alrededor de él una prolongación de la plaza de mercado de Paloquemao¹⁶ que para ese entonces no contaba con los permisos sanitarios y de registro mercantil para su funcionamiento. Como es de imaginar, este cúmulo de actividades convirtió a Puente Aranda en una de las zonas de mayor producción de desechos tóxicos de la ciudad. Al final de cada día, de cada jornada laboral, las calles de la Zona Industrial y comercial de la localidad quedan abarrotadas de las basuras que hace 50 años se convirtieron en sustento de las familias Comuneras y hoy son otra de las tantas actividades rentables para el comercio.

Pese a que la localidad cuenta con zonas de uso residencial, varios inmuebles destinados para vivienda han sido y son utilizados como bodegas con fines industriales y de almacenamiento de basuras. Dado que la vivienda familiar viene decreciendo por las dificultades de salud y seguridad que genera vivir en una Zona Industrial, gran parte de la población que interactúa a lo largo del día en la localidad es de carácter flotante que corresponde al extenso grupo de trabajadores que se moviliza hacia la zona para cumplir con sus obligaciones laborales. Las condiciones de salubridad, calidad del aire y fuentes hídricas han hecho que la población residente se desplace hacia otras zonas de la ciudad.

El paso de las viviendas a bodegas industriales hace de Puente Aranda una localidad de zonas “abandonadas o vacías” representadas por el amplio corredor dedicado a la zona del tren, confluencia de caños con bajo control de las autoridades ambientales y lotes a los que aún no se les ha determinado un uso. La falta de control sobre estos terrenos me permite formular la hipótesis de que uno de los aspectos que facilitó el asentamiento de Comuneros en la vía férrea fue la existencia de amplias “zonas vacías” dentro de la localidad.

¹⁶ Actualmente ubicada en la Avenida 19 con carrera 25. Pertenece al circuito de plazas de mercado distritales. A parte de constituir un centro de comercio de alimentos perecederos también constituye un atractivo turístico por su historia que se remonta a la década del cuarenta y se vincula con otras instituciones importantes en la historia Bogotana como la estación de ferrocarriles nacionales y el mismo matadero distrital.

Con “zonas vacías” me refiero nuevamente a lugares en los que no existe el establecimiento fijo de una población que se interese por vigilar la seguridad de localidad. Una zona copada de industrias, con uso de suelo residencial mínimo y extensas zonas de lotes públicos y privados vacíos y sin vigilancia, se convirtieron en espacios ideales para la reproducción de asentamientos a los que no solo Comuneros tuvo acceso, sino otros grupos sociales que como ellos no tenían la capacidad adquisitiva para convertirse en propietarios legales de un terreno y por lo tanto debieron ocupar aquellos que se encontraban al margen del control administrativo urbano.

Como si se tratara de una cadena de acontecimientos dados para el soporte de una invasión, la vía férrea soluciona dos problemas para la comunidad de Comuneros; uno bastante renombrado referido a la vivienda y el otro referido a la situación laboral. Con todos los residuos emitidos por la actividad económica desarrollada en la localidad, su clasificación, organización y reutilización no eran actividades a las que se les reconociera como un oficio específico dentro de una empresa. Para la década del sesenta, el manejo de basuras no hacía parte de los asuntos importantes ni de responsabilidad social de los empresarios, por lo tanto, la atención a este aspecto se daba más por necesidad de despejar los espacios llenos de basuras y cumplir con los mínimos requerimientos de salubridad que por preocupaciones ambientales o por generación de ganancias económicas como sí sucede hoy en día.

Ante tal necesidad de recolección de los residuos, los agentes cabeza de familia de Comuneros empezaron a ofrecer sus servicios como trabajadores en cualquier área a lo largo de todas las fábricas del sector, su capacidad de adaptación les permitía desempeñarse en tareas de vigilancia, construcción y reciclaje, ocupaciones que en algunas familias de casitas persisten como la fuente de ingresos principal. La llegada del reciclaje como una solución laboral es constantemente citada en durante mis conversaciones con ellos

Nelcy: La primera influencia fue la falta de trabajo, la segunda, la cercanía al Sanandresito...es que yo pienso... y sí claro, se prestaba mucho por la zona industrial en ese entonces lo que sobraba de la zona industrial era cantidad, montones de material buenísimo que facilitaba mucho la labor de reciclaje, todas las fábricas dejaban mucho reciclaje y en las bodegas pagaban porque se lo llevaran. No era como era como ahora que es cada vez más difícil el tema del

reciclaje, antes no, antes las bodegas pagaban- venga sáqueme este cartón, yo le doy cualquier peso, cualquier cosa y llévase el cartón, llévase el reciclaje.

Vuelvo y pienso en eso, yo no trabajé en el reciclaje, pero la familia de mi esposo sí y lo hicieron por trabajo, la falta de trabajo. En Colombia siempre ha habido un gran problema económico y falta de oportunidades de creación de empresas, quienes tienen ganas de crear o realizar empresa, tienen una cantidad de problemáticas, impuestos, una cantidad de... entonces, si usted se da cuenta en los últimos cuarenta, treinta años, son muy poquitas las empresas que se crean, por la situación del gobierno, del estado que no da oportunidad. Entonces no hay esa facilidad que la gente entre a trabajar, porque no dan la oportunidad de creación de empresa. La gente se dedica a cualquier cosa, a reciclar, a trabajar independiente porque hay una manera de sobrevivir que se tiene que hacer.

Pero además del reciclaje sí se dedicaron otras cosas, que de alguna forma se relacionaban con el reciclaje, pero... allá había gente que trabajaba en las empresas, gente que cuidaba las bodegas de al pie de la carrilera, entonces había la zona industrial se necesitaba gente que cuidara las bodegas. De ahí había gente que cuidaba las bodegas, vivían en las bodegas, les pagaban por la vigilancia.

Vivir del reciclaje proveniente de la Zona Industrial, no sólo constituyó una forma de reafirmar el dominio que tenían sobre su espacio de invasión. Reciclar y vivir en la Zona Industrial durante cuatro décadas marcó pautas de comportamiento individuales y colectivas lo suficientemente arraigadas para ser duraderas y por lo mismo representativas de la comunidad. Ser reciclador Comunero e invasor habitante de la carrera Cuarenta implicó la interiorización de disposiciones estratégicas para ganarse la vida, Así mismo, el desarrollo de pensamientos, percepciones, expresiones y acciones comunes que los llevaron a agruparse en una estructura comunitaria dedicada al reciclaje, asentada en una zona de invasión, conviviendo con el paso del tren sobre la vía férrea y los cables de alta tensión sobre los techos de las viviendas.

Estrategias de sobrevivencia en el reciclaje

La actividad del reciclaje no solo identificaba al Comunero que se movía por la ciudad recogiendo desechos, también hacía del espacio de la vía férrea de la Cuarenta, un lugar significativo tanto para quienes lo habitaban, como para

quienes pasaban frente a él. En la carrera Cuarenta había ranchos, carretas y caballos aguardando la llegada de sus dueños, cúmulos de basuras acumulados frente a las viviendas a la espera de ser clasificados, mientras alrededor niños, jóvenes y adultos los manipulaban haciendo de esta actividad su trabajo, su forma de organización y existencia en comunidad.



Foto 6. Fuente: Álbumes familiares de Comuneros. Hilera de ranchos a la orilla de la carrilera en la carrera Cuarenta



Foto 7. Fuente: Álbumes familiares de Comuneros. Para muchos transeúntes de la Zona Industrial se desconoce la actividad de sobrevivencia de Comuneros, por lo que se hace inconcebible la alta presencia de basura acumulada a lo largo de los ranchos

Piquiña: La Cuarenta no había quién no supiera de ella, a la gente le parecía fea y se imaginaba que allá no vivía gente bien, pero eso es cháchara porque allá habíamos personas comunes y corrientes que se encargaban de hacer la parte fea del trabajo ¿ve? Eso sí nadie lo ve ¿cómo no iba a estar con basura el lugar donde vivíamos si se subsistía

con eso? Pero las cosas cambian, allá ya no hay nada y aquí en Suba los recicladores somos muy pocos, póngale cuidado cómo han cambiado las cosas.

En Casitas, la fiel muestra de lo poco que queda del reciclaje se manifiesta en el frente de siete casas del barrio. En el andén de estas se ubican las carretas: Una especie de carruaje rudimentario hecho con tablas que forman un cajón de manera, con un par de azas también de madera de las cuales se sujeta la persona para arrastrar la carreta que a su vez es impulsada por un par de ruedas de automóvil. Es un vehículo sencillo en su estructura, cada reciclador se encarga de diseñarlo, ensamblarlo y arreglarlo cuantas veces sea necesario. Estando frente a una carreta, su propietaria me enseña su vehículo y me cuenta su proceso de construcción:



Foto 8. Fuente: Propia. La carreta de Tata frente a su casa en “Casitas” en Suba. No parece, pero es liviana y puede soportar hasta toneladas.

Tata: Vea profe, eso es sencillo; se compran los palos (Señala el frente de la carreta), se compran digamos los tornillos, las tuercas y se abren huecos y se encierra, o sea, se empieza a armar con llantas de carro. se manda arreglar, se manda cortar y se manda a colocar bases a los lados para que... como... eso trae un rin, entonces para que no coja todo el rin, sino que solo coja una parte, la otra parte queda añadida por unos tubos. Pero por ejemplo, la parte de los ejes y de las llantas ¿sí? Eso sí toca mandarlo a un taller o a un lugar para

soldar lo que uno necesita que esté de soldadura, pero lo demás uno mismo lo hace.

(Sujeta las asas de la carreta como para echarla a andar) ¿Ve? Intente y verá que no pesa, ni vacía pesa, ni cuando usted la coge ni nada, un día de estos hacemos el ejercicio. En serio, ya para qué le voy a decir mentiras si yo, esa carreta me he dio con ella hasta Cafam, si ha visto las etapas de allá de Cafam? (señala hacia el occidente del barrio)

La presencia de la carreta en los andenes de algunas casas, es lo que nos permite deducir que en una determinada familia aún se dedican a reciclar. Por ejemplo, Tata, quien vive al frente del salón comunal. Su casa es algo así como un hito dentro del barrio por la misma cercanía con el salón. Aparentemente, su casa es una de las más precarias en el barrio, pues Tata no ha logrado hacer mayores modificaciones al predio como si lo han hecho algunos de sus hermanos que también viven en el barrio. La fachada conserva el ladrillo a la vista, en los últimos meses, recuerdo que optó por darle una mano de pintura amarilla que efectivamente le dio un mejor aspecto a su casa.



Foto 9. Fuente: Propia. Ahí está Tata frente a su casa, acompañada de su vecino. A ella no le gustan las fotos, menos cuando no está bien arreglada, simulaba organizar la ropa para no darme la cara.

Los marcos de las tres ventanas del frente se encuentran deteriorados, entre el óxido que los recubre se ve que son de color blanco y azul, el portón de la casa es de color verde pino, algo oxidado también, con manchas de vinilo, lodo y grasa, este mantiene abierto de par en par gran parte del día. En su casa viven ella, sus dos hijos, sus cuatro hijas, su nieto recién nacido y su yerno, a veces, por mucho tiempo, también están los amigos y las amigas de sus hijos.

Como ella y dos de sus seis hijos se dedican al reciclaje; la carreta siempre se encuentra en el andén, abarrotada de botellas plásticas, enormes cajas de cartón desarmadas, colchones, galones y canecas plásticas y una lona semitransparente y áspera que cubre parte de la carreta. Al lado hay un sofá deteriorado, casi siempre húmedo por la exposición a la lluvia, apoyado sobre este, una bicicleta deteriorada, pero que les sirve a sus hijos para trasladarse al colegio o a la escuela de fútbol los fines de semana.

Como Casitas se ubica en el borde del inicio de la parte alta de Suba, a medida que se nos vamos internando más en el barrio, se va cambiando la acera por escaleras para subir hasta el final de la urbanización. A partir del salón comunal y de la casa de Tata, empiezan las escaleras, pero el salón se encuentra un poco más alto que la casa, desde la entrada del salón ya se pueden ver parte de los simétricos techos de Casitas. De esta forma, si me ubico en la puerta del salón, casi quedo frente a las ventanas del segundo piso de la casa de Tata. Como las calles son angostas, las conversaciones ventana frente a ventana son fáciles de establecer; en mi caso, solía establecer conversaciones con Tata de puerta a ventana. Claro que en ocasiones, cuando ella no estaba trabajando y sus hijos estaban en el colegio, el tiempo libre le permitió hablarme de sus inicios en el reciclaje y la forma como este prácticamente ha marcado no solo su vida sino la de gran parte de Comuneros que al hablar de su trabajo se encontraban abiertos al diálogo para narrar sus experiencias de vida con la carreta.

He vivido del reciclaje toda la vida, con eso empezamos mi mamá y mis hermanos. Éramos diez, inclusive mi hermano murió reciclando, vivió y murió reciclando, con eso le digo. Mi hermano manejaba un carro de esferado y a él lo cogió un carro cuando estaba con unas bolsas. Estaba sacando una basura de unas bolsas de reciclaje y el carro echó hacia atrás, o sea no se fijó y ahí... y ahí murió mi hermano mayor.

(...) a ver, desde cuándo... uhhh... yo me iba como en de los diez años, iba con mi mamá, iba con mis hermanos, mis sobrinos, mi cuñada embarazada, todos sobre la carreta. Y de la cuarenta al siete de agosto era a pie. Yo empecé con mis hermanos, o sea, mi mamá no iba a veces, ellos me montaban en la carreta, pues pequeña, obvio la caminata me daba sueño, cansancio, a veces yo amanecía reciclando, pero siempre allá era un trayecto, porque imagínese de allá de la 41 con doce al siete de agosto eso es un proceso, íbamos casi hasta el Campín.

Aunque la actividad laboral del reciclaje no se encontraba reglamentada o regulada por algún ente institucional, dentro del gueto comunero sí se formularon algunas normas con las que aseguraban una convivencia tolerante dentro de la comunidad y un orden en la realización de sus actividades de recolección y clasificación de residuos. Pese a la no existencia de una normatividad general en torno al oficio, los acuerdos internos eran necesarios para el establecimiento de zonas de trabajo para cada familia recicladora; de esta forma, cada núcleo tenía la posibilidad de hacer contratos orales con los encargados de las fábricas para hacerse cargo de las basuras de un lugar específico al que todos los días asistiría para reciclar, si cada familia contaba con su propia zona, no había la posibilidad de entrar en riñas con el control de los espacios.

Así como había lugares en los que las basuras eran manejadas por una o máximo dos familias, había otros espacios como Sanandresito en los que se acordó que ninguna familia tenía la opción de “monopolizar” el control de las basuras. La invención de normas internas de trabajo y convivencia facilitan la consecución de empleo, el reconocimiento de cada núcleo familiar y la delimitación de los campos de acción de cada uno.

Humberto: Es que como eran otros tiempos, en la ciudad la cosa no era de tanto papeleo y los trabajos a diferencia de ahora eran más fáciles de encontrar. Uno podía acercarse a la fábrica, entonces uno decía “Que si de pronto no había alguna vacante para trabajar” Entonces lo que le ofrecían a uno era pues que recolectara las basuras y en eso fue en lo que empezaron a conseguir oficio todos. Basura era lo que botaban en las fábricas, basura era lo que uno recolectaba.

Claro, pues uno trabajaba en lo que le ofrecieran pero yo diría que el noventa por ciento de Comuneros vivía del reciclaje, porque era fijo, era lo que mejor producía ganancia y como que se podía hacer con la familia, en Comuneros desde el más chiquito hasta el más grande reciclaba.

Cada quien organizaba su ruta de reciclaje, ya con la rutina, ya se sabía a qué hora tocaba estar en tal punto para recoger el reciclaje a tal hora en otro sitio, porque anteriormente cada uno tenía sus puntos fijos de reciclaje. Entonces decía por ejemplo la fábrica de la esquina uno sabe para quién era el reciclaje, entonces cada uno tiene su exclusividad y nadie se iba a meter allá a arrebatar el reciclaje, y como habían tantos cada quien tenía sus

propios puntos. En Sanandresito sí era el que llegara primero, como allá no había un punto de reciclaje, entonces iban sacando el reciclaje a la calle, entonces el que estuviera listo, pasaba al recorrido y se podía hacer ahí su buen negocio del día, ahí no había de pronto peligro que dos se encontraran a pelear por las bolsas, o bueno, no faltaba el problemático, pero a nivel general se sabía cómo eran las cosas, de resto sí normal. Cada quien sabía lo que tenía para recoger.

Aunque el trabajo del reciclaje era la principal actividad, es decir que Comuneros era una comunidad de recicladores de oficio, era cierto que en este trabajo se hacía necesario otras labores de rebusque para mantener una cuota diario de sustento; se buscaban otros empleos que estuvieran estrechamente ligados al reciclaje. A parte de sus jornadas de recolección de residuos, el reciclador era llamado provisionalmente a las fábricas para cumplir tareas menos ante cualquier contingencia o necesidad “menor”.

Humberto: Digamos que había personas que se dedicaban a la vigilancia de las bodegas por la noche, pero también reciclaban ahí mismo. Habían señoras que trabajaban en el servicio doméstico, por épocas y otros pues que tenían como sus propias casetas de venta de productos pa 'los mismos que trabajaban por la zona.

Tata: Yo trabajé escogiendo también material allá. Mis hermanos, mi hermano también hacía viajecitos así cuando le salían en colpapel. Nosotros nos íbamos con mi hermano también y reciclábamos o muchas veces cogíamos y nos íbamos a Sanandresito, cuidábamos los carros y así nos sosteníamos nosotros. Pero buscaba una oportunidades que no es lo que hoy día que ay no si no es robao no como.

En el proceso de autogestión para la solución de los problemas cotidianos, la Zona Industrial no fue siempre un espacio propicio para generar ganancias, de tal suerte que algunas familias se aventuraron a recorrer otras zonas de la ciudad que no fueran aledañas al sector, de esta forma habían mayores posibilidades de encontrar una mayor cantidad de residuos al hacer recorridos más largos en los que además de reciclaje se podía acceder a otros equipamientos como muebles para la vivienda, electrodomésticos recuperables o indumentaria que también constituían formas de habitar, producir y ocupar el espacio.

Salir de la Zona Industrial era riesgoso, pues se trataba de entrar a espacios sobre los cuales no había un previo dominio y donde se desconocían las formas de relacionarse entre vecinos y extraños. Sin embargo estos pequeños inconvenientes eran subsanados por la rutina, el recorrido diario podía garantizar no sólo unos cuantos pesos provenientes de los desechos, sino también prendas de ropa en buen estado para continuar usando y una de las necesidades más apremiantes: la comida, que era ofrecida en los lugares en los que progresivamente iban ganando reconocimiento y cierto control por ser su área de trabajo.

Tata: Había mucha gente que se aislaba más lejitos y rebuscaba buenas cosas, era el rebusque de todo mundo, allá era que el que no reciclaba era porque le daba pena, equis ye, desconozco motivo, pero, la mayoría de gente fuimos todos criados ahí. Que hoy en día la gente se las da de más (...) Por ejemplo, nosotros nos íbamos recogiendo todo el camino hasta el siete de Agosto... en el siete de agosto, bajando por la trece, por ahí por Sanandresito, el Centro Nariño, todo eso por allá, hasta que llegaba uno al Campín.

Muestre me acuerdo, la ruta era la trece, las américas, ya sube, llega casi a la avenida... se me olvidó, bueno, una que queda hacia el lado de allá (señala hacia el norte de la ciudad), no me acuerdo bien y salía uno derecho (vuelve a señalar hacia el norte), ¡eso le tocaba empuje esa carreta! pero sí, nos íbamos lejos. Uff! y mucha gente también de ahí la gente que ya tenía, que ah es que nos toca ir hasta ya... mucha gente salía de allá de reciclar y de una vez salía a pedir para darle de comer a los hijos, en las tiendas, los restaurantes ¿sí? mucha gente hacía eso. Los dueños de las casas y eso decía: vea esa sopa, vea esto ... pues yo no, yo no es que diga que yo lo hice, pero yo veía la gente, obvio que yo no voy a dejar aguantar a mis chinos, yo prefiero hacer un acto bueno y no ir a quitarle a nadie. Entonces la gente, mis amigos, porque esos ya son amigos de uno, entonces ya uno como que ya la solución: no qué les voy a dar, pues la solución, así sea un café les daban, pero les daban, así sea pan, entonces ya tenía uno cómo darles pa ´poder seguir el trajín.

La patoniada era larga, a veces se encontraba la comida, a veces no había, eso ya era que de buenas se encontró de latas, por decirlo así. Ya más adelante una señora le daba a usted unos cartones, -¿le sirve? – sí claro, sí me sirve. ¡Eso tenía precio! o sea, era plata, un centavo que alcanzaba, pero hoy en día ¡200 pesos un kilo de cartón!

Diego: yo me volví exigente para la ropa, en la basura uno se encuentra las cosas más asquerosas pero también cosas que a uno le pueden arreglar el día. La gente está acostumbrada a botar unas zapatillas que porque la punta de adelante se despegó, eso pa 'mí no es lío, pegantico y quedan elegantes. Que los jeans diesel, chaquetas bien bacanas, de billete, que otro no usó, botó y que yo no dejo desperdiciar.

Podría decirse que ante las innumerables falencias y la amenaza constante de la pobreza que aquejaba el espacio social en el que se desarrolló la invasión de Comuneros, hubo siempre la creación de disposiciones estratégicas en función *de no dejarse morir de hambre*, como ellos mismos lo indicaban como respuesta dadas sus condiciones de pobreza. La Zona Industrial terminó siendo una prolongación de su hábitat pues allí no solo pasaban la mayor parte del día, sino también podían cumplir con la supervisión de sus hogares. Para quienes trabajaban cerca, estar en la casa era una garantía de tener a sus hijos bajo estricto cuidado; para quienes iban lejos, la carreta servía también para llevar a su familia, mantenerla unida e igualmente vigilada.

Dado el principio de vecindad existente entre las fábricas y los ranchos de la carrera Cuarenta, los padres y madres de familia tenían la posibilidad de llevar sus zorras cargadas al hogar para hacer la respectiva clasificación en una zona determinada de la casa. Estando allí, la labor se compartía con los hijos, los nietos o cualquier otro integrante de la familia con el que se compartiera techo. El reciclaje se convertía en una forma de acceder a ingresos económicos asegurando la disciplina y la colaboración de la familia. Este aspecto está muy presente sobre todo para quienes vivieron su infancia en la invasión, pues una de las obligaciones domésticas consistía en colaborar en la clasificación de los desechos.

Diego: Este trabajo es muy elegante, le permite a uno vivir a lo bien y aunque la gente no lo crea es muy digno. Yo reciclo desde chiquito y nunca en mi vida he tenido que estarle pidiendo vainas a nadie. Desde que me acuerdo reciclo, o sea que desde siempre me he acostumbrado al trabajo y a la plata.

(...)Yo llegué aquí cuando tenía nueve años y antes de eso ya reciclaba. En la casa los cuchitos llegaban con el trabajo y entre todos le hacíamos lo bueno es que cada uno, según lo que hiciera iba y vendía, yo por ejemplo me sabía ganar hasta 30.000 lucas ¿y sabe usted cuánto era eso hace veinte años? Uno con eso vivía re bien.

La informalidad que recubre el ambiente laboral del reciclaje se mantiene gracias a la negligencia de los comerciantes y los supervisores de las industrias que no ofrecen un salario fijo a los recicladores que pasan día a día por su establecimiento para hacer mantenimiento, así como los dueños de las bodegas de acopio a donde se llevan los residuos clasificados tampoco otorgan una ganancia estándar a su trabajador (Parra, 2007).

Aunque los comerciantes y los dueños de las bodegas de acopio se aprovechan de la falta de normatividad de la actividad del reciclaje, el Comunero que vive gracias a esta actividad se siente cómodo con la capacidad de diseñar horarios, rutinas y prácticas ajenas a las exigencias o requerimientos de otro trabajo en el que se exigen códigos de vestuario, horarios de salida y de entrada, etc. El evitar largos desplazamientos de la casa al trabajo garantiza mayor tiempo en el hogar, un tiempo que si bien no es de esparcimiento sino dedicado a la labor de la clasificación y organización de material para la venta. Esto permite, como lo indiqué antes, mayor presencia en el espacio doméstico, que al mismo tiempo se traduce en mayor tiempo con los hijos, mayores espacios de convivencia vecinal en los que diseñaban espacios de recreación, interacción y vigilancia de sus ranchos y claro, ahorros que lograban hacerse cuando las jornadas de recolección daban algo más que desechos.

Nelcy: Los niños iban a la escuela y los papás lógico que a trabajar, en la madrugada, en la tarde, eso dependía de dónde se recogiera la basura. Los chicos iban a la escuela y a veces iban a trabajar por días a ayudar al tema. Pero más que todo era el tema de ayudar al reciclaje. Pues era fácil ahí de estar todos trabajando. Los niños, la familia, todos se dedicaban al mismo tema

El diario se pasaba que bueno, un día se levanta, eh hh pues el desayuno, los niños para el colegio, ir a reciclar, ir a recoger el reciclaje de las bodegas. Llegar y escogerlo, recoger a los niños del colegio. Los niños del colegio empezaban también a ayudar a trabajar a los papás a hacer tareas, a organizar y esa era como una rutina.

Había mucha unión familiar, porque no había espacio de estar yéndose lejos, entonces era como estar toda la familia enraizada en torno al mismo reciclaje. Allá desde el más pequeñito hasta el más grande reciclaba. Entonces no teníamos la problemática social que tenemos hoy en día aquí en suba que los

pelados están por ahí en la calle sin hacer nada, porque realmente no hay que ponerlos a hacer.

El día empezaba desde las ocho de la mañana, porque realmente ahí no había... o sea como estaba todo tan cerca no había que desplazarse tan lejos, pues realmente madrugar no era pues lo... al colegio... en las noches de dedicaban mucho al deporte, hacían muchas jornadas de deporte de fútbol como actividades de integración porque estaban las calles de las bodegas alrededor, entonces había dónde.

Quien se dedica al reciclaje es un agente invisible en la ciudad, pero no por ello deja de cumplir las labores comunes de cualquier ciudadano que debe trabajar para conseguir su sustento. El reciclador tiene que enfrentarse a la presión de no contar con un apoyo institucional que lo rescate de vivir en la inestabilidad diaria que pone en riesgo su integridad al dejarlo al margen de los equipamientos mínimos de la seguridad social. El reciclador es el vástago de la informalidad en la cadena de productiva del reciclaje, mientras que los bodegueros, la industria transformadora de desechos y los comerciantes, son los actores de la formalidad, los que poseen ingresos fijos y reciben las mayores ganancias (Parra, 2007).

Aunque el reciclaje es una labor que requiere de esfuerzos inclementes en los que se incluyen las largas caminatas del día, la posibilidad de que no se haga suficiente dinero al día para comprar alimentos o el riesgo de sufrir accidentes con su vehículo de trabajo, fue y es en el presente una labor que desde la óptica Comunera los cohesiona, los identifica y además les permite desarrollar dentro del colectivo sentimientos de adhesión y orgullo en torno a una labor desprestigiada, que entre los señalamientos cumple la misión de brindarle la dignidad a las personas que al no tener ninguna propiedad cuentan con la seguridad de que su sustento lo ganan mediante un trabajo legal, que aunque no esté reglamentado, cumple una función social en cuanto al cuidado del medio ambiente urbano se refiere (Wacquant, 2007).

Las relaciones de habitabilidad dentro y fuera de los ranchos

Dentro de los ranchos: Saber cómo eran propiamente las casas de Comuneros en la carrera Cuarenta fue una cuestión que por un buen tiempo estuvo a cargo de mis

representaciones mentales¹⁷. El referente más cercano que tenía sobre estas viviendas se basaba en las fotografías de un libro que mi mamá me regaló cuando yo tenía unos ocho años. El libro se llama “los amigos del hombre” de Celso Román. El señor Román cuenta la historia de un *viejito* muy, pero muy pobre cuya única compañía eran un gato tuerto, un gallo desplumado, un perro cojo y un caballo viejo. Los cinco viven en una casucha que aparecía fotografiada junto con otras casitas del mismo estilo en varias páginas del libro.

Cuando iniciaba mis primeras búsquedas sobre Comuneros y su polémico asentamiento en plena carrilera, imaginaba que las casas eran como las del *viejito* pobre, porque así me las describían tanto quienes vivieron allí, como quienes recordaban los tiempos en los que pasaban en el bus hacia su trabajo todas las mañanas y se estremecían de miedo al ver en su camino *todas esos cambuches feitos, llenos de llantas, basura, como tan tristes y oscuros y ese reguero de chinitos por la calle*¹⁸.

Yo no puedo recordar la invasión, mis papás y mis hermanas mayores sí porque ellos vivieron en un barrio cercano hasta cuando yo cumplí el primer año de existencia. Luego, a mis veintiséis años pude complementar lo que yo imaginaba con escasas fotos de archivo de los periódicos y del magazín dominical que en dos ocasiones hizo informes sobre Comuneros.

¹⁷ El desconocimiento que tuve acerca de la estructura de las viviendas Comuneras en la carrera Cuarenta constituía en mi mente una ausencia que iba siendo sustituida por las descripciones de las personas que recordaban el asentamiento, y por las mismas apreciaciones que algunos Comuneros daban sobre sus casas. Uno de las formas más eficaces con las cuales pude llenar el espacio de dichas ausencias fue mediante las fotografías del libro de *los amigos del hombre*. Desde los postulados de Chartier (1992), las fotos del caserío con los animales protagonistas de la historia, me sirvieron para forjar una representación del vacío que tenía sobre las viviendas Comuneras, las fotos me permiten construir una imagen capaz de volver a mi memoria la invasión de la Cuarenta, señalando sus características e inventando rasgos para acercarme a lo que realmente eran esas casas, mientras la imagen real llega, la pregunta sería ahora si ¿las fotos entregadas por Nelcy constituyen representación o realidad?

¹⁸ Esta afirmación hace parte de una conversación que sostenía con mi papá cuando intentaba explicarle por qué estaba trabajando con Comuneros en Suba. Mientras trataba de describirle el ambiente de la invasión, el recordó pasar todos los días frente al asentamiento cuando iba en el bus de camino, en ese entonces mis papás y mis hermanas vivían en el barrio Santander, hasta que en 1990 se pasaron a Lijacá y no vieron más el asentamiento Comunero.



Foto 10. Fuente: Magazín Dominical 1994 Encabezado de Uno de los repostajes hechos sobre Comuneros

Pero esas imágenes eran casi nada, yo quería las fotos de los álbumes de las familias Comuneras: Cómo me costó convencerlos de que me dejaran ver una foto de esas.

Nelcy: Esas fotos son un tesoro y pues para nosotros son muy importantes y sentimentales, eso no puede andar por ahí como para que todo el mundo las esté viendo y diciendo que hay que esos ranchos y las mismas críticas de siempre ¿sí me entiende? Además ya están viejitas y usted de pronto las daña...

Tras casi un año de *rogadera* logré convencer a Nelcy de que me prestara una de las numerosas carpetas del escritorio de su computador en donde ella ha recopilado las fotografías más significativas de los álbumes familiares Comuneros. La negociación se dio mediante un “cambalache”: Ella me prestaba las fotos de su escritorio y yo también le entregaba una carpeta de fotos muy bien nutrida sobre mi trabajo de campo en “Casitas”. Antes de este significativo canje y también tras una larga puja que me dejó un poco molesta (debo aceptarlo)¹⁹ me prestó un par de videos hechos por ellos mismos a pocos años de haber sido reubicados y unas revistas de publicación local donde hablaban sobre ellos.

¹⁹ En al menos tres ocasiones salí molesta de la casa de Nelcy, junto a Magaly tratamos de cumplir siempre con las actividades que proponíamos para las abuelitas y para los niños y no entendíamos por qué aun cuando mostrábamos compromiso ella seguía negándose a proporcionarnos material para la investigación a sabiendas de que al final nos entregaría lo solicitado. Creo que al final comprendí que así se tejía nuestra relación, ella insistía en ser la propietaria de un contenido secreto sobre el barrio y yo le insistía en haber aprendido muchas cosas sin necesidad de acceder siempre a ella.



Foto 11. Fuente: Álbumes familiares de Comuneros. Una escena de la vida cotidiana, el cargue de residuos al camión que lleva la carga al centro de acopio



Foto 12. Fuente: Álbumes familiares de Comuneros. El reciclador y su respectiva zorra frente a una fábrica, quizá esperando el tiempo para recoger los residuos

El resultado de esta pugna por las imágenes fue fructífero en dos instancias; la primera, fue darme cuenta que las fotos del libro de los “Amigos del hombre”; efectivamente correspondían a la Cuarenta y la segunda aún más importante fue hacer la pregunta retórica al ver las fotografías de ¿cómo es posible vivir ahí? ¿Por qué Comuneros aun teniendo una casa de concreto, con muros y techos estables aún extrañan las casas de cartón?

Como ya es bien sabido, la cuestión habitacional en Comuneros al igual que su actividad laboral, fueron marcadores representativos de su presencia en la Cuarenta, pues ellos no sólo se situaban como los recicladores de la Zona Industrial, sino como habitantes invasores de la vía férrea que construyeron sus casas a partir de los mismos desechos que lograban clasificar y recuperar. Las casi cuatro décadas de invasión de

esta zona sirvieron para que este tramo de la vía fuera reconocida como zona de dominio Comunero, una zona que les pertenecía por falta de control de las autoridades locales, pero también por ejercicio de apropiación de una comunidad creadora de estrategias para hacer su propia adaptación y producción del suelo urbano.

Cuatro décadas sirven no solo para construir un complejo de vivienda informal, también sirve para construir una noción estable sobre el habitar. Habitar un espacio incluye diferentes acciones por parte de la comunidad, la primera de ellas: la acción de autoconstruir una casa en la que toda la familia se encuentre resguardada y en la que no haya necesidad de pagar arriendos o cuotas que por la precariedad eran difíciles de cancelar. El rancho, como los Comuneros lo denominan es construido con el trabajo y la idoneidad de más de diez manos que buscan en el papel, el cartón, el zinc y la madera los materiales óptimos para hacer habitable un espacio. Cada quien elegía cómo construía su casa, no hubo planos, licencias ni límites en la extensión de la vivienda.

Humberto: el diseño era propio, había gente que tenía hasta ranchos de dos pisos. Entonces por ejemplo en el nuestro nosotros teníamos en el primer piso la cocina, el patio, el baño (recuerda el plano de su casa, le acerco una hoja de cuaderno para que intente dibujar)... Veamos a ver si me acuerdo bien, ha pasado tanto tiempo, pero bueno.

Pasaba aquí la carrilera ¿no? entonces aquí había como una entradita, aquí estaba el baño, aquí había como un local que así como mi papá compraba reciclaje inicialmente tuvo una tienda, entonces vendía huevos, pan, leche, salchichón, todo lo que debía tener una tienda, arroz, toda esa vaina, después se dedicó al reciclaje. Bueno era como una especie de local bodega. Aquí alrededor era un patio y aquí al fondo era como dos especies... ah, aquí era la cocina y aquí como dos especies de dos alcobas y aquí internamente salía una escalera que sería como otra especie de alcoba (...) en el caso de los ranchos que tenían de a dos pisos la plancha era de madera, de tabla burra... ¿pues usted ha visto cómo se levanta una plancha? así mismo. eso sí, madera como estos (señala el techo), planchones gruesos y encima tabla también gruesitas y así claro ahí se iba y se levantaban las paredes por los lados y el techo iba más alto, entonces el este, le servía de techo al primer piso y después iba la pintada que eso era puro cartón y papel de regalo, por ahí quedaban sobritas de papel de ese, entonces lo que sobraba era papel de regalo, entonces cada vez que uno

quería cambiar el tapis ponía engrudo y más papel (se reía haciendo el movimiento de pintar) y pues se veía hasta bonito.

La autoconstrucción de vivienda ofrece la posibilidad a su propietario de diseñar su casa conforme sus necesidades específicas, su presupuesto y sus proyecciones frente a la vivienda y el número de habitantes en ella a futuro. En el ejercicio reflexivo de quien diseña su rancho se acude a prácticas históricas como sus saberes campesinos o a otras recientemente desarrolladas para dar un orden y un sentido a su espacio de hábitat. Los materiales, la disposición de los elementos y el mismo ejercicio de la rudimentaria decoración dan cuenta de los vínculos afectivos y simbólicos de cada propietario hacia su rancho.

La forma como se estaba dispuesta la invasión sobre la vía férrea, podría interpretarse como un relato acerca de las relaciones entre Comuneros y la ciudad de Bogotá ¿de qué hablaba el relato? De una serie de familias migrantes que dadas sus condiciones materiales de pobreza, donde no tenían cómo acceder a los servicios urbanos, deben reinterpretar y proponer otra forma de producir espacio a partir de la autoconstrucción de vivienda subalterna. Techos para quienes no estaban representados por el Estado, para quienes no hay existencia en el sistema laboral ni habitacional y que por lo tanto deben situar auto representarse a partir de sus formas de organización, trabajo y convivencia.

El orden espacial de la Zona Industrial de Puente Aranda transformado y alterado por Comuneros adquiere legitimidad a partir de las formas de apropiación material y simbólica del espacio de invasión. A lo largo de los ranchos se establece una cultura específica en donde se reconoce a una comunidad de recicladores que auto gestiona la construcción de su vivienda y la consecución de los servicios públicos tal y como lo expuse en el primer capítulo.

La organización comunitaria en pos del mejoramiento progresivo de los ranchos hace de estos un espacio significativo para el fortalecimiento del colectivo; el rancho brinda amparo no solo porque sirva para escamparse de la lluvia, también porque cuenta la historia de su lucha por los derechos y de las penurias de la comunidad. El amparo de la vivienda no solo está dado por lo material sino por lo que se logre simbolizar a través de la historia. En varias oportunidades ellos relataban algunas condiciones incómodas que tuvieron que pasar viviendo en los ranchos, siempre haciendo hincapié en que tales

falencias, jamás (así lo indicaban) superarían la satisfacción de sentirse propios en su espacio, de sentirse unidos y cobijados por el nombre de su comunidad, las construcciones de cemento no han logrado remplazar las condiciones afectivas de habitabilidad que solo la incomodidad del rancho le ha ofrecido a la comunidad.

Tata: mi casa, pues llovía más adentro que afuera, la verdad, y gracias al papá de ellas (sus dos hijas mayores), él me ayudó mucho y hicimos segundo piso, o sea, armamos... yo vivía en el segundo piso súper, cuando yo quedé en embarazo de mi hija, pero él me ayudó mucho., yo vivía relajada porque la casa quedó súper linda, eso que era mucho más más pequeña que esta, como la mitad de esto (señala la sala). Había solamente un cuartico allá (señala frente a ella) y una cama, aquí unas escaleritas (indica el portón de su casa) para el segundo piso. Las escaleras se hacían en madera, las puertas o se hacían o se conseguían también en lo que uno andara. Y el piso, mi hermano metió unas vigas así y llenaron el tablado de tablas y uno así normal, la cocina al pie de la cama, tocaba.

Yo no sé, yo me imagino una cosa incoherente porque eso nunca va a pasar, si llegaran a la puerta y me dijeran: ay Tata, hay la posibilidad que se devuelva pa 'la Cuarenta, yo sin pensarlo dos veces me voy, agarro mis cosas y me hago donde estaba, porque si ahorita fuéramos allá, yo puedo decirle perfectamente desde dónde hasta dónde quedaba mi rancho, lo tengo grabado el punto exacto donde quedaba, sin duda me devuelvo.

Humberto: pues tener casa, casa (golpea la pared) tiene sus ventajas, pero uno de todas formas desea y quiere el rancho, el problema es que el ser humano se adecúa al medio ambiente y como la mayoría llegamos tan niños allá, era nuestro hábitat. No había nada. Si había ratones pues uno los espantaba, conseguía un gato, eran cosas menores y eran parte del mismo medio ambiente, pero pues como uno se queda así, pues me imagino que no había nada a lo que yo dijera no

algo que casi no me gustaba...pues de pronto en los inicios, o más bien cuando yo llegué, que fue como en los setenta, que no habían servicios en Comuneros, entonces el tema del baño y de bañarse eso era un problema, nos tacaba ir hasta la avenida sexta que allá había me imagino que un tubo roto y siempre había agua, pero entonces para uno era un castigo a las seis de la mañana bañándose a totumadas allá en ese potrero, pero son cosas pensando en las

bondades de vivir allá.. Cosas insignificantes, pero no, en general no, a parte que es una experiencia vivida, le forma a uno carácter, le forma a uno conciencia de que en la vida si quiere algo lo tiene que trabajar y luchar por ello.

y sí, allá no se vivía en el paraíso sí, pero uno se acomoda y aprende cómo tener todo a la mano, por ejemplo, el tema de la salud pues en ese tiempo no era como ahora que hay SISBÉN, simplemente si alguien se enfermaba pues se llevaba a un hospital y pues habían hospitales públicos que se encargaban de atender a la gente, en un tiempo lo tendían a uno, si uno llegaba a la misericordia o sino al materno infantil, todos los que eran del distrito y uno tenía acceso a la salud y lo otro es que éramos casi muy alentados, yo creo que con tanta plaga los niños antes se fortalecía.

incluso yo tengo una anécdota, resulta que una vez mi sobrino mayor tendría por ahí qué seis meses tal vez menos, el niño apenas gateaba y pues estaba en medio de una pieza grande del primer piso y el niño estaba solo, mi hermana estaba en la cocina y todos en la casa, pero el niño estaba en ese momento solo en el cuarto y cuando yo entro el niño estaba jugando con una rata, el niño le hacía así (oprime la mesa con el dedo índice) y la rata se acercaba como a olerlo (hace gestos con la nariz), la rata como que le causaba curiosidad y la rata como que a olerlo y a hacer contacto. Uno que sabía que podían transmitir enfermedades yo por ejemplo cogí unas tijeras que estaban ahí sobre la cama y se las lancé contra el piso yo no sé cómo lo hice pero lo hice. Uno tenía conciencia y las combatía, les traía gatos, les colocaba veneno. Sin embargo había en abundancia porque el terreno se prestaba. Pero las curas siempre las habían y como le digo, esas cosas a uno lo hacen más fuerte, lo hacen querer más lo suyo.

Afuera de los ranchos, con los vecinos: Aunque el ámbito laboral marca en gran medida la forma como se organizan, se auto reconocen y se dan a conocer. También existen otros campos de acción social en los que el gueto comunitario se expresa a partir de otras estrategias de sobrevivencia en la vía férrea. Ser reciclador es llevar la carreta a cuestras durante varias horas al día, llevar a los más pequeños sobre los montones de basura clasificada y luego ir a venderla para llevar alimento al hogar. Pero también ser reciclador en la Cuarenta acarrea otras prácticas de cohesión que no se validan

únicamente por sus ocupaciones sino por las formas de cooperación ante los problemas de la cotidianidad.

Nuevamente el recuerdo materializado en el testimonio es el insumo de mayor importancia al momento de exponer las prácticas de vida en la Cuarenta. Entran a jugar entonces no solo los recuerdos gratos de los campeonatos deportivos, también entran las tragedias que dan como resultado la pérdida de familiares, momentos que nos hacen reflexionar acerca de la vulnerabilidad a la que las condiciones materiales de la pobreza suelen dejar expuestos a quienes de las maneras más crueles la padecen y que ante la ignorancia y falta de gestión gubernamental deben subsanar a partir de la acción colectiva, del trabajo en comunidad.

En este apartado me gustaría pensar en las tardes en las que pude ir a Casitas después de salir de mi trabajo, cuando el barrio estaba solo y una tarde de café se posibilitaba aprovechando la tranquilidad que era ausente en los fines de semana. En cada evocación del pasado se expresan los momentos en los que algún vecino se acercaba para llenar los espacios vacíos con alimento, quizá con una colaboración económica o sencillamente con el apoyo simbólico que sentían las personas que crecieron allá al tener la certeza de pertenecer a una invasión que era reconocida por sus formas alternativas de hacer suelo donde no se les había autorizado.

Una noche de diciembre, un mes en el que la temporada de vacaciones me permitió estar en el barrio todos los días de la semana, me quedé por primera vez hasta altas horas de la noche, algo que no había hecho en meses anteriores por distintas circunstancias. Me quedé porque conocí Karen, una muchacha de 28 años, con cabello crespo, ojos y dientes muy grandes que pasó su infancia en la carrilera. Con la reubicación, su familia se desvinculó del reciclaje y optó por otras labores como la construcción; en el caso de ella, estudia en la universidad en jornada nocturna y durante el día es asistente en una oficina; vive de las labores burocráticas y así mismo se profesionaliza para entenderlas mejor. Su reacción al saber de mi interés por recoger testimonios sobre la Cuarenta se tradujo en una sonrisa y una exclamación que la llevó a contarme uno de sus recuerdos más gratos en la invasión: Su primera comunión.

Eran casi las diez de la noche, para llegar a la transversal 91, debo caminar desde casitas veinte minutos, esa noche no fui con Magaly y mi preocupación ya no giraba en torno al trabajo de campo, sino a la forma como podría regresar a mi casa, la opción del taxi tampoco era viable, pues suele suceder que por el barrio no pasan taxis después de cierta hora en la noche. Mientras pensaba en una posible ruta, Karen iniciaba su relato, a los pocos segundos volví mi atención a ella, este es el registro.

Ay no, yo recuerdo cosas súper bonitas de ese tiempo, uno podía jugar toda la noche, me pasaba las avenidas como loca porque a esa hora ya que carros, nosotros hacíamos de todo allá, yo de lo que más me acuerdo es de mi primera comunión. Me acuerdo que mis papás me compraron un vestido (con sus manos me indicaba la silueta del vestido, como señalando algo similar a las colas de los vestidos de novia) de esos que tienen los hombros bombachos y la bolsita para la plata, ese día habíamos hartos niños. La organización de esas fiestas era un asunto súper serio para la comunidad porque el salón lo decoraban con serpentinas blancas, con palomitas, bombas doradas y todo (mientras hablaba me daba la espalda como indicando la posición de los niños frente al altar del salón comunal).

Es que tú no crees pero allá había de todo, el salón era mucho más grande que el que hay aquí, pues también era en latas y palos, pero se podían hacer muchas cosas, lo que a los más pequeños nos gustaba más era eso, las fiestas porque uno se veía muy bonito. La comida era organizada por toda la gente y se llamaba al curita de la iglesia de la primavera y él iba hasta allá. Era como una obra de caridad que se hacía con nosotros y era pues también muy significativo que todo lo hiciéramos allá, no salir del barrio porque era también como responsabilizarnos entre todos de la decoración.

Narraciones sobre los momentos en los que la comunidad se comprometía con la organización de una tarea, fueron fáciles de encontrar, máxime cuando dichas comitivas no sólo se organizaron con motivos festivos sino también ante las constantes tragedias que podían suceder viviendo en casas hechas de cartón, un material sensible ante las llamas de fuego que en numerosas ocasiones provocaron tragedias. Los incendios eran una amenaza latente en las viviendas Comuneras. Tras la recurrencia de estos accidentes, los Comuneros aprendieron tácticas de reacción y acción inmediata para parar el fuego, proteger a las víctimas y en el peor de los casos ofrecer colaboraciones para los gastos de resarcimiento de la tragedia.

Tata: allá yo perdí gente, mi hermanito ... el mayor, él murió reciclando... allá yo perdí también, una cuñada y dos sobrinos... quemados ... uyy no, eso es una historia larga ... porque ella vivía con mi hermano y él le tocó trabajar esa vez, eso fue un 31 de diciembre que es más duro todavía y ella... la estufa quedaba acá al pie (señalaba el sofá que se encuentra a la entrada de su casa), o sea esta era la cama (toca el sofá), la estufa quedaba acá (indica el frente), una estufita y ella pues puso a hacer una agua de panela y se acostó a dormir (se recuesta en el sofá y hace la mímica de quedarse dormida) – tengo entendido que fue así- y ellos murieron quemados, ella estaba embarazada y el bebé, el niño tenía como ocho meses, si le digo más. O sea que ella se quedó dormida, la aguade panela se regó y como eso era gasolina, eso no era gas, era gasolina, eso cogió fuerza, saque el cartón y la madera secas, eso es una mechita de fósforo, prendió y ahí quedó. Ni modo de que alguien se hubiera avisado porque ella solo estaba con el mi sobrinito.

Yo estaba embarazada de ella (señala con la boca la alcoba donde duerme Juliette, su hija mayor), yo corría a mirar a ver qué había pasado y ¡puf! casi se me viene ella (Juliette), eso fue un susto grave, eso fue un 31 y ellos murieron un cinco de enero. El muchacho que la sacó a ella, él se la echó acá (pone su mano en la espalda) y toda la piel de ella le quedó a él en el cuerpo (se toca lentamente y con un gesto de desagrado un lado del cuello y su brazo derecho)... la piel... imagínese eso es en vivo y en directo que uno vio eso, por ejemplo yo lo vi y dios mío yo ya no hallaba qué hacer, mejor dicho me dolía allá, me dolían las piernas, ya me dolía la barriga, ya me dolía la cabeza, ya no hallaba ni pa'onde agarrar.

Frente a infortunios de esta índole, cuando no había forma de frenar el fuego en el rancho de origen se procedía a impedir que se propagara a lo largo de las demás viviendas.

Humberto: Pues generalmente ya de tantos incendios que había ya uno tenía hasta la práctica y generalmente se tenía el apoyo de los bomberos de Bogotá que eso sí se llamaban y llegaban, pero como era tan inflamable avanzaba muy rápido, entonces una de las tácticas era dejar avanzar dos o tres ranchos y tumbar un rancho a forma de corta fuego, se arrasaba con un rancho completamente y pues ahí tenía que parar la conflagración y ya en cuestión de qué se yo, quince o veinte minutos llegaban los bomberos que eran los que realmente se encargaban de extinguir el fuego, aunque si se alcanzaba a detectar

a tiempo el fuego nosotros lo controlábamos, se destruía el rancho y se le botaba agua porque como teníamos acceso a agua pues a canecadas, baldados, como se pudiera.

La continuidad de los accidentes exigía no solo la reacción oportuna al momento de los incendios, también requería en algunos casos de la alerta de los vecinos, pues como es natural en cualquier sociedad organizada, hay quienes actúan en contra de la tranquilidad y la seguridad del vecindario, en este caso, la vigilancia de los predios entre vecinos, permitía el desarrollo de otras posibles tragedias. La cercanía entre las casas y la tendencia a buscar la forma de saber del otro constituía otra forma de protección.

Humberto: Habían múltiples causas, la más común es los cortos circuitos como el sistema era ilegal los cables iban colgados a las tablas, no iban por dentro de tubos sino colgados de un lado a otro y si usted necesitaba una instalación halaba el cable y de ahí sacaba para la cocina, pero eran los cables expuestos, pero claro, como eran los cables expuestos cualquier chispa, cualquier contacto producía el incendio.

otros por borrachos que llegaban por ahí, por ejemplo había un muchacho, él estuvo en el ejército y comenzó a tener problemas como mentales pues dicen que por una masacre que no sé qué, entonces él comenzó a quedar como rayado y él en un tiempo tubo la obsesión de matar a la mamá, entonces iba y se emborrachaba o se drogaba y llegaba y de una vez le rociaba gasolina y fósforos al rancho de la mamá y si no estaba uno alerta cogía de parejo, entonces se presentó un par de veces así, pero realmente era más por veladoras o cortos circuitos.

El resultado no era otra cosa más que la manifestación de la cooperación comunitaria, un tipo de práctica que suele mantenerse en las poblaciones campesinas en donde se acostumbra a colaborar con la organización de colectas que sirvieran para colaborar con los tratamientos de salud de los enfermos o en su defecto con el entierro de los mismos. En las formas de vida urbana, esta práctica se disuelve en el distanciamiento que promueve el sistema productivo de la urbe, donde el desarrollo individual invisibilizan las dificultades del otro, asunto que no sucede en sociedades pequeñas con estrechos vínculos afectivos.

Lucho: Esas cosas difíciles, yo creo que eso fue lo que más fortaleció a la comunidad como tal porque pues un día cotidiano, generalmente cada quien

tenía su vida, tampoco era pues que estuviéramos a toda hora en la vida comunitaria ni mucho menos, pero en el momento de un problema sí estaba absolutamente toda la comunidad, entonces que se murió fulano, todo mundo reunía para el entierro para darle apoyo a la familia, que un incendio pues salía el que tuviera fuerzas para mandarse a mitigar el incendio antes de que acabara con todos los ranchos que como estaban hechos de materiales inflamables. Ahí en el salón se hacían las velaciones, si familia no tenía plata se recogía lo que cada uno pudiera dar y pues era como un gesto de solidaridad, ate la pérdida de tantas cosas, lo que más duele: un familiar.

Pero la colaboración dentro del gueto comunitario constituido por Comuneros no solo se expresa en las situaciones desafortunadas. La autogestión que llevaban a cabo para solucionar gran parte de sus dificultades, también estaba presente al momento de buscar espacios de recreación entre los vecinos. Las personas que pertenecen a la generación que creció dentro de la invasión como Humberto, Piquiña o Tata, suelen manifestar con la lógica nostalgia del tiempo pasado cómo los espacios de recreación reafirmaban las condiciones de habitabilidad aptas para fortalecer la unidad comunitaria, los afectos entre los fundadores y sus respectivos hijos y sobre todo el reconocimiento deportivo frente a otras comunidades que también pasaron por procesos de invasión y autoconstrucción pero que posteriormente se habían legalizado. Con ese tipo de encuentros Comuneros expresaba la posibilidad de organizar la comunidad desde el margen de la legalidad, a espaldas de las lógicas de la ciudad en donde por aceptación propia también era posible hacer parte de los encuentros con otras comunidades de la ciudad.

Tata: Allá todo el mundo compartía, allá venía y usted tocaba: ¡tin tin! bueno... la gente que haiga si salen a jugar yermis? – la mayoría uno salía. Claro allá la vecina, listo arme su grupo... y allá jugaban ponchados, habían campeonatos de fútbol, habían muchas cosas para los niños.

Yo me distingo a todos estos chinos de pequeña, diez años, yo jugaba con ellos, yo no jugaba con niñas, no, yo me la pasaba jugando bolas, jugaba cinco huecos, tres huecos, todo, era mi deporte. Y jugaba mucho fútbol, yo jugué ocho años y me vinculaba mucha gente pa ´que se animaran a ir a jugar y en el embarazo de ella estuve en una competencia, tenía como tres meses ya, hasta que la terminé no me retiré

Había un equipo organizado, como se hacían campeonatos ahí en el barrio, entonces ahí se reconocía quienes eran los mejores, a nosotros nos llevaron a jugar a Patio Bonito a Bosa...a todos esos barrios del sur. Tengo a mis grandes jugadoras por ahí, sí porque todavía me veo con ellas.

Humberto: De la Cuarenta me gustaría que volviera como ese acercamiento de la comunidad, que se organizaba que el campeonato de banquitas, que las actividades culturales ¿sí? y todo el mundo participaba, usted iba a Comuneros y un día que fuera campeonato, salía todo el barrio, o un día que había presentaciones que uno cantaba, el otro hacía fono mímicas, era como un centro literario como el de la escuela pero era organizado por la gente del barrio y la gente mayor participaba, se disfrazaban, cantaban, echaban coplas, bailaban ¿sí? entonces era un ambiente como festivo pero sin necesidad de licor, entonces se compartía ese tema muy cultural, había un ambiente bonito, en medio de la pobreza pero se sentía un ambiente agradable, una energía agradable.

Lo que más extraño de Comuneros... la solidaridad. De todas maneras si una persona caía en enfermedad los demás le arrimaban comida y procuraba que tuvieran asistencia médica, había preocupación por el otro, por bien o por mal, porque tuviera o no tuviera, por celebración o por calamidad.

Los procesos organizativos en defensa de la invasión

Uno de los tantos sábados que llegué muy temprano a Casitas me encontré con las calles llenas de personas golpeando en las puertas de las casas. No miento cuando digo que había entre tres y cinco personas frente a cada casa. La escena me sorprendió bastante porque a la hora en la que suelo llegar al barrio, mucha gente todavía está dormida, no hay niños en las calle todavía porque siguen en aún están en el sueño o madrugaron más que yo a entrenar fútbol, no hay muchachos en la esquina, hay un silencio poco común y lo único que suena a lo lejos es algún equipo de sonido a muy bajo volumen.

Ese día la cosa se veía completamente distinta porque además cuando la gente empieza a salir a las calles, más o menos a las diez de la mañana por su desayuno, lo hacen en pijama. Casi toda la gente viste ropa para dormir o para hacer los oficios domésticos, todas las muchachas van con su cabello recogido y con los niños en ropa interior, nadie está bien trajeado antes de mediodía. A cambio, ese día todas las personas que estaban en la calle vestían ropa de paño opaco, en el caso de las mujeres todas llevaban enaguas

y gabardinas de colores oscuros, en el caso de los hombres y los niños, no había uno al que le hiciera falta la corbata, casi todos llevaban en una mano un portafolio y en la otra un nuevo testamento. Toda esa gente que invadía las calles de casitas, de arriba hacia abajo no eran nadie más ni menos que los predicadores de la religión cristiana, quienes salieron muy temprano a predicar la palabra de Yahvé o Jehová, no tengo muy claro de quién querían hablar.

Me quedé mirando un par de minutos con la curiosidad de ver una imagen tan pintoresca, hasta que vi que despejaron la entrada de la casa de Nelcy. Golpee, ella se asomó por un orillo de la ventana del primer piso, sonrió y levanto su mano como señal de saludo, de inmediato abrió la puerta y me hizo seguir. Claro, lo que hice después de saludar fue preguntar con un cierto tono de burla a qué se debía tanta gente en la calle, es cierto que las cuadras de Casitas siempre son concurridas, pero como ese día no.

Ella respondió con un tono igualmente burlón que se trataba de los cristianos, que a ella al igual que a mucha gente del barrio, le molesta su presencia y han llegado a una especie de acuerdo para no abrirles la puerta. *“Pues como todo, aquí hay gente que sí va a los cultos esos, pero en Comuneros somos más bien alejados de la religión, de la política, todas esas instituciones de poder no la van con Comuneros”*. Nelcy también me dijo que la razón por la que no abren las puertas es para enviar un mensaje de rechazo, que dice ella ha servido un poco porque *“es raro el día en que se acerque semejante romería”*.

Traigo a colación este mínimo apartado de mis días de trabajo en campo porque la relación de Comuneros con los predicadores cristianos se asemeja a la relación que han tenido con otros agentes institucionales como los partidos políticos, una tendencia de la que siempre se han expresado con gran desconfianza y a lo largo de su proceso organizativo han preferido mantenerse al margen de los políticos que en plena campaña buscan las comunidades más vulnerables para atraer votos mediante la promesa de legalización de predios, jornadas de salud, servicios educativos entre otros juramentos por conveniencia.

La intervención de partidos políticos en la lucha por el derecho a la vivienda en Comuneros tiene una historia efímera. En sus procesos organizativos en defensa del terreno correspondiente a su invasión, también han preferido los procesos de defensa hechos desde adentro, los promovidos por los mismos agentes de la comunidad.

Durante los primeros veinte años de invasión, la comunidad Comunera no sintió el aseo de las órdenes de desalojo. Durante este primer periodo la invasión se extendió hasta la avenida sexta, límite de la invasión hacia el sur que sólo fue cortado por el paso de la avenida y el inicio de otra invasión que no correspondía al grupo Comunero. En esta época se consolida el asentamiento conformado por algo más de mil personas agrupadas en ranchos que contaban hasta con dos plantas, patios traseros o jardines en cada predio auto parcelado, salón comunal y canchas improvisadas de microfútbol.

La precariedad y la asimetría en la estructura de los materiales utilizados para hacer los ranchos, daban la impresión de ser bodegones de basura producidos por la labor del reciclaje. El paisaje desorganizado no era agradable para los transeúntes, La molestia de los residentes por la presencia de un vecindario considerado por ellos como un foco de inseguridad e insalubridad, fue a la larga obnubilada por la aceptación de los trabajadores de las fábricas quienes reconocían los problemas ambientales producto de la invasión, pero también valoraban la ayuda y los servicios temporales de la comunidad en el cuidado y mantenimiento de la Zona Industrial.

Piquiña: Pues realmente roces con la gente nunca, no hubo porque la comunidad se estaba dedicando a trabajar, entonces si uno no le estaba robando a nadie no tenían por qué intervenir. Ya cuando en un tiempo que comenzó la inseguridad pues sí alcanzaron a haber roces con la policía pero pues básicamente no, como siempre pues los encuentros con la policía era ellos cumpliendo con su deber que no era realmente contra uno, ya la cosa cambió cuando nos salían órdenes de desalojo, pues eso ya era mandato del alcalde de Puente Aranda y de Ferrovías.

La crítica silenciosa en torno a la presencia de Comuneros se quebró con la llegada de la década del ochenta, una época donde empezaron a fenecer los procesos populares de construcción de vivienda en Bogotá y por lo mismo, se avecinaban otros proyectos de renovación urbana en los que nuevamente la comunidad de recicladores no tenía cabida. Ante las tardías amenazas de desalojo, Comuneros tuvo que dar un paso adelante en sus procesos organizativos que ya no solo buscaban promover las actividades culturales para los niños y los jóvenes, ahora se les sumaba la responsabilidad de defender sus ranchos mediante una serie de acciones que siguiendo su tradición trataron de mantenerse al margen del apoyo institucional pero que, como se verá más adelante, tendrán que ceder

paso al ingreso de otros actores que hicieron el preámbulo de acciones definitivas en la historia de la comunidad.

Dado que las alertas de desalojo que llegaron antes de los ochenta no representaban una amenaza certera en contra del asentamiento Comunero, las medidas para hacerles frente tampoco fueron asumidas con acciones que requirieran mayores esfuerzos organizativos. Sin embargo, la coyuntura existente entorno a los procesos de la lucha por la vivienda en barrios como Colinas, Quindío y Santa Rosa, hacen que las iniciativas de defensa de los colectivos de destechados lleguen a oídos de Comuneros quienes para ese momento se mantenían al margen de dichos procesos, o más bien llevaban a cabo un proceso alternativo adaptado a las particularidades de su invasión.

La Junta de Acción Comunal organizada en la Cuarenta mantuvo como preocupación inmediata la supervivencia de las familias y la cohesión comunitaria a la partir de la promoción de espacios de encuentro, los cuales aún no contaban con un carácter explícitamente político. La efímera relación de Comuneros se da con algunos representantes de la Central Nacional Provienda CENAPROV²⁰, organización de gran experiencia en el apoyo y asesoría a las invasiones que se venían originando a nivel nacional. En búsqueda de replicar nuevamente el paradigmático caso del barrio Policarpa, CENAPROV, encabezada por líderes del partido Comunista, ingresan a la comunidad de Comuneros sin obtener grandes resultados.

Humberto: la verdad no sabría el año exacto de cuando empezaron a llegar las órdenes de desalojo, eso no sabía decirle, pero ya me imagino que eso era como del setenta y cinco en adelante... porque yo me acuerdo que... nosotros llevábamos como qué ¿nueve, diez años? que empezaron con el cuento que llegaban a desalojaros, que en seis meses todo mundo para fuera. Entonces sucedió que mi papá él mucho tiempo en su vida fue vendedor ambulante en el

²⁰ La central nacional Provienda CENAPROV creada con el apoyo de la Confederación de Trabajadores de Colombia el 5 de mayo de 1961, constituyó uno de los pilares políticos de la lucha por la vivienda en Colombia. Empezando en la ciudad de Cali y expandiéndose hacia la ciudad de Bogotá apoyando el desarrollo de la vivienda popular de miles de familias campesinas que tras los procesos de migración se encontraban destechadas en los espacios urbanos. Mediante prácticas alternativas para la adquisición de vivienda como la compra colectiva de tierras, CENAPROV construyó para la década del setenta más de 500 proyectos de vivienda popular sin la mediación de créditos bancarios, pero sí con el apoyo de una fuerte base de las organizaciones comunitarias (Naranjo, 2014).

Aunque contaban con una vasta experiencia en la lucha política por la vivienda para los desposeídos, sus vínculos con el Partido Comunista no les permitieron desarrollar relaciones de confianza con Comuneros, una comunidad demasiado arraigada a las creencias conservadoras sobre la obediencia a las políticas de gobierno, aun cuando sus formas de organización en la ciudad manifestaran lo contrario.

centro, vendía chicles, dulces, cigarrillos, entonces en el barrio Policarpa Salavarieta entonces ahí sí había mucho líder que sabía qué estaba pasando y sabían de sus derechos y del derecho a la vivienda y estaba de moda lo de las Juventudes Comunistas y el Partido Comunista Colombiano, entonces mi papá pues al ver que iban a sacar a toda la comunidad, él nos estaba cuidando a mis tres hermanas y a mí, pues entonces él se contactó con un man por allá y vinieron los del Partido Comunista del barrio allá del Policarpa, llegó a la comunidad a comenzar a asesorarnos – Que no... que ustedes tienen derecho a la vivienda, mientras no les solucionen eso, ustedes no tienen por qué desalojar y entonces así pasaron muchos años, entonces con amenazas de desalojo, pero afortunadamente no pasaba nada, al ver que la gente ya defendía sus derechos y que el gobierno no ofrecía ninguna solución pues tampoco nos podían sacar así, aunque pues sí se veía que no que la otra semana desalojan, entonces se comenzaba a buscar alimentos a tratar de guardar agua por si la cortaban, sí hacer como una logística en caso de que realmente hubiera una agresión por parte de la policía.

Piquiña: Sí, generalmente, allí había un salón comunal que era un rancho grandote donde cabía toda la comunidad, lo mismo, cartón, tejas y tablas... entonces era la sede comunal, ahí generalmente de reunía la comunidad y al principio el Partido Comunista trató de enseñarle los derechos a la comunidad y eso tuvo una gran acogida porque hablaban desde lo que sabía uno, como que reconocían las batallas por las que uno pasaba y eso ganaba atención.

Los semilleros comunistas que se engendraban en los barrios de invasión de Bogotá, sirvieron para expandir una ola educativa en cuanto a la lucha por la vivienda se refiere. Lo que se buscaba mediante dichas intervenciones en los espacios de organización popular fue otorgarle un sentido político al proceso de producción de vivienda popular, en el cual no sólo se requería la movilización en función del cubrimiento de necesidades básicas, sino también el enfrentamiento a las políticas habitacionales establecidas por los entes gubernamentales. La lucha por el derecho a la vivienda debía incluir la disputa por el derecho a la ciudadanía, un derecho que debía manifestarse en políticas públicas que tuvieran como prioridad a los ciudadanos que se encontraban al margen, legalizando y equipando sus asentamientos, llevando inclusión urbana para las poblaciones vulnerables (Borja, 2013: 148). Aunque estas reflexiones son tomadas como punto de partida importante para los primeros pasos organizativos de Comuneros, en su futura confrontación con las políticas de desarrollo habitacional desiguales, es

cierto que antes de eso hubo desacuerdos con los representantes de CENAPROV y sus posturas políticas.

Piquiña: Es que mire, lo que ha pasado con la comunidad de Comuneros es que nunca ha confiado en el sistema político colombiano. Comuneros y la política nunca, nunca, nunca han pegado. Pues inicialmente sí claro, hablábamos con el PCC y la Central Nacional y claro la gente pues al ver que les estaban enseñando que tenían derecho a unos ingresos, que tenía derecho a una vivienda digna, que tenía derecho a un trabajo digno, entonces la gente como que se agrupaba alrededor del tema porque a nosotros no nos habían dicho que teníamos derecho a todas esas cosas, la gente se las rebuscaba sí porque eran necesarias para vivir, pero de aquí a que eso tuviera algo como que fuera legal o se pudiera peliar pues eso no se sabía o como que uno no pensaba en eso. Llegaban los avisos y la gente se asustaba porque claro, estamos invadiendo pero ahí estábamos gente sana.

(...) ya lo que le digo, las vainas se dañan porque por ahí se empezó a decir que los del Partido Comunista tenían su gente en el monte y eso no gustó, obvio. Cuando vieron que habían nexos con la guerrilla, que había robos, que había violencia, que había desplazamientos, que había masacres entonces la gente perdió el interés.

Entonces el servicio que prestó el Partido Comunista a la gente fue enseñarle que tiene unos derechos, básicamente eso. Ya después se empezaron como a distanciar, como vieron que ahí no había voticos pues se distanciaron y eso pasa con todos los políticos que llegan a Comuneros, eso llegan y buscan los votos y como la gente no tiene una cultura de sufragar, aquí la misma experiencia de la vida nos ha enseñado que eso no nos ayuda entonces siempre se pierde el encanto ya, como que los partidos políticos deberían ver que aquí en Comuneros no son bienvenidos, pero ellos donde hay pobreza caen...

La llegada del Partido Comunista a Comuneros coincidió con el ocaso de la época dorada de las invasiones apoyadas por CENAPROV. La persecución Estatal a sus principales dirigentes provocó la ruptura parcial del movimiento que pese a la crisis intentó continuar promoviendo sus proyectos de educación política para las comunidades destechadas, empero, su acogida en los barrios y en la misma invasión de Comuneros empezó a caer en conflictos debido al temor que se generaba entre las comunidades el hecho de vincularse con organizaciones que iban contracorriente al

sistema político de gobierno. Debido a la vocación campesina conservadora que todavía reinaba en los colonizadores informales, una declaratoria de oposición al gobierno no era considerada como una acción correcta en Comuneros.

Humberto: Ya a la gente le dio piedra porque cuando ganaron como un lugar en la comunidad trataron de adoctrinarlos con temas de guerrilla y de no respetar el Estado y de todas maneras la mayoría de la gente era de origen no estaba buscando irrespetar al gobierno porque así no son las enseñanzas, usted sabe que en el campo le enseñan a uno a respetar la autoridad y ante todo la policía y el estado tenían cierto respeto. Creo que ese fue el error del PCC en Comuneros, no supieron con qué personas estaban hablando y eso que hasta allá llegó Mario Upegui.

(...)Uno no dice que ellos fueron a nada, hay que aceptar que si el PCC no brinda esa asesoría pues la historia hubiera sido otra. Yo recuerdo que a personas como Mario Upegui se le debe haberle enseñado a gente como mi papá y a la comunidad en general cómo tocaba hacer las guardias y enfrentar los desalojos.

Con base en lo que ya se había aprendido con el Partido Comunista se empezaron a formalizar mejor las primeras Juntas de Acción Comunal del barrio Comuneros. Entonces la junta comienza a aclarar que el grupo juvenil se encargaba de la parte de deportes y de la orientación de la comunidad, estaba la junta en sí que se encargaba de los asuntos de básicamente de convivencia y de estar pendientes de qué iba a pasar con la comunidad si realmente iba a ver un desalojo qué se iba a hacer.

No echar en saco roto las enseñanzas del proyecto de educación política de CENAPROV y el PCC, preparó de alguna manera a los líderes de la Junta de Acción Comunal que con la intervención de representantes de estos movimientos en favor de la vivienda popular, se dan las primeras manifestaciones organizativas de la comunidad con lo que no solo se buscó responder a la presión del gobierno local y Estatal, también se dio otro escenario de oportunidad para reafirmar medios de acción comunitaria dentro de lo que he denominado como su gueto, en donde lograron sostener por largo tiempo la cohesión de las familias comuneras; primero en función de levantar sus techos, reivindicar su labor y luego defender su lugar en la ciudad como

agentes organizados que cumplían una función determinante en la Zona Industrial, pero también como ciudadanos con acceso a los derechos fundamentales de cualquier otro habitante de Bogotá.

CAPÍTULO TERCERO

NUEVOS TIEMPOS LUCHA POR EL ACCESO A LA VIVIENDA. QUÉ DIFÍCIL ES IRNOS DEL LUGAR QUE MÁS QUEREMOS

Como si la historia se repitiera con nuevos actores y elementos, luego de treinta años de asentamiento Comunero en la Zona Industrial, esta comunidad de recicladores debe enfrentarse a los proyectos urbanos de modernización en los que como en la década del cincuenta tampoco tuvieron cabida, pues el derecho a la vivienda fue de acceso para quien pudiera comprarla. En este capítulo hablan los Comuneros sobre el tiempo de transición entre las solicitudes de desalojo y el día definitivo en el que tienen que desocupar sus ranchos para trasladarse a Suba. En esta parte de la historia, hablan los Comuneros que ya no están, hablan los reporteros y las autoridades, hablo yo también queriendo comprender el origen y el destino de las eternas luchas que tiene que librar esta comunidad.

La calcomanía roja

La uniformidad en la estructura de las casas de Comuneros siempre me ha hecho sentir en una aldea urbana donde todo está unido por la similitud; las calles angostas, la pequeña extensión de los lotes, la poca altura de cada piso, el paso corto que se debe llevar para subir por las escaleras, las ventanas angostas y la música a todo volumen ¿Qué música?— Cualquiera que esté de moda. “Casitas” en el nuevo lugar de reubicación en Suba es un barrio chiquito dentro de un barrio más grande, así como cuando Comuneros estaba en la Cuarenta donde fueron algo así como una pequeña isla dentro de una gran ciudad. Al nuevo lugar de Comuneros, al de la reubicación, llegaron para ajustarse a un espacio socialmente más amplio que les exigió mayor relación con otro vecindario y al mismo tiempo mayor dependencia y vigilancia por parte de las instituciones encargadas del control en la ciudad.

Durante el desarrollo de mi trabajo de campo y de las cuentas que tuve que rendir alrededor del mismo, insistí en hablar del origen de cada aspecto que iba descubriendo en torno a la vida de Comuneros, pues su pasado se revela en distintas prácticas y estructuras del espacio físico presente. Cada manifestación es narrada por su gente que a cualquier hora del día está esperando en la puerta para aportar mediante su testimonio otra pieza del rompecabezas que hemos venido armando con la certeza de no poder terminarlo porque este cuento tiene muchas vueltas hacia atrás, muchos saltos hacia

adelante y muchos espacios vacíos por las fichas que van quedando olvidadas en la memoria de quienes han de compartirlo conmigo.

Con Comuneros todo tiene un por qué y cada uno está estrechamente vinculado con las experiencias del pasado, con esa misma disputa por la vivienda que iniciaron hace 40 años, ante la cual todavía se niegan a dar su brazo a torcer. Esas pequeñas marcas vindicativas de su historia se encuentran camufladas en las fachadas de las viviendas, en las carretas parqueadas en los andenes y en los acuerdos internos que en un principio hicieron los vecinos más allegados al salón para no contarme nada que no tuviera que ver estrictamente con los ejercicios diseñados para las abuelas.

Los límites interpuestos por parte de los vecinos hicieron que tardara en darme cuenta de otros tipos de lenguajes y testimonios presentes en elementos que también me contaban de manera efectiva algunos apartes de esa vida de añoranza que más adelante logró ser expresada al detalle o al menos de eso me convencieron ellos a mí.

Un testimonio altamente verídico se encuentra en los portones de gran parte de las casas Comuneras. En mi búsqueda por captar los detalles mínimos del barrio fijé por varios fines de semana mi atención en una calcomanía pequeña de color rojo que está pegada en la parte derecha superior de dichos portones, en estas se advierte lo siguiente: *“Esta casa tiene abogado”*.



Foto 13. Fuente: Propia. Esta es la fachada de la casa de uno de los hermanos de Tata; se caracteriza por tener una de las fachadas mejor arregladas, tanto así, que los demás hermanos la han tratado de copiar para sus casas.

Pese a su tamaño, no es posible que la calcomanía pase desapercibida, no sólo por el contraste de color de fondo rojo con letras blancas, sino porque le indica al recién llegado que muchos de esos predios mantienen cercanía con una defensa legal que según mi experiencia en estos casos me ha enseñado que donde hay abogados muy posiblemente hay problemas con la institucionalidad. Los abogados rondan cualquier conflicto, así lo he visto en las noticias, ellos siempre están, bien sea para mitigar los problemas o para agravarlos. Lo cierto hasta el momento, es que las casas Comuneras tienen defensa preparada ante sus contrapartes ¿de qué o de quiénes se defienden? ¿Qué sucede en ese paso definitivo de la invasión de la vía férrea al nuevo asentamiento en la localidad de Suba?

Nelcy: hace unos años, debido a la problemática que tenemos con la legalización de la escritura de estos predios decidimos entre la comunidad contratar un abogado, eso se dio gracias a que algunos jóvenes de aquí que han llegado a la universidad nos han conseguido contactos que nos llevaron a un abogado, él no pertenece a un colectivo social ni nada, es independiente, no nos ha cobrado tanto por el proceso porque él conoce nuestras falencias, pero ha estado pendiente de los documentos de los que se le hace entrega.

La advertencia sobre el abogado corresponde efectivamente a lo que podría ser la nueva versión de la disputa por el suelo urbano que ha mantenido Comuneros contra la administración distrital. Como si fuera un gran riesgo el que tomé, me atreví un día a preguntarle a Nelcy sobre la calcomanía, para ese momento ya no me daba pena preguntar cosas, ahora preguntaba todo y así mismo me lo respondían. No es que cada casa tenga su abogado porque eso saldría muy caro, como no se cuenta con suficiente dinero, todos los vecinos se han reunido para conseguir una defensa. Es decir que finalmente estas casas tienen abogado, uno solo, el mismo para todas, porque en todos sus propietarios sufren la angustia de vivir en un espacio que después de diecisiete años todavía no es propio.

Las calcomanías rojas informan a los invitados del barrio uno de los mayores problemas de la comunidad: la propiedad de las viviendas. En la actualidad la mitad de los predios no cuenta con escrituras, la otra mitad la tiene, pero todavía nadie puede disfrutar del derecho de propiedad porque nadie ha pagado la hipoteca de su casa. No pagan porque, como lo mostraré, la alcaldía no cumplió con la entrega de hábitats integrales para la comunidad, tampoco pagan porque es un mecanismo de protesta continua en contra del

incumplimiento de cada alcaldía que los invisibiliza y los pretende apaciguar con pequeños proyectos sociales como jornadas de vacunación, talleres de tareas para los pequeños o mercados en fechas especiales.

La presencia de las calcomanías en los portones de las casas comuneras sintetiza de alguna forma cuáles han sido las transformaciones de la comunidad desde los primeros avisos de desalojo, pasando por la ejecución final del mismo y la siguiente reubicación en la localidad de Suba. Tener un abogado significa para comuneros tener la obligación de continuar trabajando por mantener algo de lo mucho que han perdido, de encontrar parte de lo que se les ha negado y aprovechar lo poco que han ganado.

La salida de Comuneros hacia Suba no fue un hecho espontáneo, tuvo que pasar casi una década para que este evento se consumara pasando sobre la integridad comunitaria de los recicladores, las protestas urbanas en contra de su vinculación a nuevos espacios de la ciudad y los intereses económicos que ven en el suelo urbano una gran opción de mercado. Ante un pasado tan convulsionado es necesario comprender este escenario de transición entre los ranchos de la vía férrea y las casas de Suba, conociendo los matices que entre los reportes periodísticos de la época y testimonios de la comunidad dilucidan una nueva versión de la lucha por la vivienda alimentada por nuevos elementos des articuladores y modificadores de la unidad comunitaria.

Comuneros: Esta vez tampoco van a “Formar Ciudad”

Aunque las amenazas de desalojo durante la década del ochenta fueron una presión latente entre los líderes de la comunidad, esto no impidió que la invasión se extendiera y se equipara con nuevas instalaciones mostrando cada vez más los resultados positivos de la autogestión, pues para esta década, Comuneros no sólo había mejorado en la construcción de sus casas, también en la estructura del salón comunal, restaurante comunitario para los menores y diseño de nuevas actividades de recreación llevadas a cabo por el grupo juvenil.

Como un motivo de presunción, personas como Lucho o la misma Nelcy cuentan como las noches se convertían en tiempos de recreación y convivencia mediante los campeonatos de yermis y banquitas organizados en las cuadras aledañas a la invasión. Al llegar la noche las calles quedaban vacías, no había peligro que el paso de algún vehículo irrumpiera el desarrollo de las actividades – *La calle era nuestra*, recuerda

Lucho. Así mismo, en el día, se organizaban actividades para los más pequeños, se cerraban las vías con canecas o con canchas de microfútbol y se empezaban las competencias “olímpicas”, que duraron tantos años que ya estaban institucionalizadas en la comunidad, eran un componente más del habitus del invasor Comunero con el cual era posible la manifestación de una estructura organizada en la comunidad.



Foto 14. Fuente: Álbumes familiares de Comuneros. A la derecha se alcanza a ver parte de los ranchos construidos con teja de Zinc, a la izquierda la pared de una de las fábricas. Al respaldo de los ranchos se estaban organizando las olimpiadas infantiles. Aprovechando la escasez de tránsito por estas calles, se realizaban eventos especiales como este: La marcha de la llama olímpica Comunera. Fuente: Álbumes familiares de Comuneros

El paso desapercibido de Comuneros sobre la vía férrea empezó a expresarse con la simultánea asonada de órdenes de desalojo emitidas por la alcaldía de Puente Aranda que en búsqueda de soluciones rápidas a la crisis ambiental que históricamente ha sufrido la localidad, señalaba como grandes responsables del desastre a los invasores de la avenida del ferrocarril, a quienes culpaba del mal tratamiento de los desechos provenientes de la actividad comercial e industrial de la zona.

Sobre la grave situación ambiental, un boletín informativo sobre la localidad de Puente Aranda indica lo siguiente: ²¹

²¹ Esta nota fue tomada del boletín informativo sobre desarrollo ambiental de la localidad de Puente Aranda en 1993.

“La invasión de los Comuneros ubicada en la avenida del ferrocarril entre calles sexta y trece (180 familias actualmente) presenta un problema ambiental como es la existencia de un botadero de basura a lo largo de la invasión. Desde hace cuatro años se les están adjudicando lotes en otras zonas de la ciudad por medio de la Caja de Vivienda Popular, pero muchas familias no los han aceptado y el número de invasores ha aumentado, agudizando la problemática ambiental”.

Los desechos acumulados a lo largo de la invasión generaban una tergiversación en torno al oficio recuperación de materiales que llevaban a cabo los comuneros, pues ellos se encargaban de la recolección de desechos y la posterior clasificación que era ejecutada en la propia entrada de sus casas. Es decir, la presencia de basuras en la carrilera correspondía a una fase del trabajo de clasificación de residuos y no a la aparente tendencia de la comunidad de convivir en medio de los desechos.

El oficio del reciclador, aunque deslegitimado por gran parte de la población, también es reconocido y exaltado por organizaciones no gubernamentales entre las que se destaca la labor de la ONG Dignificando²², que no tardó en entrar al debate acerca de la necesidad de reconocer el gran aporte con el que cooperaban los Comuneros al encargarse de las toneladas de desechos producidas no solo por la Zona Industrial, al fin y al cabo, también en distintas zonas de la ciudad.

La labor silenciosa de los Comuneros y el importante aporte a las políticas de sostenibilidad que sin estar asociados a ninguna institución Estatal estaban impulsando hacía tres décadas empezó a ser reconocida al inicio de la de los noventa, cuando organizaciones no gubernamentales promueven el reconocimiento de los Comuneros como pioneros del manejo de residuos en la ciudad. Aunque Comuneros se ha mantenido al margen de la colaboración de este tipo de organizaciones, la ONG Dignificando fue una de las organizaciones que convencida de la significativa labor de

²² La fundación Dignificando tuvo una participación protagónica en el debate sobre el desalojo de Comuneros, siendo una de las Organizaciones No Gubernamentales que con mayor ahínco defendió el derecho de los recicladores a un espacio de vivienda digno. Para Dignificando, Comuneros representaba un recurso laboral necesario para la Zona Industrial, por lo que solicitaron al INURBE la adecuación de un predio cercano a la zona que respetara las tradiciones y los valores simbólicos de la comunidad. El proyecto de reubicación planteado por la fundación incluyó el acompañamiento del proceso con programas de educación ambiental, reciclaje escolar y reciclaje comunitario, iniciativas en las que Comuneros con su vasta experiencia hubieran podido ser gestores de nuevas alternativas ambientales (Coca, 1998).

la comunidad impidió de manera incisiva el desalojo de los recicladores por parte de la alcaldía menor de Puente Aranda.

Humberto: Ya con el transcurrir de los años, también comenzaron a llegar organizaciones a conocer la problemática de comuneros. Entonces durante el proceso llegó una señora de nombre Raquel de Jaimes que era judía que decía que tenía una fundación, la fundación dignificando. Entonces comenzó a traer... Inicialmente llegó trayendo ropa, botas zapatos, cosas para la comunidad y llegó un momento cuando se comenzó a hablar de desalojo ella dijo que pues sí un desalojo pero que tenían que darnos unas viviendas adecuadas, entonces comenzó como la negociación.

Esta pugna por una porción del suelo de la Zona Industrial, pronto sobrepasó las dimensiones locales, por una parte gracias a la ayuda que Dignificando estaba otorgando en función del reconocimiento de la comunidad como agentes de preservación ambiental en la ciudad. Por otra parte podemos ubicar una condición de mayores proporciones y evidentemente definitiva en la decisión de erradicar la presencia Comunera en la carrera Cuarenta: El Plan de Desarrollo de 1995 propuesto por el alcalde de Bogotá Antanas Mockus.

Leo el plan de desarrollo denominado “Formar Ciudad”²³ y encuentro que la prioridad de dicha administración distrital consistía en “*promover la gestión colectiva para preservar el patrimonio para el bienestar común, en especial el de los más débiles*” (DAPD, 1995). De acuerdo al texto que lo soporta, los aspectos más importantes para formar ciudad se vinculaban con el mejoramiento de la salud, la educación y la protección social, la cual buscaba gestionarse a partir de la cultura ciudadana, la preservación del medio ambiente, el espacio público, el progreso social y la productividad urbana (DAPD, 1995). Como es natural en toda esfera social, no todas las decisiones favorecen a la totalidad de la población, en este caso, hubo agentes que recuperaron el espacio por décadas invadido y habrá otros que nuevamente, producto de las políticas segregadoras de gobierno, quedarán al margen del bienestar, desposeídos de las óptimas condiciones de habitabilidad.

Para el Alcalde Antanas Mockus, el desarrollo de la ciudad no estaba dado exclusivamente por la construcción de grandes obras arquitectónicas; para lograr un

²³ Formar ciudad: Plan de Desarrollo Económico, Social y de Obras Públicas para Santa fe de Bogotá D.C. 1995- 1998. Aprobado mediante el Decreto N° 295 de Junio 1 de 1995

desarrollo urbano también era necesario priorizar el fomento de la cultura ciudadana, el medio ambiente y el progreso social, proyectos para los que no se requería una gran inversión de capital, pero sí una fuerte campaña pedagógica en torno al saber convivir en la ciudad. Aunque su plan de desarrollo se caracterizó principalmente por la promoción de los valores ciudadanos, es cierto que parte de este discurso pierde credibilidad cuando la productividad urbana a la que también hace alusión el plan, pone en riesgo la integridad física y social de los más débiles, aquellos ciudadanos que menos participación han tenido.

Teniendo en cuenta las posibles contradicciones del Plan Formar Ciudad y las críticas que hoy hacen los líderes Comuneros pregunto ¿De qué forma influyó este proyecto de desarrollo en la construcción histórica de la invasión de Comuneros?- Para la Alcaldía de Antanas Mockus, proponente de dicho plan de desarrollo, el fomento de la cultura ciudadana mediante la recuperación de espacio público debía realizarse desde distintos flancos, por ello fue necesaria la relocalización de poblaciones ubicadas en espacios públicos o en zonas de alto riesgo. De acuerdo a lo expuesto en el plan, se propuso como meta la ampliación de la oferta de vivienda nueva de interés social accesible para aquellos ocupantes del suelo público y privado que se estaba buscando recuperar.

Tal y como sucedía hace 40 años, cuando Comuneros apenas construía su asentamiento, la administración distrital vuelve a promover planes de vivienda en la que no son incluidas las poblaciones cuyos escasos bienes materiales no alcanzan para acceder a los créditos otorgados para la vivienda de interés social. Nuevamente se estaba formando ciudad solo para quienes tuvieran capacidad adquisitiva para compra de suelo ¿dónde quedaba la posibilidad de que un Comunero accediera a estos planes de vivienda? – ¿De qué manera este plan de desarrollo garantizaría el respeto de los derechos ciudadanos de esta comunidad?

Humberto: ningún agente de gobierno vino a negociar la reubicación nuestra, los documentos que ellos nos enviaban hablaban explícitamente de desalojo ¿sí? Nosotros sabíamos perfectamente que lo que hacíamos era invasión al espacio público ¿pero quién necesito de ese pedazo de terreno? Eso era un separador y durante años nadie nos quitó de ahí, cuando se les hizo que esa parte de la ciudad valía la pena entonces sí existimos. Pero la solución fue querernos sacar, yo me pregunto dónde estaba entonces el tal apoyo a la vivienda de los pobres.

En el plan de reubicación de familias invasoras del espacio público estaban las familias Comuneras, de un momento a otro, la invisibilidad institucional que los mantuvo tantos años en su república independiente, se fue para dar paso a un nuevo interés por la zona que ocupaban. La vía del ferrocarril sobre la que se asentaban los Comuneros fue un foco de interés durante la alcaldía Mockus no solo porque ellos constituían una de las invasiones más antiguas y ciertamente problemáticas en el espacio local de Puente Aranda, sino porque además supieron apropiarse de un predio que para 1994 empezaba a adquirir un valor bastante alto en el mercado inmobiliario.

¿Cuál era el interés inmobiliario sobre el terreno invadido por Comuneros? En la Alcaldía de Antanas Mockus la diversificación de los sistemas de transporte requería de la recuperación de la totalidad de la carrilera que en distintos tramos se convirtió en un espacio habitable para los destechados (Suárez, 2007). De tal forma que el desalojo de Comuneros de la carrera cuarenta parecía inminente ante posibilidad de otras ofertas de vivienda dadas con el apoyo institucional y la productividad urbana expresada en la modernización de los sistemas de transporte.

El megaproyecto de redensificación del transporte público en Bogotá expuso la puesta en marcha estudios de largo plazo con fines a evaluar la viabilidad del metro para la ciudad capital. En función de tales estudios de factibilidad, se volvió la atención hacia la vía férrea que para el año de 1994 llevaba once años sin el tránsito del tren. El nuevo plan vial de la ciudad proyectó en los viejos rieles el paso de un metrobus desde la calle 22 en el centro de Bogotá pasando por la avenida Terrenos de Bosa con prolongación hasta el municipio de Soacha. Lo que se presupuestaba según los agentes visionarios de la alcaldía era un proyecto con visión metropolitana concertado no solo con la alcaldía distrital, también con el gobierno nacional e instancias de financiación supranacional como el Banco Mundial (Suárez, 2007).

En una ciudad cuyos proyectos de renovación y modernización urbana están apoyados en la proyección de significativas inversiones de capital, el suelo anteriormente subvalorado de la avenida del ferrocarril toma gran relevancia, pues al ser el epicentro del metrobus requería de una serie de cambios, mejoras y adaptaciones que ante la lógica capitalista contemporánea se traducen en mercancía rentables a futuro con un valor de cambio potencialmente amplio, mediado por la importancia que tiene el transporte para una metrópoli de estas dimensiones (Harvey, 2007).

Aunque la activación del suelo como mercancía promete a los inversores un gran aumento en su valor de cambio, las ambiciosas proyecciones no pasaron por encima de la organización Comunera. Tan pronto como se proyectaba el metrobus sobre la vía férrea, los Comuneros, alzaron su voz para hacer oír su derecho a la vivienda entorpeciendo y retrasando las aspiraciones de quienes desde otra orilla promueven el desarrollo urbano desde las lógicas del mercado. Las voces de los que nuevamente se ven *ad portas* de ser destechados, presionan a la visionaria administración para que el metrobus no sea construido a costa de los derechos de la comunidad.

En 1994 los funcionarios del distrito hablaron de los proyectos viales que el abanderado de la cultura ciudadana ejecutaba con ayuda de la idónea ingeniería japonesa y la inversión de 150 mil millones de pesos por parte de la banca internacional (Suárez, 2007). Mientras tanto, adjunto a las aireadas noticias emergían en pequeñas notas algunas referencias sobre la comunidad de recicladores que dilataba el proceso de entrega de la vía férrea para los estudios del proyecto. Los avances informativos se van transformando hacia la desesperanza. En 1995 los titulares de prensa²⁴ hablaban del vencimiento del plazo para iniciar la construcción de la primera línea de metrobus, la banca internacional retiró su financiación por falta de garantías²⁵. Los reportajes de fin de año hablaron nuevamente de la frustración del megaproyecto, pero también de los olvidados comuneros de la cuarenta.

²⁴ Nullvalue. (9 de Mayo de 1996). Plan estratégico pide no dejar morir el metrobús. El Tiempo. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-292396>

Nullvalue. (26 de abril de 1996). El proyecto de Metrobús está agonizando. El Tiempo. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-280790>

²⁵ Los ejecutores del Plan Formar Ciudad en función del cumplimiento del proyecto de redensificación del transporte propusieron la creación de la empresa de Sistema del Tiempo y el Espacio Público (STEP) en 1997. Para Antanas Mockus la recuperación del espacio público debía estar acompañada de una optimización del tiempo gastado por cada ciudadano en sus trayectos de la casa al trabajo, por lo que defendía la idea de crear un sistema para favorecer el factor temporal y espacial en la ciudad.

Con la creación de STEP se buscaba hacer del tránsito y el transporte una empresa industrial y comercial para el distrito, en la que el espacio público también constituyera un elemento del transporte. De tal suerte que el espacio público adquiriría un valor abiertamente comercial en el mercado del suelo urbano.

La propuesta fue coordinada por el PNUD y financiada con recursos de la administración distrital y el Banco Mundial. Esta unión institucional propuso el autofinanciamiento mediante la explotación comercial del suelo, la sobretasa a la gasolina y el impuesto a la valorización. Cuando el proyecto llegó a manos del Concejo de Bogotá, este rechazó el proyecto lo que generó desconfianza en los organismos supranacionales y terminó por dilatar el proyecto que terminó en manos del IDU, institución que no contó con el capital para llevar a cabo la construcción del Metrobús (Suárez, 2007).

Reubicación sí, unión comunitaria no

El desalojo que se mantuvo como un mecanismo de presión huidizo para las autoridades locales de Puente Aranda, tomó fuerza con la implantación del Plan Formar Ciudad. De acuerdo con el proyecto del Metrobús, Ferrovías solicita a la localidad dieciséis el inmediato desalojo de las familias Comuneras con el fin de hacer entrega del predio a la alcaldía (Sentencia de la Corte Constitucional, 1995). Un segundo capítulo de la lucha por el derecho a la vivienda se estaba gestando esta vez asumiendo la integración de actores institucionales que cuarenta años atrás no participaron de las oleadas ocupación alternativa del suelo.

Esta vez no solo era el poder administrativo, también las Organizaciones No Gubernamentales llegaron para hacer contrapeso a la solicitud de Ferrovías, poniendo en tela de juicio el interés de la alcaldía por garantizarle a las poblaciones más vulnerables condiciones dignas de habitabilidad que garantizaran la no ruptura del tejido social. La cuestión acerca del interés reciente por la recuperación de la vía férrea fue el mecanismo de defensa inmediato para que los comuneros hicieran frente al desalojo definitivo.

El asesoramiento del partido Comunista y los líderes populares del barrio Policarpa con el que contaron los Comuneros en años anteriores junto al apoyo de la Organización Dignificando, permitieron que el proceso organizativo de la comunidad evolucionara hacia instancias en las que se hacía imperativo el contacto con la institucionalidad. Ante la demanda del terreno invadido por parte de Ferrovías, Comuneros interpone cuatro tutelas ante la Corte Constitucional en contra del Estado²⁶, solicitando el cambio de las iniciativas de desalojo por un proyecto de reubicación que les garantizara no solo la unidad de la comunidad, sino también la ubicación de viviendas cercanas a los espacios

²⁶Sentencia No. T-617/95 Ref.: Expedientes Nos. T-78710, 78659, 76332, 77330 (acumulados)

Peticionarios: Laura María Torres y otros

Procedencia: Consejo de Estado

Temas:

- La confianza legítima, en las relaciones entre la administración y los administrados.

- La cohabitación de los principios de la prevalencia del interés general, de la buena fé y la igualdad.

Magistrado Ponente:

Dr. ALEJANDRO MARTINEZ CABALLERO

Santafé de Bogotá D.C., Diciembre trece (13) de mil novecientos noventa y cinco (1995)

Abogado LIVINGSTON AREVALO GALINDO. (Corte constitucional, 1995)

de reciclaje con fines a mantener las fuentes de subsistencia que hasta el momento les permitía el sostenimiento económico de sus hogares.

En la sentencia T-617/95 que recoge las demandas hechas por Comuneros, se expone el conflicto entre la comunidad, la Alcaldía mayor y Ferrovías:

“Los poderdantes ocupan un sector de Puente Aranda, en las orillas de la carrilera del ferrocarril, desde hace más de 30 años y conforman un grupo de COMUNEROS dedicados a la recolección y recuperación de papel, chatarra, plástico y otros elementos reciclables, de lo cual derivan su sustento; y ocurre que la Administración Municipal ha ordenado el desalojo según se dice para cederle el terreno al metrobús, es decir, a una forma de transporte colectivo”
(Corte Constitucional, 1995).

Para los magistrados ponentes de la tutela, los invasores Comuneros eran personas que vivían mayoritariamente del reciclaje, una actividad que no generaba los ingresos suficientes para acceder a equipamientos de vivienda y que por el contrario sumergía a la comunidad en el padecimiento de la miseria. A partir de este tipo de apreciaciones en 1995 la Corte constitucional falla a favor de Comuneros, suspende las órdenes de desalojo y las querellas policivas haciendo énfasis en la responsabilidad de la administración distrital en la proliferación de asentamientos informales como el de Comuneros.

“Si estas personas vienen ocupando, por más de dos décadas el bien público mencionado lo han hecho por la tolerancia de la autoridad que de esta manera ha incumplido sus deberes legales y constitucionales; y no puede ser -luego de tanto tiempo- la medida de represión policiva la salida adecuada; no se puede pretender la suspensión en un solo instante de situaciones que se han venido generando con el tiempo, permitiendo el asentamiento de comunidades en cuyo seno han nacido niños y envejecido padres y que, por precarias que sean, les permite, al menos en niveles infrahumanos la conservación de la vida y la formación de una familia. Es cierto que es deber de la autoridad distrital proteger la integridad del espacio público, pero este deber debe cumplirse “ab-initio” y no cuando, por incuria, se genere su ocupación. La respuesta policiva no puede ser la medida aplicable a este caso por las consecuencias imprevisibles y funestas que ella conllevaría para el orden social y la vida humana de los ocupantes” (Corte constitucional, 1995).

Como resultado de esta pugna legal, la Corte constitucional ordenó a la alcaldía Mayor de Bogotá, a la Caja de Vivienda Popular, al INURBE y a Ferrovías adoptar dentro del plazo de dos meses un programa de reubicación para la población Comunera, en el que se garanticen todos los derechos tutelados, a saber: El trabajo, la vivienda y la familia.

Esta primera victoria para los recicladores mantiene un sabor agri dulce en la historia Comunera pues el cumplimiento del fallo no se dio para la totalidad de los habitantes de la invasión, solo algunas familias tuvieron acceso a los lotes ofrecidos inicialmente por la CPV y el INURBE. Con la reubicación se ganó la posibilidad de exigirle a la alcaldía de la ciudad responsabilidad por los derechos ciudadanos, pero también se perdió la garantía de mantener cohesionada la comunidad.

La reubicación no fue un proceso total, su implementación fue ejecutada por una serie de etapas con las que se inició un lastimoso proceso de fragmentación del tejido comunitario donde las condiciones de vivienda ofrecidas para las familias no fue dada de la misma manera ni cumpliendo con las mismas garantías de habitabilidad, pues lo primero que determinaron la Caja de Vivienda Popular junto con el INURBE fue el envío de las familias a lotes de reubicación alejados de la Zona Industrial, una disposición que contrariaba el fallo de la Corte. Con una reubicación lejana a la Zona Industrial se ponía en Riesgo el derecho al trabajo de estos recicladores, de ahí en adelante, muchos más atentados a sus derechos.

La primera etapa de la reubicación en la que participaron la Caja de Vivienda Popular y el INURBE, consistió en el ofrecimiento de un servicio de vivienda por autoconstrucción en la zona de Arborizadora Alta al suroriente de Bogotá- localidad de Ciudad Bolívar. Los beneficiarios fueron 44 familias que tuvieron la posibilidad de autoconstruir sus nuevas viviendas bajo una lógica que hoy los Comuneros reubicados en la localidad de Suba envidian por varios aspectos a los que ellos no tuvieron acceso.

Nelcy: La primera notificación de desalojo seria fue en 1994, ahí hay algo diferente y es que después de comuneros se habla del concepto de reubicación no de desalojo porque comuneros se organizó y pedíamos que nos dieran entonces un sitio de vivienda porque allá estábamos cerca de nuestra fuente de trabajo y si no era así, entonces ¿cómo íbamos a vivir? Inicio el todo el proceso de la junta directiva dentro de comuneros, se establecen diálogos con el

gobierno y se acordó que la Caja de Vivienda Popular otorgara la vivienda para la reubicación. Los primeros lotes fueron en Ciudad Bolívar, Arborizadora Alta y Candelaria, casi que los últimos reubicados fuimos nosotros, los de la Palma Afidro. Pero el proceso de los barrios del sur fue distinto, a mí me parece que allá las cosas se hicieron mejor (...). O sea, la Caja de Vivienda Popular dio los lotes, pero no les dijo a las familias dónde iban a vivir exactamente, entonces todos se esforzaron por hacer sus casas bonitas porque si usted hacía una fea pues de pronto esa le tocaba a usted. Todos se esforzaron porque no se sabía de quién iba a ser la casa que usted estaba construyendo, lo otro bonito fue el trabajo comunitario, entre vecinos se ayudaron a levantar las planchas y eso fortaleció las relaciones entre vecinos. Usted sabe que cuando a uno le cuestan las cosas, uno las quiere más, a ellos les costó, por eso tienen un mayor sentido de apropiación.

Graciela: A mí me gustó esa táctica porque por ejemplo, usted hacía la casa bien bonita, que mejor dicho no le faltara nada, que los cimientos quedaran bien estables, la plancha bien montada y los acabados bien hehechos, pero eso que a usted le había costado tanto esfuerzo no iba a ser lo suyo. Cuando todas las casas las terminaron, los de la CPV hicieron un sorteo y a uno le podía salir la casa que había hecho o la casa de otro. Pero ahí estaba la gracia, como usted no sabía que casa le tocaba, todos se esforzaron en hacer algo bueno, para que así mismo les tocara también vivir en algo bueno.

Respecto a esta primera fase de reubicación existen distintas versiones o lecturas sobre la experiencia de las familias trasladadas al barrio Arborizadora Alta. Hay voces que expresan la conveniencia del servicio de autoconstrucción para esta primera fase, sin embargo también hablan del malestar que produjo el estar ubicados en una zona periférica demasiado distanciada de su radio de acción laboral. Por otro lado están los medios de comunicación denunciando las medidas que tomaron los Comuneros para mantener su fuente de subsistencia y al mismo tiempo aprovechar el nuevo predio del que eran propietarios.

Graciela: La tutela que falló a nuestro favor decía que la reubicación tenía que ser cerca a la Zona Industrial porque allá era de donde sacábamos la mayor parte de las ganancias económicas, pero no, los lotes, muy bien el programa, pero eran muy lejos. Cómo se les iba a ocurrir que la gente se moviera desde Ciudad Bolívar hasta Puente Aranda, estaban obligando a la gente a cambiar

de trabajo y de eso no se trataba el asunto. Ante esa situación yo entiendo a los compañeros, yo entiendo por qué se devolvieron a la carrilera y dejaron los lotes por allá

Sin tal vez pensarlo, la estrategia adoptada por los Comuneros ya reubicados sacrificó el proceso inmediato de la segunda fase de reubicación, al mismo tiempo que distorsionó las reivindicaciones de la comunidad en torno a la importancia de mantenerlos cerca de su zona laboral. Para no abandonar la labor del reciclaje, los propietarios de los predios de Ciudad Bolívar optaron por regresar a la zona de invasión, volver a ocupar sus ranchos y tomar un beneficio económico extra arrendando las casas de Ciudad Bolívar recibidas en cumplimiento del fallo de la Corte.

La insistencia de los Comuneros por mantener sus fuentes de subsistencia hizo que se justificara el regreso a la carrilera, sin olvidar que una de las solicitudes urgentes en las tutelas giraba en torno a la garantía de un proceso de reubicación cercano a sus zonas de desempeño laboral. Sin embargo, desde la perspectiva de la comunidad este punto no se cumplió porque la distancia entre Ciudad Bolívar y la Zona Industrial acarrea nuevos gastos que en la invasión no eran necesarios y que para ese entonces podían desestabilizar las economías domésticas.

Nelcy: Las casas eran buenas pero allá ¿dónde se iba a reciclar? la cuestión era de ubicar zonas de vivienda en las que no se les sumaran cosas como el gasto de transportes, de el parqueo de las carretas, esas son cosas que prácticamente se llevan las ganancias de lo que se hace el diario. Entonces lo que la gente hizo fue regresar a sus casas no porque no necesitaran las otras sino porque el trabajo tocaba cuidarlo (...) las otras casas no se podían dejar como quien dice a la deriva, entonces se arrendaban también para mantener la propiedad.

Otra lectura al respecto en donde la informalidad como forma de vida en la vía del ferrocarril brindaba unos costos de vida significativamente menores. Si bien es cierto que las condiciones de vida desarrolladas en la carrilera fueron en cierta forma impuestas por el desorden político décadas atrás, esta vez, las condiciones de informalidad fueron asumidas y aceptadas desde abajo, toda vez que la permanencia en la invasión promovía ciertas comodidades que la reubicación no solventaba. La demanda de hábitat no fue dirigida hacia el gobierno en años anteriores porque esta fue hecha por autogestión. En realidad, la solicitud de la reubicación se da ante la

inmanencia del desalojo, más no porque la comunidad hubiera requerido salir con celeridad de los ranchos de cartón lo que explica que los bajos costos de la informalidad no lograran ser remplazados por la estabilidad de los predios cimentados en bloque y concreto.

La tolerancia a la informalidad consentida por el silencio de todas las administraciones que pasaron durante las décadas del sesenta, setenta y ochenta desencadenaron la degeneración de las prácticas Comuneras que ya no se validaban por el valor de la comunidad al intentar subsistir en el olvido, sino por acciones que violaban en determinada forma los acuerdos hechos tras el fallo de la corte, pues la reubicación era ejecutada en tanto el predio de la cuarenta fuera desocupado.

Si bien fue cierto que la ley no garantizó adecuadamente la continuidad de las actividades cotidianas de los comuneros tal y como ellos lo solicitaban, la desviación de la norma hizo que los argumentos de los Comuneros sobre la premura de mantener sus fuentes de trabajo, fuera puesta en tela de juicio. Entre los argumentos utilizados para condenar las prácticas Comuneras, encuentro que según los informes administración distrital el reciclaje no es la fuente principal de sustento diario de la comunidad, pues en el censo hecho en 1994, los resultados indicaban que sólo el 21% de las comunidad se dedicaba por completo al reciclaje; así mismo se indicaba que también existían otras actividades como la vigilancia, el mantenimiento, la construcción y la costura, de tal forma que los Comuneros no necesitaban ser ubicados cerca de la Zona Industrial porque de cualquier forma estaban capacitados para desempeñarse en otras labores (Coca, 1998).

El aspecto que no se tuvo en cuenta al momento de cuestionar los mecanismos de cohesión Comunera, es que, como se indicaba, el reciclaje como actividad de subsistencia no es el único medio constructor de cohesión e identidad colectiva en la comunidad, pues existieron otros aspectos como el origen socioeconómico y más importante aún, la necesidad de solucionar las carencias de los equipamientos fundamentales para sobrevivir entre los que se resaltan la vivienda y la alimentación. Además de ello, las actividades alternas a las que acudía la comunidad eran directamente derivadas del mismo oficio del reciclaje.

Kike: Uno de chino cuando crecía como que quería buscar otra cosa, entonces uno por raticos conseguía trabajo de vendedor ahí en el Sanandresito, o había

otros pelados que hacían turnos de vigilancia, o los que tenían tienda y vendían así que onces para los trabajadores. Los de las fábricas le daban trabajo a uno, porque éramos reconocidos, ah que sí, que su papá o su mamá lleva el reciclaje de aquí y así, a uno lo veían siempre con el tema de la basura entonces por eso confiaban en uno.

Producto del incumplimiento de las familias Comuneras reubicadas en Ciudad Bolívar se intentó detener el proceso de ejecución de las siguientes fases. Empero, la comunidad encabezada por una junta de acción comunal decide fortalecer su estrategia organizativa mediante la legalización y obtención de la personería jurídica del colectivo de recicladores. Haciendo uso de los pocos conocimientos obtenidos para mantenerse en su lucha por la vivienda fundan en 1994 la Asociación de Manos Trabajadoras AMANTRA, con la que justifican la concentración de sus labores no solo en el reciclaje sino en otras salidas provisionales con las cuales también era posible obtener ingresos.

Nelcy: Una de las muestras más fuertes de nuestra organización fue la creación de AMANTRA, Asociación de Manos Trabajadoras ¿qué quería decir eso? Que en Comuneros por nuestras falencias estábamos preparados para asumir distintos tipos de labores, que en todas nos desempeñábamos muy bien y que justamente esas labores de manos trabajadoras nos habían permitido tener el reconocimiento de la zona. Nosotros nos presentamos ante la ley, nos presentamos como una colectividad que vive del reciclaje y le presta un servicio a la ciudad y así nos ganamos la personería jurídica. Listo, no somos solo recicladores, somos trabajadores de distintos ramos que prestamos servicios a las personas de la ciudad.

La creación de AMANTRA como sustento legítimo de la organización Comunera dio vía para que en voz de los líderes encargados de la junta se discutieran nuevamente las exigencias iniciales sobre el proceso de reubicación. La más importante de ellas fue la consecución del predio cercano a la Zona Industrial. Al respecto muchas familias tomaron la decisión de negarse a un traslado si no se cumplían los parámetros solicitados, bajo esta disposición las familias insisten en no moverse de sus ranchos y mantenerlos bajo vigilancia ante posibles arremetidas de las autoridades policivas.

Las exigencias de los Comuneros resguardados en su personería jurídica retrasaron el proceso de reubicación adelantado en Ciudad Bolívar donde finalmente un grupo de familias optaron finalmente por establecerse allí. Mientras tanto, las familias que aún no

contaban con la garantía de la reubicación se apersonaron del proceso de búsqueda de lotes e intentaron generar encuentros con constructoras y propietarios de lotes en distintas zonas aledañas a la Zona Industrial. Este aporte fue infructuoso tanto para la comunidad como para los funcionarios del distrito.

El estancamiento del proceso no duró mucho. Por un lado persistía la presión de la Corte Constitucional sobre la alcaldía de Antanas Mockus y por otro la organización de los recicladores bajo agrupados en AMANTRA que les permitió acceder a distintos medios e instituciones para exponer argumentos que reforzaban la legitimidad de las razones que ellos tuvieron para apropiarse de terrenos públicos y que además obligaban sin derecho a apelación alguna a la Alcaldía a responsabilizarse de las falencias históricas de los funcionarios públicos al no ofrecer soluciones habitacionales para los desfavorecidos.

“Es claro que la administración permitió la ocupación de unas tierras que constituían Espacio Público y no hizo nada para impedirlo, estableciendo con su permisividad la confianza por parte de los administrados de crear unas expectativas en torno a una solución de vivienda. Lo anterior supone, en consecuencia, que cuando una autoridad local se proponga recuperar el espacio público ocupado por los administrados que ocuparon tal Espacio Público, deberá diseñar y ejecutar un adecuado y razonable plan de reubicación de dichas personas de manera que se concilien en la práctica los intereses en pugna. La conducta de la administración, vulneró el principio de confianza que debe preceder toda relación entre el administrado y el administrador” (Corte Constitucional, 1995).

Como resultado del álgido ambiente engendrado entre la alcaldía y los Comuneros eficientemente organizados, el fallo estaba cumpliéndose a favor de los destechados de nuevo. La CPV expone la segunda fase del proyecto de reubicación caracterizada por una mayor participación de los recicladores en la definición de su traslado hacia las viviendas legales, lo que no significaba necesariamente que ellos tuvieran conocimiento del lugar exacto para su posterior arribo.

En la historia Comunera se plasma un punto aparte para irrumpir el sosiego habitual de la vida casi insular que se llevó durante treinta años en la cuarenta y dar paso a el comienzo de la historia que reinicia con el anuncio de que la segunda fase de reubicación sería en la localidad de Suba en la urbanización La Palma- Afidro a filo de

la montaña que separa a Suba de Usaquén. A esta parte del cuento le denominan los mismos Comuneros como “*el gran engaño*”.

Punto de giro: Cómo la reubicación fue un gran engaño

La segunda fase de reubicación de Comuneros anunciada en 1996, marcó la salida definitiva de la comunidad que durante casi cuarenta años habitó a la vera de la vía del ferrocarril. Con la presentación del nuevo plan de financiación de predios para los recicladores Comuneros, se daba fin a la pugna entre ferrovías y los líderes del asentamiento quienes a partir de ese momento se veían abocados a hacer entrega de los predios para dar paso a un proyecto que prometía cambiar la imagen de la zona, de un espacio contaminado por las basuras y abandonado por la administración local a ser un espacio representante de los esfuerzos mancomunados de la Alcaldía Mockus y los inversionistas de capital por darle un empuje a la siempre problemática movilidad de la ciudad.

Humberto: Como la corte ya estaba encima, los funcionarios comenzaron a buscar lotes en toda Bogotá para ver dónde nos podían ubicar, quién iba a asumir el costo de la construcción y bueno toda la negociación y pues después de muchas opciones pues... Ah! después de un engaño por parte de la alcaldía

El proyecto de reubicación definitiva consistió en la entrega de 117 predios ubicados en el barrio la Palma-Afidro en la localidad de Suba al noroccidente de Bogotá. La construcción de los predios estaría financiada por la Caja de Vivienda Popular aportando a la constructora encargada un capital inicial de 550 millones de los cuales a partir de la entrega de las casas, cada propietario debía responsabilizarse de la cancelación del 50% de los predios con cuotas de 13 mil pesos mensuales.

Humberto: Sobre las fuentes de financiación... bueno, ahí habían varios componentes porque inicialmente se supone que el lote como tal era en canje por el terreno que estábamos ocupando en la carrera cuarenta. En teoría el lote no lo iban a cobrar, nos iban a cobrar era los ladrillos y hacer la casa ¿Cómo se iba a pagar esa casa? con subsidios de la CPV o INURBE que llamaban en ese tiempo que era la que daba los subsidios en ese tiempo y la otra parte la teníamos que pagar nosotros como crediusuarios.

La reubicación fue un mal nunca solicitado, históricamente necesario y en ese lejano presente un cambio inminente. Desde el inicio del asentamiento en la década del

cincuenta, el terreno de la vía férrea no constituía un espacio en el que fuera posible la proyección de un barrio reconocido legalmente, recordando el uso de suelo de la zona, la extensión del terreno y las mismas prácticas de informalidad como el no pago de impuestos, hacía de la invasión Comunera un asentamiento inviable.

La duración que este tuvo en el tiempo no correspondió tanto a la posibilidad de crear un barrio formal allí, sino a la idoneidad de sus habitantes para auto gestionar las ayudas que solucionaran sus carencias. Otro aspecto que contribuyó fue la indudable negligencia de las alcaldías anteriores por no ofrecer soluciones inmediatas en las que no primaran los intereses financieros de la coyuntura sobre la necesidad de ofrecer asentamientos habitables, dignos y legales a las poblaciones más vulnerables.

Mientras la presión de la Corte y la incertidumbre de los Comuneros aumentaban, el capital destinado para la construcción de la urbanización en la Palma disminuía de manera exponencial. La presión de la Corte Constitucional exigía la reubicación de Comuneros en un plazo que no superara un año, sin embargo, el tiempo no fue clemente con el corto presupuesto y para el año de 1997 la construcción no estaba terminada; de hecho, la inversión en la adecuación del terreno ascendía a 872 millones de pesos. Un dinero con el que tan solo se había logrado instalar las tuberías del acueducto y se había adecuado el terreno de ladera para que a futuro no se generaran deslizamientos. De tal manera el dinero inicial no alcanzó ni siquiera para la cimentación total de las 117 viviendas, el sobre costo trajo como consecuencia la suspensión de la obra durante un año (Coca, 1998).

Humberto: sí, lo que pasa es que como todo lo que no se hace honestamente y bien planeado pues va a presentar fallas en el camino. Entonces todo comenzó con sobrecostos en la cimentación, entonces como hubo sobrecostos en la cimentación, ya no hubo plata para terminar las casas. Entonces a nosotros nos prometieron en el contrato dice llave en mano, con eso usted ya abre su casa y está con pisos terminados, pintura, todo, absolutamente todo terminado y cuando nos entregaron las casas absolutamente todas en obra gris sin pañetes, pisos en concreto, todo era con bloque a la vista, los baños sin enchapes, no, completamente en obra gris.

Los cambios en la fecha de entrega de los predios fueron un indicio de las irregularidades bajo las cuales se estaba llevando a cabo la construcción de las nuevas

viviendas, al parecer el máximo interés de la alcaldía por consumir esta búsqueda se ajustaba más a cumplir de forma improvisada con la presión de la Corte Constitucional otorgando casas sin revisar las condiciones sociales y materiales del terreno donde iban a asentar a los Comuneros, que en ofrecer verdaderamente un nuevo hábitat con la que se garantizara la integridad de las familias, su seguridad, servicios públicos entre otros aspectos a los que viviendo en los ranchos de alguna forma habían tenido acceso.

Aunque la labor de la consecución de un terreno era obligación explícita de la alcaldía, los líderes de la invasión intentaron ubicar lotes a lo largo de la ciudad en los que su reubicación fuera un hecho posible. Durante el proceso de búsqueda del lote y la construcción de las viviendas la Junta de Acción Comunal, encabezada por Blanca Rodríguez tuvo un protagonismo decisivo en el proceso, no por el simple hecho de la demanda, también por la apropiación y el seguimiento que hicieron al cumplimiento del fallo.

Humberto: Pues lo que pasa es que había una fecha para cumplir la acción de tutela. Ya se habían buscado muchos lotes y que ninguno y que ninguno. una noche citaron a los representantes de la junta de acción comunal les dijeron que pues aceptaran este lote provisional como pues para cumplir la tutela y que después conseguían un lote adecuado para la comunidad y después de que firmaron ya dijeron no ese es el lote y ese es el lote. Eso tuvo otras consecuencias porque inicialmente el proyecto estaba diseñado para un sitio normal en condiciones normales y aquí se gastó más plata en cimentación para poder hacer el terraceo para las casas que lo que sí valieron las casas, entonces prácticamente las casas las entregaron en obra gris.

La contribución que intentaron ofrecer los voceros de la Junta Directiva de la invasión fueron infructuosos, sus constantes reuniones con propietarios de lotes, con presidentes de otras Juntas de Acción Comunal y con representantes de otras localidades, pusieron de manifiesto ante ellos otra disputa futura que tendrían que librar tan pronto fuera comunicado el asentamiento definitivo: “A medida que buscábamos en todas partes nos cerraban las puertas porque éramos recicladores”. El conflicto que se avecinaba distaba de la cuestión presupuestal pues tocaba otras barreras más difíciles de romper: las representaciones alrededor del trabajo del reciclador, una dimensión álgida de este proceso que más adelante, espero darle mayor redundancia.

Nelcy: La junta directiva de ese momento empieza a reunirse con distrito para buscar un lote donde hacer la construcción de las 117 casas. Cosa que no es fácil, pues en ninguna localidad querían recibir a la comunidad por... muchos por recibir mal la información y muchos porque generalmente el conocimiento sobre los recicladores es que no llevan buen aspecto a ninguna localidad.

Este proceso de transición entre el desalojo y la reubicación es una madeja de conflictos y trabas que enredan a los Comuneros en un cúmulo de incertidumbres que comienzan por una búsqueda en la que no hay lotes para la reubicación, porque físicamente no eran aptos y porque sus propietarios o administradores no se encontraban a gusto con la idea de recibir como vecinos a la comunidad de recicladores que tanto estaba dando de qué hablar durante los dos últimos años.

Nelcy: Entonces los directivos de la comunidad hacen un trabajo por todas la localidades, fue muy difícil porque se encontraban los lotes, pero la gente no...los que los tenían no los querían vender, otros no cumplían con el metraje, o sea, se presentaron muchos inconvenientes, al final se encuentra el lote de acá, de como un afán de poder cumplir la tutela, pero pues el lote, realmente no era como con las condiciones que se esperaban

La desesperación y la presión gubernamental les juega una mala pasada a Comuneros. Sin conocer el lote de reubicación y teniendo como única información la ubicación de éste, son llevados a aceptar la reubicación en la futura urbanización la Palma que, como bien dije antes, ya tenía serios problemas de sobre costos. El acuerdo se cierra con la promesa de la alcaldía de entregar el terreno de suba como una solución “provisional” a la reubicación mientras se encontraba un terreno mejor equipado en una zona estable.

Nelcy: entonces como lo que no se escribe no se cumple, desafortunadamente el alcalde dijo que no, que el lote cogieran este porque tocaba cumplir con la tutela y que después al mes lo cambiaban, pues eso no quedó escrito en ninguna parte, simplemente se habló y hoy en día supuestamente no se iba a durar sino un mes, dos meses, mientras se cumplía el proceso judicial... y pues ya llevamos nosotros 17 años en suba.

Amargo recibimiento: Por la población de Suba habla el crimen

Cuando los Comuneros todavía no eran Comuneros, cuando no tenían casa y cuando cada núcleo familiar buscaba en la ciudad un refugio para asegurar a sus hijos, Bogotá

estaba convulsionada; ésta era una ciudad con visos todavía campesinos que se transformaba al calor de las edificaciones incendiadas, mientras los ciudadanos con machete y pistolas expresaban mediante la lucha bipartidista todas las inconformidades frente a la gestión gubernamental que históricamente ha sabido dejar insatisfecha a la población que gobierna.

Así, entre el caos rural y urbano y la furia colectiva, los Comuneros le dan inicio a su asentamiento. Otra vez el caos, el fuego y la protesta civil se apoderan de algunas zonas de la ciudad, esta vez no fue cuestión de partidos, esta vez era en contra de la reubicación de los Comuneros.

22 de Febrero de 1996

“Nosotros no los queremos y no nos vamos a dejar convencer. A ver, por qué no se los llevan para el norte, allá donde tienen plata. Seguro que nadie va a aguantar que le coloquen basuqueros al lado de su casa” (García, 1996)

15 de Febrero de 1996

“Cerca de ocho horas permaneció bloqueada la autopista sur en Bogotá, luego que un grupo violento de habitantes de los sectores de Bosa, Ciudad Bolívar y de las cercanías de Soacha decidieran tomarse la vía principalmente a la altura del complejo industrial de Cazucá como forma de protesta por la supuesta reubicación de los recicladores de la carrilera, a quienes confunden con indigentes de la peligrosa Calle del Cartucho en el centro de la ciudad” (Rivera, 1996)

18 de Febrero de 1996

“Ayer, a pesar de los destrozos de los que habían sido víctimas, muchos comerciantes aseguraban que estaban de acuerdo con los métodos de protesta de la comunidad, pues según ellos tienen demasiados problemas como para recibir a un grupo social que solo les va a traer desgracias, hurtos y malas influencias.” (Rivera, 1996)

Antes que los periódicos más leídos en la ciudad comenzaran a documentar el caso de desalojo de los Comuneros; poca información tenían las personas del común sobre el destino de la comunidad. Inicialmente los medios de comunicación empezaron a acercarse a la carrilera buscando quizá una noticia sensiblera sobre otro rostro más de la pobreza en la ciudad; notas de prensa en las que se admiraba la capacidad organizativa de las personas de la invasión y sus formas de hacer frente a las difíciles condiciones de vida, hicieron que la ciudadanía volviera su atención hacia ellos. Una vez el caso se convirtió en un fenómeno noticioso, los avances en las negociaciones sobre los lotes posibles para reubicación fueron tema de dominio cotidiano, tanto, que el exceso de

información terminó en la acostumbrada manipulación de versiones y en la masiva desinformación del público que temía tener por vecinos a los recicladores de la carrilera.

Como la búsqueda de terrenos se hizo tan dispendiosa, los cambios en la información sobre el terreno elegido cambiaban a diario. Los primeros brotes de violencia en contra de la reubicación se dieron en la localidad de Bosa, una de las zonas visitadas en las que se mantuvieron negociaciones para la adquisición del lote. Aunque no se concretó la compra, el poder del rumor pesó mucho más sobre la realidad de los hechos. Se afirmaba entre los propietarios de establecimientos comerciales que en su vecindario se reubicarían recicladores y habitantes de la calle provenientes del Cartucho. El resultado fue la proliferación de manifestaciones extendidas hacia el centro y noroccidente de la ciudad.

En Bosa, la reubicación no fue más que un rumor. Sin embargo en la localidad de Suba ya era un hecho oficializado por la alcaldía. La reubicación de 117 familias de los recicladores Comuneros sería ejecutada en un lote aledaño al barrio la Palma Afidro. La respuesta ante la disposición de Antanas Mockus fue una asonada violenta en la que los habitantes del sector expresaban el rechazo total hacia la llegada de los nuevos habitantes con quienes no se había tenido contacto previo para prever quiénes eran o qué clase de *atributos componían su identidad social* (Goffman, 2012).

Sin tener conocimiento alguno sobre los Comuneros, los manifestantes rechazaron la reubicación desacreditando a la comunidad, otorgándole una serie de atributos negativos que los expropiaba forzosamente de su identidad como recicladores o lo que ellos como colectivo habían forjado históricamente para habitar tantos años en la Zona Industrial.

Frente a la grave problemática surgían cuestionamientos acerca del reprochable comportamiento de los habitantes de Suba ¿acaso el proceso de urbanización de esta localidad no correspondía a los mismos movimientos de urbanización popular promovidos por personas que Comuneros no contaban con recursos suficientes para tener un techo bajo el cual vivir? – Una horda de ciudadanos rechazaba a los Comuneros desconociendo en ellos un reflejo de la misma pobreza y las mismas carencias que ellos también padecían. Los hechos manifestaban una segregación socio espacial desde abajo (Beuf, 2012).

Para los habitantes de la localidad de Suba, la representación del Comunero como trabajador legal no existía, sobre ella pesaba el rumor de un grupo de indigentes de la calle del Cartucho que iban a cundir “*con malas mañas*” todo el sector y que, como lo indican los reportajes solo iban a sumar problemas a otra población de clase baja con sus propias incertidumbres.

Cuando el miedo es el que direcciona la interpretación sobre la realidad de la reubicación, es el *habla del crimen* (Caldeira, 2007) la que se apodera de los modos de actuar de las personas que no quieren compartir vecindario con los Comuneros. El habla del crimen produce interpretaciones estereotipadas del *otro* o en este caso del desconocido alrededor de quien conforman una representación esencialista que vincula al reciclador con malos hábitos de higiene porque recoge basura y su ropa suele estar sucia, lo relacionan con el robo, el consumo de drogas y la violencia intrafamiliar tomando como referencia la apariencia de sus viviendas. *-Si vive en un rancho de lata y de cartón es porque no sabe convivir con una persona normal, si vive del reciclaje es porque no tiene un salario fijo para comprar comida y acude entonces al consumo de drogas - si los jefes de hogar mantienen estas prácticas, lo más seguro es que los niños ya estén acostumbrados a este modo de vida.*

La expresión de quienes recibieron a los comuneros en Suba, consistió en preparar un escenario de guerra para rechazar dichas prácticas criminales que estaban por acechar las “buenas formas de convivencia” de la localidad. Con el habla del crimen no solo se cosifica a la víctima estereotipada, también se promueve la acción violenta organizada por parte de la ciudadanía que se agrupa en guardias civiles particulares o lo más indeseable: grupos de limpieza social en función de eliminar las amenazas representadas en la comunidad en proyecto de reubicar.

Nelcy: Desde que mandaron a Comuneros para Suba la lucha fue y será contra el estigma, nadie se ocupó de saber quiénes éramos nosotros, a alguien se le ocurrió decir que venían los gamines del cartucho y pues claro, uno hasta comprende que se hayan llenado de miedo. La forma como aquí en Suba tomaron la decisión, para nosotros fue traumática porque no hicieron más que decir que si llegaban los comuneros llegaba la maldad

El habla del crimen no se ocupa de problematizar ni comprender las tensiones sociales que producen la reubicación, desconocen las condiciones históricas que impulsan el

accionar colectivo de los Comuneros y simplifican el conflicto existente entre la comunidad y la administración distrital. La ignorancia frente a las rugosidades del conflicto solo da lugar a descripciones poco detalladas donde los Comuneros simbolizan el mal y la delincuencia porque desde su conformación han mantenido formas de vida al margen de la normatividad urbana (Caldeira, 2007).

Tata: Yo siempre he pensado que en la cuarenta habían resto de sitios pa ´que los chinos metieran toda la yerba que les diera la gana. Tanto callejón chiquito ¿allá quién iba a molestar? ¿Quién iba a joder si nadie estaba viendo? Y si uno se fija ni así había quien consumiera nada, en la cuarenta no habían ladrones, ni criminales y uno se acostumbró así, a no quitarle nada a nadie porque a mí desde chiquita estoy trabajando y a veces no tengo para un tinto pero espero y me consigo las cosas bien.

Humberto: en cuarenta años que duró la comunidad en la cuarenta solo hubo dos muchachos drogadictos. Porque ya eran muchachos adolescentes, ya también empezaron a recorrer Bogotá, cogían pal centro, inicialmente pal Sanandresito de la 38 y de ahí comenzaron a ser conocidos y conocieron el mundo. Yo creo que eso lo hacía más que todo de ellos, porque después de se metieron en eso, ya prácticamente no venían a la comunidad, venían esporádicamente a ver la mamá y a ver cómo estaba la familia y volvían a coger la calle, que incluso uno de los muchachos fue asesinado en el centro por la droga. a ellos muchas veces les hablaron en el salón, que no consumieran para que los otros no cogieran ejemplo, pero la verdad es que no pasó a mayores, la comunidad sabía quiénes eran, ellos se fueron y no volvieron, creo que el otro también falleció.

Las narrativas sobre la drogadicción y la delincuencia, expresan las experiencias de la pobreza en los barrios periféricos de Suba, barrios donde el mal estado de las vías, la inseguridad y la mala calidad de los servicios dejan una inconformidad colectiva susceptible a ser expresada mediante la protesta por la llegada de los Comuneros. El rechazo a la reubicación sirve para resignificar y reorganizar las formas como los habitantes de Suba manifiestan su descontento. No es solo la reubicación, también lo son las pandillas, los problemas de movilidad, los impuestos existentes antes de la llegada de la comunidad de recicladores.

La emergencia de tales actos de intolerancia en la localidad de Suba dejaron en evidencia los cortos alcances del proyecto de Cultura Ciudadana de Antanas Mockus, en una alcaldía donde se promovía el bien común y la promoción de los valores que exaltarán la cultura cívica, los ciudadanos no estaban respetando ni siquiera sus propiedades. Viviendas incineradas, hombres y mujeres heridos, jóvenes menores de edad detenidos y pérdidas materiales, eran el saldo inicial del proyecto del vivienda formulado por el “Plan Formar Ciudad” cuyas iniciativas fueron catalogadas por los mismos ciudadanos como soluciones improvisadas que no permitieron un encuentro óptimo entre los Comuneros y los habitantes de Suba, al contrario ahondaron y expandieron aún más los efectos de la ola violenta hasta el interior de los ranchos de recicladores.

Vecino: se nos metieron al barrio para ser completamente rechazados debido a la desinformación, a la gente se le dijo que iban a reubicar gente del cartucho, entonces la comunidad de suba se incendió, eso rompieron los comercios, incendiaron los carros, bloqueaban y cuando llegamos ya estábamos señalados partiendo de ahí yo creo que eso es algo que afecta a cualquier ser humano es el ser señalado, el ser estigmatizado por el desconocimiento.

En el convulsionado ambiente aparecen cabezas visibles que intentan dar una solución o al menos comprender el porqué de la inconmensurable intolerancia. La persona más notable en los tiempos de esta violencia local fue la líder Comunera Blanca Rodríguez, presidenta de la Junta de Acción Comunal. La voz de la comunidad ante los medios de comunicación que tras su constante gestión como negociadora de los lotes con los alcaldes locales de Puente Aranda logró obtener la atención no solo de sus vecinos y del alcalde de la localidad, también de otros funcionarios de gobierno a nivel distrital y nacional.

La voz encargada de visibilizar los problemas de la reubicación de Comuneros, encarnada en la líder Blanca llegó a oídos del consejo de Bogotá donde denunció las amenazas que estaba sufriendo la comunidad por parte de grupos organizados apoyados por empresarios y funcionarios del gobierno. De acuerdo a los informes de prensa y las entrevistas que como vocera, Blanca siempre supo responder, la comunidad estaba siendo gravemente violentada: Panfletos con amenazas de muerte en la entrada de los ranchos e incendios provocados a las bodegas de acopio de reciclaje, son algunas de las

prácticas coercitivas que los actores en contra de la reubicación utilizaban para defender sus intereses sobre el plan de desarrollo de Mockus.

A los ataques masivos en contra de Comuneros se sumaba los intensos señalamientos sobre las formas de trabajo de la comunidad que antes de ser reubicada ya estaba sintiendo el peso de un progresivo deterioro hacia su identidad como recicladores. Este malestar colectivo fue sintetizado en las contundentes declaraciones de Blanca Rodríguez ante la alcaldía y los mismos medios de comunicación que registraban sin mayor análisis del caso las expresiones de incertidumbre de la comunidad: Ya no tenían que enfrentarse a la aventura de hacerse a una casa para resguardarse del hambre y el frío de la ciudad como hace cuarenta años, ahora tenían que reorganizar su conjunto estratégico para hacerle frente a la nueva guerra contra estigma que se preparaba para recibirlos donde fueran a ser reubicados. Indignada, Blanca Rodríguez cuestionaba las acciones de los manifestantes.

“¿Con qué derecho un ser humano dice que va a limpiar a otro ser humano, cuando el que así piensa es sucio desde el corazón del hogar? Conozco muchos hijos de ricos, abogados, arquitectos, a los que la droga o el destino o el abandono familiar han vuelto miserables. Nuestro sueño, el de 800 habitantes de Comuneros, es dormir tranquilos, sin zozobras, que nuestro hijos no sean rechazados ni avergonzados ante la labor tan limpia que hacen sus padres” (Magazín dominical, 1996)

Una de sus intervenciones más certeras fue la realizada por la líder Blanca ante el Concejo de Bogotá. La potestad que le daba la experiencia del haber crecido en la invasión y haber acompañado todo el proceso de lucha por la vivienda de su comunidad desde la adolescencia, le permitió reconocer otras aristas del conflicto producido por la reubicación. Detrás de los ataques organizados en Suba se escondía la manipulación de algunos concejales con intereses sobre los predios negociados para posible compra y de propietarios de empresas de transportes que se negaban a la construcción del metrobus por el riesgo que este constituía para el futuro de sus empresas²⁷.

Las manifestaciones de violencia, iban más allá de la organización espontánea de los ciudadanos. Sobre ellos, otros intereses por la entrega de los terrenos de la vía férrea y por la negociación del lote en Suba manipulaban el accionar de las multitudes. La

²⁷ García, M. (1996, 23 de febrero). Líder Comunera ante el Concejo. El Espectador, p. (12 E).

denuncia que hace Blanca le cuesta su permanencia en la comunidad, fue amenazada de muerte y debió tomar distancia de Comuneros por su seguridad.

Nunca pude hablar con Blanca Rodríguez, antes de poder hablar con los Comuneros en Suba intenté seguir las pistas que me daban los periódicos. Se hablaba de una mujer que lideró el proceso de reubicación de su comunidad, que sufrió constantes amenazas anónimas que la dejaron exhausta de su papel de líder. Supe que tras la tempestuosa reubicación se alejó de la comunidad, casi hasta el anonimato tratando de cuidar su integridad y la de su familia. Todas las pistas apuntaron en ese entonces a que ella no quería dar más declaraciones sobre su trabajo, supongo ahora que me conformé con ello y opté por quedarme con esta información. Antes de empezar a escribir este texto, supe que Blanca es la hermana mayor de Humberto, que vive en Ciudad Bolívar y que efectivamente suele cerrar las puertas a cualquier preguntón que quiera saber sobre su historia con Comuneros.

Con la reubicación, la transformación y el ajuste de prácticas de vida en la carrilera fueron una cuestión imperativa; era necesario proyectar otras formas de organización en los que las noches ya no eran tiempos de sueño sino de temor ante la presencia de hombres que cada día pasaban por el barrio recordándoles el posible costo de la reubicación. Con el ambiente de intolerancia, la estrategia por la que optaron los Comuneros se tornó lejana a la acción violenta y más bien cercana a las expectativas de la alcaldía suficientemente desbordada por el caos público.

Vecina: Pues para demostrarles que nosotros no éramos ningunos marihuaneros y basuqueros pues dijimos: ¿a ver quién tiene más don de gente, ellos o nosotros? Y nos preparamos una fiesta bien bonita. Con comida en esos fondos grandes que usan las abuelas, con mariachis que contratamos reuniendo plata entre todos los vecinos, los niños presentaron unos bailes que con el grupo juvenil ya se habían ensayado porque ellos eran los encargados de esa parte y así se les mostraba que Comuneros también era cultura y organización y los incivilizados eran ellos que ni se daban el tiempo de saber al menos en qué se nos iban los días.

La respuesta a la asonada violenta en Bosa y Suba consistió en la organización del *festival de la ternura*, un evento cultural ideado por la comunidad como estrategia de acción contraria a las protestas violentas que por semanas se estaban llevando a cabo.

Con esta actividad los comuneros buscaban medios de manifestación alternativos que ofrecieran otra cara de Comuneros, ciudadanos organizados y sensibles que estaban en capacidad de ofrecer un evento pacífico para dialogar con las autoridades locales y distritales y se llegaron a comprender las acciones históricas de Comuneros que en esta ocasión mostraron por última vez de qué formas intentaban diseñar salidas autónomas y justas para la comunidad.



Foto 15. Fuente: Álbumes familiares de Comuneros. A las madres de familia Comuneras les da nostalgia ver estas fotos, muchos de estos niños disfrazados han cambiado, ya son adultos con hijos, se han divorciado y han regresado, otros permanecen en su casa sin una actividad definida y otros ya han fallecido.

Ese día, el de la Ternura, el Alcalde Mockus dio cumplimiento a su compromiso de atender las expresiones de los más débiles asistiendo al festival. Quizá como parte de su estrategia política para apaciguar las inconformidades compartió con los niños bailarines, se sentó junto a ellos y se prestó para una foto. También oyó a los mariachis sorpresa y desayunó tamal con chocolate y cuentan que al final dio un pequeño discurso público en el que como siempre se resaltó la capacidad organizativa de Comuneros. Pese a la fiesta y a la celebración, al final del baile igual hubo reubicación fue un hecho sin reversa, desesperado e involuntariamente aceptado por Comuneros.



Foto 16. Fuente: Álbumes familiares de Comuneros. El show de mariachis fue la sorpresa del evento, mediante una recolecta organizada con la Junta, lograron contratar al grupo que homenajeó la presencia del Alcalde. Al lado del guitarrón está el hermano mayor de Piquiña y junto a él, de camisa blanca, está Blanca Ruth Rodríguez.



Foto 17. Fuente: Álbumes familiares de Comuneros. Ahí está el hermano mayor de Piquiña con el Alcalde, pregunté de qué estarían hablando en ese momento pero nadie me dio razón, si era hora del desayuno, entonces no era sobre la reubicación

Mientras en la vía férrea había un festival de la Ternura, en Suba parecía haber un culto a la anarquía. Las protestas duraron todo el mes de febrero, soportadas en la consigna de negarse a la reubicación de los recicladores. Pese a las acciones pacíficas de Comuneros o a los desmanes de los habitantes de Suba, la reubicación se sentó como plan de gobierno, un plan que se prolongó tres años más por las dificultades financieras que anteriormente nombraba, pero que en 1999 se convirtieron en un hecho tangible.

Llegó el día del desalojo, hasta ese momento se lograron acuerdos comunes para dejar los ranchos. La convicción de que las cosas no serían igual hacían parte de otro pacto silencioso que rondaba en el ambiente de nostalgia por dejar los ranchos que habitaron por varias décadas. En las fotos que algunos vecinos compartían conmigo resalto la foto del camión, me dicen al llegar a esta imagen: - *Este era el día que no queríamos que llegara.* Fue finalmente el hecho definitivo que desde cinco años atrás les estaba deparando una gran transformación para este pequeño gueto comunitario de la Zona Industrial.

Tata: Bueno, ese día llegaron y a cada cabeza de familia le pidieron la cédula. La echaban en una bolsita y ahí era como un sorteo, la cédula que sacaban era la del jefe de familia que tenía irse con su gente a la casa número tal... Ahí nos estaban esperando las volquetas donde se cargaba el trasteo que realmente no era mucho, qué... las camas y los trastes de cocina por mucho. Todos nos pusimos de acuerdo con que no íbamos a destrozar los ranchos, para nosotros era muy feo verlos caer al piso porque eran todo y sobre todo pa 'los chinos que no entendían, entonces como que todo fue irnos y que ya ellos despedazaran todo, sin que ninguno viera.



Foto 18. Fuente: Álbumes familiares de Comuneros. El camión frente a los ranchos, esperando con el trasteo de las cosas para emprender su viaje a la nueva vivienda en Suba. Este fue el momento que ningún Comunero quería que pasara.

Si alguno de nosotros pasa por la carrera cuarenta en camino a hacer una posible compra al Sanandresito, vamos a observar el único rancho que queda, el que pertenece a doña Chava, según me han dicho sus familiares; ella vive con un hijo y nunca aceptó

oferta de reubicación alguna. Ha sabido pasar por encima de las disposiciones de varios funcionarios del gobierno argumentando que tiene las escrituras de su lote, que se las compró al distrito y solo la sacará de allí la muerte: - *Esa mujer fue la más avispada de todos, eso nos echa cuento de que tiene escrituras pero eso es mierda porque ninguno de nosotros la ha visto y no la deja ver.*

CAPÍTULO CUARTO

ESTAS NO SON LAS “CASITAS” DE COMUNEROS: NUEVAS ESTRATEGIAS PARA CONSTRUIR IDENTIDAD

Una vez parten los camiones de la carrilera con todas las pertenencias de Comuneros hacia Suba, la construcción histórica Comunera asume otro rumbo en el que los cambios espaciales y habitacionales tienen efectos altamente significativos en la estructura identitaria de la comunidad. La reubicación muestra a las nuevas generaciones otras formas de habitar el barrio y la ciudad, de relacionarse con los vecinos y de sobrevivir en medio de la pobreza. Las formas de vivir en la comunidad Comunera cambian de acento, haciendo de la convivencia en la comunidad un escenario hostil, individualizante que viene con el reto de asumir nuevas estrategias para continuar en la lucha por sus derechos.

En este cuarto capítulo se manifiesta el presente Comunero, el de los mayores que no saben si resignarse al nuevo barrio o buscar otro lugar y el de los jóvenes que no conocieron los ranchos, que no los extrañan porque sus buenos recuerdos los guardan en las casas de concreto con archidrón. Aquí nos encontramos todos, en el mismo escenario del barrio que llaman “Casitas”, compartiendo el mismo presente, hablando de los tiempos pasados y de las expectativas futuras.

Cuando la reubicación en el barrio la Palma fue un hecho real e inaplazable, es Nelcy Ramos quien sin un previo traspaso de responsabilidades toma el lugar que tuvo que abandonar Blanca Rodríguez presionada por la violencia en contra de la comunidad. En este nuevo tiempo que no es menos difícil al del pasado, Nelcy asume la vocería del barrio encargándose del proceso de legalización de la propiedad de sus casas. Es ella quien tiene lista la documentación para el abogado, trae brigadas de salud al barrio, tiene los listados de escolarización de los menores, censos poblacionales, pliegos de petición, demandas, a la vez recibe las respuestas a sus oficios continúa las gestiones, hasta que a veces vuelve agotada, con ganas de abandonarlo todo, pero no importa porque sobre Comuneros hay mucho por lo que trabajar.

Ella, en su puesto de líder se ha esforzado siempre por insistir en las cualidades y potencialidades de los habitantes del barrio, cada conversación es un recuerdo sobre las anécdotas que pasan cuando se ha vivido tantos años con la misma gente. Los testimonios tienen variaciones emocionales que van desde la desilusión cuando vieron

las casas que correspondían a su reubicación, hasta la esperanza por recuperar algo del capital simbólico invertido en los años de la invasión. Las palabras que describen la sensación del recién llegado a una nueva casa están mediadas por sensaciones como la incertidumbre y el miedo que tras los años, por efecto de la cotidianidad se van transformando con nuevos significados y afectos.

Nancy: Llegamos y decir que esto estaba en obra gris es decir mucho, a nosotros nos dijeron que la casa se entregaba completamente terminada y ¿Qué tocó llegar a hacer? A resanar el pañete, a destapar las tuberías y a terminar lo que ellos no hicieron. Esto venía con las puertas, las ventanas, la cocina es este pedacito y el segundo piso era una sola alcoba. Esto fue un cambio total, lo más triste de todo es que ya nos había separado a muchos, ya desde ese tiempo como que no éramos los mismos.

Como era de esperarse la llegada al barrio no fue un acontecimiento grato, el incumplimiento de la Alcaldía respecto a la forma como serían entregadas las viviendas constituyen el preámbulo de una serie de conflictos con los que la Comunidad Comunera debe cargar para aprender a domesticar el espacio del nuevo barrio. Aunque sus condiciones de existencia los continuaban marcando como ciudadanos vulnerables a los márgenes más profundos de la pobreza, fue necesaria desde el inicio de la reubicación la creación de mecanismos de adaptación para tratar de mantener la cohesión comunitaria, pero también el asumir la apropiación de otro espacio para su desarrollo social, tomando como punto de partida las transformaciones sociales y espaciales que implicaron la salida de sus ranchos en Cuarenta.

Un nombre para mantener vivo el pasado



Foto 19. Fuente: Propia. A este lugar del barrio le denominan el hueco porque ahí se reúnen los muchachos a consumir droga. Desde la ventana trasera del Salón Comunal veo el mural, veo la gente que sube y baja, veo a los muchachos y a ellos no les gusta verme ahí.

Esta fue la primera foto que tomé del barrio de reubicación, lo hice de forma clandestina porque todavía no entablaba lazos de confianza con los vecinos y el hermetismo que mantuvieron por tanto tiempo me hizo una persona tímida en la exposición de mis dudas. Por varios meses las fotografías fueron desde la ventana del salón comunal; dando la espalda a las abuelas mientras mi hermana preparaba junto a ellas las rutinas de ejercicio, yo sacaba de mi mochila el celular para hacer una captura rápida. Sobre esta primera foto tengo varias versiones; de noche, de día, con lluvia o con sol, con gente y sin gente. Al fondo hay un mural que habla de “Comuneros como un territorio de paz”. El mensaje del mural me confundía porque no entendía si la comunidad era a la vez un territorio o si el territorio se llamaba “Casitas” ¿por qué no estaba integrado el este nombre? ¿A qué se referían cuando se hablaba de Comuneros como la gente y a veces como lugar?, ¿dónde quedaban entonces las “Casitas”? Muchas preguntas por hacer.

Legalmente, este barrio se denomina Urbanización La Palma, este es el nombre que aparece en los recibos de los servicios públicos e impuestos como el predial y el de valorización. Una de las abuelas que no es Comunera, pero que asiste a los ejercicios de los sábados, me comentaba que hace 60 años este lote, al igual de los barrios aledaños,

pertenecían a la hacienda también denominada la Palma, cuyo propietario era don Rubén Rodríguez, quien en la década del setenta vendió el predio a un padrecito que repartió las tierras para la gente pobre como ella que vivía en los Chircales²⁸.

Me contaba también que por muchos años el lote donde hoy es la reubicación estuvo vacío porque allí se proyectaba la construcción de un parque para los barrios aledaños (Taberín, la Palma I, Costa Rica y Rincón). Pero las condiciones del suelo no permitieron el desarrollo de ninguna obra pues su adecuación era altamente costosa. Esta condición se mantuvo por varios años hasta que Mockus decidiera la reubicación de Comuneros, allí donde ninguna constructora proyectaba una obra viable.

Pero Comuneros no se refiere al barrio como Urbanización la Palma, los vínculos afectivos y simbólicos que persisten con la invasión de la Cuarenta los ha llevado a adaptar pequeños aspectos del pasado al espacio y el tiempo del presente. De tal suerte que para los Comuneros, el barrio se llama así, como ellos: Comuneros. Un nombre que posee un origen difuso pues para ellos, aludía posiblemente a sus formas de acción y organización, una manera eficiente de explicar su comunidad, sobre el origen del nombre no hay mayores explicaciones, es una práctica más el haber adoptado una denominación histórica para adaptarla también a su nuevo espacio de vida. En otras versiones más sencillas, algunos Comuneros presumen que el nombre se debe a la anterior ubicación de la comunidad, pues la invasión de los ranchos se extendía hasta la avenida también llamada Comuneros.

Los recuerdos y la gratitud hacia el tiempo pasado son arrastrados mediante mecanismos de recuperación de la memoria como el uso del nombre de la reubicación para sus nuevas viviendas en la localidad de Suba. El nombre de Comuneros constituye una forma de auto reconocimiento de la comunidad, así mismo una carta de

²⁸ El suelo arcilloso del pie de monte de la cordillera oriental favoreció el desarrollo de la industria ladrillera en los departamentos de Boyacá y Cundinamarca. Estas zonas de producción de tejas, tablones y ladrillos se les denominan chircales. La palabra chircal proviene del nombre del árbol (Chirca) de donde se extrae la leña para hornear el barro y obtener distintos elementos cerámicos (Molina, 2010).

En el contexto bogotano, producto del mismo desplazamiento sufrido por Comuneros, muchas familias deciden trasladarse hacia los chircales de los cerros bogotanos donde viven de la elaboración de cerámica para los grandes terratenientes. Las condiciones de vida de las personas que habitan en los chircales son precarias pues no poseen la propiedad de las tierras ni de la maquinaria, son empleados que aparte de recibir remuneraciones mínimas exponen su salud a distintos riesgos generados por las bajas temperaturas de los cerros y las partículas tóxicas propias de la producción ladrillera.

Por los daños ambientales que provoca esta actividad, muchos chircales han sido cerrados, sin embargo, personas como la abuela recuerdan todos los años que resistieron al hambre gracias a las chircas (Díaz, 2002).

presentación ante los ajenos. Dado que la reubicación implica el desarraigo de una parte de su historia, de su suelo y su hábitat, mantener esta denominación puede ser un pequeño acto de resistencia por mantenerse en comunidad ante la pérdida del pasado.

Nelcy: Comuneros no busca que nadie venga a decirles que pobrecitos que viven muy mal, lo que nosotros buscamos es una dignificación de nuestro ser como comunidad trabajadora que somos. Aquí no vamos a decir que vivimos fumando la pipa de la paz, pero sí vivimos buscando una reivindicación de lo que somos, Comuneros es trabajo y son las ganas de salir adelante.

Entre todos los cambios que sucedieron en Comuneros tras la reubicación, uno de los más significativos ha sido la pugna entre las visiones generacionales acerca de la comunidad; El hecho de adaptar el histórico nombre de Comuneros al nuevo barrio de reubicación no fue plenamente aceptado por todos los agentes de la comunidad. La población juvenil Comunera que recién llega a Suba debe buscar una nueva identidad para hacerse presente en la zona. El mecanismo construido por esta generación fue la creación de un nombre alterno al que dio la comunidad, esta denominación es: “Casitas”, nombre con el que siempre conocí el barrio pero con el que me encontré que no es aceptado por el grueso de la comunidad por la carga simbólica negativa que tiene el nombre.

Nelcy: “Casitas” es el símbolo del estigma, lamentablemente ese nombre se lo inventaron nuestros muchachos cuando llegaron al barrio y empezaron a hacer pandillas, para darse a conocer frente a los chicos de otros lados, empezaron a decir que esto era “Casitas” y así se quedó y así le empezó a llamar todo el mundo, pero eso no debería ser porque ese es el nombre que marca al barrio, es el nombre del estigma.

Paula: Uno toma la mala costumbre de decirle al barrio “Casitas”, pero todos deberíamos aprender a dejarle de decir así porque ese fue el nombre que los ñeros que viven aquí le pusieron al barrio. No sé si me entiendas, pero “Casitas” es el nombre con el que se refieren aquí para decir que el barrio es severa olla, uno obra mal aceptando este nombre, porque aquí se llama es Comuneros.

Cuando oía estos testimonios no pude evitar sonrojarme porque recordé que cuando recién llegué al barrio hablaba de Casitas, preguntaba características del entorno acudiendo a ese nombre, sin saber que es una denominación no aceptada. Después por

efectos de la costumbre aprendí a decirle al barrio Comuneros. Sin embargo, durante la construcción de este texto quise mantener el nombre de “Casitas” para diferenciar los momentos de aprendizaje durante el trabajo de campo: cuando pensaba en las casitas, cuando supe de los ranchos y cuando finalmente reconozco que en todo momento han sido sencillamente Comuneros.



Foto 20. Fuente: Propia. El nombre innombrable

Las transformaciones y las luchas por la permanencia

Las transformaciones que se dan en el espacio social de Comuneros se enmarcan en el estigma producido por los efectos del habla del crimen expandidos desde las protestas de 1996. Las rupturas en las prácticas históricas de la comunidad y la responsabilidad de crear nuevos acuerdos para reorganizarse y adaptarse a la reubicación recaen de distinta forma sobre cada generación Comunera, pues las experiencias han variado de acuerdo a al tiempo vivido en la invasión.

Para las generaciones que nacieron, vivieron su juventud y formaron su familia en la invasión, los golpes del cambio en cuanto a la organización comunitaria, familiar y laboral serán más certeros que para los Comuneros que llegaron recién nacidos o siendo niños en edad escolar. Para ellos, el mayor reto será la convivencia en la escuela, el conocimiento de nuevos espacios de socialización y el enfrentamiento a otras opciones de futuro que no necesariamente se encontrarán en el reciclaje. Esta diversidad de

experiencias y experimentación masiva de cambios es matizada por una nueva generación de Comuneros; los niños y jóvenes que nacieron en el barrio de reubicación y solo saben de los ranchos de la Cuarenta por las fotografías, las narraciones de sus padres y demás familiares que recuerdan constantemente sus ranchos y su pasado.

Dadas las diferencias que se acentúan entre las generaciones de Comuneros, es necesario aprender a disponer de nuevas estrategias convivenciales, laborales, educativas y familiares para ajustarse a otros campos donde la distribución de familias en el espacio ya no es la misma y por ende las relaciones vecinales tampoco, el reciclaje ya no puede ser la única y más rentable fuente de trabajo, la escuela ya no es compartida con otros niños provenientes de invasiones. Así como muchos Comuneros tuvieron que alejarse de su grupo para irse a la urbanización de ciudad Bolívar, el capital cultural y espacial acumulado en la vía férrea también se disipó, abocando a las personas que quedan de la comunidad a el momento configurar un nuevo sentido práctico para trabajar, para vivir en la casa y en el barrio y para estar en la escuela.

Guerra de carretas: Estrategias para la búsqueda del sustento

Vecino: sí me pongo a pensar sobre lo peor de la reubicación... pues... todo o casi todo. Es que nos alejaron de nuestras fuentes de trabajo y tras del hecho lo que hicieron fue ponernos más obligaciones: que paguen luz, que paguen agua, vainas por las que antes no nos preocupábamos. Ahora que no tenemos ni un peso sí llegan las facturas para acosar.

Uno de los aspectos trascendentales en el fallo de la Corte Constitucional fue el de propender la integridad de la comunidad alrededor de sus actividades de subsistencia. Sin embargo, desde la primera fase de reubicación se predijo que un lote cercano a la Zona Industrial no sería posible conseguir, primero por la falta de gestión administrativa de los funcionarios de la Alcaldía a quienes la premura por el cumplimiento en la construcción del Metrobús y otros proyectos les costaba más que la reubicación digna de la comunidad. Por otro lado, los propietarios de los lotes cercanos a la Zona Industrial no estaban dispuestos a cederlos a una población de recicladores marcada con la etiqueta de las adicciones, la falta de higiene y la criminalidad.

Las opciones para la construcción de las casas Comuneras se limitaron, como suele suceder para los más pobres, ubicaban en la periferia. La geografía de la ciudad contemporánea traza líneas de exclusión en la que poblaciones como Comuneros no

tienen cabida en zonas centrales de la ciudad ni con alta influencia de flujos. Por el contrario, la ciudad para los pobres es la ciudad periférica, aquella donde las redes de acceso a espacio público son inexistentes, pues la calle y los parques cuando están contruidos no se configuran como espacios de esparcimiento sino de inseguridad. Por otro lado, el acceso al transporte es una odisea diaria, pues el traslado de las periferias hacia los centros industriales es largo y la oferta de transporte hacia esas zonas no corresponde a la demanda del gran número de trabajadores que se mueven por la ciudad.

El lote de la Urbanización la Palma, no le permitía a ninguna familia Comunera un acceso fácil a la Zona Industrial. El tiempo para transportarse hasta Puente Aranda duraba más de una hora y el dinero diario para los pasajes le estaba restando inversión a otras necesidades básicas como la alimentación. Aunque los ingresos del reciclaje se mantenían, este dinero no alcanzaba porque aparecieron nuevos gastos con los que la economía doméstica entraba en una grave crisis

Vecino: al principio fue muy duro porque fue como acomodarnos los relojes, no pudimos ir a trabajar juiciosamente y la platica no estaba alcanzando igual porque se nos sumó la pagadera de bus para llegar hasta allá y ya no era la misma ganancia.

La falta de acceso a las fábricas y los centros de acopio empezaban a generar una desvinculación progresiva con la actividad del reciclaje. En cada hogar se estaban manifestando las dificultades que los jefes de familia experimentaban para lograr llevar sustento a sus hogares. Antaño, el camino de recolección de basuras aseguraba además de una modesta cuota de dinero, un plato de comida para los más pequeños sin que esto tuviera un precio alguno. En las fábricas de alimentos, les proveían de raciones que al final de cada día o cada mes, daban como resultado una cuota alimentaria para la familia de costos mínimos.

El orden urbano y cultural en Suba no les permitía a Comuneros despertar los sentimientos solidarios que eran posibles en otros espacios donde las personas estaban prestas a ofrecer una colaboración, pues las relaciones mediadas por el irrespeto hacia su labor de recicladores minó por largo tiempo su convivencia con los vecinos que no solo rechazaban al Comunero reciclador sino que además compartían con ellos - aunque

no lo aceptarán- las mismas condiciones de existencia con las que tampoco hubieran podido proveerles alguna ayuda material.

El reciclaje dejó de ser una opción económica y flexible para tener recursos, fue por eso que en la mayoría de familias estas prácticas laborales fueron sustituidas por servicios de conducción de transporte público, ventas en locales comerciales de la zona y en el sector de la construcción. Con la reformulación de prácticas variaron los horarios de estadía en casa, en algunos casos los ingresos económicos aumentaron pero ese excedente debió ser invertido en las nuevas obligaciones tributarias que exige la vida urbana en los linderos de la formalidad.

Humberto: Ser reciclador ya no era tan rentable, porque para mantenerse en la zona industrial hay que pagar el estacionamiento de la carreta, que los pasajes que tocaba salir más temprano o en su defecto llegar más tarde. Bueno, en Suba también hay que reciclar, pero resulta que la localidad ya tiene sus propios recicladores y lo que pasó fue que se entró en una competencia por las basuras y por las zonas de recolección en las que Comuneros tenía todas las de perder.

También es cierto que unas pocas familias optaron por continuar con el reciclaje aún con las dificultades emergentes. En el caso de Tata donde el único sustento económico lo aporta ella, mantenerse en el mismo oficio constituía un riesgo, pero también una garantía al conocer previamente cuáles serían los ingresos posibles. También, en la familia de Piquiña, su esposa Aura decide mantenerse en la tarea empleándose en una bodega cercana a su casa, allí se ha mantenido recibiendo el reciclaje clasificándolo y organizándolo para la posterior venta en la Zona Industrial.

Tata: Aquí mucha gente llegó y ya le dio pena seguir reciclando, muchos se creen de mejor familia, yo no tengo necesidad de aparentar lo que no soy. El reciclaje me ha dado de comer toda la vida, ahora es más jodido pero uno aprende a hacerle la trampita.

La reubicación coincidió con un cambio en los patrones de recolección y clasificación de los residuos. Los discursos sobre desarrollo sostenible hacen que las iniciativas sobre el reciclaje pasen de ser una labor asumida desde la marginalidad como medio de subsistencia a otra fuente de ingresos rentables para las empresas que emiten los desechos. Muchas empresas dejaron de contratar personal externo para la recolección de

las basuras y optaron por recolectarlo y clasificarlo para venderlo directamente a los centros de acopio sin recicladores que sirvieran de intermediarios (Parra, 2007). De esta forma, los recicladores Comuneros perdieron un amplio margen de acción en la Zona Industrial, los espacios que quedaron disponibles para la labor fueron las calles de las zonas residenciales donde el producto recogido es menor, así como el precio de venta en los centro de acopio también disminuye.

Humberto: Mucha gente que dependía del reciclaje donde abundaba ahora estaban aquí donde no se consigue nada, entonces ya comenzaron a desplazarse de madrugada para poder trabajar en la zona industrial, pero ya se empezó a hablar de reciclaje entonces yo no lo regalaban sino que lo mandaban directamente a fundaciones o lo vendían ellos directamente, pues definitivamente se les cerraron las puertas de trabajo a esta comunidad. Ya estamos hablando del año 2000 ya se controlaba lo del reciclaje, la fábricas ya se encargan de reciclar sus propios desechos o los comercializa, hay empresas que ya se especializan en saber que hay demasiado reciclaje, lo pesas y lo compran o lo cambian por productos de aseo, definitivamente le cerraron los ingresos a la comunidad, ahí es cuando a la mayoría por obligación le toca cambiar de trabajo y de modo de vida.

Con la modificación en los precios de venta del reciclaje, el presupuesto al que ya venían acostumbradas las familias Comuneras tambaleó frente a las nuevas necesidades que acarreo vivir en una vivienda formal. Las finanzas básicas que manejaban en la Cuarenta empezaron a añorarse, así como las formas de vida en las que las prácticas de solidaridad y cooperación de las personas les mantuvieron al margen de los variables precios de la canasta familiar.

Tata: Que yo me acuerde, un kilo de papel por ejemplo valía 50 pesos y eso era ¡platiza! ¡100 pesos era platisa! ¡Dos pesos no era plata, era platisa! un peso alcanzaba pa ´muchas cosas, pues alcanzaba para lo poquito que yo me acuerdo porque la verdad no es que me acuerde muy bien, pero sí tengo algo de conocimiento, con dos pesos que me da mi mamá, diez pesos, me servía pa ´muchas cosas y hoy en día mil pesos ¿para qué alcanzan? - para nada. La diferencia es muy grande, eso cambió, cambió totalmente acá, más ahora que las fábricas como saben que eso tiene valor.

Pero los cambios no solo se sintieron en las ganancias del reciclaje, sino en las prácticas impuestas por las leyes que han rediseñado para el ejercicio de este una serie de normas que desde la óptica del reciclador fueron necesarias para mantener el orden del espacio público y privado, pero que afectó el desempeño del trabajador en su recorrido. El tiempo investido en un servicio de aseo no remunerado se tradujo en un mayor período recorriendo las calles, tardándose más en recoger los desechos, perdiendo la oportunidad de pasar por otras calles y recibiendo dinero poco significativo para las obligaciones del diario.

Tata: a uno se le aumenta el trabajo porque vea profe, si va digamos a un conjunto de apartamentos tiene que dejar limpio el shut y sacar su reciclaje y eso lo hace de gratis, solo por el derecho a sacar la basura. Ahora si usted va por la calle, por decencia por evitarse problemas usted tiene que dejar organizadas las bolsas que abrió para buscar la basura, hay colegas groseros que no lo hacen pero eso es también dañarse la imagen. Al final, imagínese que yo cojo diez kilos de cartón, cuánto valen diez kilos de cartón a 200 pesos, 2000 pesos... en cambio, un peso, anteriormente vendía usted un kilo de papel, eso era plata un peso, lo partía entre dos, de a 50 centavos, alcanzaba, era plata. Con 2000 pesos le digo que me alcanza para pan, no más, así pasa en los días bien malos.

Para quienes ya no vivían del reciclaje la situación económica no varió mucho, pues aunque se tuviera un sueldo fijo, en la gran mayoría de hogares las obligaciones económicas recayeron sobre una sola persona, bien sea el papá o la mamá. Con unos ingresos que no alcanzaban para la adquisición de los equipamientos básicos, las prácticas comunitarias entraron en un proceso de deterioro, donde la estrategia a seguir asumió un carácter individualista donde lo más importante fuera salvaguardar lo poco que se obtiene de puertas hacia dentro en cualquier hogar.

Tata: Aquí se acabó eso de que ay que si usted no tiene un platico de comida yo le colaboro ¡aquí suerte! La indiferencia es tenaz, usted ya no puede pedirle a alguien que le eche un ojito a lo suyo porque se lo van es quitando, llegue a descuidar sus cosas a ver qué pasa. La confianza se perdió porque las vainas se ponen duras y empieza a primar la ley de sálvese quien pueda.

La salida de los ranchos significó la pérdida de prácticas cooperativas como aquellas acciones propias de los hábitos campesinos en donde prima una cercanía afectiva entre

las personas pertenecientes a la comunidad. Salir de la carrilera, es como salir nuevamente de la vereda y enfrentarse a la hostilidad de la sociedad que compite bajo las lógicas de la producción capitalista. Se podría decir que la vida informal en la avenida del ferrocarril los enajenó en cierta manera de las normas a partir de las cuales se teje la vida social en la ciudad contemporánea donde la acentuación de la competencia individual es proporcional al crecimiento de las diferencias entre las clases sociales.

Vecina: extraño la confianza que había entre nosotros cuando alguien necesitaba algo del otro, aquí no es posible, la gente vive como con el afán de conseguir la plata para vivir, aquí usted no puede dejar nada descuidado porque ya hay otro poniéndole el ojo y eso duele, duele porque nuestra gente no estaba acostumbrada a eso, si a usted le hacía falta algo, manos eran las que sobraban para ayudarle.

La segregación espacial y simbólica ejercida mediante la reubicación sobre las familias comuneras, despojan a la comunidad de capital espacial, lo que termina por marcarlos como los agentes diferentes del vecindario, a quienes se debe mantener a distancia, otorgándoles los bienes más escasos, condenándolos a verse y sentirse más miserables e indeseables ante el espacio social que los rodea. Las opciones de habitabilidad de comuneros se hicieron escasas, en la carrilera eran pobres, pero convenientemente invisibles, en el nuevo barrio son miserables, señalados por sus carencias y profundamente rechazados (Bourgois, 2010).

Los ingresos limitados desencadenan otro de los grandes conflictos de Comuneros en la actualidad, el dinero recibido mes a mes no estaba siendo suficiente para el pago de las cuotas acordadas por la caja de vivienda popular ¿Cómo responder a un acuerdo al que la administración distrital tampoco responde? ¿Cómo pagar las cuotas de una vivienda que no garantiza el cumplimiento de las condiciones mínimas de habitabilidad a la que ellos estaban expectantes?

Humberto: pues lo que resultó fue que a muchos no se les conseguía trabajo porque al saber que vivimos aquí en mucho puesto lo rechazan por tanta cosa que se dice ¿sí? Entonces empezó a haber una crisis en la que los ingresos realmente no estaban alcanzando para pagar las cuotas que eran como de trece mil pesos.

Tata: Yo digo que no sé porque la gente, o sea, de pronto la gente esperaba cambiar para bien, pues para bien cambiaron unos, pero otros no, la verdad, para bien cambiaron unos, unos no. pero siempre eso de que si el uno tiene más o el otro no tiene pues... hizo que muchos, sobre todo los pelaitos agarraron para donde no era, al no conseguir trabajo o al ver que las cosas estaban tan fregadas, pues empezamos como en picada.

El capital espacial y simbólico perdidos tras la reubicación, han sido unas garantías difíciles de recuperar. El deterioro en torno a la identidad del reciclador Comunero de la cuarenta viene siendo sustituida por la identidad del reciclador reubicado que no posee trabajo estable, que es deudor moroso y agente propenso a caer en la vida criminal para poder sobrevivir.

Aunque solo he revisado un aspecto de la transformación tras la reubicación, es válido intentar percibir cómo las modificaciones en las prácticas de subsistencia deforman la esencia del gueto comunitario construido entre la década del sesenta y el ochenta. La degeneración que estaba sufriendo Comuneros como efecto inmediato a la reubicación puede denominarse como un tránsito hacia lo que el mismo Loic Wacquant denomina *Hipergueto*, una lastimosa evolución del gueto comunitario en donde se sustituyen los valores de solidaridad y sentido de pertenencia por la incertidumbre y la hostilidad causadas por el aumento del desempleo, la estigmatización y las dislocaciones sociales producto de dichos fenómenos (Wacquant, 2007).

En el gueto comunitario, la honradez del trabajo de reciclador agrupaba en sentimientos de orgullo a la población que en búsqueda de mejorar sus condiciones de existencia por medio de la autogestión, ponían en práctica estrategias que aseguraron por largo tiempo su cohesión y dignificación de su trabajo, prácticas que los blindaron del señalamiento hasta el inicio de la década del noventa. Ahora en la reubicación, la presión del desempleo y el estereotipo criminal que los acompaña inserta a las personas en un nuevo campo en el que la vergüenza y el desprecio público los segrega de la ciudad en la que han crecido como comunidad.

Hijos solos- hijos delincuentes

Aunque hace un par de meses dejé de grabar las conversaciones que tenía con las personas de Comuneros, no dejé de llevar la grabadora entre mi mochila, pues sentía que aunque la investigación de campo ya se había terminado, el continuo contacto que

he mantenido con ellos me podía dar nuevos elementos de los que antes posiblemente no disponía.

En mi posición estratégica de mantenerme siempre frente al Salón Comunal lograba aprender, escuchar y ver muchas cosas. Sin embargo sobre esa labor de observación que acompañaba mis interacciones con Comuneros, lo que más disfrutaba era la posibilidad de que algún niño o niña, muchacho o muchacha se sentaran conmigo a hablar del colegio, del que les cae mal con el que pronto se van a encontrar para pelear.



Foto 21. Fuente: Propia. Tiempo de testimonios, José Luis también quiere contar

Sucedió la coincidencia de que hace un par de meses, cuando mi asistencia al barrio no tenía un interés específico como sí sucedía otras veces, mientras hablaba con Quico, Daniel y Luisa, llegó alguien con más ganas de hablar que cualquier otro: Era José Luis, un muchacho que muchas veces vi, pero con quien muy pocas veces hablé. Apareció sorpresivamente, apoyó su rodilla en mi espalda mientras yo estaba sentada en uno de los andenes frente a la casa de Tata, oprimió con fuerza y me dijo: *“Pase ya mismo la mochila para tomar lo que me pertenece”*.

No niego que por un segundo, antes de que me diera cuenta de quién se trataba sentí el miedo que nunca antes sentí estando en el barrio. Pensé en lo imposible que era que alguien atentara contra mí, sabiendo que llevo un tiempo medianamente considerable con ellos. Quico, el niño que me acompañaba ese día lo saludó, en ese momento mi temor se disipó y lo invité a sentarse- tomó mi mochila y vio la grabadora, me dijo que él también quería contar su parte de la historia.

José Luis: Yo soy malo pa 'las cuentas, tengo 27 años, eso quiere decir que llegué aquí cuando tenía... 10 años y desde que llegué siento que aquí hemos sido juzgados todos (abre los brazos para señalar todo el barrio), aquí vinieron y cogieron a los del barrio, no digo nombres, solo digo barrios alrededores, vinieron y cogieron a los pelados y los azotaron. Entonces los chinos abrieron los ojos y dijeron no, eso es una mentira, a nosotros no nos van a azotar, nosotros también podemos y ese fue el problema del ser humano que si este tiene yo también puedo tener, entonces se armaron también y entraron las guerras. Estoy seguro que los ladrones que hay no salieron del barrio, fueron los del rededor que pudrió este barrio, porque en la cuarenta los pelados eran relajados.

Lo que José Luis me estaba narrando no era más que una de las tantas expresiones del deterioro en el que se insertó la comunidad, sobre todo los niños y los jóvenes quienes prácticamente vivieron la primera parte de sus vidas aislados de las dinámicas juveniles en las que suelen involucrarse los jóvenes cuando habitan en barrios segregados con altas condiciones de vulnerabilidad.

Los jóvenes de la reubicación desarrollaron su cotidianidad en torno a las horas de escuela o a los extensos recorridos por la ciudad sobre una carreta acompañando a sus papás en los procesos de recolección y clasificación de los desechos. Aunque pasaban gran parte del día recorriendo las calles, no lo hacían solos, pues como bien se sabe, en la labor del reciclaje cada integrante de la familia tenía su obligación. Ahora que el trabajo no giraba en torno a esta labor ¿cómo se mantenía el control sobre los hijos?

Nelcy: ¿qué pasó con los jóvenes de la comunidad? – Que las personas tuvieron que empezar a dejarlos solos en las casas. Como ya no era posible trabajar cerca de la casa, pensar en pagar cuatro transportes era un sacrificio muy grande, además que la gente ya no puede trasladarse sus chinitos para el trabajo. La situación económica es de tantos escases que papá y mamá tienen que salir juntos a trabajar y mientras tanto no se puede hacer nada con los muchachos porque ellos no saben hacer nada, entonces se empezaron a quedar solos en la casa y ¿qué hacían? Corra para la calle, amontonados en las esquinas, viendo cómo se portaban los de aquí y tratando de igualarse a ellos.

Uno de los argumentos más citados por los habitantes de Suba durante las protestas de 1996 era que la con la llegada a Comuneros el consumo de drogas y la delincuencia

organizada se apoderaría de la localidad. Sin embargo, puede comprenderse que los efectos del habla del crimen no solo servían para justificar la criminalización de los Comuneros, también servían para justificar la existencia de problemas como la delincuencia juvenil u otros conflictos complejos como el tráfico de drogas al que la juventud de Suba ya se veía abocada desde antes de la llegada de Comuneros. Una manera de prolongar el rechazo hacia los Comuneros consistía en insistir que las pandillas y el consumo de droga entre niños y adolescentes se proliferaron casi de manera espontánea con la reubicación.

Pese a las versiones sobre Comuneros como foco de inseguridad, tuve la oportunidad de compartir algunas observaciones con personas ajenas a la comunidad, como en el caso de algunas abuelas que asistían al barrio con frecuencia y lograban desarrollar otras versiones en torno a la ya malgastada imagen del Comunero.

Ana: La delincuencia que hay aquí no es culpa de Comuneros, vivo en Taberín desde 1970 y loa ladrones ya existía hace rato porque por las primeras pandillas eran unos Cepeles y los Bambinos, esos eran como una mafia familiar, la abuela dicen que está en la cárcel y de ahí para abajo toiticos son los encargados de repartir el vicio en las ollas. Entonces los delincuentes no es cierto que llegaron con los Comuneros, ahí le estoy diciendo que estaban desde rato.

Los niños y jóvenes salen a los barrios aledaños y encuentran nuevas disposiciones con las cuales pueden moverse por el espacio. Esta generación Comunera comprende que su espacio social se ha transformado y que la forma de apropiar nuevo escenario consiste en asumir prácticas similares a las de sus vecinos, quienes después de todo compartían las mismas condiciones de existencia, por lo tanto, asumir sus disposiciones les permitiría producir prácticas de adaptación similares a las de los lugares circundantes del barrio.

Dicho encuentro entre realidades juveniles ahora similares, no se da de forma pacífica, por el contrario, son los conflictos entre los dos bandos lo que lleva a los jóvenes Comuneros a buscar una forma de “hacerse respetar” (Bourgois, 2010), de demostrar que también podían llegar a ser poseedores de los atributos de los demás jóvenes tal y como lo relataba José Luis.

José Luis: Lo que yo le digo no son mentiras, de un momento a otro usted empezaba a ver a los pelados enfierrados, que con billete, uno todavía ve cómo vienen severas camionetas aquí a la entrada del barrio, se charlan a uno de estos peladitos y uno que ya pasó por esas sabe para qué es. De repente no son solo las armas, también son las drogas porque cuando aprenden a repartirla también aprenden a consumirla.

Mientras José Luis hablaba, observé que en su relato trataba de poner distancia hablando de los otros, de los que asumieron las disposiciones de los expendedores de drogas de la zona, de los que empezaron a llevar armas bajo sus chaquetas y tomaron esta labor como su forma de vida, como su actividad de subsistencia. Por un momento pensaba que quizá José Luis no había entrado en ese círculo; su forma de hablar, de defender su trabajo, la ropa deportiva que tenía puesta daba cuenta de un hombre padre de familia en día de descanso, con cuerpo robusto y altivez al hablar, aunque vivía en Comuneros decía tener acceso a lujos como el automóvil, a medida que avanzaba su relato, el tono de su voz cambiaba y las palabras tomaban una dirección desafortunada.

José Luis: Aquí en Comuneros todos han probado la marihuana, yo la he probado, no voy a decir que no, porque aquí el que diga que no se ha metido nada es como si estuviera negando a la misma mamá. Yo no me dejé enredar por esas vainas porque yo tengo una autoestima alta, me gusta vivir bien y tener a mis tres hijos viviendo como se debe. Yo aprendí a trabajar desde los cinco años, no quise ir a la escuela porque conocí la plata muy biche. Aprendí a reciclar con mi madrecita y eso me dejaba buena plata, entonces yo crecí siendo ambicioso por conseguir camello para poder comprar mis cosas, acostumbé a mi mujer a que no trabajara porque yo soy quien trae el sustento mientras ella está pendiente de mis pelados.

Pero aquí la gente se pudre, en el barrio hay mucho enemigo y todo lo que usted tiene siempre hay otro que se lo quiere quitar. Y a uno las malas amistades le enseñan eso, uno no quiere robar, yo no creo que al principio uno se lo proponga pero esta mierda lo arrastra a uno con todo y la mala gente que lo rodea (...) En estos momentos estoy en domiciliaria, por eso estoy al frente de mi casa sin poder salir del barrio. A mí me cogieron por porte ilegal de armas, pero yo no estaba haciendo nada malo, yo saqué el fierro de mi propia casa para feriarlo porque necesitaba plata, en esas me cogió la policía y aquí me tienen llevado del hijueputa.

Yo trabajo reciclando en más de 20 veinte conjuntos de la campiña, conozco celadores, aseadoras, administradores y propietarios de apartamentos que me conocen como una persona sana. Pero nada de eso le valió al perro juez porque lo único que a él le importa es pagar un puto abogado para que no haga nada por mí, solo robarle plata al estado, plata que podría invertirse en la dignidad de los presos porque la vida en la cárcel es un puto infierno.

(...) Mi condena es de cuatro años, llevo dos, pero a lo bien yo no hice nada malo. Uno reciclando se encuentra hasta plata untada de mierda, yo en una ocasión me encontré una pistola y la guardé, me la traje, la escondí. Nunca la saqué, jamás la disparé y fui tan cagado que el día que la saqué para llevarla a una casa de empeño me requisaron los tiras. ¿Que dónde vive?- Nada que en Casitas, de una este es un malandro, para la UPJ.

Luego de sostener una conversación por más de tres horas con José Luis quien tal vez en su condición de detenido domiciliario necesitaba un tiempo de distracción, utilizó mi grabadora para exponerse como un hombre inocente e inconforme frente a su condena y al sistema penal en general. Por momentos tomaba la grabadora con fuerza, alzaba la voz y señalaba con su índice izquierdo como si el juez estuviera ahí indefenso ante su discurso, denunciaba la falta de acceso que tenía a la educación y a un trabajo para sostener a su familia, le gritaba a la grabadora la impotencia que siente al no poder llevar a sus hijos al parque: - *Tengo un peladito de tres años que está todo el día conmigo, me pide que lo saque a pasear y me siento un inútil porque las cosas más básicas no las puedo hacer.*

El discurso de José Luis me hizo pensar el resto de la tarde y aun hoy cuáles fueron los *efectos de lugar* sobre la generación de Comuneros que llegó siendo infante y creció en Casitas (Bourdieu, 2010). De qué manera estos agentes deciden apropiarse del espacio físico por medio de estrategias validadas en el crimen, una aserie de acciones que van más allá de la informalidad con la que se acostumbraron a convivir en la carrilera. En este caso, el dominio por el espacio que estaban asumiendo los jóvenes de Casitas, consistían en emular las acciones de los agentes ya sentados en los alrededores del barrio. El lugar dispuesto para la reubicación de los Comuneros, es un lugar en el que el dominio del espacio se da, en gran parte por medio de las prácticas delictivas, como si de alguna forma, la domesticación del espacio al que se enfrentaron estuviera definida por la aceptación del estigma.

Nelcy: Es muy vergonzoso aceptar que los pelados que llegaron sanos, se nos fueron dañando por el camino, ellos son los responsables de que a este barrio le reconozcan como Casitas, a nosotros no nos gusta ese nombre porque es el nombre del estigma, es el nombre que los pelados metidos en pandillas le pusieron a su barrio para marcarlo, para indicarle a la gente que aquí es donde vivían y que aquí no se podían meter. Nosotros hemos hecho un gran esfuerzo porque la gente se acostumbre a que este barrio sea Comuneros, no ningún Casitas, este es un barrio de personas honestas y trabajadoras, por pocos se nos marca como delincuentes, pero eso no es así.

A Nelcy le pregunté sobre el caso de José Luis, hablamos sobre su condena tratando de comprender cuáles han sido las acciones que han determinado un presente fatídico para las generaciones más jóvenes de Comuneros.

Nelcy: usted sabe que a cada historia siempre le falta un pedazo y esta no es la excepción. A José Luis lo conozco desde que era chiquito y ese era un chino trabajador- mujeriego como él solo, pero un pelado sano. Un día resultó con que estaba detenido, él mantiene su versión, pero aquí entre nos lo más posible es que se haya terminado yendo tras la tentación de quién sabe qué.

Después de la reconocida labor de Blanca Rodríguez como líder de la invasión en la Cuarenta, en esta segunda parte de la historia de Comuneros, es Nelcy Ramos quien asume la representación de una comunidad transformada por los efectos de la reubicación. Esta líder ya no encabeza una comunidad articulada como la que se gestionaba en la Cuarenta, ahora es necesario intentar reconstruir lo comunitario con las personas que quedan, tratar de llamar la atención de los jóvenes que se avergüenzan de pertenecer al barrio y de los adultos que buscan la manera de irse huyendo de los señalamientos.

Es difícil trabajar por la cohesión de la comunidad cuando empiezan a faltar tantas piezas. Pese a ello Nelcy toma la vocería de los que aún no se conforman con sus viviendas, pero más importante aún se encarga de ser un apoyo para cada padre de familia que ve a su hijo alejándose del sistema escolar- alejándose de la posibilidad de crear un presente beneficioso para Comuneros. Desde la llegada a la reubicación ha interiorizado una intensa preocupación por los jóvenes de la comunidad, todos los días ha estado atenta a la búsqueda de talleres para la ocupación del tiempo libre de los

jóvenes, es quien se encarga de sus procesos de escolarización, de la asesoría de tareas, de actividades culturales que ofrezca la Alcaldía local.

A veces, de manera equívoca busca darle consejos a los jóvenes que han manifestado tener dificultades, pero cuando ella se acerca, ellos se molestan no quieren que - *La vieja lámpara les esté dando lora*²⁹. En una ocasión vimos con Magaly que estaba Quico Grande sentado en una de las escaleras de la manzana central, siempre que él nos veía le gustaba acompañarnos a donde estuviéramos y armaba un tema de conversación para el momento, pero esa tarde estaba distraído, pasamos por su lado y no se inmutó. Nelcy que venía atrás paró frente a él, le preguntó por el colegio, le habló de la importancia de volver a estudiar, de que no pasara tanto tiempo en la calle. Quico nunca respondió, nunca la miró a los ojos, era como una estatua, parecía que se burlara de ella.

Después de unos minutos Nelcy se cansó, reconoció que aunque sabe de los problemas de los muchachos, no tiene la idoneidad para acercarse a ellos. – Qué tendrá ese Quico que se hizo el loco, así como con todo. No dijimos nada, pero Magaly se acercó y me dijo en voz baja –Cómo le va a hablar, pobre pelado, todos estos días se la ha pasado en unas trabas –De eso yo tampoco me había dado cuenta.

Aunque la lejanía generacional no le permite a Nelcy auscultar de una manera eficaz en los problemas más grandes de los jóvenes, no ignora la raíz de los conflictos sociales que los rodean. Estar al frente de cada solicitud que llega a su casa en busca de ayuda para algún familiar Comunero la ha hecho una plena conocedora sensible de la mayor pérdida que han tenido con la reubicación: La unidad familiar.

Nelcy: (recostada sobre la mesa de su comedor, mientras finge trazar con el dedo índice los detalles del mantel) Lo más doloroso de esta reubicación ha sido presenciar cómo las familias se van desmoronando poco a poco. Haber dejado a nuestros muchachos y pensar que los trajimos pequeñitos y que hoy más de la mitad están muertos o están en la cárcel. Toda esa generación que hoy debería tener al menos treinta años quedó perdida, en la delincuencia

²⁹ Cuando hemos tenido la oportunidad de hablar con jóvenes como Paula o como Quico, reconocen la autoridad de Nelcy como conocedora de las dificultades por las que pasa la comunidad en relación con el incumplimiento de las autoridades en el proceso de reubicación. Sin embargo, hablan también de la molestia que les genera sus gestiones en torno a su futuro escolar, lo toman como una intromisión a su vida privada, a veces han buscado ignorarla o engañarla diciendo que todo va bien, que han mejorado. Esta condición de rechazo la conoce Nelcy, de hecho, son este tipo de actitudes las que a veces le producen un desgaste emocional pues siente que la gestión que ha hecho la lleva a cabo sola: “Aquí no reconocen nada, he sido amenazada por pandillas, pero eso sí, todos los días están golpeando mi puerta”

porque llegaron a robar hasta a sus propios vecinos, hasta que la justicia los tomó por su cuenta y nos ha tocado ir a enterrarlos de a poquitos.

Yo no sé cuál era el afán de la reubicación, nos sacaron de allá que porque necesitaban el predio para un metrobus ¿A cambio de qué nos sacaron de allá? eso fue pura mentira porque si vamos y nos paramos frente a ese mismo predio las cosas están idénticas, en las paredes todavía se ven las marcas de los ranchos. Cada alcaldía que pasa promete el tal metro, a ellos no les importa porque con promesas no pierden nada, en cambio nosotros sí, nosotros perdimos a nuestros hijos y ningún proyecto, ningún alcalde nos los va a devolver. Lo único que hicieron fue destruir la tranquilidad de las familias.

Nelcy me prestó una vez un video que realizaron en conjunto con toda la comunidad tras llevar quizá siete años de reubicación, en él muestran a unos jóvenes caminando por toda la carrilera de la Zona Industrial recordando cómo había sido su niñez allí. En otro fragmento los mismos jóvenes en Comuneros muestran las actividades que organizaban para reactivar las relaciones vecinales en la reubicación, de todo lo que vi en el video, muy largo por demás, tengo presente el relato de la madre de uno de los jóvenes que perdió la vida mientras asaltaba una droguería con su banda. En su relato manifiesta al igual que Nelcy la desazón que siente al ver cómo el traslado de sus viviendas les significó la ruptura familiar magnificada por la pérdida de los hijos que quizá en la Cuarenta hubieran corrido otra suerte aun viviendo en la misma pobreza.

El Hipergueto se materializa en las aspiraciones mal logradas de los jóvenes detenidos y fallecidos. Las ambiciones quiméricas de los jóvenes que apropiaron como forma de vida la criminalidad no eran más que la búsqueda incesante por sobrevivir en un cúmulo de barrios donde la forma inmediata de reconocimiento y dominio espacial y simbólico consistía en ganar reputación a partir de la pertenencia a una pandilla. Las esperanzas de vida puestas en las actividades delictivas hacen que se acentúe un estigma sobre todas las personas que viven en Casitas o Comuneros, un barrio segregado que ahora está buscando válvulas de escape a este proceso de hiperguetización.

José Luis: De aquí han salido severos talentos para el fútbol, chinos que uno divinamente se los imagina en un club porque son muy buenos ¿pero qué pasa? Que el Estado no invierte en los pobres, al Estado le conviene ver a los jodidos más jodidos, estos chinos quisieran ser deportistas pero cuando se dan cuenta

que no hay plata, que la alcaldía no los apoya, se van con los manes de las camionetas, luego de dañan hasta que aparecen muertos o jodidos como yo.

Criminalización en la escuela

En Comuneros he vuelto a ver muchos estudiantes del Herberth Spencer, algunos de ellos evitan verme, cambian la dirección del camino y agachan el rostro. Cuando no tienen otra opción más que encontrarse frente a mí me dan un tímido saludo, se sonrojan y siguen adelante. No recuerdo muy bien sus nombres, pero sí las forma como se comportaban en el salón de clase, a mí también me da un poco de pena volvérmelos a encontrar porque sé que ellos me consideraron una pésima docente, así mismo lo reconozco yo y pienso que ellos se estarán preguntando qué hago yo en su barrio, por qué lo frecuento, por qué la gente me habla.

Con el pasar del tiempo, mi presencia en el barrio la han normalizado, hay quienes me siguen ignorando, hay otros que asumen el cambio de los tiempos. Ya no soy su maestra ni ellos son mis estudiantes, ya somos otros y podemos sentarnos a hablar sin pensar en la verticalidad del colegio. Un ejemplo en este cambio de relaciones es Paula Mahecha, ella es hija de Lucho Mahecha, uno de aquellos jóvenes de la Cuarenta que preparaba juegos para los más pequeños y que luego se esmeró en dignificar la posición su comunidad de recicladores durante la reubicación.

Cuando conocí a Paula estaba en grado noveno, la típica niña que se convierte en el dolor de cabeza de cualquier profesor cuando se compromete a movilizar a los compañeros de su curso en función de la indisciplina. Aunque era una persona agresiva, no recuerdo que lo haya sido contra mí directamente, siempre estaba rodeada de sus amigas que a leguas querían imitarla y de sus amigos que querían conquistarla o “levantársela” hablando en su jerga. El día que me volví a encontrar a Paula en Comuneros venía entrando al barrio con una bolsa de pan; era medio día y estaba en pijama, noté que se sintió avergonzada por su aspecto, cuando me vio solo dijo: *Oh por Dios - tapándose la cara- bueno ya qué*, me saluda con el abrazo de trámite que correspondía para mitigar la posible vergüenza.

Ese mismo día que nos encontramos, le pedí su número de celular y quedamos en salir a tomar unas onces cerca del barrio. Una semana después nos encontramos en Centro Suba para comernos un helado tan grande que al final ninguna de las dos terminamos. Durante las onces le comenté el motivo de mi presencia en el barrio, que no tenía nada

que ver con el colegio, que yo no los quería vigilar, solo por esta vez grabar con mi grabadora que ya estaba lista sobre la mesa. Por fortuna a ella nada le da pena y echó a andar su testimonio. La confianza que me expresó Paula, me permitió reconocer en sus palabras otro espacio de exclusión latente al que ineluctablemente los niños y jóvenes de Comuneros estarían expuestos: La escuela.

Paula: Yo no sé uno porque era tan dañado en ese colegio, uno como que no es consciente pero uno tiene actitudes como muy inmaduras ¿sí? Yo me acuerdo que por estar jugando a mejor dicho pues la más... no aprendí nada y cuando cerraron en colegio y me pasé al Virginia Gutiérrez no sabía nada y me tiré décimo. Es que en el Herberth uno vivía concentrado en no dejársela montar de la gente porque personalmente yo sí sentía cómo cada vez que decía que era de Casitas como que me tenían mayor cuidado o me decían- hay ojo con la ñera o así. Aunque usted ve que somos resto de gente la que estudiaba allá si nos molestaban hartito, entonces para que no fastidiaran pues por ejemplo yo me ponía brava y agresiva y así nadie me la montaba.

La etiqueta de la que son portadores los jóvenes de Comuneros en los espacios escolares los lleva a recibir una mayor atención por parte de sus compañeros quienes les impiden a los etiquetados llevar una rutina escolar normal, en la que prevalece la necesidad de ganar el respeto de sus compañeros sobre la obligación de cumplir con sus deberes como estudiantes. En general, muchos niños y jóvenes me comentan sobre sus dificultades académicas y sus conflictos disciplinarios, las constantes peleas en defensa de su condición como Comunero.

Paula: ¿Te acuerdas de las peleas en la puerta del colegio? Eran por eso, porque uno se la podía dejar montar y ustedes por ejemplo no sabían de las peleas que se programaban en la tarde contra otros colegios, contra el Gonzalo, contra el Virginia... Yo cuando pasé a ese colegio me resto de miedo porque hay hartas chinas contra las que yo me di.

Yo nunca he negado que vivo aquí porque eso sería como avergonzarme de mis papás y yo nunca he sentido eso. Pero sí he sentido el rechazo o la burla de mis compañeros. Por ejemplo, una vez me quedé hasta tarde en la casa de una amiga haciendo un trabajo y como ya estaba oscuro el papá me trajo en carro, cuando paramos en la esquina me preguntaron así re sorprendidos que si era aquí- y yo pues sí- ellos que ay que si luego este no era un barrio de paracos y

no, yo les dije que no y les expliqué, la gente nunca se entera y dicen resto de cosas sobre el barrio.

Con mis novios también he tenido rollos parecidos, una vez tuve un novio que vivía más arriba de Comuneros... Imagínate, por allá que es bien caliente y la mamá nunca lo dejó venir a traerme a la casa que porque yo vivía en un lugar muy peligroso. Mis novios no han sido del barrio, porque ahí son muy ñeques, son de fuera y les da miedo entrar.

Después de las onces, he continuado hablando con Paula, sobre estas cuestiones escolares también he compartido relatos con otros jóvenes y sus padres. Ellos con un tono comprensivo admiten que la pertenencia al barrio ha hecho que se prolifere la deserción escolar.

Vecina: aquí muchos chinitos por pena o para que no se las fueran a montar decían que eran de otro barrio, a la salida del colegio agarraban por otro camino y así. Pero ya luego la montadera era tanta que al final, por ejemplo mi hijo no quiso seguir estudiando y ahí está que solo hizo hasta sexto.

Los jóvenes de Comuneros han vivido en un espacio de marginalidad, lo que los convierte en agentes vulnerables social y económicamente. Dicha vulnerabilidad induce al joven a que abandone el sistema escolar, una condición que magnifica progresivamente la exclusión y la privación de oportunidades en un posible escenario laboral o en un caso en el que se desee reiniciar el proceso educativo.

Quico: Con este mes llevo ya casi como medio año sin estudiar, estaba en séptimo pero me sacaron y mi mamá ya no me quiere poner a estudiar porque ya estoy muy grande y ella como que nunca le puso cuidado a eso. Yo voy atrasado porque entré grande no porque haya perdido años. Estoy buscando trabajo en el barrio pero piden diploma pa 'severas bobadas, el man del Arroyabe de pronto me va a poner a hacer domicilios.

Las consecuencias que deja la deserción escolar dada la fuerte estigmatización de los primeros años de reubicación, marca una sólida tendencia en los menores que continúan siendo etiquetados por su lugar de residencia pero que además de ello han interiorizado un habitus de violencia en el que las agresiones a compañeros y profesores como estrategia de defensa los marcan como figuras amenazantes que no deben permanecer en el sistema escolar. La vulnerabilidad a la que han permanecido expuestos durante

diecisiete años los hace propensos a involucrarse con mayor frecuencia en conflictos con las autoridades académicas y con sus mismos pares (Meneses, 2008).

Los archidrones de zinc que cubren los techos de las viviendas en Comuneros albergan temperaturas insoportables en las horas del mediodía, en esos momentos se me hace insoportable el calor del Salón Comunal y debo salir a tomar aire. En uno de esos tiempos de sofocamiento hablé con Daniel, uno de los hijos menores de Tata. Sus cejas pobladas y su seño naturalmente fruncido le dan un aspecto agresivo, es de pocas palabras, cuando habla lo hace con voz baja y aunque es limitado en sus expresiones, ese día me contó por qué hasta la fecha se encontraba desescolarizado.

Daniel: Me pillaron fumando mariguana detrás de un salón, el man que me agarró me puso a firmar observador, pero esos son puras maricadas porque a mí ya me han puesto a firmas observador resto de veces y en un colegio distrital eso no sirve pa ´nada, solo pa ´gastar papel porque a uno no lo pueden dejar sin estudio.

El profe me dio el observador para que lo firmara, pero como yo jodo tanto ya no tenía hojas vacías (suelta una carcajada) y al profe le tocó darme un cuaderno y me dijo que escribiera: Me comprometo a no consumir drogas dentro de la institución. Pero yo lo que hice fue hacerle un autógrafo y le escribí: Con cariño para el profesor, para que no me olvide, Daniel. Al man le dio piedra y se emberracó y me dijo ¡aahhh chino marica, escriba lo que yo le digo! – ¿Qué cómo, me lo repite? Y yo cojo y ¡pum! (se levanta y recrea el puño que le propinó al profesor) le pego el totazo y lo siento de una vez y cuando es que el profesor se para y me tira y yo tenga que ¡buum! (simula tener la cabeza del profesor en las manos y mandarle un golpe con una de sus rodillas, se ríe con emoción, mientras narra)- hasta que nos tuvieron que sacar y todos los chinos estaban mirando y me decían que le cascara, hasta que unas peladas del salón me agarraron, o sino... ese profesor...

Al otro día no me dejaron entrar, llamaron al rector Carlos Noguera y me dijo que no, que ya estaba echado, pues chao hijueputa... qué peste. Yo me quiero vengar, pero mi mamá no me deja, que ya deje así. Yo quiero coger a ese man, pero tiene carro para salir.

Hasta el mes de junio de 2016 Nelcy estuvo buscando otro cupo para Daniel, sin embargo, la búsqueda ha sido inútil porque él está en extra edad, quiere decir que sus

quince años ya no son aptos para que acceda al grado séptimo en un colegio distrital. En Agosto, Tata me comentó que logró ubicar un colegio privado, una fundación para población vulnerable donde una funcionaria se comprometió a cubrir los gastos educativos, pero Daniel solo asistió un mes y ya no quiere continuar con su bachillerato. Tata me expresa su profunda preocupación – *Aquí he perdido un montón de familia porque cogen por malos caminos, yo no quiero que el chino se me pierda, pero aquí en la casa ¿qué lo pongo a hacer?*

El caso de Daniel se proyecta hacia otros jóvenes que por razones muy similares han dejado el sistema escolar asumiendo la calle como su principal espacio de socialización (Sánchez, 2008). En los postes que se ubican en la esquina del barrio se posan por tardes enteras, permitiendo que esa etiqueta de criminalidad tome fuerza relacionando a estos jóvenes con el aumento de la inseguridad en el barrio (Meneses. 2008).

Aunque las actividades de subsistencia de Comuneros han estado asociadas a la informalidad, sus márgenes de acción en este tipo de actividades no tocaron en tiempo pasado el límite de la ilegalidad, una línea que está siendo atravesada por los jóvenes que al ser desvinculados del sistema educativo y de paso laboral, se convierten en agente invisibles ante la institucionalidad Estatal. Estas limitaciones estructurales terminan por involucrarlos con redes de micrográfico de drogas y delincuencia organizada, actividades en las que ellos vuelven a ser las víctimas.

Gran parte de la responsabilidad de estas limitaciones esta puesta sobre la inoperancia de las políticas públicas para las poblaciones marginadas. Los proyectos de integración son paliativos de corta duración que no generan impactos significativos en las comunidades y que por el contrario tienen como objetivo mostrar resultados para la administración en curso. Los informes de gestión muestran avances temporales en atención a la primera infancia, en proyectos educativos para la adolescencia, pero la realidad de un barrio como Comuneros es que la juventud se encuentra en una ciudad que desconoce sus condiciones históricas y materiales, condiciones que nos les han permitido una óptima integración con la ciudadanía y sus instituciones.

Nelcy: Aquí vienen todas las instituciones de la alcaldía, por ejemplo los de integración social vinieron un tiempo muy juiciosos, ofrecieron talleres de fotografía y eso es muy chévere porque estos pelados no conocen ese tipo de cámaras y pues ahí se alejan un rato de la calle. Pero luego, más tarde, en una

semana, en unos años no hay continuidad con esos planes de gobierno, cambiaron al alcalde y vea, se acabó todo. Traen que talleres de hip hop para nada. Duran un mes y qué, otra vez nuestros chinos en la calle, esto se está poniendo otra vez terrible.

El resquebrajamiento de los sentidos comunitarios parece ensañarse con las últimas generaciones de Comuneros; jóvenes que nacieron o llegaron siendo niños al barrio y que tuvieron que enfrentar la estigmatización del barrio por medio de prácticas que no correspondían a lo que durante décadas pasadas había identificado a Comuneros: la preocupación por el otro, la organización para la solución de problemas y el trabajo colectivo para la supervivencia. Otras son las formas con que los jóvenes asumen la apropiación de su barrio, las amenazas y el señalamiento han hecho que el Hipergueto tome fuerza, individualizando a los agentes y convenciéndolos cada vez más de ser lo que en el pasado era una simple acusación.

la hiperguetización de Comuneros se valida en parte, por medio de las prácticas ilícitas de las últimas generaciones de la comunidad, estas nuevas formas que apropiación y domesticación de sus espacios profundizan la estigmatización de todos los habitantes, así como la degradación simbólica a la que se ven expuestos levanta un muro de privaciones a los derechos esenciales para vivir. La desigualdad económica y el acceso selectivo a los derechos civiles parecen sentenciarlos a una marginalidad exponencial de la que unos pocos logran apartarse.

En el gueto comunitario, las prácticas colectivas promovían una movilidad económica y social equitativa en tanto la persecución de objetivos era similar en los núcleos familiares. Lo que sucede a cambio en esta transición hacia el Hipergueto es que la movilidad social existe de manera individual. Es decir que la llegada al barrio de reubicación implica nuevas miradas hacia la realidad circundante donde se manifiestan opciones de vida en la ilegalidad, pero también en la profesionalización, camino al que tienen acceso unos pocos pero que sí significa el progreso limitado de algunos jóvenes.

Vecina: si uno se pone a pensar en las cosas malas de la reubicación... caramba, pues uno dice que todo es malo. Pero bueno, quizá lo poco que nos pudo beneficiar fue que algunos pelados, muy poquitos realmente, como que quisieron irse por algo mejor y ahora tenemos algo que no teníamos en la

cuarenta; chinos universitarios, profesionales que si dios quiere, van a tener mejores oportunidades que los demás

Nelcy: Una prueba de que Comuneros es una esperanza por salir adelante, son los pelados que llegan a la universidad, yo me siento orgullosa de mi hijo porque él aprendió su inglés, luego estuvo en la Distrital, allá no le fue bien pero tuvo una segunda oportunidad y ahora estudia ingeniera agrónoma en la Nacional y él no es el único, aquí contamos con abogados, con contadores, chinos que también pueden dan buen ejemplo y podrán recuperar la dignidad de la comunidad.

Jorge: A mí lo que me parece más bacano es que si hubiéramos seguido en la cuarenta pues de pronto no salimos de ser recicladores, pero yo ahora veo a mi hermano que trabajo en un banco, sale de corbata y estudia esas vainas de finanzas, esto mal que bien también trae otro tipo de futuro.

Cuando expongo los mayores problemas que actualmente aquejan al barrio de Comuneros temo hacer de sus experiencias un espectáculo de la pobreza en los barrios marginales, he intentado reflexionar en torno al problema estructural que subyace en sus modos de actuar con el fin de no llegar a esencializar la identidad de estos jóvenes y por el contrario revisar las responsabilidades que la institucionalidad local, la ciudadanía y la comunidad misma tiene en este fenómeno. No puedo hablar hoy de una desestructuración de la comunidad sino más bien de una reconfiguración de prácticas que constituyen un nuevo tiempo para Comuneros, un tiempo en el que todavía se busca recuperar formas comunitarias desde la apuesta por nuevas estrategias.

Otra generación, nuevas expectativas y oportunidades

Se ha identificado que uno de los problemas comunes en la construcción de memoria e identidades barriales en los asentamientos populares en Bogotá es el desconocimiento que los más jóvenes tienen acerca de las luchas que libraron sus padres y abuelos por el derecho a la vivienda y la ciudad. Las generaciones de migrantes suelen sentir que han perdido la batalla ante las nuevas generaciones que poco o nada les importa el techo donde se resguardan y el suelo por el que caminan. En Comuneros no sucede algo del todo distinto, evidentemente algunos jóvenes desconocen las particularidades que mediaron la conformación del barrio actual y la información acerca de su pasado es poco recurrente en sus espacios familiares. Sin embargo, esta no es una condición

amplia ni totalizante pues es posible encontrar otro grupo de jóvenes cuyo acercamiento a su pasado ha sido inherente a su crianza.

Las experiencias vividas en la invasión de la Cuarenta mantienen una raíz tan profunda en el recuerdo de los Comuneros que nacieron y crecieron allí que se han encargado de preservar sus relatos y transmitirlos a sus hijos. Dicho ejercicio de transmisión ha garantizado que para gran parte de los adolescentes de Comuneros, el recuerdo de la invasión sea una necesariamente una parte de su presente. Primero porque su identificación en espacios de socialización como la calle y el colegio parten de su pertenencia a lo que fue la comunidad de recicladores de la Zona Industrial, segundo, porque sus padres se han encargado de archivar fotografías y hacer visitas a la carrilera, en algunas ocasiones buscando inventar rincones o rituales de la memoria a partir de los recorridos y las mismas narraciones.

El efecto del continuo ejercicio del recuerdo ha hecho efecto de dos maneras entre los adolescentes; el primero corresponde a una ambigüedad entre la admiración y el rechazo hacia sus padres al reconocer la forma como vivían en la avenida del ferrocarril, el segundo efecto corresponde a una resignificación sobre el sentido de pertenecer a Comuneros y la búsqueda por nuevas prácticas identitarias.

El relevo generacional y espacial que existe en Comuneros da como resultado una reinterpretación de los hechos acontecidos en la Cuarenta, cuyos significados en voz de esta última generación ya no mantienen la misma añoranza con la simplicidad con la que se vivía en el rancho, ahora se expresa la pregunta del cómo era posible vivir con paredes de cartón.

Paula: Yo no soy creída ni nada, yo admiro mucho a mis papás porque son personas honestas y trabajadoras, pero yo no entiendo por qué duraron tanto tiempo vivienda en esos ranchos. Por ejemplo yo les digo que por qué tan pronto se casaron no buscaron otro lugar porque tú vieras esas fotos, mi hermanito está ahí todo chorriado vuelto nada, en vez de sillas tenían como baldes y todo lleno de basura, mejor dicho yo no dejo de agradecer que por fortuna viví aquí y no me tocó pasar por todo eso.

Aunque dignifican y reconocen el esfuerzo de sus padres por mantener a su familia, la experiencia de ver la Cuarenta desde fuera los ha hecho asumir el discurso de quienes no comprendemos la representación de lo habitable si no es desde los parámetros de la

construcción formal. Hay un cierto reproche en estas generaciones por soportar la convivencia en ranchos precariamente equipados, su vida en una casa construida de manera convencional los hace tomar distancia pero también reconocer y criticar algunas prácticas pasadas.

Jean Claude: a ellos lo que los mantenía contentos era que todo se lo regalaban y aquí si vea (traza una línea en el cuello con su dedo índice simulando el degüelle) Ni modo, aquí si toca pagar que la luz, que el agua, ya no pasan regalando zapaticos. Y otra cosa es que no nos digamos mentiras pero aquí hay casas donde son bien cochinitos, así eran allá, en los ranchos no se acostumbraba a la limpieza y aquí hay que mantenerse limpios, con la casa aseada. Si se fija a lo largo del colegio hay un montón de basura y es de la gente que no ha querido aprender que aquí toca ser limpios y que no es la carrilera para andar botando todo como si fuera el mismo basurero.

A propósito de los hábitos de limpieza, este ha sido un conflicto promotor de la mala convivencia. Tal y como me lo expresaba Jean Claude, para muchas personas que crecieron en la cuarenta la interiorización de otras prácticas ha sido un proceso complejo, al menos en lo que a higiene se refiere. Cuando hablamos de formas de mantener el pasado, no solo se alude a las narraciones, también a las prácticas que para este caso tan cotidiano y a la vez tan sensible pasan a ser permanencias en el tiempo difíciles de desaparecer.

Aún se mantiene la costumbre de dejar acumular la basura en los bordes de las viviendas o en los pliegues de los archidrones donde los desechos tienden a descomponerse mientras deterioran el metal que se oxida y en conjunto con la basura produce en el interior del barrio un olor particular al que le he encontrado varios comparativos pero que no he logrado definir con propiedad y que en horas del mediodía se siente con mayor intensidad, pero que se vuelve imperceptible con el pasar de los meses. Aclaro que esto sucede en pocas viviendas, pero el olor se expande y afecta el grueso del vecindario que tras intentos fallidos en reuniones con la junta de acción comunal se trata de solucionar el problema sin éxito.



Foto 22. Fuente: Propia. Pliegue de archidrón con basura acumulada, en algunas viviendas, la acumulación de basuras ha carcomido el metal, provocando filtraciones de agua al interior de las casas, afectando la salud de los niños.

Jean Claude: la gente que era cochina en los ranchos, es cochina aquí también, la casa de las tres viejas. No saben lo que es llevar la basura al carro recolector, uno pasa por el lado de esas casas y se siente el olor ¿no le ha pasado? – y todo eso son hábitos, todo eso son cosas que toca corregir. A mí no me avergüenza decir que a mí me han levantado con el reciclaje, yo reciclo y no le veo rollo por ayudarle a mi mamá. En el colegio yo era el encargado de ese proyecto y asistí a las capacitaciones de basura cero y todo, porque no me da pena. No me da pena decir que soy Comunero.

Los que no están en el grupo de los adolescentes que desconocen la historia del barrio, han insistido en reconocer las luchas históricas de sus padres y abuelos. Aunque no comparten la añoranza por el regreso a la vía férrea saben que los mejores años de la vida de los mayores está en la carrilera, así como para ellos este barrio estigmatizado, inseguro y con altas falencias en el equipamiento físico de las viviendas constituye el nicho de sus recuerdos agradables de infancia y temprana juventud.

Paula: Yo entiendo a mis papá, lo que para ellos significa la cuarenta, para mí significa este barrio. Yo sé que no es un barrio bonito, pero mi casa les ha costado tanto trabajo a mis papás, es una de las más lindas del barrio. Yo quiero ser licenciada en inglés, pero créeme que si algún día soy profesional y tengo plata, yo no me voy de aquí o si lo hiciera estaría aquí muy seguido

porque es la continuidad de nuestra historia ¿entiendes? Nosotros somos como la evolución de una familia. Porque esos son Comuneros viejitos, ellos son tan unidos, se conocen desde siempre y yo quiero que ellos mantengan eso.

Quico: Yo no le veo problema a lo que hace mi mamá, pero yo quiero otras cosas para ayudarlo, yo me gane una beca con la escuela de fútbol de Cota y si me logran ayudar para asistir a todos los campeonatos, a mí me puede ver algún duro de las ligas menores. Yo quiero ser futbolista y conseguir billete por el lado bueno, porque así diosito ayuda y cuando tenga billete venir al barrio re sencillo y ayudando a la gente que más lo necesita, a los parceritos que crecieron como uno.

Aunque la criminalidad es una amenaza altamente peligrosa y a la vez seductora para esta generación, la juventud tiene la facultad de crear nuevos espacios de posibilidad en los que algún agente de ese conjunto logra materializar sus expectativas, otros por el contrario no lo lograrán por las condiciones de deterioro que sufren en medio de sus condiciones de vida (Kessler, 2013). Sin embargo, se reconoce como rasgo común la expectativa de no continuar con la labor del reciclaje, lo que no significa tomar distancia de la actividad o negar su pertenencia a la comunidad que se ha dedicado a ello. Este reconocimiento es un gran aporte a las búsquedas por mantener la comunidad, la estrategia se mantiene por parte de los mayores en el recuerdo grato, en los menores en las nuevas expectativas para resignificar los sentidos de pertenencia a la comunidad.

Diferentes búsquedas de comunidad: Últimas noticias sobre Comuneros

Dados los problemas de diversa índole a los que se ha enfrentado la población del barrio, muchos han optado por irse de la zona y vender o arrendar su casa. Aun cuando los predios no cuentan con escritura, los propietarios prefieren venderla sin recibir mayores ganancias. Así, prevalece la premura por salir del barrio y salvar la integridad de sus hogares, según justifican sus vecinos.

Vecina: Mi plan es irme algún día de aquí, vender como sea este lote y poder comprar un apartamento aquí mismo o en Soacha que es donde hay otra parte de mi familia. Si nos quedamos aquí es arriesgarnos a que mis nietos cojan mañas que nos queremos, aquí no se puede confiar en nadie, las cosas han cambiado y la gente se volvió jodida.

Para Nelcy, una líder que conoce cada hogar, cada vivienda, cada persona que se va o que llega, uno de los aspectos que más le preocupan es cómo recuperar el sentido comunitario de Comuneros, si los integrantes originarios del colectivo poco a poco se están yendo. Comuneros está cada vez más ocupado por arrendatarios que llegan a imponer nuevas normas basadas en las prácticas indeseables que tienen el vilo a la población juvenil. Los bajos costos en los arriendos de las casas atraen con facilidad a otros jóvenes con escaso acceso a la estabilidad laboral y por lo mismo propensos a pertenecer a la delincuencia organizada. Los predios se hacen atractivos también para familias de desplazadas por el conflicto armado, son altamente vulnerables y desposeídas de cualquier garantía para promover su seguridad y su integridad en la ciudad.

Así las cosas, el barrio se convierte en un punto de convergencia para las personas de escasos recursos de la localidad, así mismo en los depositarios de los proyectos de integración social promovidos por la alcaldía local que como ya lo indiqué en otro punto, otorgan mínimas soluciones a una población que ya no solo es compuesta por trabajadores informales, también por desplazados y comerciantes de drogas.

Nelcy: este barrio ya no es cien por ciento de Comuneros, aquí llega gente de toda la calaña que usted se pueda imaginar. Están los morenos que pues vienen de lejos con sus costumbres y han tenido problemas con los de aquí porque ellos son como más ruidosos, se relacionan diferentes y eso trae conflictos. Esto como por épocas se llena... por ejemplo una vez llegó una familia de fleteros que la policía agarró aquí mismo en el barrio, tenían un taxi para robar gente. Llegaron otros muchachos que una vez se metieron al salón comunal y se robaron el lavamanos y la tasa del baño, por fortuna la gente se dio cuenta y entre todos lo alcanzamos a coger.

Vecina: Aquí vive gente que trae malas amistades y de paso vienen los problemas, una vez hace poquito el hueco, el que queda detrás del salón se volvió un sopladero tremendo, cuando nos dimos cuenta fue que claro, ahora nos estaban convirtiendo el barrio en una olla de consumo y eso sí no lo podemos permitir. Le pedimos a doña Nelcy que convocara una reunión para pedirles de manera pacífica o que dejaran el vicio o que se fueran del barrio.

Aunque el barrio se ve habitado por nuevos núcleos familiares cuyas prácticas al margen de la ley refuerzan las acciones discriminatorias en contra de todos. Nelcy me

señala algunos vecinos que se fueron por un par de meses, pero que al cabo de un tiempo regresan, pues el costo de vida es mucho más alto en otros barrios populares de la localidad. La permanencia de los Comuneros se convierte entonces en un vaivén que depende de la capacidad de movilidad de los agentes que intentan salir del barrio. Pero al final, el efecto de la pobreza y la desposesión de cualquier bien material valioso generan un encadenamiento al lugar, porque en ningún otro barrio la vida es económicamente llevadera como en Comuneros, entonces hay que esperar oportunidades económicas para intentar un nuevo despegue. La miseria y las oportunidades limitadas, actúan en los barrios segregados como otro efecto de lugar.

Nelcy: Mire, este señor que viene bajando (señala las escaleras) él se fue hace como ocho meses y mire, la semana pasada estaba descargando su trasteo, es que si irse fuera tan fácil, créame Marisol que hace rato lo hubiéramos hecho, yo también me cuento ahí, porque el barrio abrume, cansan tantos problemas, pero uno está amarrado primero por ese lío de las escrituras y luego porque pagar un arriendo o comprar otro apartamento es muy verraco.

Pero la búsqueda por la comunidad persiste, se manifiesta transformada en manos de generaciones más jóvenes y de los mayores también. Entre la añoranza por el pasado hay también una consciencia sobre los retos del presente, el asunto pendiente por obtener las escrituras de sus predios, retomar actividades de antaño como la organización de los grupos juveniles y el encuentro de una actividad permanente para que los más pequeños puedan ocupar su tiempo libre.

No es raro ver que en las tardes de domingo se reúnan los niños del barrio al frente del Salón Comunal esperando a que haya alguna actividad, esperando a que llegue alguien para preparar los juegos como se hacía antes, cuando recién llegaban a la reubicación. Cuando empiezan los juegos, los niños van llegando poco a poco, se asoman por la ventana con cara de aburrimiento, se ven algo interesante, se ponen los zapatos, piden permiso a sus papás y salen para participar. Mientras tanto, pasan los adultos, interrumpen su camino para quedarse divertidos observado, con ganas de participar. Se acercan y nos dicen –Qué bueno que esto volviera a hacerse todos los días, como en la Cuarenta.



Foto 23. Fuente: Propia. Frente al Salón Comunal A la Izquierda está Isaías, el mejor jugador de fútbol del barrio, a la derecha está Quico pequeño, el segundo mejor jugador de fútbol del barrio.



Foto 24. Fuente: Propia. Nueva ronda de juegos, de izquierda a derecha: Nelcy, Daniel y Quico Grande.

Vecino: Aquí nadie va a venir a decirnos que ahora sí nos van a dar las casas que prometieron, así como van las cosas, lo que tenemos que hacer es apersonarnos de nuestro barrio y pues ya qué, toca quererlo porque aquí vive la familia, porque aquí crecen los pelados. Si el barrio no nos gusta tenemos que hacer algo para que se vea bonito. Vea actividades de esas para los más chinos y en el caso de nosotros los viejos pues buscar aseo para el barrio, que la entrada no se vea tan fea, llamar a los de aseo para que el pasto no se crezca y comprometernos todos a mantener bonito todo esto.



Foto 25. Fuente: Propia. Constantemente los vecinos deben enviar solicitudes a la empresa de aseo de Bogotá para podar el pasto del barrio, cuando está demasiado largo, hay proliferación de plagas y enfermedades en el barrio



Foto 26. Fuente: Propia. La humedad producida por la mala estructuración de las tuberías y el alcantarillado en el proceso de construcción de la urbanización, es otro de los puntos centrales en las discusiones del barrio.

En la búsqueda de un mejor ambiente barrial y de la recuperación de prácticas colectivas, en las reuniones de vecinos convocadas por la Junta de Acción Comunal encabezada por Nelcy, se discuten los problemas que afectan la estructura física del barrio entre los que se encuentran los problemas de humedad provenientes de los techos y de la tubería subterránea, el aseo de los espacios públicos como de los privados y ante todo la división de responsabilidades sobre la comunicación de estos problemas ante las instancias correspondientes. En realidad, al final de cada reunión, Nelcy es la depositaria de dichas obligaciones.

La búsqueda por tener una vivienda con la totalidad de equipamientos físicos, es una de las mayores expectativas para los propietarios de las viviendas. En esta ardua lucha histórica, persiste sobre todo la meta de tener una vivienda digna, para conseguir ello continúan con el proceso legal junto con su abogado representante, las últimas noticias dan un parte alentador pues al parecer la hipoteca a la que la totalidad de los predios está sujeta podría condonarse en función de reparare el incumplimiento de la alcaldía de Antanas Mockus que no realizó un programa de reubicación de acuerdo a lo dictaminado en el fallo constitucional de 1995.

A Nelcy la hemos visto contantemente apurada con carpetas llenas de oficios dirigidos a la alcaldía de Suba, a la Caja de Vivienda Popular y al Departamento de Planeación. Ha estado feliz porque la llegada de las escrituras pronto será un hecho, por primera vez los Comuneros tendrán vivienda legalmente propia, el resultado de sus procesos organizativos parece dar resultado en un momento que Nelcy define como un hecho que llegó a destiempo, cuando la comunidad se disipó y los que trabajaron en otros tiempos no soportaron continuar viviendo aquí. Es por eso, que una de sus últimas decisiones es que tan pronto tenga la escritura de su casa empezará a buscar un nuevo lugar para vivir con su familia.

Nelcy: ya no quiero estar más aquí, amo mi trabajo pero me aburrí de correr para aquí y para allá, me he perdido de mi familia, me he perdido de mi propia vida. Siento que hemos dado tanto que con la llegada de las escrituras no podemos hacer más. Me siento desgastada, me daré por bien servida cuando todos seamos propietarios legales y pues qué más da, que llegue otro y tome la batuta y así se pueda mejorar por fin el barrio.

Comuneros se somete a nuevas transformaciones por efecto del paso del tiempo o por la llegada de nuevos integrantes que tienen la opción de apropiar el discurso Comunero o activar nuevos métodos de cohesión y reconocimiento para un barrio que se distingue desde a lo lejos, se distingue por sus rostros, pero más que todo por la lucha histórica de sus fundadores.



Foto 27. Fuente: Propia. ¿Cómo se ve Comuneros desde afuera?

CONCLUSIONES

Y DESPUÉS DE ESTAR CON ELLOS ¿QUÉ APRENDÍ SOBRE COMUNEROS?

Efectivamente, Comuneros no son como todas las comunidades

Antes de conocer propiamente a Comuneros con quienes solo tuve un acercamiento tangencial y quizá accidental durante mi experiencia en el Herberth, concentré la primera parte de esta investigación en la revisión de una extensa bibliografía sobre la producción de la vivienda informal en Colombia y el mercado habitacional en América Latina. Fuentes con las que comprendí las condiciones históricas, políticas y urbanas que motivaron las migraciones del campo hacia las metrópolis latinoamericanas y más relevante aún, logré contemplar el caso de la invasión de Comuneros como un fenómeno de ocupación informal del suelo urbano divergente respecto a otros procesos documentados en investigaciones realizadas por autores como Alfonso Torres (2013), Peter Ward (2015), Alice Beuf (2012), entre otros. Dichos elementos que diferencian la invasión comunera fueron los que al ingresar al trabajo de campo me permitieron identificar los rasgos más sobresalientes de la construcción identitaria de esta comunidad.

El aspecto definitivo que marca el hecho de que en el asentamiento Comunero no se hubiera encontrado espacios de negociación con el gobierno distrital para la legalización de su invasión como sí sucedió con otros asentamientos de la ciudad, se evidencia en las garantías económicas y de organización política que posee la vida en el campo de lo informal.

Aunque la informalidad urbana constituye una serie de acciones al margen del orden normativo de la ciudad, no se relaciona directamente con lo ilegal (Davis, 2012). Desde esta perspectiva se podría decir que los invasores de la avenida del ferrocarril no estaban incurriendo en un delito, por el contrario estaban buscando formas de amortiguar la presión social y económica que implica el hecho de vivir en la ciudad a partir de la autoconstrucción de viviendas cimentadas con los desechos recogidos alrededor de la zona.

El primer rasgo identitario que se expresa en el proceso de asentamiento de Comuneros en la Zona Industrial es la informalidad como forma de producción del espacio habitable en la ciudad (Duhau, 2008). La informalidad implica la producción de bienes

y servicios colectivos, así que la autoconstrucción y diseño de los ranchos no fue un proceso validado por el individualismo de cada núcleo familiar, por el contrario se evidenció en los testimonios de los integrantes de la comunidad que factores como la solidaridad y el reconocimiento de las necesidades del otro jugaron una pieza fundamental en el crecimiento y la estabilidad de la invasión.

En razón a estas condiciones, la vivienda se convierte en el eje articulador de cientos de familias que alrededor de la construcción de su rancho empiezan a configurar una serie de prácticas solidarias que al interiorizarlas se convirtieron en un habitus basado en la capacidad de autogestionar la vida en la ciudad a partir de la organización en la comunidad denominada y reconocida como Comuneros.

Pero la vivienda y los servicios públicos no son lo único que se adquiere por medio de la organización comunitaria, más allá de estos bienes materiales se encuentran los bienes simbólicos, aquellos sentidos por medio de los cuales Comuneros puede sentirse parte de un colectivo con el que comparten un origen campesino, una desposesión material y la carencia de los bienes básicos para subsistir. La búsqueda de los mismos los hace parte de una comunidad y también propietarios de un capital espacial que les permitió mostrarse ante los transeúntes como los agentes dominadores de la avenida férrea que aunque siendo propiedad del distrito, eran los Comuneros los que le daban sentido y existencia a ese lugar.

Construyendo identidad desde el margen

Mientras Comuneros se desliga de los demás procesos de invasión desarrollados en la ciudad, la vía de la informalidad les presenta otros campos de acción para reafirmar su presencia en la carrilera y la progresión de sus prácticas organizativas como gueto comunitario. En un proceso de producción de vivienda que raya todo margen de orden urbano en Bogotá (Duhau, 2008), aspectos como el trabajo y la organización comunal sirven para matizar aún más las transformaciones identitarias de Comuneros.

Así como Comuneros queda excluido del mercado habitacional en un contexto donde la modernización industrial define el progreso del país, la oferta laboral también les cierra la puerta a la comunidad. De tal suerte que la informalidad siguió ordenando las estrategias de adaptabilidad urbana por medio de la presentación del reciclaje como una

ocupación urbana que le permitiría la supervivencia a todos aquellos trabajadores que no lograron insertarse en las empresas del sector formal (Davis, 2012).

El reciclaje constituye un segundo aspecto identitario en la medida que se convierte en la principal fuente de trabajo de Comuneros. El reciclaje era una actividad laboral con ciertas particularidades que al igual de sus ranchos son difíciles de percibir como soluciones efectivas para la supervivencia en el medio urbano. Mediante la recolección, clasificación y reutilización de los residuos generados por la actividad económica del sector, Comuneros aprende a relacionarse con los trabajadores de las fábricas ante quienes la comunidad de recicladores se presenta como un agente regulador de la contaminación y el mantenimiento de la Zona Industrial.

Gracias al reciclaje, Comuneros consolidan una forma de representación ante la población circundante de la Zona Industrial. Aunque su asentamiento fue durante tres décadas una invasión de un lote perteneciente a un agente Estatal, su actividad no constituyó un entorpecimiento del orden urbano como sí lo era su asentamiento. Por el contrario el reciclaje era un servicio ambiental y social, al que muchas familias Comuneras asistían más allá de puente Aranda, proyectando su labor hacia otros espacios susceptibles a sus formas de dominio urbano.

El reciclaje no fue un trabajo con contratos ni fechas de vencimiento, por lo tanto era una fuente de ingresos estable que por su flexibilidad les permitía acceder a otras actividades para la recepción de ingresos extra traducidos en posibles ahorros. En los testimonios de las personas que tuvieron la oportunidad de ejercer el reciclaje durante los tiempos de invasión se recalca la idea de que en la cuarenta el trabajo nunca faltó. Dicha seguridad laboral dignifica a los trabajadores quienes a pesar de sus condiciones materiales mantienen la garantía de que su trabajo no expiraba.

Aspectos como el orgullo procedente de la actividad laboral, las prácticas de autogestión de recursos al margen del control distrital y estatal, y la idea de la solidaridad entre vecinos configuró un gueto comunitario, una forma de asociación colectiva basada en los lazos de fraternidad, independencia institucional y enaltecimiento de sus prácticas laborales originadas en el furor y la dedicación del incansable y recursivo campesino. El gueto comunitario podría ser la estructura política y social que conformaron los Comuneros para hacerle frente a los proyectos de desarrollo urbano de los que siempre quedaron excluidos.

Una vivienda no es solo de concreto

Aunque en una de las iniciativas del Plan Formar Ciudad se propuso la reubicación de las poblaciones ubicadas en zonas de invasión o de alto riesgo, este tipo de proyectos no logró ofrecer un plan integral de habitabilidad para comunidades como Comuneros, las cuales no sólo requirieron de una casa construida bajo la normatividad urbana, también requirió de proyectos de movilidad, seguridad e integración con otros pobladores con quienes se debió promover un ambiente de buena convivencia que propendiera la unidad de los agentes populares en función del desarrollo de una vida digna.

Los proyectos de vivienda promovidos por el distrito son representados a través de promotores inmobiliarios privados que si bien ofrecen bajos costos en el precio final de la vivienda no contemplan las necesidades materiales y simbólicas de las comunidades que como Comuneros requieren de acceso a una fácil movilidad para llegar a su trabajo y regresar rápido para el cuidado de sus hijos. Este tipo de solicitudes no son atendidas por los agentes inmobiliarios, pues los lotes ofrecidos siempre se enmarcan en las periferias de la ciudad u otras zonas de difícil acceso provocando la interrupción y la ruptura de la cotidianidad de las comunidades vulnerables.

Un proceso de reubicación y dignificación de vivienda para la población vulnerable debe estar acompañado de proyectos educativos en los que se forme a la ciudadanía bajo los principios de la tolerancia y el respeto por el otro. Cuando los proyectos urbanos no contemplan el ámbito relacional de la ciudadanía se suele caer en conflictos urbanos como los sucedidos en Suba y Bosa donde prevaleció la estigmatización, los estereotipos y la discriminación hacia una población con la cual se compartían procesos paralelos de ocupación del suelo.

La ausencia de procesos de formación de ciudadanía tolerante desencadena violencia y bifurcación social en las zonas residenciales, en donde una parte de los agentes involucrados en el conflicto son quienes sufren el agravamiento de los procesos de deterioro de las condiciones de vida (Kessler, 2013). Es necesario recordar que la habitabilidad no solo está dada por el resguardo en una estructura física, se cimenta más profundamente en las buenas relaciones vecinales, en las prácticas cooperativas y el reconocimiento e integridad de cada ser humano.

Qué pasó con los estudiantes del Herberth

En el año 2013 llegué como una docente incauta al colegio donde estudiaban gran parte de los jóvenes y niños que habitan en Comuneros. En ese cercano pasado me alarmaba la forma como se expresaban entre ellos, como se dirigían hacia mí, sus expectativas a futuro y sus relatos sobre la cotidianidad de sus vidas. Ignorante de la complejidad histórica que llevan a cuevas leía en ellos la simple rebeldía de los jóvenes que no les interesa hacer algo por sus vidas, no me interesé en problematizar las situaciones que conocía cada día, como si mi paso por la Licenciatura en Ciencias Sociales no hubiera dejado en mí la capacidad y la sensibilidad de reconocer en esas acciones, los problemas estructurales de la pobreza y la desigualdad.

Para mi fortuna personal y académica, un año después me reencuentro con ellos. Unos están en el ejército, los que conocí más pequeños están terminando el bachillerato, los que ya se graduaron buscan de manera infructuosa un espacio laboral formal, unos ya son padres y madres de uno o dos hijos, otros esperan en la casa cualquier oportunidad para tener dinero y otros se han pasado los últimos meses en centros de rehabilitación por consumo de drogas.

A lo largo del trabajo de campo tuve la oportunidad de delinear la línea vital de quienes fueron mis estudiantes, ya no bajo la lectura de la docente que no soportaba estar con ellos, sino con la persona que hizo parte de su rutina estar presente en el barrio, escuchando, viendo y comprendiendo las condiciones sociales que hacen de Comuneros una comunidad que ante del deterioro de su sentido identitario busca iniciativas por mantener cohesionadas las pocas piezas que quedan tras casi medio siglo de disputas a favor de sus derechos y en contra del establecimiento.

La vivienda ha sido la lucha constante de Comuneros desde que migraron de sus respectivas fincas al desamparo de la ciudad. En su disputa por el derecho a la vivienda han logrado reivindicar la importancia de la acción comunitaria como una estrategia para constituir órdenes y sentidos alternos en la ciudad formal. Mientras los proyectos de renovación urbana promueven la ruptura de los vínculos emotivos y solidarios entre la ciudadanía, comunidades como Comuneros buscaron consolidar su propio orden sin acudir a instancias gubernamentales que desconocen la legitimidad de las organizaciones populares proporcionándoles zonas de la ciudad desde la cuales no es

posible acceder a las oportunidades de movilidad social a las que los ciudadanos con mayores ingresos sí pueden acceder.

Tras la reubicación, un lamentable efecto marca la pauta de las transformaciones identitarias de Comuneros: El estigma, una etiqueta que empezó siendo una construcción esencialista del ser reciclador y pasó a ser una condición interiorizada en la últimas generaciones de Comuneros. Con la llegada a Suba, los niños y jóvenes que conocí deben rediseñar sus estrategias de domesticación del espacio y ajustar sus prácticas a las exigencias de un medio viciado por el microtráfico de drogas, la violencia doméstica, el consumo de marihuana y la delincuencia organizada. Para los jóvenes que han tenido que nacer y crecer en Casitas ha sido necesario crear acciones de defensa en contra del estigma espacial, al cual encaran por medio del ejercicio de la violencia entre sus pares o la apropiación de las actividades delincuenciales, lo que ha dejado secuelas imborrables entre lo que queda de la comunidad.

El resultado de 17 años de señalamiento es un proceso de discriminación estructural que despoja a los jóvenes de una posibilidad de movilidad colectiva hacia oportunidades básicas como la culminación del bachillerato, el ingreso a la educación superior o el acceso a una fuente laboral legal y formal. Muchas familias han tenido que irse del barrio, muchos jóvenes niegan la ubicación de su vivienda porque saben que el estigma territorial que llevan a cuestas les cierra puertas en distintos escenarios, perpetuando así las malas condiciones de vida en el barrio. Esta es la manifestación del Hipergueto degradante de la comunidad, la prolongación de las condiciones de pobreza, la carencia de empleo de estudio y hasta de alimento está creando generaciones hostiles, en concordancia al modelo de ciudad herramienta del neoliberalismo, individualista y deshumanizada de la que vienen siendo víctimas.

En el mes de diciembre del año 2015 los proyectos de la secretaría de integración social promovidos durante de la alcaldía de Gustavo Petro estaban llegando a su etapa final, los talleristas que asistieron de manera intermitente durante tres años estaban cerrando su ciclo definitivo en el barrio Comuneros de Suba. Los proyectos de fotografía que se dictaban los lunes y miércoles en la tarde se cancelaron, así como el taller de poesía de los sábados y el plan de asesoría de tareas entre semana. Los niños se encontraban en plenas vacaciones y no había nada por hacer, todos estaban en la calle divagando y

golpeando en la casa de Nelcy para preguntarle cuándo será que se van a reanudar los talleres.

Los dos años anteriores Nelcy estuvo tranquila porque la alcaldía local de Suba junto a la secretaría de integración social envió regalos y muestras de break dance para la celebración de las novenas de aguinaldos. Pero este año no había llegado nada, la finalización del periodo de Gustavo Petro, al igual que el cierre de otros periodos de alcaldía afectan gravemente el desarrollo de proyectos culturales y educativos de los barrios más pobres. Cada vez que un alcalde termina su periodo de gobierno, junto a él se marchan los proyectos sociales, muy pocos logran establecerse como política pública, como si se creyera inocentemente que en tres años se pueden erradicar los problemas de delincuencia, deserción escolar y consumo de drogas que afectan a la población infantil y juvenil.

La preocupación de Nelcy no es para menos. Cada vez que llega el final de un periodo de alcalde, llega con él una oleada de desocupación juvenil que termina en el aumento de la delincuencia dentro del barrio y en las zonas aledañas. Cada vez que hay un freno en los proyectos de desarrollo social, los jóvenes vuelven al hueco y a los postes de las esquinas. Con esta situación repetitiva es posible reconocer que el problema principal de Comuneros en la actualidad, no es un problema de drogas ni de delincuencia organizada, es un problema históricamente estructural que sobrepasa la debilidad de las políticas públicas (Bourgois, 2010).

La pobreza estructural que se manifestó con mayor fuerza una vez se consolidó la reubicación en Suba sumerge a las últimas generaciones en la implementación de prácticas autodestructivas contra la comunidad. La degeneración de las fuentes de empleo provenientes del reciclaje hicieron que la población comunera experimentara la carencia total de ingresos para subsistir dejando la peor de las puertas abiertas para salir adelante en el nuevo espacio social: la Criminalidad.

La puesta en marcha de políticas públicas transitorias para la atención de una comunidad en proceso de hiperguetización no logran solucionar los problemas de raíz, porque las ayudas que ofrecen no son sensibles ante las necesidades de encontrar un empleo que le permita a las cabezas de familias obtener ingresos pero al mismo tiempo cuidar de sus hijos. Los proyectos de auxilio escolar cumplen con el otorgamiento de

cupos y alimentación pero no hacen un acompañamiento de las condiciones de vida domésticas de los niños o si lo hacen, son proyectos de corta duración.

Las instituciones encargadas de estos remedios paliativos asumen la crisis desde una mirada esencialista y reduccionista con la que los problemas se abordan siguiendo el sentido común donde la idea principal es que las poblaciones vulnerables necesitan comida, vestido y jornadas de salud temporales (Bourgois, 2010). En ninguna de las iniciativas se busca reconocer los procesos de organización interna de las comunidades, no se oyen las necesidades simbólicas y afectivas de las personas que más allá de buscar una ayuda material exigen la reconstrucción de sus familias y de su futuro, el regreso de una identidad digna donde ellos puedan volver a ser trabajadores honestos y comprometidos con la solidaridad hacia el vecino.

Comuneros necesita volver a habitar la ciudad desde la acción comunitaria sin violencia ni delincuencia. En un punto en el que muchos se han ido o han fallecido se hace imperativa la construcción de nuevos lazos de unidad que se validen a partir de las luchas del pasado y se refuercen desde las expectativa de los jóvenes del presente que por su contexto, requieren de la ayuda de instituciones y agentes comprometidos con la movilidad social de estos jóvenes, para que puedan ver otras opciones de vida que los aleje de la criminalidad. Se busca de una identidad reconstruida desde las oportunidades y el acceso a los derechos ciudadanos (Borja, 2013).

Un aporte al análisis de la comunidad

La posibilidad de traspolar el modelo de análisis de la marginalidad propuesto por Wacquant abre una posibilidad de doble entrada, por un lado permite reafirmar la importancia del concepto de comunidad no como categoría analítica sino como ejercicio de organización de las clases populares en función de las disputas por sus derechos. Por otro lado permite traspolar un análisis que parece exclusivo para las ciudades desarrolladas a las ciudades latinoamericanas donde la segregación, el racismo, la inequidad y la falta de oportunidades también golpean a las capas más bajas de la sociedad.

Pensar el gueto comunitario como categoría de análisis de los procesos organizativos de Comuneros brinda la posibilidad de identificar las acciones y elementos propios de la comunidad que trabaja de manera independiente y alternativa a las políticas restrictivas

del Estado. Una definición de gueto comunitario elimina aquellos espacios que dan lugar a interpretaciones superfluas de la comunidad en donde cualquier grupo social, bajo cualquier objetivo son llamados de esa forma. El gueto comunitario reivindica el trabajo colectivo de los desposeídos, de los agentes al margen de la sociedad de mercado.

Desde el otro extremo, la comprensión de la categoría Hipergueto problematiza las soluciones paliativas que ha dado el estado a las comunidades que se encuentran en procesos de dislocación. El Hipergueto se manifiesta con más fuerza en las periferias de nuestra ciudad creando un efecto de lugar que hala hacia abajo a los más jóvenes, los más vulnerables a la negación de oportunidades. La pobreza es un fenómeno global que ataca y desintegra la vida del más vulnerable de cualquier latitud.

Espacios vacíos para reconstruir

La complejidad de la identidad Comunera merece el diseño de proyectos de investigación que le den mayor relevancia a la situación ocupacional y escolar de los habitantes de Casitas. Muchas vetas analíticas van quedando pendientes en el camino, algunas porque se manifestaron en tiempos en los que esta investigación ya estaba escrita, en otros casos porque el alcance de los objetivos corría el riesgo de ser rebosado y en consecuencia mal logrado al término de la investigación.

Mi interés por la construcción identitaria de Comuneros y sus procesos comunitarios me limitaron en la posibilidad de analizar con mayor detenimiento y capacidad de problematización la cuestión del reciclaje, siendo esta una actividad históricamente subvalorada pero que en el mismo tenor del discurso de ciudad moderna y sostenible entra a hacer parte de las lógicas del mercado, afectando enormemente la economía de la población recicladora de la ciudad que ahora debe ajustarse a las exigencias de los agentes comerciales e industriales que monopolizaron el control de precios de los desechos recuperados y clasificados. Volver la atención al reciclaje desde una perspectiva económica y ambiental podría ser un gran aporte a esta investigación a fin de comprender con mayor precisión la crisis social que mantiene en la incertidumbre laboral a quienes viven de esta labor.

BIBLIOGRAFÍA

Publicaciones periódicas

Alcaldía Mayor de Bogotá. (2004). Recorriendo Puente Aranda. Diagnóstico Físico y socioeconómico de las localidades de Bogotá, D.C. Versión electrónica disponible en:

<http://www.shd.gov.co/shd/sites/default/files/documentos/Recorriendo%20PUENTE%20ARANDA.pdf>

Alcaldía Local de Puente Aranda. (2012). Plan Ambiental local Puente Aranda. Versión electrónica disponible en:

file:///C:/Users/HOGAR/Downloads/PAL_Puente%20Aranda.pdf. Página consultada el 2 de septiembre de 2016

_____. (1993). Problemática ambiental Localidad 16 de Puente Aranda. Agendas locales ambientales (pp. 15- 25). Versión física disponible en el archivo de Bogotá.

DAPD, (1 de junio de 1995). Formar Ciudad. *Plan de desarrollo económico, social y de obras públicas para Santa fé de Bogotá, D.C. 1995- 1998*. (Decreto N° 295). Departamento Administrativo de Planeación Distrital. Recuperado el 12 de diciembre de 2015.

Díaz, H. (2002). Coloreando el chircal. Bogotá: Minercol, Cruz Roja Colombiana y Alcaldía mayor de Bogotá.

García, M. (1996, 22 de febrero). Incomprensible “clasismo”. *El Espectador*, p. (13 A)

_____. (1996, 23 de febrero). Líder Comunera ante el Concejo. *El Espectador*, p. (12 E)

Nullvalue. (15 de febrero de 1996). “En Suba habría paro hoy por los Comuneros”. *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-360122>. Recuperado el 12 de septiembre del 2014.

_____. (18 de febrero de 1996). “A pesar del Caos, Suba quiere seguir la protesta”. *El Tiempo*. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-357576>. Recuperado el 12 de septiembre del 2014.

Nullvalue. (26 de abril de 1996). El proyecto de Metrobús está agonizando. El Tiempo.

Recuperado de:

<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-280790>

_____. (9 de Mayo de 1996). Plan estratégico pide no dejar morir el metrobús. El

Tiempo. Recuperado de:

<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-292396>

Rivera, A. (1996, 15 de febrero). Disturbios en Bosa por traslado de recicladores. El Espectador, p. (12 A)

_____. (1996, 18 de Febrero). Protesta por recicladores. El Espectador, p. (12 A)

Roca, J. (1996). Comuneros bajo alta tensión. Magazín Dominical, El Espectador, (110-114).

Leyes

Corte Constitucional. (13 de diciembre de 1995). Sentencia T- 617/95. [MP. Dr. Alejandro Martínez Caballero].

Libros

Arango, C. (1981). Crónicas de la lucha por la vivienda en Colombia. Bogotá. Colombia: Editorial Nueva Colombia LTDA.

Borja, J. (2013). Espacio público y derecho a la ciudad. En: Borja, J. (Autor). *Revolución urbana y derechos ciudadanos* (pp. 101- 175). Madrid: Alianza Editorial.

Bourdieu, P. (2009). Crítica de la razón teórica. En: Bourdieu, P. (Autor), *El sentido práctico* (pp. 41- 117). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

_____. (2010). “Los efectos de lugar”. En: Bourdieu, P. (Coord.). *La miseria del mundo* (pp. 119- 124). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bourgois, P. (2010). En busca del respeto: Vendiendo crack en Harlem. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

- Bulmer- Thomas, V. (2010). Nuevas estrategias comerciales y crecimiento basado en la deuda. En: *Historia económica de América latina desde la independencia* (pp. 358- 365). México: Fondo de Cultura Económica.
- Caldeira, T. (2007). El habla del crimen. En: Caldeira, T. (Autora). *Ciudad de muros* (pp. 33- 71). Barcelona: BEG.
- Clifford, J. (2001). Sobre la autoridad etnográfica. En: Clifford, J. (Autor), *Los dilemas de la cultura* (pp. 39- 78). Barcelona: Gedisa Editorial.
- Davis, D. (2012). Fundamentos analíticos para el estudio de la informalidad: una breve introducción. En: De Alba, Felipe y Lesamann, Frédéric (coords.). *Informalidad urbana e incertidumbre. ¿Cómo estudiar la informalidad en las metrópolis?* México: PUEG- UNAM.
- Geertz, C. (1973). Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura. En: Geertz, C. (Autor), *La interpretación de las culturas* (pp. 19- 41). Barcelona: Gedisa Editorial.
- _____. (1973). Juego profundo: notas sobre la riña de gallos en Bali. En: Geertz, C. (Autor), *La interpretación de las culturas* (pp. 339- 373). Barcelona: Gedisa Editorial.
- Giglia, A. (2012). El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación. México: Anthropos.
- Gilbert, A. (1997). “La migración hacia la ciudad”. En: Gilbert, A. (Autor). *La ciudad latinoamericana* (pp. 56- 76). México: Siglo XXI.
- Goffman, E. (2012). Estigma. La identidad deteriorada. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Guber, R. (2013). El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- _____. (2011). La etnografía. Método, campo y reflexividad. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Harvey, D. (2007). Valor de uso, valor de cambio y teoría de la utilización del suelo urbano. En: Harvey, D. (Autor). *Urbanismo y desigualdad social* (159- 205). Madrid: Siglo XXI.

- Jaramillo, S. (2012). Urbanización informal: Diagnósticos y políticas. Una revisión al debate latinoamericano para pensar líneas de acción actuales. En: Salazar, C. (Coord.), *Irregular. Suelo y mercado en América Latina* (33- 85). México: Colegio de México.
- Meneses, M. (2008). Juventud, espacio urbano y exclusión social. En: *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI* (pp. 153- 168). México: Siglo XXI.
- Ortega, I. (2016). Autoconstrucción de vivienda, espacio y vida familiar en la ciudad de México. México: FLACSO México/ PUEC UNAM.
- Parra, F. (2007). Reciclaje Popular y políticas públicas sobre manejo de residuos en Bogotá. En: Schamber, P., y Suarez, F. (Coords.) *Recicloscopio: miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (pp. 63- 81). Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- _____. (2015). Reciclaje: ¡sí pero con recicladores! Gestión pública del aprovechamiento con inclusión de recicladores: un nuevo paradigma en el manejo de los residuos en Bogotá, Colombia. Bogotá: WIEGO
- Peña, M, (2010). Acerca de la acción comunal como acción colectiva. En: *El programa CINVA y la acción comunal. Construyendo a través de la participación comunitaria* (pp. 120- 148). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Sánchez, C. (2008). Desigualdad, exclusión y violencia. Experiencias de vida de las adolescentes pobres de la ciudad. En: *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI* (pp. 273- 291). México: Siglo XXI.
- Suárez, G. (2007). Movilidad urbana en la Bogotá del siglo XX. En: Ardila, M. (Coord.). *Macroproyectos de movilidad urbana y la construcción de la ciudad* (pp. 24- 38). Bogotá: Universidad Jorge Tadeo Lozano.
- Torres, C. (2009). Ciudad informal colombiana. Barrios construidos por la gente. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Torres, A. (2013). La ciudad en la sombra. Barrios y luchas populares en Bogotá 1950-1977. Bogotá: Universidad Piloto de Colombia.
- _____. (2013). El retorno a la comunidad. Bogotá: Fundación Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano- Cinde.

Wacquant, L. (2006). *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

_____. (2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Ward, P. Los *Innerburbs* de Latinoamérica: En busca de una nueva generación de políticas habitacionales para asentamientos autoconstruidos y consolidados de bajos ingresos. En: Ward, P., Jiménez, E., D Virgilio, M. (Autores). *Políticas de vivienda en ciudades latinoamericanas. Una nueva generación de estrategias y enfoques para 2016 ONU- Hábitat III* (pp. 1- 29). Bogotá: Universidad del Rosario.

Weber, M. (2012). Teoría de las categorías sociológicas. En: Weber, M. (Autor). *Economía y sociedad*. Ed. Segunda. (5- 43). México: Fondo de Cultura económica.

Ziccardi, A. (2008). Ciudades latinoamericanas: procesos de marginalidad y de exclusión social. En: *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI* (pp. 73- 92). México: Siglo XXI.

Revistas

Beuf, A. (2013, 17 de octubre). De las luchas urbanas a las grandes inversiones. La nueva urbanidad periférica en Bogotá. *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*. 43 (3), pp. 473- 501.

Goossens, M., Gómez, J. (2015, 1 de Agosto). Experimentaciones en vivienda Estatal. La obra del Instituto de Crédito Territorial en Bogotá, 1964- 1973. *Revista INVI*. 30 (84), pp. 121- 148.

Kessler, G., Dimarco, S. (2013, 2 de Abril). Jóvenes, policía y estigmatización territorial en la periferia de Buenos Aires. *Espacio Abierto*. 22 (2), pp. 221- 243.

Molina, L. (2010, Enero- junio). Alfarería y urbanismo. Los chircales de Santa fé (hoy Bogotá) y su impronta en la arquitectura y el desarrollo urbano de la ciudad colonial. *Revista Nodo*. 4 (4). Pp. 31- 58.

Naranjo, M. (2014, Julio- Diciembre). Provivienda: Protagonista de la colonización popular en Colombia. *Revista Historia y memoria*. (9). Pp. 89- 118.

Publicaciones digitales

Chartier, R. (1992). El mundo como representación. *Historia cultural*. Versión electrónica disponible en:

<https://ddd.uab.cat/pub/manuscripts/02132397n11/02132397n11p283.pdf>.

Página consultada el 5 de agosto de 2016.

Duhau, E. (2003). La ciudad informal, el orden urbano y el derecho a la ciudad. Recuperado de:

http://barcelonacomuns.pbworks.com/w/file/attach/64058231/DUHAU_LA_CIUADAD_INFORMAL_el_orden_urbano_y_el_derecho_a_la_ciudad.pdf.

Instituto de Estudios Urbanos. (2008). Manual de Funciones Caja de Vivienda Popular. Versión electrónica disponible en:

<http://institutodeestudiosurbanos.info/endatos/entidades/cajadeviviendapopular.pdf>. Página consultada 14 de Agosto de 2016.

IRR. (2015). Reciclaje inclusivo y recicladores de base en el Ecuador. Versión electrónica disponible en:

<http://reciclajeinclusivo.org/wp-content/uploads/2016/04/Reciclaje-Inlcusivo-y-Recicladores-de-base-en-EC.pdf>. Página consultada el 27 de septiembre de 2016.

Wilkis, A. (2004, 3 de noviembre). Apuntes sobre la noción de estrategia en Pierre Bourdieu. *Revista Argentina de Sociología*. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id.26920307>.

Publicaciones inéditas

Coca, M. (1998). *La sublevación de los imaginarios*. (Trabajo de grado/ tesis de pregrado). Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.